
La Favorita del Mahdi

Emilio Salgari

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 2341

Título: La Favorita del Mahdi

Autor: Emilio Salgari

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 3 de marzo de 2017

Fecha de modificación: 3 de marzo de 2017

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

PRIMERA PARTE. LA FAVORITA DEL MAHDI

Siempre es más bello lo que produce la Naturaleza, que lo que finge el arte.

ERASMO

CAPÍTULO I. EL NOVIO DE ELENKA

Era la tarde del 4 de septiembre de 1883. El sol ecuatorial, completamente rojo, descendía rápidamente hacia las áridas y escarpadas montañas de Mántara, iluminando apenas los grandes bosques de palmeras y tamarindos y las cónicas cabañas de Machmudiech, mísera aldea sudanesa, situada en la margen derecha del majestuoso Bahr-el-Abiad, o Nilo Blanco, a menos de cuarenta millas al sur de Jartum.

De varias partes del horizonte acudían manadas de hermosos antílopes y de chacales, que venían a apagar su sed en las poéticas orillas del río; en el aire batían sus alas con atrevimiento bandadas de flamencos de rojas plumas y alas llameantes en sus extremos, de ibis sagrados que descendían sobre las redondeadas y flotantes hojas del loto, e hileras de grandes pelícanos, que se ocultaban entre los cañaverales, cogiendo peces.

Por el muelle y por las callejuelas de la aldea negros, árabes y turcos iban y venían con gran estrépito; los unos ocupados en descargar camellos y asnos, los otros conduciendo a los abrevaderos manadas de bueyes, de jaspeada piel, y camellos, y otros aun sacando las barcas a tierra firme y desmontándolas. Por todas partes se oían canciones monótonas, acompañadas de música de tambores, que repetía el eco del bosque; salmodias de versículos del Corán, mugidos de animales, batir de remos, llamadas, saludos, y, dominando estos rumores, la voz nasal del muecín, que, desde lo alto del esbelto minarete, con la cara vuelta hacia La Meca, gritaba:

—La Allah ila Allah (No hay más dios que Alá).

—Mohamed rasul Allah (Mahoma es su enviado).

Apenas había terminado la plegaria del muecín, cuando una barca procedente de la orilla opuesta vino a detenerse frente a Machmudiech. Un oficial egipcio, que venía a proa, cambió algunas palabras con los remeros, entrególes unos cuantos pará (céntimos), saltó con ligereza a tierra y subió la pendiente ribera.

Era un hermoso joven, de veinticinco a veintiséis años, alto, de ágiles movimientos, elegante y vigoroso al mismo tiempo. Su piel era bronceada con reflejos rojizos, el rostro risueño, varonil, atrevido, ojos que brillaban con fuego salvaje e indómita fiereza, y grandes bigotes negros.

Apenas hubo puesto pie en el muelle, miró a derecha e izquierda, como buscando a alguien; luego se acercó a un soldado egipcio, que, habiendo dejado su fusil apoyado en una pared semiderruida, se dedicaba a hilar lino, exactamente lo mismo que una mujer.

—¿Has visto al teniente Notis Cayma? —preguntó con brusquedad.

—Me parece haberle visto —respondió el soldado, tomando con rapidez el fusil y saludando.

—¿Adónde ha ido?

—Lo ignoro.

El oficial permaneció algunos momentos silencioso, mirando la corriente del río y las barcas que la surcaban; luego preguntó de nuevo:

—¿Dónde está el teniente Oóseir?

—Está allá, sentado bajo aquella *rékuba* (cobertizo), fumando el *narghileh*.

El oficial giró sobre sus talones y se alejó, caminando con la

soltura y la elegancia de los animales salvajes y con la agilidad característica de los pueblos árabes. Atravesó con dificultad las líneas de camellos, arrodillados sobre el camino, cargados de goma, marfil y maíz, y fue a detenerse ante una *rékuba*, bajo la cual fumaba beatíficamente un *bachi-bozuc*.

—*Es-selam álekom, Oóseir* (la salud sea contigo) —dijo el oficial.

El *bachi-bozuc*, que estaba de espaldas, levantóse inmediatamente, mirándole con sus ojos verdes como los de una hiena.

—¡Ah, eres tú, Abd-el-Kerim! —exclamó—. ¿Cómo es que te encuentras aquí? ¿Tienes que referirme alguna batalla habida contra ese perro de *Mahdi*?

—Nada de eso, Oóseir —respondió Abd-el-Kerim—. Busco al griego Notis.

—¿Tu cuñado?

—Poco a poco, amigo mío —dijo Abd-el-Kerim sonriendo—. No lo es todavía.

—Pero lo será.

—Si Alá y el Profeta quieren... ¿Has visto a Notis?

—Hace diez minutos que ha llegado y está tomando café allí, en aquel *tugul*.

—Vamos a verle.

El árabe y el *bachi-bozuc*, encamináronse juntos al café de la aldea.

—¿Qué tal te llevas con Elenka? —preguntó Oóseir.

—Nos llevamos bien —respondió Abd-el-Kerim con cierta

frialdad.

—Eres hombre afortunado.

—No digo que no.

—La hermana de Notis es una muchacha seductora, la más hermosa de toda la Nubia y de todo el Sudán, tan admirable que tentaría aun al Profeta si viviese.

—Sí, hermosa, soberbia, quizá demasiado soberbia y demasiado terrible.

—¿Y tú la quieres mucho?

—Tanto como puede ser capaz de querer un árabe.

—Es muy poco, Abd-el-Kerim.

—A mí me parece suficiente, Oóseir.

—Te encuentro hoy un poco frío. En otras ocasiones hablabas con más entusiasmo. ¿Es que la distancia y la vida del campo harán que te olvides de ella?

—No lo creo —respondió el árabe, casi de mal humor—. Elenka ha arraigado en mi corazón. ¿Quién ha de pensar, por tanto, en romper con ella? Es una griega, pero una griega terrible.

—Debe de haberte costado mucho conquistar el corazón de una mujer que despreció el amor del bajá y del mudir (gobernador).

—Para conquistarla tuve que sufrir durante dos años, y de tal modo que creí volverme loco. Me despreció, se burló de mí atrozmente, me destrozó el corazón; luego se apiadó de mí, mostróse menos soberbia y feroz, y terminó por amarme. Había vencido a la griega, ¡pero a qué precio!

Pasóse el árabe la mano por la frente y suspiró.

—Este es el café —dijo Oóseir, deteniéndose.

Habían llegado junto a una gran choza cuyos muros de adobes se hallaban derruidos, que tenía su puntiaguda techumbre cubierta de *ghérse* o paja durísima.

Entraron. El establecimiento estaba ocupado por una veintena de personas, en parte árabes, en parte naturales de la Nubia, y senegaleses envueltos, a pesar del calor, en blancas *fardas* o en amplios *taub* (capas) orlados de rojo. Algunos se hallaban tendidos sobre descoloridas alfombras, fumando silenciosamente en sus *chibucs* de barro cocido y dorado; otros estaban sentados en bancos primitivos o sobre vasijas puestas boca abajo, y bebían *merissak*, especie de cerveza hecha con maíz fermentado, o sorbían con sibarítica voluptuosidad verdadero *moka*, que humeaba en *fiugián* o tazas sin asa. A un lado, sobre un *angareb* cubierto por un tapiz, estaba tendido un griego de mediana estatura, blanca tez, grandes ojos castaños y poblada barba, negra y rizada. Apenas divisó a los dos oficiales, púsose en pie y fue a su encuentro.

—¡Hola, Abd-el-Kerim! —exclamó con alegría.

—¡Ah, eres tú, Notis! —dijo el árabe, estrechando con fuerza la mano que el otro le tendía.

—Temía que no vinieses a buscarme. ¡Ira de Dios! Puedo aún llamarme afortunado.

—No tenías por qué suponer que no había de venir. ¿Cuánto tiempo hace que has llegado?

—Hará una media hora que dejé la *dahabíad* (barca) de ese bribón de Ibrahim. ¡Ah, qué viaje tan pesado, amigo mío! Estoy asado como un camero. ¿Qué tal, Oóseir?

—Como le puede ir a un hombre que pasa el día holgando y fumando —respondió el *bachi-bozuc*.

—Vosotros, en los poblados, estáis siempre bien. ¡A ver, wadgi (cafetero), tráenos unos vasos de *merissak*!

El *bachi-bozuc* y el árabe se sentaron y despacharon uno tras otro varios vasos de cerveza que les trajo el wadgi.

—¿Cómo es, Abd-el-Kerim —preguntó Notis—, que no me preguntas por mi hermana Elenka? ¿Acaso has olvidado a tu novia?

Estremecióse ligeramente el árabe y su frente se arrugó.

—¡Ah, perdona, Notis! —respondió—. Tu presencia, la alegría de volverte a ver, han hecho que me olvide de ella. ¿Cómo está mi bella prometida?

—Te traigo, ante todo, un «montón» de saludos y una «carga» de protestas amorosas —dijo Notis riendo—. La pobre está bien, pero arde en deseos de volverte a ver, y tiene constantemente el temor de que la olvides o de que una bala te mate.

—No debe temer que yo la abandone. La amé desde la primera vez que la vi y creo que le seré siempre fiel.

—Ya sabes tú cómo son las mujeres cuando están enamoradas, y más aún si son griegas. Sienten celos de todo, hasta del sol, del aire, de la luz.

—¡Pobre Elenka! —murmuró el árabe—. Si el Profeta me conserva la vida, la haré... feliz.

Nublósele la frente, y la viva llama que brillaba en sus ojos se extinguió.

—¿Tienes algún mal presentimiento, Abd-el-Kerim? —preguntó el griego en tono de broma.

—No, y creo que no lo tendré nunca. Soy fatalista, como todos los de mi raza, y eso basta para tranquilizarme, hasta

en los trances más apurados.

—Y, cambiando de conversación, ¿qué ocurre en Hossanieh?

—Nada. Jafar Bajá no entrará en acción sin los refuerzos que debe recibir de Jartum. No tenemos artillería y bien sabes tú que sin ella no podemos hacer frente a los rebeldes.

—Temo que esos refuerzos lleguen demasiado tarde. La expedición de Hicks costó doce millones y las cajas, por tanto, están vacías. ¿Qué noticias hay del Sudán?

—Muy malas. El Mahdi es más fuerte que nunca y no sé cómo nos vamos a arreglar para vencerle.

—¡Bah! —dijo el griego, encogiéndose de hombros—. No concedo más de dos meses de vida a ese falso profeta. Déjate que lleguemos a las manos con sus hordas, y le verás derretirse como nieve al sol.

—No nos hagamos ilusiones, Notis, y no despreciemos demasiado a un insurgente que el año pasado destruyó por completo a los ocho mil egipcios de Yussif Bajá y se apoderó de El-Obeid. Créeme, es un hueso duro de roer.

—Pero que se roerá con la ayuda de los cañones y de los «remingtons».

—Los egipcios temen al Mahdi y a sus terribles guerreros.

—¡Vamos! Somos muchos y estamos bien armados.

—Pero desorganizados. Quiera Alá que no seamos vencidos; si nos derrotan, ni uno volverá a Jartum, yo te lo aseguro, Notis. No concederán cuartel ni aun a los heridos.

—Tenemos por guía a Hicks Bajá, Abd-el-Kerim.

—Peor aún. Esos ingleses no son vistos con muy buenos ojos por los egipcios, la mayor parte de los cuales se acuerdan perfectamente del bombardeo de Alejandría y del heroico

Arabi Bajá. Y, por otra parte, ¿qué saben los ingleses del Sudán?

—¿Y a Aladino Bajá no lo cuentas?

—Aladino es un comandante supeditado a las órdenes inglesas y habrá de someterse por fuerza.

—De todos modos, ya veremos.

—¿Y qué se dice de la insurrección en Jartum? —preguntó Oóseir.

—Se teme que no se consiga dominarla —respondió Notis—. Además, muchos se pasan al *Mahdi*, creyendo que realmente es el enviado de Dios.

—¿De veras?

—¡Sí! —dijo el griego castañeteando los dedos—. Estamos en una ciudad partidaria del rebelde, y que le conquista prosélitos en gran escala.

—Tiene suerte ese perro de Mohamed Ahmed.

—Y es un gran hombre —dijo Abd-el-Kerim.

—¡Silencio! —exclamaron de pronto algunos árabes.

—¿Qué pasa? —preguntó Notis, molestado por aquella intimación.

—¿Oís?...

Fuera, oíase sonar un címbalo y, de vez en cuando, estallaban estrepitosos aplausos acompañados de gritos de:

—¡Viva la almea!

—¿Qué sucede? —preguntó Oóseir, levantándose.

—Por lo visto, se acerca alguna almea —respondió Abd-el-

Kerim—. Esperemos aquí, que de seguro vendrá a bailar.

—Debe de ser alguna almea célebre, pues la gente aplaude —observó Notis.

—Es Fátima, la más bella danzadora del Sudán —dijo un árabe.

El sonido del címbalo se oía cada vez más cerca, hasta que se detuvo ante la puerta del café. Oyóse crujir un vestido de seda, y, al instante, una mujer entró en la estancia.

Pusiéronse en pie los tres oficiales, y lanzaron una exclamación de admiración y sorpresa.

La mujer que acababa de entrar era una criatura de belleza extraordinaria, irresistible, una de esas criaturas con las cuales parece que Dios ha querido dar una muestra del límite de belleza, seducción y encanto a que puede llegar una mujer. Tendría hasta veinte años, era alta, robusta, graciosa, de formas voluptuosamente redondeadas y estupendamente desarrolladas.

Su color era moreno, pero un moreno oscuro; su cabeza era soberbia; grandes ojos negros, rasgados, vivos, centelleantes, como diamantes negros, con espesas y arqueadas cejas; labios de coral, carnosos, provocativos, y dejaba ver por entre ellos los blancos dientes parecidos a purísimas perlas. Del rojo tarbusch caían, flotantes y perfumados, sus cabellos, que, como denso velo, cubrían los robustos hombros sembrados de moneditas de oro.

Vestía una sencilla falda de seda azul, adornada con franjas de oro, sujeta con delicadeza bajo el pecho por un rico cinturón cuajado de estrellitas de plata, el cual descendía hasta los blancos pantaloncillos que le cubrían las piernas; un juboncillo rojo le ocultaba el turgente seno, y encerraba los desnudos y diminutos pies en babuchas de tafilete amarillo. Gran número de aretes de oro y pedrería refulgían en sus desnudos, bellísimos y redondos brazos.

—¡Oh, qué admirable almea! —exclamó Notis.

Efectivamente, aquella mujer tan hermosa era una almea árabe. Son las almeas bailarinas y cantoras esparcidas por Egipto y Sudán, y que por su cultura y estudiada gracia se consideran como lo más escogido de las mujeres egipcias. Conocen las reglas de la versificación y saben improvisar y componer canciones y bailes en armonía con las circunstancias, tomando parte en todas las reuniones en que reina la alegría y en todos los festines, donde constituyen siempre el principal ornamento. Son la delicia de las jóvenes del harén, a las cuales enseñan todos los *moal* o elegías que saben, cuéntanles historias galantes o les dan lecciones de baile; asisten a las bodas, precediendo al acompañamiento de la novia, y van tras los cortejos fúnebres cantando *moal* plañideros, llorando y haciendo un duelo tal que cualquiera podría creer que lo sienten en su corazón, siendo así que únicamente lo hacen por su salario.

La almea que había entrado en el café, después de haber saludado a los circunstantes con una fascinadora sonrisa y haber distribuido varios besos con la punta de sus pequeños dedos, envolvióse en un velo azul.

Casi al mismo tiempo, entró un esclavo joven, provisto de un címbalo. Sentóse en un extremo, y, después de haber tocado por espacio de algunos minutos, exclamó:

—Nahbé la (la abeja).

La almea, que había ya comenzado a danzar dando breves pasos y haciendo flexibles contorsiones hacia los lados, ondeando con gracia el velo y sonando los aretes de oro de sus brazos, se detuvo al oír aquella exclamación y miró en torno con terror profundo.

—¡Ah! —exclamó Notis—. Es el baile de la abeja. Atiende, Abd-el-Kerim, que es cosa digna de verse.

La almea agitaba sus brazos como si tratase de rechazar una

abeja que quisiera picarla; en su hermoso rostro se reflejaba gran angustia, y agitaba el tenue velo azul con gran variedad de voluptuosos movimientos. Deteníase, a veces, como fatigada, y sus ojos, que centelleaban de un modo singular, miraban a Abd-el-Kerim, el cual se estremecía como si penetrasen hasta el fondo de su alma.

La lucha contra la supuesta abeja duró hasta un cuarto de hora, animada por el incesante sonido del címbalo; luego, se detuvo la almea angustiada y extraviada, y lanzó un agudo grito de dolor. Al parecer, la abeja le había penetrado a través de los vestidos y le hacía sentir su fino aguijón.

Intentó librarse de él; luego, con ágiles movimientos, púsose a dar vertiginosas vueltas sobre sí misma, terminando por abandonarse, agotadas sus fuerzas, entre los brazos del esclavo.

Los circunstantes prorrumpieron en ruidosos aplausos.

—¡Voto a sanes! —exclamó el griego, descargando con fuerza el puño sobre la mesa—. ¡Nunca he visto mujer semejante! ¡Es tan soberbia como una hurí!

Abd-el-Kerim levantó la cabeza, crispó las manos arañando con las uñas la piel del angareb, y dirigió una torva ojeada al griego.

—¡Él! —murmuró.

La almea se había acercado a ellos con la mano tendida. Abd-el-Kerim sacó un puñado de piastras y se las entregó. La sonrisa que recibió en cambio, le desconcertó.

Notis miró a entrambos con sorpresa y sintió que una oleada de sangre le afluía a la cabeza, al notar la mirada que cambiaron, y asaltarle una sospecha.

—¿Cómo te llamas, bella almea? —preguntó con sarcasmo.

—Fátima —contestó con noble altivez la danzarina.

—¡Eres muy hermosa! —exclamó Oóseir levantándose—. Tan hermosa que quiero poner mis labios sobre los tuyos.

La almea retrocedió. Inflamaron sus ojos la ira y el desdén.

—No me toques —dijo con aire amenazador—. Hay puñales capaces de atravesar el pecho, aunque sea el de un bachi-bozuc.

Volvió bruscamente las espaldas y salió del café, seguida del esclavo. Oósier hizo ademán de lanzarse tras ella, pero dos manos de hierro le hicieron encorvarse sobre el angareb.

—No te muevas —díjole Abd-el-Kerim con gravedad.

—¿Qué te ocurre? —preguntó el bachi-bozuc irritado.

—No te muevas, repito.

—¿Es quizá tu amante?

El griego se puso en pie con los cabellos erizados, y mirando fijamente al árabe.

—¡Tu amante! —exclamó con voz ahogada—. ¿Y Elenka? ¿Y mi hermana?

—No tengas cuidado, Notis —dijo Abd-el-Kerim con tranquilidad—. Es la primera vez que veo a esa mujer y soy incapaz de traicionar a mi prometida.

—¿Puedo creerte?

—Debes creerlo.

—Entonces, ¿qué te importa a ti que yo quiera besarla?
—preguntó Oósier.

El árabe se calló, no sabiendo qué contestar.

—¿Temes que me apuñale esa *almea*?

—Sería capaz de hacerlo —dijo un sudanés que fumaba cerca.

—¿La conoces? —preguntó Notis con vivacidad—, ¿dónde vive?

—No sé quién es. Llegó a Machmudiech hace dos días, e inmediatamente se ha hecho temer. Un barquero que intentó abrazarla, recibió una puñalada y fue después echado al Bahr-el-Abiad.

—Pero esa *almea* ¿es una hiena?

—Acaso algo peor —repuso el sudanés.

—¿Y dónde os parece que habrá, ido ahora? —preguntó Oósier.

—He visto ahí fuera su camello. Debe de haber partido en dirección de Hossanieh, pues hablaba de ir al campamento egipcio.

Abd-el-Kerim, que había prestado gran atención a aquella respuesta, púsose en pie como impulsado por un resorte.

—Ya es de noche —dijo con voz ligeramente alterada.

—¡Qué importa! —exclamó Oósier.

—Tenemos que andar mucho antes de llegar a Hossanieh.

—¿No tenéis *maharís*?

—Los *maharís* no impiden que las fieras salgan de sus cuevas. Vamos, Notis, vámonos.

—Tienes razón, Abd-el-Kerim —dijo el griego levantándose.

Dieron un puñado de *parás* al *wadgi*, ciñéronse las cimitarras, que habían dejado en un rincón, y estrecharon la mano al *bachi-bozuc*

.

—Adiós, Oósier —dijo el árabe.

—Buena suerte, amigos míos —respondió el *bachi-bozuc*—. Que Alá y el Profeta alejen los leones y las hienas.

El árabe y el griego saludaron a los circunstantes y salieron del café.

CAPÍTULO II. LA ALMEA

Las tinieblas habían ya descendido. Al norte, en lo más alto de las crestas del monte Auli, veíase la luna, que irradiaba una claridad indecisa sobre la oscura arboleda del Gemandre, y en el cielo aparecían las estrellas, que se reflejaban vagamente en la azul y plácida corriente del Bahr-el-Abiad. Algunos sudaneses y árabes vagaban aún o estaban sentados en medio de las calles o al abrigo de las paredes de las chozas fumando en sus *chibucs* o en el *narghilé*.

Los dos oficiales bajaron hacia la ribera del río, junto a la que flotaba una *dahabiad* de seis remos, tripulada por otros tantos remeros. Entraron en ella, se hicieron conducir a la orilla opuesta y desembarcaron junto al bosque, cuyos gigantescos y frondosos árboles se inclinaban graciosamente sobre las aguas.

—¿Dónde están los camellos? —preguntó Notis.

—A cincuenta pasos de aquí —contestó Abd-el-Kerim, distraído.

—¿Trajiste en tu compañía a mi esclavo Takir?

—No, le dejé en el campamento para que disponga tu tienda.

—Entonces, ¿quién guarda a los animales? Si los has dejado solos, no sé si los encontraremos. Los árabes, amigo mío, no son modelos de honradez.

—No tengas cuidado, Notis. Se los confié a un sudanés conocido mío.

Treparon por la ribera, que resultaba casi perpendicular, y estaba llena de cañas de enormes raíces que se

enmarañaban unas con otras, y se internaron bajo las oscuras bóvedas de la selva. Notis tomó por una senda apenas perceptible, y Abd-el-Kerim le siguió en silencio, con la frente contraída como si un grave pensamiento le atormentase.

Al cabo de unos veinte minutos, descubrió el griego, casi oculta entre el follaje, una zeribak, especie de redil formado por estacas en que suelen encerrarse los ganados para protegerlos contra los ataques de las fieras. Detúvose y apercibió por precaución su revólver.

—¿Qué es eso, Abd-el-Kerim? ¿Dónde estamos? —preguntó.

El árabe, que se hallaba lejos, no le oyó, y, por lo tanto, no pudo responderle. Notis miró hacia atrás y le vio detenido en medio del sendero, mirando fijamente las orillas del Bahr-el-Abiad.

—¿Qué tendrá Abd-el-Kerim? —murmuró—. Hace poco, cuando le hablaba de mi hermana, se alegraba y parecía feliz. ¿Por qué ahora estará triste? Cualquiera diría que en Machmudiech ha dejado alguna cosa... Parece que se aleja a la fuerza.

Retrocedió de puntillas, y observó detenidamente a su acompañante, que dirigía su mirada hacia la aldea, y precisamente en dirección del café. Hizo un gesto de sorpresa, y aun, si se quiere, de impaciencia.

—¡Oh! —exclamó.

Cruzó por sus ojos un brillo extraño. Casi al mismo tiempo se volvió Abd-el-Kerim.

—¿Qué quieres, Notis? —preguntó con la mayor calma del mundo.

—He visto una rezibak —respondió el griego con la misma tranquilidad.

—No temas; es la del sudanés. En ella están nuestros *maharí*.

Notis no se movió; esperó que se acercase, y luego le preguntó bruscamente:

—¿Qué tienes, Abd-el-Kerim?

El árabe le miró como si quisiese leer en sus ojos el motivo de aquella pregunta.

—Mirabas fijamente hacia Machmudiech —continuó Notis como distraído—. ¿Por qué?

—¡Bah! Por curiosidad.

—¿Acaso te desagrada alejarte de ese pueblo?

—¿Por qué?

El árabe le miró aún con mayor atención y con recelo.

—No sé, me parecía...

—No hay nada que me interese en Machmudiech. Sigamos adelante, Notis, que es tarde y hemos de recorrer más de cuarenta millas para llegar a Hossanieh.

Emprendieron de nuevo su camino y llegaron junto a la *zeribak*, en medio de la cual erguíanse dos largas astas que sostenían un destrozado estardarte egipcio.

Al primer silbido de Abd-el-Kerim, salió un sudanés cubierto con una simple *farda* blanca, echada con gracia sobre un hombro y con un *toramisc* rojo en la cabeza.

—¿Los *maharís*? —dijo lacónicamente el oficial.

—Están dispuestos.

Entraron en la *zeribak*, en medio de la cual estaban arrodillados los dos animales.

El sudanés los tenía ya ensillados, habiendo colocado sobre sus gibas una silla de piel de carnero, hundida en el centro y provista, tanto por detrás como por delante, de sendos trozos de madera cilíndricos, puestos horizontalmente para servir de apoyo al jinete, y colgados de los lados. Los fusiles «remington», las bolsas de cuero y las provisiones de comida y agua, víveres indispensables en África, donde las ciudades son rarísimas y escasean demasiado las aldeas.

Mientras el griego examinaba la cincha de su cabalgadura, Abd-el-Kerim llamó a su lado al sudanés.

—¿Has visto pasar a alguien? —preguntó apresuradamente y en voz baja.

—Sí —dijo el sudanés.

—¿A quién?

—A dos personas sobre un *maharí* con montura de color oscuro.

—¿Y eran?...

—Lo ignoro, pero la una parecía mujer.

Abd-el-Kerim se sobresaltó. Su faz, que poco antes estaba tétrica, se iluminó con un rayo de júbilo. Con un gesto despidió al sudanés.

—Montemos, Notis —dijo luego.

Los dos oficiales hicieron arrodillar a los *maharís* con un simple sonido gutural, saltando después sobre la giba y sentándose con las piernas cruzadas.

—Alá os guarde —dijo el sudanés.

—Ih, ih! —gritó Notis.

Los dos *maharís*, obedientes a la señal, salieron de la *zeribak* y partieron siguiendo el sendero que conducía hacia el Oeste; tomaron un trote largo, levantando y agachando bruscamente la cabeza y la cola, modo de andar poco agradable para quien no está acostumbrado, porque parece que va a perder el equilibrio, y, como consecuencia de las continuas y violentas sacudidas, experimenta fuertes dolores de cabeza, así como en las manos, que se le hinchan, y en los riñones, que parece que se quiebran.

Los *maharís*, excitados por las correas de los que los montaban, atravesaron en menos de quince minutos la selva, que se extiende, tanto a la derecha como a la izquierda del *Bahr-el-Abiad*, desde *Jartum* hasta *Machadat Azu Zet*, en dos millas o más de longitud.

Habiendo desembocado en la grande y árida llanura de *Gemange*, animada tan sólo por algún que otro grupo de palmeras, algunas tísicas acacias y miserables *tugul* o cabañas, apresuraron el paso, deslizándose como gigantescos y silenciosos fantasmas hacia los ondulados terrenos del Sur, en dirección de *Hossanieh*.

Notis, que galopaba a pocos pasos de distancia de *Abd-el-Kerim*, percatóse de pronto de que éste daba extrañas señales de inquietud, cuya causa aún no había podido averiguar. Veíale a menudo levantarse sobre la silla como si quisiese abarcar mayor horizonte, dirigir su mirada a la derecha, a la izquierda, hacia delante y, a veces, hacer un gesto de desaliento y de enojo. En varias ocasiones le vio llevarse ambas manos a las orejas e inclinarse hacia tierra, como quien desea advertir el más lejano rumor.

«¿Qué le pasará? —se preguntaba el griego, mientras apretaba la correa del *maharí* y clavaba la vista en su compañero—. Se ve que tiene alguna preocupación, pero trata de ocultármela. Aquella mirada fija en la aldea o, mejor dicho, en el café, el lugar precisamente en que bailó... ¿Podrá ser cierto?...»

Una terrible sospecha asaltó su cerebro, sospecha que le heló la sangre en las venas e hizo, al mismo tiempo, que se le encendiese el rostro. Un cruel y siniestro relámpago animó sus ojos, que relumbraron como dos carbones.

—¡Ah! —murmuró.

Sacó de su bolsillo un poco de tabaco, lo envolvió en un papel de fumar, haciendo un cigarrillo, que encendió a pesar de la rapidez vertiginosa del *maharí*, lanzó al espacio tres o cuatro bocanadas de humo, y volviéndose hacia Abd-el-Kerim, le dijo:

—¿En qué piensas, querido cuñado? —preguntóle afectando la mayor despreocupación.

—En mil cosas —respondió el árabe.

—Te lo diré yo, Abd-el-Kerim: piensas en mi hermana Elenka.

El árabe quedóse un momento callado, como si no hubiese comprendido.

—No puedes engañarte —contestó al fin—. El fuego que nace en el corazón no se extingue ni aun con el sueño.

—Y yo, ¿sabes en qué pienso?

—Leer el pensamiento humano no es dado más que a Alá y a su Profeta.

—Pienso en aquella adorable almea que vi danzar en Machmudiech.

En el árabe advirtiése un estremecimiento.

—¿En Fátima? —articuló con voz sorda.

—Sí, en Fátima. ¿Qué te pareció a ti?

—Me parecía tener delante...

Quiso añadir una hurí de Mahoma, pero las palabras murieron en sus labios.

—Una hermosa mujer, quieres decir.

—Eso es. ¿Y cómo es que tú piensas en ella?

—¿Por qué?

—No creo exagerar si te confieso que me han fascinado sus ojos y que su voz me llegó al corazón.

Si hubiese sido de día, hubiese podido Notis ver cómo se contraían los labios del árabe y palidecía su rostro.

—¡Ah! —esforzóse en decir Abd-el-Kerim—, ¿aquella criatura te ha robado el corazón?

—Di más bien que ha echado dentro de él una chispa.

—¿Y esa chispa es...?

—De amor.

El árabe dio un tirón tan violento a la brida que el *maharí* se vio forzado a levantar la cabeza. Notis se dio cuenta de ello.

—¿Qué diablos te pasa, Abd-el-Kerim?

—Nada, he refrenado al camello porque se iba a dar contra una roca.

—¡Oh! —dijo el griego—. No comprendo cómo pueda hallarse una roca en estos terrenos.

La conversación terminó con aquello. Los dos *maharís*, que habían acortado por un instante su marcha, tomáronla de nuevo más velozmente, subiendo y bajando aquellas colmas sembradas de unas hierbas espinosas que los indígenas

llaman *alfeh*, quemadas por los ardientes rayos del sol ecuatorial.

La llanura, interrumpida acá y allá por desmedradas y melancólicas palmeras y por algunos torrentes pantanosos, alargábase ahora flanqueada al Este por las selvas que siguen al Bahr-el-Abiad en su tortuoso curso, y al Oeste por pequeñas cadenas de montañas, entre las cuales sobresalían los montes Arab, Mussa, Semela y Mántara.

A medianoche habían ya recorrido más de la mitad del camino y se disponían a suspender la marcha para dar un poco de reposo a los animales, cuando a lo lejos se oyó de pronto una detonación.

Abd-el-Kerim se sobresaltó al oírla.

—¿Has oído, Notis? —preguntó descolgando de la silla el «remington».

—Perfectamente, amigo mío —respondió el griego sin descomponerse.

—Puede ser alguien que corra peligro.

—Y puede haber sido también algún cazador.

—Es imposible.

—¿Y por qué, me haces el favor? Me han dicho que gustan de cazar al león en estas comarcas y tú sabes mejor que yo que tal animal no se caza más que de noche.

—Sin embargo...

—Ten en cuenta, además, que estamos en país sublevado y que, con frecuencia, vienen los espías de los rebeldes a rondar los campamentos egipcios. Allá se las componga el que hizo el disparo, Abd-el-Kerim.

El árabe no respondió, pero arreó al *maharí* irguiéndose cada

vez más sobre su cabalgadura y mirando hacia delante. Al levantarse una de las veces, divisó una sombra amarillenta que galopaba furiosamente por la llanura.

—¡Oh, oh! Ponte en guardia, Notis, que tenemos cerca un león —dijo.

—Si así es, creo que haremos bien en preparar los «remingtons». Espero que el señor del desierto no se atreverá a atacarnos. ¡Eh!...

Una segunda detonación resonó a lo lejos, y la tercera un momento después.

—¡Ah, Notis, no es un cazador! —exclamó Abd-el-Kerim—. Te lo aseguro.

—Tienes hoy unas ideas extrañas. Dos o tres detonaciones te conmueven.

—Tenemos delante un *maharí*, Notis.

—Bueno, y eso, ¿qué quiere decir?

—No sé...; lo monta una mujer, una hurí...

—¿Quién? ¿Quién?

—¡Es Fátima!

—¡Mi amor! ¡Vuela, Abd-el-Kerim! ¡Corramos en su auxilio!

Descompúsose atrozmente el semblante del árabe al oír aquella exclamación, pero no dijo palabra. Apercibió el «remington» y azotó al camello inclinándose en la silla.

Los dos *maharís* partieron veloces como el viento y subieron una colina que impedía ver la llanura que había al pie de ella. Una cuarta descarga rompió el silencio de la noche, y tan cerca sonó que parecía que quien la había hecho estaba apenas a cincuenta metros de la elevación.

Casi al mismo tiempo se oyó un terrible grito: ¡Auxilio!

—¡Ah, qué voz! —exclamó Abd-el-Kerim—. ¡Corre, Notis, corre!

Llegaron a la cima de la colina y desde allí vieron derribado en medio de la llanura un camello y un hombre se revolcaba en la arena, y a pocos pasos de ellos una mujer, atenta a un gigantesco león que daba vueltas vertiginosamente en derredor de ella con saltos monstruosos.

—¡Notis!... ¡Es Fátima! —gritó Abd-el-Kerim.

Mediante un salto de tigre arrojóse de la silla, se arrodilló y apuntó con el «remington». Partió el tiro. El león, herido en la cabeza, dio un salto de quince pies, lanzando un espantoso rugido.

Detúvose con la melena erizada, lo cual le hacía parecer de doble tamaño. Esquivó los disparos de Notis y de Fátima, y se lanzó contra el árabe, que había sacado el yatagán.

El choque fue terrible. Hombre y león cayeron al suelo, el uno dando gritos salvajes y el otro rugiendo horrendamente.

Notis voló valientemente en ayuda de Abd-el-Kerim, pero antes de que pudiese llegar junto a ellos, el árabe habíase ya levantado con el yatagán manchado de sangre hasta la empuñadura, tranquilo, sonriente, y puso un pie sobre el cuerpo del león, que había muerto de la puñalada.

—¿Estás herido? ¡Me das miedo!

—No temas, Notis —dijo Abd-el-Kerim—. El león ha muerto sin haber tenido tiempo de llegarme a la carne.

—Has sido un loco en atacarle con el yatagán.

—Esta noche, y en este lugar, hubiera luchado con diez leones.

Tomó un *viaharí* por la brida y se dirigió apresuradamente hacia Fátima, que se había arrodillado al lado del hombre. Notis le siguió.

—*Es-selam alikom* —dijo el árabe a la almea.

Fátima levantó la cabeza, le miró por algunos instantes con aquellos ojos que llameaban, púsose en pie, y tendiéndole su pequeña mano, dijo:

—¡Eres un héroe!

—Gracias, Fátima.

La almea se le acercó más aún.

—¡Ah! Tú eres el que vi en Machmudiech.

—No te equivocas. Este es mi compañero.

—Alá os pague el bien que me habéis hecho. Sin vosotros, hubiera muerto a estas horas.

—Y de tu muerte no me hubiera yo consolado jamás, adorable criatura —dijo Notis con galantería.

La almea movió la cabeza, y una sonrisa asomó a sus labios, pero parecía una sonrisa amarga, forzada, y hasta casi irónica.

—¿Adónde te diriges? —preguntó el árabe.

—Al campo de Hossanieh.

—Nosotros también. Según parece, tu *maharí* y tu esclavo han muerto.

—Los ha matado el león.

—¿Quieres montar en mi *maharí*? Es animal fuerte y mis brazos capaces de sostener tu ligero cuerpo. Irás como en un *angareb*.

—¿Y por qué no en el mío? —interrogó Notis.

—El héroe es siempre más fuerte —dijo la almea.

El griego arrugó la frente y apretó los puños con despecho.

—¡Ah! —murmuró—. ¡Héroe! Lo veremos, Abd-el-Kerim.

Montó el árabe en el *maharí*, alargó los brazos a la almea y la colocó a la grupa, sentándola sobre sus propias rodillas y rodeándola delicadamente con sus brazos. Notis, por su parte, se acomodó sobre la silla de su cabalgadura.

—Vamos, noble amigo mío —dijo Abd-el-Kerim, tomando la correa y haciéndola silbar en el aire—; eres bastante fuerte para llevarnos a los dos.

Los *maharís* emprendieron de nuevo su desenfrenada carrera a través de la llanura, devorando el camino con rapidez creciente.

Fátima, abandonada en los brazos del árabe, que se acercaba tanto a su pecho que quizá sentía los latidos de su corazón, no decía palabra. Tan sólo de vez en cuando volvía la cabeza hacia el que la conducía, fijaba sus negros y grandes ojos en los de él, y sus labios de coral entreabríanse con fascinadora sonrisa.

Abd-el-Kerim, al sentirla apoyada tan muellemente sobre las rodillas, al sentir su negra y larga cabellera azotarle el rostro y aun rodear su cuello, al respirar su ardiente aliento, al mirarla, experimentaba tales emociones que se creía víctima de un sueño. Subíale la sangre a la cabeza circulando más rápidamente por las venas, latíale violentamente el corazón y clavábanse involuntariamente sus ojos en los de ella, sin que fuese capaz de separarlos.

En medio de tales emociones, que poco a poco iban haciéndose más intensas, oscurecía la imagen

deslumbradora de la fiera Elenka, esfumábase, desaparecía. La misma imagen de Notis se nublaba, borrábase hasta creerse el árabe solo, recorriendo con Fátima la llanura.

—Fátima —dijo él de pronto con acento acariciador.

La almea se estremeció al oír su nombre, y volvió la cara hacia el árabe.

—Fátima, ¿adónde irás después que lleguemos a Hossanieh?

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Por qué?... Pero...

—¿Acaso tienes interés en saberlo?

El árabe se sobresaltó y permaneció mudo.

—Me quedaré en Hossanieh.

Abd-el-Kerim la atrajo hacia si con viveza. Inclínóse hacia ella como si quisiese decirle alguna cosa, pero no tuvo tiempo para hacerlo.

—¡Abd-el-Kerim! —gritó Notis en aquel instante.

El árabe tembló y se retiró como si le hubiese picado una víbora.

—¡Estamos a la vista del campamento!

De sus labios salió un profundo suspiro.

CAPÍTULO III. LOS DOS RIVALES

El campamento egipcio estaba en una llanura aridísima, surcada, sin embargo, acá y allá por pequeños riachuelos y sembrada de antiguos *birs* o pozos, a pocos pasos de las últimas chozas o *tuguls* de la aldea de Hossanieh. Componíase de unas trescientas tiendas, colocadas en tres series, que rodeaban la gran tienda del bajá, sobre la cual ondeaba la bandera egipcia, y las inferiores, pero no menos elevadas, de los oficiales.

Ochocientos hombres, en su mayoría nubios y sudaneses, con muy pocas piezas de artillería y una compañía de *bachi-bozuc* a caballo, componían todas las fuerzas acampadas, al mando de Jafar Bajá, hombre aguerrido e intrépido que conocía perfectamente el Hossanieh y el Sudán y que se había propuesto reunirse, a pesar de que el paso estaba defendido por numerosas hordas del Mahdi, al ejército de Hicks y de Aladino Bajá, que operaba hacia El Obeid, capital del Cordofán.

Apenas advirtieron los dos maharís la proximidad del campamento, apresuráronse de tal modo que en pocos momentos llegaron a los primeros centinelas, los cuales, al reconocer en los que montaban aquéllos a dos oficiales, dejáronlos pasar sin dar la voz de alerta ni preguntarles quiénes eran.

Abd-el-Kerim se detuvo junto a la última choza de Hossanieh.

—¿Adónde vas, Fátima? —preguntó a la almea.

—A aquella casita que se ve allá abajo, en la linde de aquel campo de *durah* —respondió Fátima con voz dulce—. No es necesario que me acompañes; el león que mató al pobre Daud ya no me amenaza.

Notis había descendido de la silla y se había acercado al maharí del árabe. Tendió ambas manos, sobre las cuales se apoyaron los diminutos pies de la almea, tan pequeños que causarían envidia a los de las chinas, y la dejó en tierra.

—¿Nos volveremos a ver, adorable criatura? —preguntó el griego.

En los labios de Fátima viose una encantadora sonrisa.

—Si Alá quiere —contestó ella.

—Tendría un gran disgusto si te perdiese de vista para siempre.

—¡Ah!

—Eres bella, Fátima.

—Yo no te lo pregunto.

—Eres más bella que las huríes del Paraíso. Y yo...

Echóle la almea una mirada fulminante y arrugó la frente.

—Notis —dijo el árabe con gravedad.

El griego, que alargaba los brazos hacia la árabe, se detuvo.

—Allah ybarek jik (que Dios te bendiga) —dijo Fátima levantando la mano hacia Abd-el-Kerim.

Púsose la carabina en bandolera, envolvióse en su blanco taub y se alejó con paso rápido, con marcha arrogante y majestuosa, haciendo tintinear los numerosos aretes que adornaban sus brazos.

—¡Por Alá! —exclamó Notis casi con cólera—. No he encontrado en mi vida una almea semejante. ¿Desde cuándo una mujer que va a bailar por los campamentos tuerce el

gesto por una palabra melosa?

—¿Te sorprende acaso? —preguntó Abd-el-Kerim en un tono en que se advertía cierta ironía.

—¡Ya lo creo!

—Fátima no es una almea vulgar.

—Y, sin embargo, se abandonó en tus brazos. ¡Ah, Abd-el-Kerim, qué suerte tienes!

—¿Por qué?

—Hubiera dado mil piastras por haberla tenido sobre mis rodillas con su cabecita apoyada en mi pecho.

—¿Estás loco, Notis? ¿Acaso te has enamorado de ella?

—¿No te parece hermosa?

—Más hermosa que todas las mujeres que he visto de veinticinco años a esta parte.

—¿Más también que mi hermana Elenka?...

Cogido de improviso turbóse el árabe y no respondió.

—¡Ah! —dijo el griego con ironía—. Aun Elenka te parece inferior a esa almea, a ti, el enamorado, el prometido de mi hermana.

—Hablas sin reflexionar —dijo Abd-el-Kerim, reponiéndose con presteza—. ¿Cómo quieres que yo, que adoro a Elenka, crea que otra mujer que no me interesa ni poco ni mucho, le supere en belleza? No tienes razón en dudar de mí.

—Soy un loco, amigo mío, lo soy al dudar de ti. Es. volvamos a Fátima.

—Como gustes, Notis.

—Ante todo, ¿sabes quién es y de dónde viene?

—Lo ignoro. Sé que se llama Fátima y nada más. Pero ¿a qué viene esa pregunta?

—Porque estoy prendado de esa hermosa danzarina.

—¿Tan pronto? Corres como un *maharí* de los más veloces —dijo el árabe esforzándose en aparentar una calma que no sentía en modo alguno.

—Siento aquí, en el corazón, una llama que comienza a arder. Esa llama es el amor y me temo que dentro de poco tome proporciones gigantescas.

El árabe se encogió de hombros intentando sonreír, pero sin conseguirlo.

—Si no hubieses estado tú presente, te juro, Abd-el-Kerim, que habría estampado un beso en sus labios. Pero ya la encontraré sola.

Una llama asomó a los ojos de Abd-el-Kerim, pero una llama de ira y de desdén. Frunció el ceño y posó su mano sobre la culata del revólver.

—¡Ten cuidado, Notis! —dijo con tono sombrío.

—¿Crees que voy a tener miedo de una mujer?

—¡Quién sabe! Pudiera suceder que sobre aquella mujer brillase una cimitarra.

Quedó el griego estupefacto, mirándole con ojos extraviados. Pero había oído hablar a Abd-el-Kerim en aquel tono sombrío y amenazador. Creyó no haber comprendido.

—¿Una cimitarra has dicho? —preguntóle.

—Sí, la cimitarra de un hombre que tiene brazos de hierro.

—¿Tendré entonces un rival? Abd-el-Kerim, tú sabes algo y tratas de ocultármelo.

—No sé nada.

—Ten en cuenta que amo ya a Fátima como tú amas a Elenka y hasta creo que amo más que tú.

—Silencio, Notis; no hablemos más de ello; es tarde y tengo sueño.

—¡Vamos, por Alá! ¿No me dirás antes algo?

—No arrancarás una palabra de mi boca ni con unas tenazas. Buenas noches, amigo mío. Yo me voy a dormir a mi tienda, y tú vete a la tuya, que se encuentra a pocos pasos de la del bajá.

El árabe no añadió una sola palabra, dejó a Notis y desapareció en las tinieblas con su *maharí*.

—¡Un rival! —exclamó el griego con mal reprimida ira—. ¿Y quién podrá ser?

Permaneció allí un instante pensativo, sombrío, oprimiendo nerviosamente la empuñadura de la cimitarra; luego se introdujo entre las tiendas y los pabellones llevando tras de sí al animal. A los diez minutos deteníase ante su tienda, a cuya entrada roncaba un colosal nubio completamente negro.

Le despertó, confióle el *mahari*, y se echó en su cama después de haber encendido un cigarrillo. Su pensamiento voló inmediatamente hacia la *almea*.

—Creo que aquella adorable criatura llegará a ser mía —murmuró—; pero siento ciertos temores que también he de tener presentes. No sé, pero Abd-el-Kerim me ha hablado de tal manera, con un tono tan grave, tan extraño, que me da que pensar seriamente. Si no estuviese seguro de que él ama

locamente a Elenka, casi, casi, diría que hablaba con rabia, como si fuese mi rival. ¿De modo que me ha hablado de una cimitarra que brilla sobre Fátima? Eso quiere decir que hay alguien que vela sobre la almea, está bien claro, clarísimo. ¿Y quién será ese hombre? ¿Habrá improvisado esta amenaza para mantenerme lejos de esa mujer? Si es así, Abd-el-Kerim se equivoca. Los ojos de Fátima se han grabado en mi corazón de tal modo que ningún otro amor será capaz de borrarlos. ¡Arde en mi pecho una llama que, apenas encendida, ha adquirido enormes proporciones!

Sentóse en el lecho y miró en derredor. Parecía ver por todas partes unos ojos llameantes que le miraban: los ojos de la almea. Púsose en pie como movido por un resorte y descolgó su carabina.

—Me ha hablado de un rival —dijo con ira—. Iré a cerciorarme de ello; pero ¡ay de él si le veo rondar la casita!...

Saltó por encima del nubio, que había vuelto a dormirse, y salió con paso silencioso. Miró en torno con desconfianza, pero no vio más que a los soldados de guardia que vigilaban junto al fuego. Escuchó; pero no oyó sino los formidables ronquidos de los negros que dormían bajo las tiendas y el silbido del viento que agitaba los estandartes.

—Todos duermen —murmuró—. ¿Nos veremos, incógnito rival?

Atravesó el campo, deteniéndose junto a la primera choza de Hossanieh. Echóse en tierra para no ser visto de nadie, y comenzó a arrastrarse lentamente, sin hacer más ruido que una serpiente, escondiéndose tras los grupos de mimosas. Pronto se encontró cerca de la casita de Fátima, que tenía techo de paja y paredes de madera, y estaba flanqueada por una rékuba que partía del techo y se hallaba sostenida por palos; bajo ella descansaban de ordinario los viajeros y los camellos.

Enderezóse y miró atentamente hacia delante, hacia atrás, a derecha e izquierda, pero no vio alma viviente rondando los alrededores. Levantó la vista hacia las ventanas, pero las vio oscuras y cerradas. Respiró.

—¿Me habrá engañado? ¿Y con qué fin? —murmuró.

Dio dos o tres vueltas alrededor de la casita, y ya iba a alejarse cuando vio una sombra que se dirigía hacia aquel lugar. Palideció, empuñando con rapidez la carabina.

—¡El rival! —exclamó con voz sorda.

Dudó un momento, ocultóse luego bajo la *rékuba* y ganó, sin haber sido descubierto, un macizo de leguminosas arborescentes, escondiéndose en medio.

—¿Quién eres? ¿Quién eres tú que vienes a disputármela? —preguntóse a sí mismo.

El que avanzaba lo hacía de puntillas y miraba de vez en cuando en derredor, como quien teme ser descubierto. Era alto e iba vestido de oficial, pero con una tela blanca ceñida al pecho. Colgada de un hombro llevaba la carabina y en la mano un objeto alargado que Notis no consiguió distinguir.

Detúvose ante la *rékuba*, y allí permaneció inmóvil, con los ojos elevados a las ventanas, luego miró y volvió a mirar varias veces en derredor, se detuvo de nuevo, tomó el objeto alargado, que era una *rabada*, especie de guitarra, y le arrancó sonidos suaves y melancólicos.

—¡Ah! —exclamó Notis sarcásticamente—. Se ve que mi rival tiene buen gusto. ¡Por Alá! Quiere dar una serenata bajo la ventana de la bella Fátima. ¡Cuidado! Pudiera ser que yo dejara rígidos tus dedos con una bala de mi «remington».

En aquel momento, el hombre empezó a cantar. Al oír la primera sílaba, Notis dio un salto mirando con odio al cantor.

«¿Será un sueño?» —preguntóse.

La canción siguió cadenciosa, dulce. Tembló el cuerpo de Notis y el cabello se le erizó sobre la frente.

—¡Abd-el-Kerim! ¡Abd-el-Kerim!

Ahogósele la voz. Una gran nube le pasó por delante de los ojos.

—¡Ah, traidor!...

Alzó el «remington», montó el gatillo y apuntó a Abd-el-Kerim, que seguía cantando, entremezclando en su canción el nombre de Fátima. Al cabo de unos segundos lo bajó otra vez.

«¿Y mi hermana? ¿Y la pobre Elenka? ¿Y su prometida?...»

«¡Ah, miserable!... ¡Tú eres el rival de que me hablabas! Pero ¿desde cuándo?... ¿Cómo?... ¿Es posible que haya olvidado a mi hermana? ¡Voto a sanes!...»

Por segunda vez levantó el «remington» y por segunda vez volvió a bajarlo.

Un abundante y frío sudor corríale por la frente y un fuerte temblor agitaba sus miembros. Impetus de ira le asaltaban y sentíase impulsado por un loco deseo de disparar, de destrozar al árabe la cabeza con una bala. Sin embargo, no se atrevió a apuntar por tercera vez con el «remington» y asesinar al traidor.

Levantó la cabeza como si hubiese tomado una resolución y comenzó a deslizarse, a gatas, hasta llegar a una plantación de *durah*. Desde allí marchó, siempre sin producir el menor ruido, hasta el camino que conducía a las avanzadas del campamento, ocultándose tras de irnos espinos.

—Por aquí pasarás, Abd-el-Kerim —dijo con aire amenazador—. Te saldré al paso.

Comenzaba el Oriente a iluminarse cuando calló Abd-el-Kerim. Notis le vio dar algunas vueltas alrededor de la casita con los ojos siempre fijos en las ventanas, que permanecían obstinadamente cerradas, recoger luego su carabina y emprender el camino del campamento. Un gesto burlón asomó a los labios del griego.

El árabe se acercaba con paso rápido, parecía pensativo y desanimado. Cuando estuvo a pocos metros de distancia, saltó Notis fuera de su escondite y se le presentó delante como una espantosa aparición.

—¡Alto ahí, Abd-el-Kerim! —le intimó brutalmente.

Al verle el árabe, con la cabeza alta y en actitud amenazadora, dio un salto atrás, llevando involuntariamente la mano a la empuñadura del yatagán. Palideció horriblemente e hizo un gesto de sorpresa y de espanto.

—¡Notis! —exclamó con voz débil.

—Sí, Notis en persona, el hermano de Elenka, de tu prometida —respondió el griego con mal reprimida ira.

Miráronse en silencio, pero con mirada provocativa.

—¿Qué hacías, Abd-el-Kerim, bajo las ventanas de aquella casita? —preguntó, irónico.

—Tenía fiebre y he salido a pasear por el camino de Hossanieh.

—¡Mientes, Abd-el-Kerim!

Turbóse el árabe y volvió a palidecer, pero más por la cólera que por el miedo.

—Yo te diré, ya que tú no lo sabes, lo que hacías —exclamó Notis levantando la voz—. Tocabas la *rabada* y cantabas una canción amorosa.

—¿Y eso qué tiene de particular?

—Pero, desgraciado, ¿aún no sabes que cantabas bajo las ventar ñas de Fátima?

—¿Y qué? —preguntó con calma Abd-el-Kerim.

—Lo cual quiere decir que el rival de quien me hablabas eres tú, tú, Abd-el-Kerim.

—¡Qué locura!

—¡No mientas! ¡Cantando pronunciabas el nombre de la almea!

—¡Ah! ¿Lo has oído?...

—Abd-el-Kerim, acuérdate de mi hermana. Elenka es griega.

—Pero el Coran...

—No hables del Coran ni de la poligamia. Elenka no tendrá más que un marido y tú no tendrás más que una mujer. El Profeta oyó tu juramento.

—¡Elenka!... ¡Elenka! —balbució el árabe.

—¿Serás capaz de olvidarla por Fátima?

—No hables de Elenka, Notis —dijo el árabe con voz sorda.

El griego dio tres pasos hacia atrás y, levantando la mano, dijo gravemente:

—¡Abd-el-Kerim, en guardia!

—¡Notis!

—¡En guardia! Es mi última palabra.

El hermano de Elenka le miró un momento con ojos centelleantes, le volvió luego la espalda, y se internó en el campo de *durah*.

CAPÍTULO IV. EN MEDIO DEL BOSQUE

Cuando Abd-el-Kerim llegó a las avanzadas, comenzaba el sol a filtrarse por entre las gigantescas selvas del Nilo y el campo a despertar. Acá y allá, de las tiendas, salían los soldados bostezando y desperezándose, estirando los entumecidos miembros; algunos se dedicaban a limpiar y ensillar sus briosos caballos, que caracoleaban relinchando; otros hacían levantar a los *maharis* o a los camellos para llevarlos a beber a los pozos, y otros encendían fuego para hacer el rancho de la mañana, o llevaban leña o paja; limpiaban o pulían los fusiles, los yataganes, las dagas y los cañones. Por todas partes iban y venían oficiales llenos de brillantes entorchados, y se afanaban en dar o transmitir órdenes, relevar los centinelas, reunir la compañía para hacerla maniobrar; por todas partes oíanse alegre parloteo, canciones monótonas, voces que salmodiaban los versículos del Coran, acompañadas de la voz del muecín de Hossanieh, que resonaba en todo el campo, rebuznos de asnos, relinchos de caballos y mugidos de bueyes.

Abd-el-Kerim atravesó la triple fila de tiendas, con las facciones contraídas, pensativo, taciturno, y fue a sentarse junto a la suya sobre un tronco de palmera que estaba en el suelo, y escondió la cabeza entre las manos.

A pesar de que había prometido su mano a Elenka, a pesar de que Elenka tenía unos ojos negros llenos de fuego, de que Elenka era bella, de que Elenka era incomparable, divina, no acertaba a rechazar ni apartar de su mente la figura de la almea, ni sabía borrar ni extirpar aquellos ojos que de tal modo se habían impreso en su corazón, y que le atormentaban como si fuesen dos ascuas colocadas sobre su carne.

—¡Fátima! ¡Fátima! —murmuró suspirando—. Has hecho nacer en mi corazón una pasión que terminara con la que sentía por la pobre Elenka. ¡Una pasión que me da miedo, que me hace temblar!...

Levantóse del tronco del árbol, echando una ojeada indagadora sobre el campamento, como si quisiese descubrir en él a la que había encendido en su pecho una chispa de amor desconocido.

Sus ojos se fijaron en un hombre, un capitán de *bachi-bozucs*, que le miraba sonriendo un tanto burlón.

—¡Hola! ¿Qué diablos haces aquí, tan solo y tan pensativo? —preguntóle el capitán, cruzando los brazos sobre el pecho con aire cómico—. Hace un buen rato que te estoy contemplando, con la curiosidad de saber en qué ibas a terminar.

—¡Ah! ¿Eres tú, Hassam? —dijo Abd-el-Kerim tratando de serenar su tétrico semblante.

—En carne y hueso, amigo mío —respondió el capitán.

—¿Qué quieres de mí?

—Que me acompañes a la selva del Bahr-el-Abiad para hacer volver aquella compañía de *bachi-bozucs* que dejamos en una *zeríbak*. Han sido vistos por los rebeldes, y no quisiera que aquellos pobres diablos viniesen cualquier noche derrotados.

—¡Oh!... Soy contigo, Hassam.

—Toma tu carabina y apresurémonos a ponemos en camino. Viajar de noche en semejante tiempo no es prudente.

Abd-el-Kerim dudó un momento, tomó luego la carabina que había dejado sobre la palmera, y, sin decir palabra, siguió a Hassam, que se había puesto ya en camino. Detúvose veinte

veces antes de salir del campamento, mirando mas al pueblo de Hossanieh, y precisamente a la casita de Fátima, otras, a la tienda del griego, que permanecía herméticamente cerrada.

El capitán de *bachi-bozucs* tomó un sendero abierto en medio de un campo de *durah* y que conducía a la gran selva de Bahr-el-Abiad. Abd-el-Kerim siguióle sin darse cuenta apenas de adónde iba, y con el pensamiento fijo en otra cosa bien distinta que la compañía del *bachi-bozuc*.

—¡Eh, Abd-el-Kerim! —díjole Hassam al cabo de un rato de camino—. ¿Qué diablos te ocurre que estás más mudo que un pez?

—Nada —respondió el interpelado secamente.

—¿Pensarás, acaso, en la hermosa moza que condujiste anoche al campamento?

—¿Cómo lo sabes tú?

—¡Bah! —dijo Hassam, haciendo un gesto de hombre bien enterado—. ¿Crees tú que salen o entran personas en el campamento sin que yo lo sepa? Te diré más: llegaste en compañía de Notis, y la bella almea reposaba en tus brazos. ¿Adónde fuiste a buscar aquella hurí?

—La encontré viniendo de Machmudiech en el momento en que un león la atacaba. Perdió el esclavo y el camello, por lo que la hice subir en el mío.

—En tus brazos —corrigió maliciosamente Hassam.

—Como quieras.

—¿Y mataste tú al león?

—Puedes suponerlo.

—¡Ya lo creo! Como que se trataba de demostrar la propia valentía ante Fátima.

—¿Fátima? ¿Acaso la conoces?

—Hace mucho tiempo, Abd-el-Kerim.

—¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Adónde va?

—Es más popular que los milagros de Mahoma. Te diré, ante todo, que es una almea con unos ojos que parecen diamantes negros, con unos pies que parecen pétalos de rosa y que tiene las manos más pequeñas que una hurí del Profeta.

—Lo sé. ¿Y qué más?

—Pues no sé más. ¿Te interesa mucho esa adorable criatura?

—Mucho —respondió Abd-el-Kerim con arranque apasionado.

—¡Oh! —exclamó Hassam—. ¿Habrás acaso olvidado a la bella Elenka?

—No me hables de ella, Hassam.

—Cuidado, que Elenka es una hiena.

—Y yo un león —respondió con fiereza el árabe.

El capitán se le acercó y poniéndole amistosamente una mano en el hombro, dijo:

—Abd-el-Kerim, esta noche has tenido algunas palabras con Notis.

—¿Me has espiado, Hassam?

—El campamento tiene ojos y oídos. Si no quieres decírmelo tú, te diré yo que los dos rondabais una casita, y que aquella casita era la morada de Fátima, pues se la vio entrar en ella. ¿Seréis rivales?

Abd-el-Kerim no respondió. Habíase puesto de pronto sombrío.

—No respondes, pero leo en tu corazón como podría hacerlo el Profeta, o quizá mejor, Abd-el-Kerim.

—¿Y qué lees?

—Amor, amor y amor a...

—¿A quién?

—¡Por Alá! Amor a Fátima.

—Silencio, imprudente —murmuró el árabe mirando con desconfianza en derredor.

—Confiesa, pues, que he leído bien.

—No puedo negarlo. Amo a Fátima.

—¿Y Elenka? ¿Y Notis?...

—La una ha muerto para mí, y aborrezco al otro, que me amenaza con llegar a ser mi rival.

El árabe hizo un gesto de espanto. Hubiese querido recoger y encerrar en su pecho aquellas palabras que tan imprudentemente habíansele escapado de los labios. Sintió un vivo dolor en el corazón; inclinó la cabeza sobre el pecho y suspiró.

—¡Pobre Abd-el-Kerim! —exclamó Hassam.

—¡No me compadezcas!... ¡Ah!... ¡Si tú supieras la lucha que se libra en mi corazón! —dijo con vehemencia el árabe—. ¿Cuál de las dos?

—¿Piensas aún en Elenka, a pesar de todo?

—Es posible. No sé, por más que me esfuerzo, no consigo olvidarla por completo. Siempre la tengo ante mis ojos, bella, divina...

¡Y, sin embargo, no la amo!

De pronto, se detuvo echando mano a la carabina. Habían llegado a la linde de la selva que se extendía hasta perderse de vista de Sur a Norte, siguiendo el tortuoso curso del Bahr-el-Abiad.

—¿Qué hay? —preguntó Hassam preparando por precaución una pistola.

Abd-el-Kerim miró en derredor con circunspección, clavando su aguda mirada en los árboles, que imidos dejaban apenas ver.

—Parecióme oír ruido entre los matorrales —dijo luego.

—Habrá sido algún mono. Ya sabes que en estos bosques abundan.

—¿Y si fuese algún espía?

—Pudiera ser. El Mahdi dispone de gente atrevida que no teme acercarse a los campamentos egipcios.

El árabe hizo señas al capitán de que siguiese adelante mientras él continuaba examinando los alrededores abriendo con precaución los matorrales. Al cabo de diez minutos llegaron a una especie de zeribak, en el interior de la cual acampaba una sección de *bachi-bozucs* de infantería.

El sargento que la mandaba salió a su encuentro.

—¿Qué nuevas hay? —preguntó Hassam.

—Ninguna —respondió el sargento—. Los rebeldes no han avanzado, por ahora, hasta aquí; pero..., ¿no habéis encontrado a nadie?, he visto...

—¿A quién? —preguntó Abd-el-Kerim.

—Una aparición.

—¡Explícate, por Alá! —exclamó Hassam, picado por la curiosidad.

—¿Qué sé yo? He visto pasar un fantasma vestido de modo curioso, y que pudiera ser un rebelde. Acaba de pasar a cien pasos de aquí.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo Hassam—. ¿Quién podrá ser? Abd-el-Kerim, ¿quieres acompañarme, mientras los bachi-bozucs preparan el bagaje?

—Tengo mi carabina, y con eso basta. Te seguiré hasta el desierto de Korosko si así lo deseas.

—Bueno. Tú, sargento, haz levantar el campo, y si no nos ves volver, encaminaos a Hossanieh; pudiera ocurrir que tardásemos mucho y tomásemos otro camino.

Árabe y turco volvieron la espalda a la zeribak, internándose en la selva y tomando un senderillo, apenas visible, por el cual había pasado el fantasma. Parecía que tenían alas en los pies y que iban en persecución de algún importante personaje.

—¿Quién podrá ser ese fantasma? —preguntóse Hassam—. ¿Será algún jefe de los rebeldes?

En aquel momento, Abd-el-Kerim, que marchaba delante, volvió a pararse, deteniendo bruscamente al turco que le seguía.

—¡Espera, por mil demonios! —exclamó con voz alterada.

—¿Qué has visto? —preguntó Hassam sorprendido.

—¡Silencio!...

Oíase en lontananza el sonido de una pandereta que el eco del bosque repetía con toda claridad. Abd-el-Kerim palideció como un cadáver.

—¿Oyes, Hassam? —preguntó con débil voz.

—Sí, oigo. Debe de ser algún árabe que toca la pandereta.

—No, no es un árabe —exclamó con vivacidad Abd-el-Kerim.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Es una mujer; ya he oído yo, antes de ahora, esa pandereta —dijo el árabe con mayor animación.

—¡Por Alá! Vamos a ver, Abd-el-Kerim.

El árabe le agarró con fuerza por los brazos y le detuvo.

—Tú no sabes de qué mujer te voy a hablar —díjole.

—Habla de la que quieras; yo sigo adelante.

—¡Esa que toca es Fátima!...

El turco dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—Hassam —continuó Abd-el-Kerim—, déjame solo. Tú no puedes ser testigo de lo que voy a decir a la almea.

—Estás loco. Yo quiero ver a Fátima.

—Hassam, no lo harás —dijo lacónicamente el árabe.

—Pero, desgraciado, tú no piensas que eres el prometido de Elenka.

—Yo rompo el compromiso y me echo en cuerpo y alma en los brazos de Fátima. Me arde la sangre en las venas y mi corazón late por la almea. Déjame solo.

El turco le miró con compasión.

—Te pierdes, Abd-el-Kerim —díjole con tono de amistosa reconvención—. Has lo que quieras; te esperaré al pie de las

colinas.

El árabe inclinó la cabeza sobre el pecho; luego, levantándola con resolución, dijo:

—Voy a poner mi vida a los pies de Fátima. —Y se alejó con paso rápido, dirigiéndose al lugar donde sonaba la pandereta.

En poco tiempo llegó a un claro del bosque rodeado de majestuosos tamarindos en cuyas ramas chillaban numerosos monos. Detúvose conteniendo con gran dificultad un grito de júbilo.

Allí, a la orilla de una laguna sembrada de grandes hojas del sagrado loto, estaba en pie la almea con la pandereta en la mano, los negros cabellos sueltos sobre la espalda y una blanca jarda graciosamente echada sobre un brazo. Vista así, bajo una lluvia de rayos solares, que se reflejaban en los collares y brazaletes de oro que le ceñían el cuello y los desnudos brazos, podía habérsela tomado por mía celestial aparición, por una hurí del Paraíso del profeta Mahoma.

Abd-el-Kerim sintió que le faltaban las fuerzas. Dudó, quiso huir, pero le fue imposible y, maquinalmente, siguió adelante sin hacer el menor ruido. Detúvose a pocos pasos de la almea, que seguía tocando la pandereta con un ritmo cadencioso y melancólico. Él tendió los brazos hacia delante.

—¡Fátima!... ¡Fátima! —murmuró con voz temblorosa.

La almea se volvió hacia él.

CAPÍTULO V. EL RAPTOR

Al ver ante sí a Abd-el-Kerim, inmóvil como una estatua, alteradas las facciones y tendidas las manos en actitud suplicante, Fátima no pudo refrenar un movimiento de sorpresa. Miróle fijamente con sus grandes y negros ojos, que magnetizaban y penetraban hasta el fondo del corazón, sin decir palabra.

—¡Fátima! —repitió el árabe, agitado y dando a su voz un tono conmovido.

La almea se le acercó mirándole con cierta curiosidad.

—¿Qué haces aquí? —díjole al fin.

—¿Me reconoces, preciosa niña?

—Yo no olvido a quien me salvó con peligro de su propia vida. ¿No eres tú aquel árabe que me recogió en la llanura después de haber matado al león que me atacaba?

—El mismo, Fátima.

Siguió a tales palabras un breve silencio, durante el cual se miraron aún más fijamente.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó al cabo la almea rompiendo aquel paréntesis que resultaba embarazoso.

—¿Sabes dónde te encuentras?

—En la selva del Bahr-el-Abiad. ¿Y qué quieres decir con eso?

—¿Sabes que hay rebeldes escondidos en estos alrededores?

Fátima sonrió con desdén, enseñándole un puñalito que

llevaba en su dorado *rahad* (cinturón).

—No tengo miedo —díjole con altivez.

—Podrían prenderte.

—¿Y qué mal habría en ello? Prenderían a una pobre almea.

—Pero yo lloraría tu pérdida —dijo el árabe en un arranque de pasión.

Dilatáronse los grandes ojos de Fátima, y a sus labios asomó una indefinible sonrisa. Acercóse mucho más al árabe, tanto que su ardiente aliento lo sentía él en el rostro. Abd-el-Kerim tendió los brazos como para agarrarla, pero se detuvo y sin quererlo dio un paso atrás.

—¡Ah! —dijo ella con cierta ironía—. ¿Te dolería no volverme a ver más?

—¡Sí, Fátima, te lo juro! Experimentaría un dolor mayor de lo que tú crees.

—¿Y por qué? —preguntó la almea con frialdad.

Enmudeció el árabe y se nubló su frente. No supo qué responder.

—¿Qué te importaría que yo desapareciese? —continuó Fátima—. ¿Es que quieres que me quede en Hossanieh para siempre? Soy libre como el águila y me poso aquí o allá, según el impulso de mi capricho o mi locura.

—Pero tú no puedes dejar así Hossanieh, después de haberte dejado ver. ¡Fátima! ¡Fátima! —exclamó Abd-el-Kerim—, eres bella, más bella que El...

El imprudente retuvo a tiempo el nombre de Elenka. La almea arrugó la frente y sus manos se contrajeron, cerrándose; un sombrío relámpago de ira cruzó por sus ojos.

—¿Que quién? —preguntó con viveza—. ¿Que quién?...

—Que todas las mujeres que yo he visto en mi vida —apresuróse a añadir el árabe—. Sí, Fátima, eres hermosa, tan hermosa que es imposible que yo te borre de mi corazón; tan bella que me tienes fascinado.

—Locuras, amigo mío; locuras.

—Fátima, te juro por Alá que me has herido en el corazón —continuó Abd-el-Kerim con pasión creciente—. Te he visto y he sentido conmoverse todas las fibras de mi alma; te he tenido entre mis brazos y he sentido que la sangre se me encendía en las venas. A cualquier parte que vuelva la mirada, no veo sino tus ojos, más brillantes que estrellas, y tu rostro, más bello que el de las huríes del Paraíso del Profeta; en todas partes oigo tu encantadora voz; la que oí allá en Machmudieh, la primera vez que tuve la suerte de encontrarte. ¡Fátima, eres bella, eres sublime y yo te amo!...

—¡Te amo!... ¡Soy tu esclavo!

Abd-el-Kerim había caído de rodillas y la miraba con unos ojos que despedían fuego. Un alarido ahogado, furioso, que partió de entre los árboles hízole ponerse en pie de un salto. Un frío sudor le bañó la frente.

—¿Quién está ahí? —preguntó con voz ronca.

Fátima, que había escuchado la confesión del árabe sin pestañear, al oír aquel grito habíase vuelto como una hiena con el puñal en la mano.

—¿Quién nos espía? —preguntó Abd-el-Kerim.

Entre los matorrales se produjo un movimiento brusco; desde las ramas de un gran tamarindo, se arrojó un cuerpo negruzco que cayó en la hierba y huyó con la rapidez del rayo. Abd-el-Kerim hizo fuego.

Nada se oyó después de la fuerte detonación. El árabe hizo ademán de lanzarse tras el que huía, pero Fátima le detuvo.

—Era una mona —dijo—. No vale la pena.

—Me parece un hombre; una mona no hubiese dado ese grito.

—Tanto peor para él. Le he visto caer, y si no ha muerto, ya estará a punto de morir —dijo la almea con voz tranquila.

—Puedo ir a cerciorarme de ello.

—Harás mejor en seguir tu camino.

—¡Fátima!...

—Te comprendo; quisieras repetirme aquellas frases que otros cientos me han dicho antes que tú. Esa palabra para mí no existe, ya no la creo.

—¡Oh! ¡No digas eso, Fátima! ¡Te amo, te amo, te amo, y daría por ti toda mi sangre! Sométeme a prueba; ¿quieres que te traiga las pieles de cien leones? ¡No tienes más que mandármelo y yo, Abd-el-Kerim, te las traeré!

La almea le miró con más dulzura; un suspiro alivió su pecho.

—¡Ah! —dijo con voz sombría—. ¿Será verdad que tú me amas? ¿Será verdad que tú hablas de corazón? También otro hombre me dijo un día esas mismas palabras y después las olvidó rompiendo los cien mil juramentos que había pronunciado a mis pies. Ya no creo.

—¿Quién?... ¿Quién? —preguntó Abd-el-Kerim sintiendo la mordedura de los celos—. ¿Quién es ese hombre? ¡Habla, Fátima, habla!

La almea inclinó la cabeza sobre el pecho, levantóla después de pronto y tomando luego una mano del árabe, inquirió:

—Ante todo, ¿sabes tú quién soy yo?

—¿Quién ha levantado hasta ahora el velo que te cubre? Muchos te conocen, pero nadie sabe quién eres, cuál fue tu pasado, ni el país en que has nacido. Te rodean las tinieblas.

—Y tinieblas profundas —dijo Fátima suspirando—. Soy árabe, para que lo sepas, y un día fui la favorita de un hombre que hoy es más poderoso que el rey que los gobierna. De un hombre que dispone de miles de soldados fuertes y valerosos, que nadie será capaz de vencer, ni los infieles que bombardearon Alejandría y vencieron a Arabi Bajá, el ejército que conducen Hicks y Aladino.

—¡Favorita!... ¡Favorita! —rugió Abd-el-Kerim retrocediendo espantado.

Los labios de Fátima se crisparon en una amarga sonrisa.

—¿Y quién crees tú que es una *almea*? —preguntó ella.

—Tienes razón, perdóname —balbució el árabe—. ¿Y quién es ese hombre?

—¿Contra quién conduce su ejército Jafar Bajá?

—Contra el rebelde Mohamed Ahmed.

Fátima tendió el brazo hacia Occidente con orgullo.

—¿Quién impera allá, en Cordofán?

—El *Mahdi*. ¿Adónde vas a parar?

—¡Mírame a la cara! ¡Yo fui la favorita del *Mahdi*...!

Abd-el-Kerim escondió la cara entre las manos, profiriendo un sordo rugido.

—No es verdad, no es verdad —repitió—. ¡No es posible!

—¿Por qué? ¿Es que el *Mahdi* no puede amar como los demás

mortales?

—Yo odio a ese hombre, le execro.

—Haces mal, Abd-el-Kerim. Ese hombre a quien tú execras es el vengador de los árabes, que desfallecen bajo el yugo y el látigo de turcos e infieles.

—¿Y por qué le has abandonado? ¿Cómo es que estás aquí? ¿Qué capricho te impulsó a dejar el Obeid para venir a esta tierra?

—El amor —respondió Fátima con aire tétrico.

—¡Ah! ¿Has amado a otro hombre, además? —preguntó el árabe.

—Sí, a un hombre hermoso y valiente como tú, que me juró eterno amor y que me trajo a las orillas del Bahr-el-Abiad para abandonarme después.

—A tu segundo amante le detesto más que al Mahdi. Tengo sed de sangre y no estaré tranquilo hasta que le haya matado. ¡Quiero vengarte!

—Es inútil, mi heroico amigo. Murió el año pasado en la batalla de Kadir, luchando contra Yusiff Bajá. El Profeta me vengó.

—¿Y ahora? —preguntó angustiado Abd-el-Kerim.

—Soy libre como el águila que vuela por los espacios celestes.

—¡Puedes acoger, por tanto, en tu corazón un nuevo amor, una pasión grande, gigantesca, que no terminará más que con la muerte! ¡Ah, si tú quisieras, Fátima!

—No me tientes: vete, Abd-el-Kerim. No me olvidaré de ti... ¡Basta!

Le volvió la espalda y dio algunos pasos. El árabe la asió de las manos y la retuvo violentamente.

—No, Fátima; te amo, soy tu esclavo, haz de mí lo que quieras, pero no me rechaces, no me hables así.

El árabe cayó por segunda vez a sus pies.

Los ojos de la almea brillaron enternecidos.

—¿Podrá ser verdad que tú me amas? —preguntó casi con ferocidad.

—Sí, te amo, te adoro.

—Júralo por Alá.

—Lo juro por Alá, por el Profeta y por el Corán.

—¡Ahora vete, pero ten cuidado, Abd-el-Kerim! Si yo llegase a saber que amabas a otra mujer, si tuviese una rival, ¡ay de ti y ay de ella! ¡Os despedazaría como a dos trozos de vidrio!

Recogió los extremos de la *jarda*, enrollósela al cuerpo y se alejó lentamente, con majestuosa calma. El árabe intentó seguirla.

—Sola vine y sola vuelvo —dijo ella deteniéndole con un gesto—. Vete: lo quiero, te lo mando.

Abd-el-Kerim bajó la cabeza y se perdió entre los árboles. Fátima permaneció allí mirando el lugar por donde había desaparecido; púsose luego nuevamente en camino, con los labios contraídos, pero con la frente despejada y un rayo de alegría en los ojos.

—Es hermoso, valiente, impetuoso —murmuró—. ¡El Mahdi no me volverá a ver!

Bordeó la laguna y se introdujo bajo la verde bóveda que formaban las palmeras *deleb*, los tamarindos y las acacias

gomíferas; con una mano en el pomo del puñal, avanzaba mirando a diestra y siniestra. Diez minutos después, cuando el sol se ocultaba detrás de los árboles, y pájaros y monos comenzaban a enmudecer, de vuelta a sus nidos o a sus guaridas, llegó a un sendero. Detúvose incierta al divisar a un hombre apoyado en una carabina, en actitud sospechosa. Palideció ligeramente al reconocer en aquel individuo al griego Notis.

Quiso volver atrás, pero el griego, que parecía haberse apostado allí precisamente para esperarla, no le dejó tiempo para hacerlo. Avanzó aquél lentamente, con una sonrisa irónica en los labios, y, sin preámbulos, le dijo:

—¡Ahora nos veremos, Fátima!

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella secamente.

—¿Me reconoces?

—Si no me engaño, eres el que acompañaba a Abd-el-Kerim en el camino de Machmudieh a Hossanieh.

—Soy el griego Notis.

—Peor para ti; odio a los infieles, y a los griegos más que a todos.

—No importa —dijo Notis fríamente—. ¿Qué has dicho hace poco al árabe, que le vi arrodillado delante de ti?

—¡Ah! —exclamó Fátima con mal disimulada cólera—. ¿Fuiste tú el que dio aquel grito?

—¡Quién sabe! ¿Te sorprende?

—Yo desprecio a los hombres que se esconden para espiar.

—¡Voto a sanes! —gritó el griego.

Cambiaron una mirada provocativa. Cedió el griego ante los

ojos centelleantes de la almea, que despedían fuego.

—¿Sabes quién era el hombre que te juraba amor eterno?
—preguntó él, afectando la mayor tranquilidad.

—Sé que se llama Abd-el-Kerim, es valiente, y eso me basta.

—Te diré entonces que ese hombre es el prometido de una mujer; que esa mujer, que al presente se encuentra en Jartum, se llama Elenka y que Elenka es mi hermana.

—¡Mientes! —exclamó la almea saltando hacia delante como una leona herida.

—Te lo juro, Fátima. Cuando Abd-el-Kerim estaba de guarnición en Jartum, se enamoró de mi hermana y pidió su mano. Apenas termine la campaña contra el Mahdi, se casará con ella y yo seré su cuñado.

—¡Mientes! ¡Mientes! —repitió Fátima con más fuerza—. ¿Con qué fin inventas semejante calumnia?

—Quiero abrirte los ojos, conservar a mi hermana su esposo y ofrecerte mi mano, porque te amo, Fátima, te amo con locura.

Hizo la almea un gesto de desprecio y le volvió la espalda con intención de alejarse; pero el griego no era hombre que se desalentase, ni que dejase huir tan fácilmente la presa que con tanta paciencia había esperado. Púsosele, pues, delante, resuelto a impedirselo, usando de la fuerza si preciso fuere.

—Óyeme, Fátima —dijo—. He jurado hacerte mía, aunque hubiese de perder los brazos y las piernas, aunque me maten. Eres hermosa y me tienes fascinado. Tú eres pobre y yo soy rico; tú eres mahometana y yo soy griego, pero si tú lo quieres, me haré también mahometano. ¿Por qué no quieres ser mía?

—Porque amo a otro hombre.

—No debes prestar fe a Abd-el-Kerim; te hará traición, te destrozará el corazón mucho antes de lo que tú pudieras figurarte. Confía en mí, que le conozco a fondo; ese árabe es un miserable, un villano.

Una llamarada de cólera y desdén asomó al rostro de la almea, que tendió los puños crispados hacia el griego, con ademán amenazador.

—¡Calla! ¡Calla, insensato! —exclamó con vehemencia—. Abd-el-Kerim es un héroe.

—Sí, héroe porque tuvo la fortuna de matar un pobre león —dijo Notis con ironía—. Gran proeza, a fe mía... Pero acabemos, Fátima. Hemos hablado demasiado sin conseguir nada.

—Pero ¿qué es lo quieres?

—Quiero llevarte conmigo lejos de este campamento y hacerte mía. ¿Lo entiendes, Fátima? Hacerte mía a despecho de Abd-el-Kerim. ¿Quieres?

—¡Jamás! —exclamó la almea con energía.

—¡Voto a sanes! ¡Dime por qué! —dijo Notis, furibundo.

—Porque te odio y te desprecio. ¡Vete!

Profirió el griego un exabrupto y levantó los brazos como para estrecharla. La almea dio un salto atrás echando su decidida mano al puñal.

—¡No me toques, maldito! —díjole con voz que la ira hacía silbante.

—Mira, Fátima, estamos solos, no hay nadie en la selva y yo estoy resuelto a hacerte mía. No opongas resistencia, si no quieres que me vuelva más feroz que una hiena.

Lanzóse sobre la almea, que volvió a retroceder sacando el puñal. Agrandáronse sus ojos de modo extraño, y su rostro tomó una expresión de indómita fiereza.

—¡No me toques! —díjole con voz ronca—. ¡Si das un paso hacia mí, te mato!

El griego se sonrió burlonamente, pero no avanzó ni tocó sus armas. Miró a un lado y a otro, escuchó algunos instantes, llevóse los dedos a la boca y dio un agudo silbido; otro igual le respondió casi instantáneamente.

—Ahora nos veremos, Fátima —dijo entonces—. Por muy fuerte que seas y por mucha resistencia que opongas, no evitarás que Takir te lleve.

—¡Bellaco!

—Yo te amo, y quiero qué seas mía.

—¡Miserable, te aborrezco!

—Y yo te amo. ¡Adelante, Takir!

La almea dio un salto que hubiera envidiado un león e intentó huir; pero un negro de estatura colosal, el ordenanza de Notis, saliendo de improviso de los matorrales vecinos, le interceptó el paso. Ella lanzó un grito de rabia y retrocedió hasta un tronco de palmera blandiendo el puñal.

—¡Adelante, Takir! —gritó el griego, avanzando con la cimitarra en la mano.

El nuble se asió al extremo de una rama del tamarindo, elevóse en el aire dando un brinco, y se dejó caer sobre Fátima y antes de que ésta hubiese podido evitarlo, cogióla entre sus vigorosos brazos y la levantó del suelo.

—Estáte quieta —rugió estrechándola tan fuertemente que casi hizo crujir sus huesos.

—¡Auxilio! ¡A mí, Abd-el-Kerim! —gritó la almea revolviéndose con desesperación.

Clavó el puñal en un brazo del negro, que se cubrió al momento de sangre, pero Notis la agarró por las muñecas y se las torció tanto que hubo de soltar el arma. Entonces comenzaron a arrastrarla hacia lo más espeso de la selva.

La almea lanzó un segundo grito, un grito de furia y de dolor.

—¡Dejadme, malditos! ¡Auxilio! ¡Socorro!

Oyéronse pasos precipitados, rumor de sables y crujido de ramas furiosamente tronchadas. Abd-el-Kerim, rojo de ira, con una fusta en la derecha y una pistola en la izquierda, apareció seguido de Hassam y toda la compañía de bachi-bozucs. Como un rayo se arrojó sobre los dos raptos.

—¡Miserable! —rugió, azotando a Notis en el rostro.

El nubio apresuróse a desaparecer bajo los árboles, pero el griego se volvió y se arrojó sobre el árabe cimitarra en mano. Apenas tuvo Hassam tiempo para detenerle el brazo.

—¡Ah! —exclamó Notis con indefinible acento de odio—. ¡Estás aquí, traidor!

Intentó por segunda vez echarse sobre su rival, pero el turco le detuvo apuntándole al pecho con una pistola.

—Si te mueves —dijo Hassam amenazándole—, te mato.

—¡Todos contra mí, cobardes! —gritó Notis fuera de sí.

—Me basto yo para castigar a un bellaco como tú —dijo el árabe con desprecio—. Notis, aquí han de quedar los huesos de uno de los dos.

Fátima se había puesto en pie, acercándose a Abd-el-Kerim.

—Gracias, mi valiente amigo —díjole con voz conmovida.

—Fátima —murmuró el árabe no menos emocionado—. Da gracias a Alá que me hizo llegar a tiempo de salvarte. Pero este hombre no te ultrajará más, porque dentro de unos minutos morirá a mis manos.

—Matarás a tu cuñado —dijo el otro sonriendo.

—Calla...

—Y Elenka me vengará cuando sea tu mujer.

—¡No vituperes, por Alá! Si algún lazo había entre los dos, yo lo he roto para siempre.

—¡Fátima, guárdate de este hombre que hace traición a mi hermana!

El árabe apretó los puños; la almea le tomó la mano volviéndose hacia Hassam y toda la compañía de *bachi-bozucs*.

—¡Doy a este hombre mi mano, mi sangre y mi vida! —dijo.

Abd-el-Kerim la estrechó entre sus brazos, y así continuaron abrazados por espacio de algunos segundos, durante los cuales Notis siguió sonriendo.

—Fátima —dijo el árabe—, ve con estos soldados, que te acompañarán hasta tu alojamiento. Hassam y yo nos quedaremos aquí a jugarnos la vida contra la de este rufián. Ruega a Alá y al Profeta por nosotros.

La almea no dio señal alguna de temor. Envolvióse en su *farda* con ademán majestuoso y se alejó seguida de los *bachi-bozucs*.

El árabe la siguió con la mirada, y cuando hubo desaparecido entre los árboles, volvióse hacia Notis, que rechinaba los dientes encañonado por la pistola de Hassam.

—Ahora —dijo con forzada calma—, estoy a tu disposición. Uno u otro ha de morir. Tú, más que mi enemigo, eres mi rival, y eso basta.

—¿Has olvidado ya a Elenka?

—La he olvidado.

—¡Y por Fátima, por una despreciable *almea*!

—Sí, por una *almea*.

—Nos veremos. ¡Cuidado, Abd-el-Kerim, que no te he de perdonar!

A una señal del árabe, bajó Hassam la pistola y fue a apostarse a seis pasos de distancia; los dos rivales empuñaron las cimitarras.

CAPÍTULO VI. EL DUELO

La noche era oscura; la luna y las estrellas estaban ocultas por densos nubarrones; sin embargo, veíase lo suficiente para meterse diez pulgadas de acero en el cuerpo. Notis, a quien animaba una ira feroz, al propio tiempo que los celos y un violento deseo de vengarse de la afrenta recibida en presencia de Fátima, fue el primero en ponerse en guardia, después de haber probado el temple de su cimitarra. Abd-el-Kerim, aunque le repugnaba batirse con el hermano de aquella a quien tanto había amado antes de haber visto a la almea, no tardó en ponerse frente a él, con la tranquilidad propia de los orientales.

—Abd-el-Kerim —dijo Notis esforzándose por aparecer tranquilo—, encomienda tu alma a Alá, porque no saldrás vivo de esta selva, y envía un último adiós a tu nueva amante, a quien no volverás a ver.

—No te molestes inútilmente —dijo el árabe con frialdad—. Si sabes alguna oración, apresúrate a decirla, pues no te he de perdonar.

—Tengo encomendada mi alma al diablo, mi patrono, y eso basta. ¡Ea, en guardia, que el hermano de tu Elenka va a empezar!

El árabe le miró sombríamente.

—En guardia, Notis —dijo—. ¡Ya no hay una mujer entre nosotros!

Cruzáronse las dos cimitarras y chocaron con rumor rápido y seco. Los dos adversarios, tras un tanteo, y después de haber intentado penetrar con sus respectivas armas la carne

del contrario, retrocedieron algunos pasos volviendo a ponerse en guardia.

Hassam cruzó los brazos sobre el pecho, y el duelo comenzó con furia.

Notis, más impetuoso y menos dueño de sí, fue el primero en atacar, multiplicando los asaltos, echándose ahora a la derecha, luego a la izquierda, dando vueltas como un lobo alrededor de su presa, y dirigiendo tremendos golpes a la cabeza del árabe, que los paraba sin desviarse una línea. Durante cinco minutos siguió atacando con el vano propósito de arrancar la cimitarra de la mano de Abd-el-Kerim; luego, en vista de que no había medio de conseguirlo ni de hacer bajar aquel arma que cubría al adversario como un escudo, volvió a detenerse.

—¡Ah! —exclamó sonriendo—. Eres una roca inquebrantable aun para los ataques más impetuosos.

—Tal vez —respondió el árabe, que permanecía en guardia.

—Espera un poco; voy a ensayar un golpe que me enseñaron en Atenas. Si el hermano de Elenka no te parte el corazón, probaré otro de maestro, que me enseñó tu compatriota Jafar.

De repente se enderezó el griego asaltando con furia y avanzando la cimitarra de punta. Abd-el-Kerim intentó parar el golpe, pero no a tiempo que evitase un arañazo en el brazo izquierdo; la blanca manga que lo cubría se tiñó de rojo. Notis lanzó una carcajada.

—Ese es uno. Dentro de diez minutos al amante de Fátima le faltará un brazo. Fíjate, querido árabe, que vuelvo a empezar.

Por tres veces intentó Notis agacharse para comenzar de nuevo el juego, pero el árabe estaba siempre alerta impidiéndoselo. Al intentarlo por cuarta vez, fue herido en la cara.

—¡Ah! —exclamó el griego limpiándose con la mano izquierda la sangre que manaba en abundancia—. ¿Sí, eh? ¡Espera un poco, canalla!

Dio un salto de diez pies y se volvió a acurrucar intentando deslizarse entre las piernas de Abd-el-Kerim, que se le echaba encima; pero el golpe de punta fue desviado por la cimitarra que el adversario manejaba con mano de hierro. Volvió a retroceder ante aquel creciente ataque, dirigiéndose hacia la laguna.

—¡Atrás, atrás! —gritaba el árabe enardecido—. ¡A la charca!

Al cabo de cinco minutos, Notis había sido llevado hasta la orilla del agua; no le quedaban más que dos recursos: o dejarse matar o lanzarse de cabeza contra el árabe.

—Ríndete —le dijo Abd-el-Kerim.

Ya no podía intentar nada. Estaba cansado, defendíase con más lentitud y por mucho que procurase no dejarse ganar terreno ni desarmar, advertía que la cimitarra se le iba de la mano. Dio un furioso rugido.

—¡Voto a sanes! —dijo con voz de trueno—. ¡Qué no consiga atravesar el corazón de ese bellaco!

Quiso desviarse a la derecha y después a la izquierda, pero encontraba siempre delante la cimitarra del árabe dirigida a su pecho. Dio un último paso atrás, y al darse cuenta de que se hallaba en la misma orilla de la laguna sintió que se le erizaban los cabellos. Una nube de fuego le pasó ante los ojos. Viose perdido, pero no imploró clemencia.

Defendióse por espacio de otros cinco minutos, dio luego un rugido y se llevó las manos al pecho, soltando la cimitarra. Abd-el-Kerim le había herido en el costado izquierdo, a la altura del corazón.

Volvió los ojos, dio un salto gigantesco y cayó en medio de las grandes hojas de loto que flotaban sobre el agua. Agitóse por algunos momentos y luego desapareció.

Abd-el-Kerim se inclinó sobre la orilla, pero la oscuridad era tan profunda, haciéndola aun mayor los árboles que extendían sus ramas sobre el agua, que no pudo ver nada. Hassam acercósele en seguida.

—¿Se le ve? —preguntó.

—No —respondió con voz sorda el árabe.

—¿Le has matado?

—Lo ignoro. Me parece que la cimitarra tropezó con una costilla.

—¡Qué el diablo le acoja en el infierno!

—Calla, Hassam —dijo Abd-el-Kerim emocionado—. Me parece que he cometido un asesinato.

—¡Bah! —dijo el turco encogiéndose de hombros—. Un rival menos.

—Era el hermano de Elenka.

—¿Qué importa eso desde el momento que tú has roto el lazo que te unía a ella? Ahora eres libre de hacer tuya a Fátima sin que Notis te la dispute invocando tus amores con su hermana. Paz a los muertos y venturas a los vivos.

—Bajemos a la laguna, Hassam. Quizá no le haya matado y respire aún...

—Si no le has atravesado el corazón, a estas horas se habrá ahogado. Dejémosle y volvamos al campamento donde Fátima te espera con viva impaciencia. Alá cuidará del muerto.

El árabe aprobó tales palabras con un movimiento de cabeza,

pero no se movió. Intentó bajar a la laguna, mas parecía honda y la oscuridad no permitía ver dónde se ponían los pies. Hubo de convencerse en seguida de que era imposible pescar el cuerpo de Notis, escondido entre el loto y las cañas.

—En fin, él lo ha querido —dijo suspirando—. ¡Pobre Elenka! ¿Qué dirá, cuando sepa que su hermano ha muerto, y que quien lo ha matado ha sido su novio? ¡Ah! ¡Siento cierto remordimiento!

—¿Y Fátima? ¿Tan pronto has olvidado a esa adorable criatura?

—Tienes razón, Hassam. He jurado dar mi vida a Fátima y se la daré. Vámonos, Hassam, me da miedo este bosque.

Recogió el turco su carabina, tomó del brazo a su compañero, y los dos juntos se alejaron a paso lento.

Apenas habían desaparecido tras de los árboles, levantáronse silenciosamente las grandes hojas de loto de la laguna y apareció la cara de Notis. Sus ojos, animados por terrible cólera, miraron al lugar que acababan de abandonar el árabe y el turco.

—¡Ah, tú me crees muerto! —dijo enseñando los puños con gesto amenazador—. Creías que era cosa tan fácil quitar de en medio a un hombre de mi temple y conquistar el corazón de una mujer tan hermosa como Fátima. Yo te demostraré lo imprudente que has sido en no hundir dos dedos más de hierro en mi pecho. Saldré vivo de aquí, me curaré pronto y entonces me vengaré. Tengo que vengar a Elenka, el latigazo que me diste en la cara y además haré mía a esa almea que tanto me aborrece. ¡Te arrancaré el corazón para que no encuentres medio de curarte!

Aguzó el oído; no se escuchaba más que la formidable risa de las hienas que vagaban por las orillas del Nilo en busca de cadáveres, y el silbido del viento que sacudía las ramas de los tamarindos y las hojas de las palmeras. Sonrióse de un

modo extraño: ironía y crueldad.

Se desembarazó luego de las hojas de loto que le rodeaban, tronchando los tallos que se enroscaban a su cuerpo y avanzó hacia la orilla tanteando con prudencia el fondo cenagoso de la laguna. En pocos minutos ganó la pendiente, subiéndola sin hacer ruido, hasta que se halló por completo fuera del agua.

Detúvose un dolor agudo que sintió en el costado izquierdo. Desgarró la casaca dejando al descubierto la herida que Abd-el-Kerim le había inferido, y la examinó con detenimiento.

La cimitarra le había penetrado por debajo de la quinta costilla, después de haber tropezado en la cuarta, y le había producido una herida de siete a ocho centímetros, pero sin interesar ninguna parte delicada. Comprendió inmediatamente que la herida era dolorosa pero de ningún modo mortal, y respiró.

—Creí que me habla herido de más peligro —murmuró—, mejor para mí y peor para mi rival. Descuida, Abd-el-Kerim, que este duelo te costará caro, ioh, sí, muy caro! Y ahora, pasemos por muerto para todos, excepto para Elenka y mi fiel Takir. a propósito, ¿dónde se habrá ocultado el nubio? No es posible suponer que se haya alejado mientras yo me batía.

Llevóse la mano a la boca e imitó la risa destemplada de la hiena, que repitió por tres veces. Pocos minutos después oyó el aullido lastimero del chacal, repetido también hasta tres veces.

—Bueno; el nubio está aquí —dijo Notis esforzándose en sonreír—. Esperemos.

De allí a poco moviéronse los matorrales y apareció la atlética figura de Takir. Corrió en seguida al lado de Notis, dando un grito de verdadera alegría.

—¡Ah, señor! Os creía muerto, atravesado el pecho por una

cimitarra. ¿Cómo es que os ha perdonado aquel condenado de Abd-el-Kerim?

—¡Perdonado! —exclamó Notis con furia—. El maldito no es tan generoso que perdone a un rival como yo, que, además, soy el hermano de Elenka. Mira lo que me ha hecho.

Entreabrióse la camisa y le enseñó la herida, que sangraba con abundancia.

—¿Os ha herido mortalmente?

—No, por fortuna —dijo Notis—. Tengo, además, en la cara, la señal que me hizo con la fusta y un arañazo debajo del ojo, que siempre harán que me acuerde del traidor Abd-el-Kerim.

—Pero ¿cómo os habéis librado entonces?

—Tirándome a la laguna y fingiéndome muerto.

—Así que os creen...

—En el infierno —interrumpió Notis irónicamente—. Tanto mejor, si me juzgan muerto. Podré vengarme con más facilidad.

—¿Abrigáis aún la esperanza de devolver ese golpe de cimitarra?

—No sólo de eso, sino de hacer mía a Fátima —dijo el griego con tono feroz—. Ahora que ella me aborrece, la amo aún más, tanto que sin Fátima me sería imposible vivir. ¿Me comprendes, Takir?

—Perfectamente, señor, y os ayudaré, porque...

—Silencio, Takir. Cógeme en tus brazos y llévame.

—¿Adónde? ¿Al campamento, acaso?

—Los muertos no moran entre los vivos, y, por lo tanto, es lógico que yo no vuelva a aparecer por el campamento. ¿No conoces tú algún lugar desierto donde pudiéramos albergarnos sin ser vistos?

—Sobre la cima de las colinas que se extienden al norte de Hossanieh recuerdo haber visto una hermosa caverna que podría servirnos de habitación, y que está bastante cerca del campamento —dijo el nubio.

—Vamos allá, Takir, y después pensaremos en la venganza. Ea, cógeme en brazos y llévame; me siento débil.

El nubio le cogió, echóselo a la espalda y emprendió su carrera con la misma ligereza que si llevase un niño. Atravesó como un antílope la selva y desembocó en la llanura sin detenerse un momento. Notis se agitó entre sus brazos y profirió una horrible imprecación.

—Mira allá abajo —dijo gruñendo como una fiera—. Mira, Takir, mira.

El nubio vio a dos personas que subían las colmas a menos de cuatrocientos pasos de distancia. Reconociólas en seguida.

—Aquel del caftán blanco es Hassam —dijo—. El del fez es el árabe Abd-el-Kerim. Conozco a ambos.

—Sí, son esos dos malditos. Se dirigen al campamento, donde espera Fátima.

—Calma, señor; día vendrá en que la almea os espere a vos.

—Puedes estar seguro de que llegará ese día, y de que entonces me esperará de rodillas. ¡Si pudieses matar siquiera a uno de ellos de un tiro!

—Es peligroso, señor. Tengo el brazo derecho herido y me tiembla el pulso; además, la noche está demasiado oscura para hacer blanco. Tened paciencia, ya cogeremos por

nuestra cuenta a los dos, y no tardando mucho, os lo juro.

—Camina, pues, lo más aprisa que puedas. Es preferible que vayas al campamento y me traigas todo el dinero que hay en mi tienda. Pudiera ser que me hiciese falta para pagar a cualquier árabe poco escrupuloso.

El nubio emprendió de nuevo su carrera, ocultándose tras las colinas para no ser descubierto por el árabe y el turco. Era ya más de medianoche cuando llegó a la vista de los primeros *tuguls* de Hossanieh, ante los cuales se hallaban situadas, junto a numerosas hogueras, algunas compañías de *bachi-bozucs* y negros de Etiopía.

Descansó algunos momentos, e internándose luego en los campos de *dvrach* llegó al pie de unas aridísimas colinas; dudó un momento, trepó luego por la abrupta ladera de una de las más altas, agarrándose a los troncos y a las grietas, y de este modo llegó casi hasta la cima, donde se detuvo ante una gran caverna.

—Ya estamos —dijo, dejando al griego en tierra.

—¿Es aquí donde vamos a hacer nuestro nido?

—Sí, señor, y desde esta cima se domina, además, Hossanieh y el campamento. Nos será fácil ver quién entra y quién sale.

—Está bien; enciende un trozo de madera para ver por dónde vamos. Temo que nos encontremos con alguna serpiente.

El nubio encendió un pedazo de tea y los dos entraron con precaución. Pronto se encontraron en una amplia estancia, cuya bóveda estaba sostenida por varias columnas transparentes que reflejaban magníficamente la luz. Las paredes, desconchadas por varios sitios, estaban húmedas, pero el piso, excepción hecha de un rincón donde se recogían las aguas en una especie de zanja, estaba seco y cubierto de una arena blanquísima en la cual brillaban trozos de sal gema. El nubio, después de matar todos los escorpiones

grises que en ella había, y cuyas picaduras son muy peligrosas, apresuróse a correr al campamento antes de que se corriese la noticia de la muerte de Notis y Jafar Bajá se apropiase de todo lo que había en la tienda.

—Espera —dijo Notis, que se vendaba la herida sentado sobre una piedra—. Si vas allá, no olvides informarte de dónde está Fátima y de cómo van sus asuntos.

El nubio se sonrió enseñando sus blancos dientes, bajó apresuradamente la colina y se encaminó al campamento. Notis, cuando terminó de vendarse la herida, salió y fue a sentarse a la entrada de la caverna, mirando atentamente hacia Hossanieh y las tiendas del pequeño ejército egipcio.

—Allí están —dijo con júbilo feroz— los dos, al alcance de mi mano y de mi venganza. Hablad de felicidad, de amor, de inmensa alegría, que yo os heriré a entrambos en el corazón, y de modo que no haya para vosotros remedio. No sabéis hasta qué punto es capaz de odiar el griego Notis. No tengo fuerzas ahora; me es imposible haceros frente, pues he muerto; pero yo encontraré manera de heriros y haceros caer al uno en manos de Elenka y a la otra en las mías. ¡Yo seré el león y mi hermana la hiena! ¡Oh, entonces...!

Interrumpió bruscamente su monólogo y se puso en pie como movido por un resorte. A la claridad de la luna vio salir de la tienda del árabe Abd-el-Kerim a un *mahari* con montura negra, y que se dirigió con paso rápido hacia las avanzadas.

Mirando con mayor atención, observó encima del animal a un hombre envuelto en un gran *laub* blanco. Palideció, y sus manos buscaron un arma.

—Que Dios me castigue si aquel hombre no es Amr, el esclavo de Hassam. ¿Adónde podrá dirigirse para abandonar el campamento a tales horas?

Notis permaneció un momento indeciso, luego se levantó y volvió apresuradamente a la gruta, de la cual salió armado

con la carabina de Takir. Un brillo siniestro advertíase en sus ojos, y su rostro revelaba un propósito feroz.

Aunque las heridas le atormentaban cruelmente, tras mil esfuerzos que le arrancaron cien imprecaciones y otros tantos lamentos de dolor, descendió de la colina y ganó la llanura sembrada acá y allá de desmedrados *alfeh* y da algunos tamarindos. Deslizóse silenciosamente hasta llegar a un mísero *tugul* en ruinas, una choza de paja de forma cónica. Escondióse detrás con la carabina preparada y la mirada fija en el esclavo de Hassam que se acercaba rápidamente, silbando para animar al *maharí*.

—Es preciso que yo sepa qué es lo que lleva ese hombre —murmuró Notis—. Be un tiro le desharé la cabeza como si fuera una calabaza.

Pocos minutos después llegaba el *maharí* a ciento cincuenta pasos del *tugul*. Amr seguía silbando tranquilamente, sin preocuparse de mirar en derredor, segurísimo de que aquel lugar estaba desierto.

Notis creyó llegado el momento oportuno para enviarle al Paraíso de Mahoma. Apuntó con mano firme durante algunos instantes y luego oprimió el gatillo.

No bien había sonado la detonación cuando Amr cayó de la silla retorciéndose desesperadamente sobre la hierba.

—¡Alerta! —oyóse gritar a los centinelas del campamento.

Notis no se amedrentó. Acercóse al agonizante, que dejaba escapar horribles estertores e intentaba levantarse, y le derribó destrozándole la cabeza con la culata de la carabina.

—¡Quieto! —dijo el asesino sonriendo.

Inclinóse sobre aquel desgraciado, que no daba ya señales de vida, y le registró minuciosamente, vaciándole todos los bolsillos. Encontró una carta cuidadosamente sellada, que se

apresuró a leer aprovechando el claro de luna. He aquí el contenido:

Elenka:

No pienses más en mí. El nudo que unía nuestros corazones ha sido roto para siempre por el destino y la voluntad del Profeta. No intentes averiguar las causas que me impulsan a dejarte, ni intentes reunirme conmigo, porque en adelante será imposible anudar otro lazo semejante. Que Alá te guarde y el Profeta te proteja.

Abd-el-Kerim.

El griego, al leerla, vaciló como si hubiera sido presa de repentino malestar. Un exabrupto escapó de sus contraídos labios.

—¡Voto a sanes! —dijo con voz de trueno dirigiendo su puño hacia el campamento de Hossanieh—. ¡Qué me parta un rayo si no vengo primero a mi hermana y después a mí mismo! ¡Está bien, Abd-el-Kerim, nos veremos!

CAPÍTULO VII. FIT-DEBBEUD

Despuntaba el alba cuando el griego, después de haber escondido entre las altas hierbas el cadáver del pobre Amr y del *maharí*, al cual había abierto el vientre de una cuchillada, llegaba a la gruta.

Una cólera sin límites alteraba su semblante, ya de por sí bastante desagradable, y un delirio terrible, una ardiente sed de venganza inflamaba su pecho. Comprendía perfectamente que todo había acabado, ya que las esperanzas de que Abdel-Kerim terminase por arrepentirse y reanudase sus relaciones con Elenka se habían desvanecido, así como comprendía también que Fátima estaba definitivamente perdida para él, a no ser que se obrase un milagro o hiciese una traición.

Sentóse a la entrada de la cueva, espiando atentamente el campamento egipcio para enterarse de cuanto sucedía en él.

De vez en cuando salían largas filas de egipcios cargados con sus *sansemieh*, de pelo de cabra, que iban a llenar a los pozos de Hossanieh, y, tras ellos, recuas de asnos que trotaban al lado de sus dueños, los cuales lanzaban sus quejumbrosos *ihaaahh!* para animarlos, escuadrones de *bachi-bozucs* que maniobraban sobre el incómodo terreno en compañía de soldados que iban de acá para allá formando a menudo el cuadro, como si se tratase de resistir una carga del árabe Abú-Rof.

Del campamento llegaban mil ruidos distintos entre los cuales se distinguía la voz estridente de los aguadores que gritaban incesantemente *¡Moja! ¡Moja!* (agua), y la nasal del muecín.

De repente, Notis se puso en pie, como impulsado por un resorte, y profirió una imprecación.

Había visto salir del campamento a un oficial, que se dirigió a Hossanieh y precisamente hacia la casita de Fátima.

—¡Ah! —exclamó con indefinible acento de odio—. ¡Eres tú, Abd-el-Kerim! Ve en busca de la almea, que yo te juro que la verás por última vez. Caerás en mis manos y, cuando te haya destrozado el corazón, te entregaré a las de tu antigua prometida, mi hermana Elenka. ¡Voto a sanes! Verterá tu sangre gota a gota si no te doblegas ante ella. Sé muy bien lo vengativa que es mi hermana, por cuyas venas corre pura sangre griega.

Callóse al distinguir al nubio que, montado sobre un *maharí* cargado de objetos, galopaba velozmente en dirección a la colina. Sonrióse satisfecho y se frotó las manos murmurando repetidas veces:

—¡Me vengaré!

En brevísimo tiempo llegó Takir al pie de la colina e inmediatamente subió a la gruta cargado de víveres, de mantas y de tálem.

—¿Habéis oído hace poco un tiro de fusil por aquí cerca?
—preguntó el nubio arrojando al suelo toda aquella ropa.

—No te preocupes, Takir —dijo Notis—, he disparado yo contra un esclavo de Hassam.

—¿Habéis matado a Amr? Le he visto salir hace una hora de la tienda del árabe.

—Le he volado la cabeza y luego le he registrado. Pero dejemos a los muertos y hablemos de los vivos. ¿Qué noticias traes del campamento?

—Noticias excelentes, señor.

—¿Se encuentra aún Fátima en su casita?

—Allí está siempre.

—¿Cómo cometerá Abd-el-Kerim semejante imprudencia?

—¿Qué va a temer, siendo así que os cree muerto?

—Tienes razón, Takir —dijo Notis sonriendo—. Creo que mi muerte me ha de servir para llevar a buen fin mis proyectos. Prosigue, negro mío.

—He visto al árabe dirigirse a la casita y entrar.

—También yo le he visto. Háblame de Hassam, ese maldito turco a quien odio casi tanto como a Abd-el-Kerim. ¿Qué hace en estos momentos?

—A pesar de que le he buscado, no he podido verle, pero supongo que se encontrará en la tienda de Jafar Bajá.

—Está bien; trazaremos ahora nuestro plan para herirlos en medio del corazón a todos ellos. Takir —dijo con voz grave—. Si tú estuvieras en mi piel, ¿qué harías?

—Asesinaría a esos tres miserables —respondió el negro sin titubear.

—Sería una venganza demasiado suave; es preciso reservar a Fátima para mí y a Abd-el-Kerim para mi hermana.

—Entonces, ¿qué hacer? Es una gran desgracia que estéis enamorado de esa altiva almea.

—Calla, Takir, la amo con locura; la amo furiosamente. Es tan bella y tan joven que sería un pecado quitarle la vida. Pero no creas que es tan sólo amor lo que le tengo, no, ¡voto a sanes! La amo con locura, pero, al mismo tiempo, la odio ferozmente.

—¿Qué pensáis hacer entonces?

—Ante todo, es preciso que tenga en mi poder a uno de los dos: a Abd-el-Kerim primero sería mejor.

—¡Abd-el-Kerim! —exclamó Takir sorprendido—. ¿Y qué vais a hacer con él?

—Una vez en mis manos procuraremos extirpar la pasión que siente por Fátima y echarle en brazos de mi hermana. Todo se puede conseguir con el tormento.

—Se conoce que queréis atormentarle de veras.

—Sí; de un modo terrible. Ahora, óyeme, Takir. Ya comprenderás que sin ayuda será difícilísimo, si no imposible, apoderarse de Abd-el-Kerim. ¿Conoces tú a algún *hossani* poco escrupuloso, al que podamos comprar por un puñado de oro?

—Sé que en las ruinas de El-Garch está acampado el beduino Fit-Debbeud, con una compañía bastante numerosa. Ese beduino, a quien yo conozco a fondo, se pondría por unas monedas a vuestra disposición. Es hombre fuerte, valiente, capaz de apuñalar a cien hombres sin conmovirse.

—Es el que yo buscaba, Takir. Irás a la selva y hablarás con él, luego montarás sobre tu *maharí* y correrás a Jartum. Tengo necesidad absoluta de mi hermana Elenka para vencer a Abd-el-Kerim.

—¡Oh! —exclamó el nubio—. ¿Elenka aquí, en el campamento?

—En efecto; la conducirás a Hossanieh y en cuanto le cuentes lo que sucede, no tardará en venir. Ea, ponte en camino y ve a hablar con Fit-Debbeud.

—¿Y vos?

—Yo iré tranquilamente, una vea que tú me hayas preparado

el camino y puesto al corriente de todo al beduino.

Recogió el nubio los objetos que había tirado al suelo y volvió a partir. Notis, después de haberle visto correr como un antílope hacia la selva, examinóse nuevamente la herida, púsose una cataplasma de hierbas medicinales y se sentó delante de una taza de ebrek, alimento muy apetitoso y refrescante compuesto de *durah* hecho pasta y un poco ácido para que se conserve mejor.

Terminada la comida, que regó con un buen trago de *merissak* especie de cerveza embriagadora hecha con *durah* fermentado, y después de fumar un cigarrillo, descendió de la colina y montó en el *mahari* de Takir, para marchar al paso hacia los bosques que cerraban por el Este el horizonte.

A las tres de la tarde llegó a los primeros árboles y encontró al nubio que venía en busca suya, acompañado de un beduino envuelto en un gran *taub*, armado de una larga *harba* (lanza), y provisto de una *daraga*, gran escudo de madera cubierto de piel de elefante.

—Todo va bien —díjole Takir—, Fit-Debbeud no tiene un cuarto y con tal de que le llenéis los bolsillos, matará diez veces a Abd-el-Kerim. Sed prudente con el dinero si no queréis ser asesinado a la puerta de la tienda.

—No temas, Takir —respondió Notis—. Ya sé lo que es el beduino.

—En marcha entonces, y que Alá nos proteja.

Internáronse los tres en la selva, siguiendo una senda sombreada por hermosos tamarindos, y al cabo de media hora llegaron a una gran explanada sembrada de columnas rotas, arcos derruidos adornados con mil jeroglíficos, en medio de los cuales destacábase el *ibis* religioso de los antiguos nubios, grandes esfinges, estatuas colosales, medio cubiertas de plantas trepadoras, y montones de escombros.

Entre aquellas ruinas, llamadas de El-Garch, levantábanse ocho tiendas de un color pardo sucio con listas amarillas, de una altura que apenas permitía estar de pie a una persona, pero espaciosísimas; estaban sostenidas por palos clavados irregularmente, y tenían los bordes doblados hacia arriba, a fin de que el aire circulase por el interior libremente.

Disperso acá y allá, entre un rebaño de *maharis* y de camellos, sentados unos y tendidos los otros sobre rotos tapices, había hasta un par de docenas de beduinos envueltos en sus capas blancas con capuchón de flecos, ocupados en fumar pacíficamente su *chibuc* o su *narghilé*. Enviaron al griego un saludo, fueron a su encuentro para besarle la mano y le condujeron a la tienda de su jefe, la cual era más elevada y más amplia que las otras.

En medio de ella, y tendido indolentemente sobre un montón de alfombras de *kiki* tejidas de pelo de camello, vio a Fit-Debbeud, el jefe o, mejor dicho, el *jeque* de la pequeña banda de beduinos.

Apenas vio a Notis, sin desconcertarse gran cosa y según la costumbre, le besó la mano diciéndole con la más exquisita cortesía:

—*Salem alek* (la paz sea contigo) —frase sacramental que se usa con preferencia hace muchos siglos.

—*Allah y barek fik* (Dios te bendiga) —respondió Notis no menos cortésmente.

Jeque y griego miráronse durante algunos instantes en silencio, con recíproca curiosidad; después el primero indicó al segundo una alfombra, la mejor de las que se veían en la tienda, para que se acomodase en ella.

—Ahora, mi querido amigo, estoy a tu disposición.

—¿Sabes de qué se trata? —preguntó Notis.

—Takir me ha contado todo.

—¿Serás tan valiente que te atrevas a emprender esta guerra contra Abd-el-Kerim?

—Óyeme, amigo —dijo el jeque con orgullo—. En una ocasión me asaltaron doce egipcios y yo los maté desde el primero hasta el último y llevé sus cabezas a mi *marabut* que las mostró a toda la tribu. Otro día sorprendí en el desierto a una familia árabe de enemigos míos; les saqué los ojos, les corté las orejas, la nariz, los brazos y las piernas y apuñalé con ensañamiento los cuerpos de sus niños. ¡Soy valiente y feroz!

—Demasiado feroz, por cuanto matas niños inofensivos.

—Es costumbre de nuestras tribus, tanto del Sáhara como del mar Rojo.

—Te creo, pues, capaz de hacer frente a mi rival.

—Si quieres que sepulte mi yatagán en las espaldas de ese árabe y le quite de un golpe la vida, se la quitaré. ¿Quieres que le pase de parte a parte con mi barba? Le traspasaré y después le sacaré los ojos, le cortaré la nariz, las piernas y los brazos. ¿Quieres que robe a esa bella que tan desabrida se te muestra? La robaré, aunque grite y me maldiga. Hace algún tiempo que no envía Alá caravanas que desvalijar, y tanto mi banda como yo estamos desprovistos de dinero: paga como un jeque que nada en la abundancia, y mis hombres y yo estamos a tus órdenes.

Sacó Notis del bolsillo una gran bolsa llena de monedas de María Teresa y la arrojó al jeque, que la cogió al vuelo.

—Eso para empezar —dijo.

—¿Tienes muchas bolsas como ésta? —preguntó el beduino cuyos ojos iluminó la codicia.

—No —dijo el griego.

—¿Y dónde vas a encontrar lo demás?

—En el campamento egipcio.

—Está bien; me lo darás cuando lo haya merecido. Habla ahora.

—Es preciso apoderarse de mi rival.

—¿Dónde está ese perro árabe?

—En el campamento de Hossanieh.

—¡Hum! —dijo el jeque moviendo la cabeza—. Sería cosa de irle a buscar allí, pero Fit-Debbeud guarda en su saco mil astucias. Será preciso, con cualquier pretexto, hacerle salir del campo y echarnos después sobre él.

—Ya lo sé, pero no será tan fácil.

El beduino se acarició la barba complacido.

—¡Bah! —exclamó sonriendo—. ¿Dónde se encuentra, ante todo, su amante? ¿Junto a él, o separada?

—Él está en el campamento y ella en un *tugul* de Hossanieh.

—Entonces, el árabe es nuestro. Del campamento al pueblo hay más de mil pasos, lo suficiente para llevarse a tu rival antes de que los egipcios puedan venir en su ayuda y perseguirnos.

—Pero ¿cómo le harás salir del campamento? Sin un motivo serio, no pasará de noche las líneas avanzadas. Sabes que temen a los rebeldes que se creen rondan por la llanura.

—Pon atención, señor mío —dijo el jeque volviendo a encender su *chibuc*—. Esta noche mando a uno de mis hombres a la tienda de tu rival; si es preciso, iré yo en

persona, y le aviso de que su amante le llama. El enamorado, que supongo lo estará perdidamente, me creará y saldrá sin más dilación al campo. Lo demás ya lo supones tú; mis beduinos estarán emboscados tras de algunas matas, se le echarán encima, lo sujetarán y se lo llevarán. Cuando los egipcios acudan, nosotros estaremos ya muy lejos.

Notis tendió la mano al bandido, que se la estrechó con fuerza.

—Si lo consigues —dijo—, te daré dinero suficiente para que compres cien fusiles y una numerosa manada de camellos.

—Déjame obrar.

—¡Takir! —gritó el griego.

El nubio, que fumaba a la entrada de la tienda, acudió inmediatamente a la llamada de su amo.

—Es hora de que te pongas en camino para Jartum —dijo Notis—. Dirás a mi hermana Elenka lo que sucede, y le encargarás que pida al gobernador mi licencia absoluta, porque es preciso que yo esté libre para luchar con mi rival y vencerle. Le dirás, además, que haga firmar al mismo funcionario una carta que obligue a Jafar Bajá a enviar a Abdel-Kerim al Bajo Sudán, aunque sea preciso llevarle a la fuerza.

—¿Para qué? No os comprendo.

—Yo mismo ignoro el por qué, pero pudiera ser que esa carta me fuese de mucha utilidad. Anda, Takir, y vuelve pronto con Elenka. Mi hermana es bastante rica y poderosa para obtener del gobernador lo que quiera.

El nubio giró sobre sus talones y se alejó. Poco después se oía la campanilla de su *maharí*, lo que significaba que ya se había puesto en camino.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Notis al jeque.

—El sol está aún muy alto para dirigirnos al campamento, y yo tengo un hambre de lobo. Comeremos tranquilamente.

Hizo tender ante ellos una alfombra flamante y dio un ligero silbido. Entró un beduino llevando al hombro una pértiga, de la que pendía un cordero asado entero, que puso sobre unas hojas de palmera.

—*Bismillah* (en nombre de Dios) —dijo Fit-Debbeud—, frase corriente que usan tanto para empezar a comer como para degollar y torturar al enemigo.

El jeque descuartizó el cordero con los dedos, por ser desconocido el tenedor entre los beduinos, cortó la pardusca piel, lustrosa y crujiente, en largas tiras y sirvió a Notis, que lo arremetió vigorosamente, regándolo con leche fermentada de camella en la piel de una cabra, y que sabía horriblemente a moho. Cada vez que el griego llevaba la taza a los labios, repetíale el jeque: *saa* (salud), a lo cual respondía Notis: *Allah y selmek* (Dios te salve).

Entretanto, densos nubarrones habían encapotado el cielo y comenzaba a soplar un viento caliginoso que sacudía fuertemente las copas de los árboles y doblaba las tiendas. Obscurecía con rapidez y prometían ser tan densas las tinieblas que no se podría ver a dos pasos de distancia.

Notis hizo observar esto al jeque el cual, terminada la comida, se había tendido sobre la alfombra a digerir y fumaba flemáticamente.

—Mejor —respondió el beduino—. El huracán favorecerá la expedición y las tinieblas protegerán nuestra retirada. Creo que ya es hora de ponerse en camino e ir a contar al árabe que su bella amiga le guarda una sorpresa.

—¿No habrá peligro de que tú, al ir al campamento, seas descubierto?

—Nadie me conoce, y además, a un jeque le está permitido ir adonde le parezca, sin dar cuenta a nadie. No temas que yo pueda ser apresado por aquellas bellacos. Y, una vez en nuestro poder, ¿dónde esconderemos a tu rival?

—A pocos pasos de aquí hay una galería que termina en una horrible caverna, sumamente húmeda. Le echaremos en ella y le encerraremos bien.

Levantóse el jeque, púsose en bandolera su largo fusil de chispa, embrazó su escudo de piel de elefante y salió en compañía del griego. Los beduinos hallábanse ya junto a sus maharís, equipados para la guerra; a una señal del jefe, todos montaron.

—Una palabra aún antes de separarnos —dijo el jeque—. Si tu rival me preguntase quién me encarga prenderle, ¿qué debo responderle?

—Permanecerás mudo como una tumba. Las venganzas que van rodeadas del misterio son las más espantosas.

—Está bien; ¡qué Alá te guarde!

—¡Qué Alá te ayude! —respondió Notis.

El jeque montó sobre su maharí y dio la señal de partida. La banda salió a la carrera en dirección de Hossanieh.

CAPÍTULO VIII. EL PRISIONERO

Soplaba un viento sur impetuosísimo, tan caliente como si saliese de un horno encendido, y que doblaba, sacudiéndolas con fuerza, las palmeras aisladas y las plantaciones de *durah*, levantando columnas de fina arena que se elevaban en raudos remolinos, y recorrían la llanura hasta estrellarse contra las colinas o contra los *tugul* de Hossanieh. De vez en cuando un relámpago deslumbrador, lívido, trémulo, rompía las densas tinieblas; seguía después un prolongado y lejano rumor semejante al ruido que hace un carro cargado de latas, y llevado a la carrera por las calles.

Fit-Debbeud hizo atar a los *maharís* en círculo, los obligó a arrodillarse, dejó dos hombres para que los guardasen y con los restantes continuó hasta las inmediaciones del campamento y se detuvo con ellos tras un grupo de acacias gomíferas, donde podían emboscarse y echarse sobre Abd-el-Kerim en cuanto estuviese cerca.

—Silencio —dijo el jeque, llamando junto a sí a sus hombres—, y estad atentos a lo que os digo. Yo voy al campamento egipcio, pues es preciso un hombre astuto y atrevido para intentar la empresa y saberla llevar a buen fin sin infundir sospechas. Voy por el árabe, le conduzco fuera del campo y me dirijo hacia esta parte; al primer silbido que yo dé, echaos todos encima, y luego, a escape, adonde están los *maharís*. Tened en cuenta que nos jugamos la piel.

—Está bien —respondieron a coro los bandidos.

—¿Y los egipcios? —preguntó uno de ellos—. Apenas distan ochocientos pasos.

Fit-Debbeud se encogió de hombros y una sonrisa despectiva

asomó a sus labios.

—Los egipcios no se moverán, os lo digo yo —respondió—. Aullarán como perros, pero no se atreverán a seguir a Fit-Debbeud y a sus beduinos.

Desembarazóse del caftán y del arcabuz, cargó las pistolas que se puso en la cintura, cercionóse de que el yatagán se deslizaba bien en la vaina, y marchó derecho a las avanzadas egipcias, que se hallaban apostadas al resplandor de los fuegos que a duras penas podían mantener encendidos.

—¿Quién va? —gritó un centinela, echándose el fusil a la cara.

—Baja ese fusil, que voy a ver al teniente Abd-el-Kerim —respondió el bandido—. Condúceme a su tienda si no quieres que Jafar Bajá te haga acariciar las costillas con el corbach (látigo de piel de hipopótamo).

Dio un silbido el centinela y acudió un soldado que introdujo al bandido en el campamento y le acompañó a la tienda del árabe.

—¿Sabes tú si Abd-el-Kerim está solo en la tienda? —preguntó Fit-Debbeud al soldado que le precedía.

—Creo que está con el capitán Hassam.

—¿Quién es ese capitán?

—El amigo del teniente Abd-el-Kerim.

El bandido arrugó la frente e hizo un gesto de despecho.

—Espera —dijo el soldado, deteniéndose ante una tienda.

—Despacha —respondió el bandido—. Dile que vengo de Hossanieh y que me envía una mujer hermosa que se llama..., ¡alto ahí, amigo!

El soldado entró en la tienda y salió poco después.

—El teniente te espera, entra —le dijo.

—¿Está solo?

—No, con el capitán Hassam.

El jeque profirió un exabrupto, pero no se alteró. Con la cabeza alta y las manos sobre las culatas de las pistolas, avanzó y se estuvo ante el árabe que se hallaba tendido sobre una alíe mora, al lado de Hassam. Los tres se miraron con curiosidad, casi con desconfianza.

—¿Has dicho que vienes de Hossanieh, no es verdad?
—preguntó Abd-el-Kerim.

—Sí, y me envía una mujer que tú conoces —respondió Fit-Debbeud, mirando de reojo a los dos hombres.

Abd-el-Kerim se sobresaltó, y se puso en pie, como movido por un resorte.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó acercándosele.

—Creo que se llama Fátima.

—¿Y ella te envió por mí? ¡Es imposible!

Fit-Debbeud, aunque era muy animoso, se estremeció, y miró detrás de sí para estar pronto a echar a correr.

—¿Qué hay en ello de particular? —preguntó titubeando.

—Fátima tiene esclavos a su disposición.

—Y ha preferido enviarme a mí; eso es todo.

—¿Y sabes qué es lo que quiere? ¿Corre, acaso, algún peligro? —preguntó el árabe con ansiedad.

—Lo ignoro —respondió Fit-Debbeud—. Creo, sin embargo, que harías bien en venir inmediatamente a Hossanieh. Parecía

muy agitada.

Abd-el-Kerim miró a Hassam, que no separaba los ojos de la cara del jeque.

—¿Qué te parece, Hassam? —preguntóle.

—No sé qué peligro pueda correr Fátima ahora que Notis ha muerto; sin embargo, será cosa de ir en seguida a ver qué desea. ¡Quién sabe!

Ciñóse Abd-el-Kerim la cimitarra y se cubrió con el fez. Hassam le detuvo en el momento en que se disponía a seguir al bandido.

—Abd-el-Kerim —le dijo en voz baja—, ten cuidado.

—¿Qué temes? Llevo mi cimitarra y este jeque no me parece hombre capaz de arriesgar su vida contra mí.

—Puede ser; de todos modos estaré alerta hasta que llegues a la casita.

Fit-Debbeud y el árabe salieron. La oscuridad seguía siendo completa y soplaban el viento con mayor violencia haciendo bambolear las tiendas de los acampados, y derribando más de una; densos nubarrones que se amontonaban confusamente encapotaban el cielo, y el trueno resonaba a lo lejos.

Fit-Debbeud fue delante del árabe hasta las avanzadas, luego se colocó a su lado con la diestra sobre la empuñadura del yatagán.

—Sopla el *simoun* —dijo al poco tiempo.

—Sí —respondió Abd-el-Kerim distraído.

—Creo que haríamos bien en guarecernos detrás de las colinas para que la arena no se nos meta por la boca o nos deje ciegos.

—Como quieras.

Un relámpago iluminó la llanura y bajo de los árboles, tras de los cuales se habían emboscado los beduinos, brillaron unas armas. Abd-el-Kerim se detuvo.

—¿Quién está bajo aquellos árboles? —dijo.

—Algunos *bachi-bozucs* —respondió Fit-Debbeud—. Los he visto hace poco, al pasar junto a ese grupo de acacias.

—¿Estás seguro de no haberte engañado? Se dice que algunos rebeldes rondan por la noche el campamento.

—Hablé con ellos y me dieron las buenas noches. No hay nada que temer, teniente. Apresuremos el paso.

Llegaron a poca distancia de las acacias. Fit-Debbeud púsose a silbar un aire *dongolés*; de pronto, se colocó detrás del árabe, le agarró por los brazos y le sacudió con violencia, intentando derribarle.

Abd-el-Kerim, que estaba en guardia por la advertencia de Hassam, libróse mediante un violento tirón y dio un salto atrás.

—¡Ah, traidor! —exclamó, desenvainando la cimitarra.

El jeque le atacó furiosamente con el yatagán, dando saltos de león, y girando vertiginosamente en torno suyo para herirle en la espalda. Dirigióle tres o cuatro golpes que fueron rechazados y recibió en cambio un rasguño en un hombro.

—¡A mí, beduinos! —gritó rechinando los dientes como una hiena.

La banda saltó fuera de su escondrijo, corrió hacia el árabe y le rodeó.

—¡Socorro, Hassam! —aulló Abd-el-Kerim, intentando rechazar a los asaltantes.

Del lado del campamento sonaron varias detonaciones y se oyó a los centinelas dar la voz de alarma. Una segunda descarga echó por tierra a dos beduinos.

No había instante que perder; un pelotón de egipcios avanzaban a la carrera con las bayonetas caladas, y algunos *bachi-bozucs* ensillaban febrilmente sus caballos. Fit-Debbeud se metió entre las piernas del árabe, el cual le cayó encima y dejó escapar la cimitarra.

—¡Sujetadle, sujetadle! —exclamó el bandido agarrándole por el cinturón.

Mediante un desesperado esfuerzo, intentó Abd-el-Kerim levantarse, pero un beduino le hizo caer de nuevo descargándole en la cabeza un terrible golpe con la culata del arcabuz. En un abrir y cerrar de ojos fue atado fuertemente, y ya se lo llevaban cuando una tercera descarga partió del campamento y derribó a otro de los bandidos.

Los beduinos, precedidos de Fit-Debbeud atravesaron como un huracán la llanura, lanzándose por entre las colinas y, en menos tiempo del que se emplea en decirlo, llegaron al lugar en que se hallaban los *maharís*. Fit-Debbeud puso sobre la silla del suyo al árabe, que, aturdido por el golpe, no oponía la menor resistencia, montó después y dio inmediatamente la señal de partida.

Los veinte *maharís*, excitados por las voces y los latigazos, partieron velozmente en dirección a la selva del Bahr-el-Abiad, la cual distaba unas diez millas. Algunos *bachi-bozucs* comenzaron a perseguirlos, dando grandes gritos y agitando con frenesí sus lanzas, peí o unos cuantos disparos de arcabuz los pusieron en fuga.

—¡Bravo, muchachos! —exclamó Fit-Debbeud—. ¡Airead!

Las tinglas y el viento, que seguían levantando nubes de arena, favorecían la retirada, que se efectuaba con prodigiosa rapidez. Los latigazos y los *iich! iich!* pronunciados con furia daban alas a los *maharís*, que devoraban las millas.

Mientras así galopaban en compacto grupo, inclinóse Fit-Debbeud sobre Abd-el-Kerim, al cual sostenía en los brazos, y con la punta del yatagán le pinchó en el rostro, en el que apareció una gota de sangre. El árabe abrió los ojos y la miró fijamente.

—¡Bravo, árabe! —dijo el jeque sonriendo—. Se ve que eres de buena raza, forjado en hierro de buen temple. ¿Me conoces?

—Espero que me digas quién eres —respondió Abd-el-Kerim fríamente.

—Me llamo Fit-Debbeud, pero en Dóngola se me conoce mejor por la *Hiena del Sudán*. Es muy probable que tú oigas este nombre por primera vez.

—Me jacto de no haber oído jamás ese nombre que apesta a bandido desde una legua.

—¿Cómo sabes tú que yo soy un bandido? Soy el jeque de estos beduinos.

—Para venir al campamento, asaltarme a traición y llevarme así, hay que ser un salteador de caminos o hijo de ese perro de *Mahdi*. ¿Cuántas piastras quieres por el rescate?

—Ya sé que no te acobardas tan fácilmente, perro árabe. Me gustaría saber si sigues tan valiente cuanto muerdan tu morena carne ciertos animalitos.

—¿Con qué objeto me has prendido? —preguntó con desprecio Abd-el-Kerim.

—Dentro de poco lo sabrás —replicó el jeque.

Y de un puñetazo, que bañó en sangre los dientes del prisionero, le cerró la boca. Después, irguiéndose sobre la giba del maharí, gritó:

—¡A las ruinas de El-Garch, muchachos!

Había llegado la banda a la lindé de las grandes selvas de Bahr-el-Abiad cuyos árboles se inclinaban y crujían al empuje del simoun.

Fit-Debbeud guió a su maharí por la estrecha y tortuosa senda, y se detuvo ante El-Garch, cuyas ruinas surgían como fantasmas de la profunda oscuridad.

—¡Alto ahí! —ordenó volviéndose a los de su banda.

Con un simple grito hizo que su maharí se arrodillase, cogió auestas a Abd-el-Kerim y, después de haberle envuelto bien en su taub, se lo entregó a sus satélites.

—Llevalle al subterráneo —les dijo—. Si opone resistencia, retorcedle las muñecas hasta descoyuntárselas.

Entró en su tienda, donde dormitaba el griego entre un montón de alfombras. Con un silbido le hizo ponerse en pie.

—Ya estoy de vuelta, señor.

—¡Ah! —exclamó Notis—. ¿Por fin has vuelto? ¿Qué tal ha resultado el negocio?

—El golpe tuvo éxito completo —respondió Fit-Debbeud—. He perdido tres hombres, pero tú me los pagarás con seis camellos.

—¿Está pues, en tu poder? ¡Mil truenos!...

—Sí, y sin un rasguño de yatagán.

—¡Ah, perro rival! —exclamó el griego con júbilo feroz—. Si no estuviera Elenka por medio, en esta misma tienda y en mi presencia, te haría sacar toda la sangre que tienes en el cuerpo.

—Si quieres que se la saquemos, yo me divertiría mucho con ello.

—No, no puedo, por mi desgracia. Moriría, y a mí me interesa que no muera.

—Puede sacársele la mitad —añadió el jeque.

—Óyeme antes —dijo el griego con cólera—. En otro tiempo, ese hombre fue el prometido de mi hermana, la amó apasionadamente y fue correspondido; luego vio a Fátima, y se olvidó de la primera para amar a la segunda.

—Lo cual quiere decir que es perjuro y traidor; razón de más para hacerle morir lentamente, en medio de los más atroces tormentos.

—¿Y mi hermana?... Elenka le ama y quizá más que antes.

—El asunto resulta complicado. ¿Qué quieres hacer entonces?

—Dentro de dos o tres días, Elenka estará aquí, y es preciso que antes de que llegue amengüe o, mejor aún, se desarraigue del corazón del árabe el amor que tiene a Fátima.

—No encuentro otro medio más que arrancarle el corazón —dijo tranquilamente el bandido.

—Te repito que no debe morir.

—Espera un momento; ¿y si yo me fingiese amante de Fátima?

—¿Qué?

—Déjame pensar y ya Verás cómo hago que pierda toda esperanza de volver a ver a Fátima y que Elenka se le

aparezca como una salvadora. El mismo Profeta no podría hacer más.

—Si lo consigues, te compraré a Fátima a peso de oro.

—No pido más. Vamos ahora en busca de mi rival y pongamos en obra nuestro proyecto.

El jeque se humedeció los labios con una taza de *mesissak*, encendió un trozo de madera resinosa, salió de la tienda y ganó la entrada de una galería que se abría bajo una especie de pirámide desconchada y se internaba tortuosamente bajo tierra.

Entró en ella caminando con precaución entre cascotes de todas clases y se detuvo pocos minutos después ante una puertecilla baja y enrejada. Escuchó: fuera oíase retumbar el trueno y bramar el viento en la inmensa selva, y en el subterráneo, los lamentos e imprecaciones del prisionero. En los labios del jeque se dibujó una satánica sonrisa.

—Mi prisionero se encuentra a disgusto en el subterráneo —murmuró burlonamente—. Le haremos rabiar un rato.

Abrió la puerta y entró en una especie de bodega muy húmeda y tan fría que se entumecían los miembros. Inmediatamente distinguió a Abd-el-Kerim en un rincón, arrimado a la pared, con los puños crispados, contraídas las facciones por el dolor y la cólera, y los ojos, que echaban fuego, fuera de las órbitas. Fit-Debbeud lanzó una fuerte carcajada que el eco repitió varias veces.

—¿Qué haces, buen mozo? —preguntó riendo estrepitosamente.

El árabe saltó en pie como una fiera y le miró torvamente.

—¡Miserable! —rugió con voz ahogada y yendo hacia él con los puños en alto.

El jeque sacó con flema un pistolón y apuntando al árabe, le dijo con dureza:

—Si alzas una mano contra mí te levanto la tapa de los sesos.

—¡Eres un bandido! —rugió el árabe.

—Se ve que conoces bien a los hombres. No te has engañado al calificarme de bandido.

Abd-el-Kerim le miró sorprendido.

—Pero ¿qué quieres hacer de mí? ¿Por qué me has apresado? ¿Qué te he hecho yo para que me arrojes a este infierno? ¿Quién te lo ha ordenado? —preguntó con ira concentrada.

—No creí que un hombre que se halla en tu situación tuviese ganas de hablar. Más vale así; conversaremos como antiguos amigos.

Hincó la antorcha en tierra, sentóse sobre un pedazo de cascote, sacó del bolsillo su *chibuc*, llenólo de tabaco, lo encendió y aspiró tres o cuatro bocanadas con una flema que hubiera causado envidia a un inglés.

—Me preguntas por qué te he sepultado en este infierno —dijo recalcando todas las palabras—. Si quieres que te lo diga con toda claridad, una mujer es la causa de todas tus desgracias.

Abd-el-Kerim retrocedió hasta el muro y sintió que mi frío sudor le inundaba la frente. Un temor, un siniestro presentimiento le había asaltado.

—¡Una mujer! —balbució—. ¡Una mujer!

—¿Conoces tú a una *almea* que se llama Fátima?

—¡Fátima! ¿Fátima has dicho? ¿Qué quieres decir? ¡Por Alá, que me destrozas el alma!...

—Precisamente para destrozarte el alma he bajado yo a este infierno —dijo burlonamente el jeque.

—¡Ah, desdichado! —aulló el pobre árabe intentando lanzarse sobre él.

—No te muevas, ¡por mil rayos! —le intimó el jeque volviendo a echar mano al pistolón con aire amenazador—. Ten cuidado, te repito.

Abd-el-Kerim se mesó los cabellos con desesperación y mugió como un toro:

—Pero ¿qué te he hecho yo, asesino? ¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Óyeme, pero no te muevas si quieres que sigamos siendo buenos amigos. Yo soy el jeque Fit-Debbeud, y amo locamente a la mujer que tú amas.

—¿A quién?... ¿A Fátima?

—Sí, amo a Fátima, pero la amo, como te he dicho, locamente. Supe que tú la amabas y que ella te correspondía, y juré suprimir el obstáculo que se interponía en mi camino. Tuve la fortuna de cogerte y te sepulté aquí abajo para hacerte reventar de celos y, sobre todo, de hambre.

—¡No es posible!... ¡No es posible!... —aulló Abd-el-Kerim—, Fátima no ama a nadie más que a mí, me ha jurado ser mía, y mía será.

—Pues porque ha jurado que será tuya es por lo que yo te envío al otro mundo. Muerto tú, me amará, quiera o no quiera.

—¡Ah, perro!...

—Silencio, muchacho. Si tú quieres, tienes un medio para recobrar tu libertad.

—¿Cuál? —preguntó el árabe con un rayo de esperanza.

—El de ir donde está Fátima y escupirle en la cara como signo de profundo desprecio.

—¡Calla, miserable, calla!... ¡Te voy a destrozar con los dientes!

—Adiós, mocito —dijo el beduino levantándose—. Hoy mismo partiré para Jartum con Fátima y tú quedarás encerrado en esta cueva que será tu sepulcro.

Lanzó el árabe un rugido de desesperación y se arrojó sobre el bandido; pero éste estaba en guardia. Echóse a un lado y descargó tan terrible puñetazo en un costado al prisionero que le hizo caer al suelo como muerto.

—Adiós, mocito —repitió el jeque sonriendo burlonamente.

Dejó caer un puñado de dátiles, apagó la antorcha y se marchó tranquilamente, cerrando la puerta tras de sí.

Tan fuerte fue el golpe que le diera el bandido que el desventurado Abd-el-Kerim estuvo diez minutos sin poder moverse; luego, mediante un desesperado esfuerzo, se puso en pie y avanzó con la esperanza de llegar a la puerta. Pero las tinieblas eran tan profundas que fue a chocar contra un muro húmedo y viscoso, a cuyo contacto se estremeció.

—¡Socorro! ¡Socorro, Fátima! —volvió a gritar el desventurado.

Retrocedió tambaleándose como un beodo y escuchó. Fuera tronaba fuertemente y se oía el rugido del viento en la galería; una oleada impetuosa de aire húmedo llegó hasta él.

—¿Dónde estoy? —preguntó con una voz que ya nada tenía de humana—. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué me han cogido? ¿Dónde está Fátima, mi desdichada prometida, mi desgraciada almea

? ¿Soy víctima de alguna terrible pesadilla?...

Restregóse los ojos para persuadirse de que estaba despierto y prisionero en aquel horrible subterráneo. Entonces recordó las palabras que le había dicho el jeque Fit-Debbeud.

Dos lágrimas surcaron sus mejillas; dejóse caer en tierra, escondió el rostro entre las manos y lloró. Pasaron las horas lentas, muy lentas, pero nadie descendió al subterráneo, ni se oyó más ruido que el rugido de la tempestad, que continuaba furiosa.

¿Cuánto tiempo pasó? Él no lo sabía, pero, probablemente, transcurrieron varios días.

Ya había perdido toda esperanza y se había acurrucado en un ángulo de la prisión, enflaquecido por el hambre y por la angustia, resignado a morir, cuando un silbido repentino le sacó de su postración.

Levantóse tras increíbles esfuerzos y miró en torno. Una tenue claridad se deslizaba por una pequeña hendidura practicada en el húmedo muro. Arrastróse hasta ella y, reuniendo todas sus fuerzas, pidió auxilio.

Oyó un nuevo silbido, y luego una voz, la del bandido Fit-Debbeud, que gritaba:

—¡Vamos, arriba, que Elenka está a la vista!

Abd-el-Kerim lanzó un rugido de ira; cayósele la venda de los ojos, lo comprendió todo. Lanzóse como una fiera a la grieta, pero le faltaron las fuerzas y cayó desmayado, con los puños crispados en actitud de amenaza y los labios llenos de espuma.

En aquel mismo instante, la hermana de Notis llegaba a las ruinas de El-Garch.

CAPÍTULO IX. ELENKA

Elenka, por otro nombre «la bella griega», era la más seductora y, al mismo tiempo, la más ardiente criatura que pudiera hallarse en todo el Alto Egipto. Podría tener hasta dieciocho años, a juzgar por su desarrollo; era más bien alta, de talle flexible y continente altivo, soberbio, como correspondía a su temperamento, que se reflejaba en sus gestos y en sus palabras. Sus cabellos eran de un negro intensísimo, con reflejos metálicos, y le caían como un velo sobre los hombros; la frente era pequeña como la de las estatuas griegas; los ojos, centelleantes hasta el punto de que, a veces, parecían encenderse; las cejas eran, asimismo, negras y suavemente curvadas; la nariz, levemente aguileña, se dilataba en los momentos de cólera, y sus labios, rojos como el coral, se entreabrían a veces en una sonrisa extraña, diabólica, pero siempre fascinadora.

Amó al árabe y le amó con locura, con pasión, tanto que por él se hubiera arrojado a una hoguera, y los dos corazones quedaron unidos.

Sobrevino la guerra y Abd-el-Kerim partió con un batallón al mando de Jafar Bajá. Elenka quiso seguirle, pero le fue prohibido, y se resignó, tras copioso llanto, a esperar su vuelta. Cuando Takir le dio la terrible noticia de que Abd-el-Kerim se había echado en brazos de Fátima, creyó enloquecer de celos y de rabia. Apoderóse luego de ella una sed ardiente de venganza, y quiso desgarrar con sus propios dientes el corazón de la aborrecida rival.

Partió en seguida anhelante, furibunda, fuera de sí, casi delirante. No se detuvo un solo minuto, ni aun por la noche, a no ser para relevar los *maharís* que derrengaba con tan continua y rápida carrera; en menos de dos días dio vista a

las chozas de Hossanieh. Los beduinos hallábanse en acecho en la llanura y la condujeron a El-Garch, donde llegaron en el momento preciso en que Notis despertaba sobresaltado por la voz de Fit-Debbeud, y aparecía en la explanada.

Apenas se vieron los dos hermanos, echáronse uno en brazos de otro; se estrecharon casi con rabia y se miraron por algunos instantes sin pronunciar palabra, centelleantes los ojos de cólera y de alegría. Sus rostros se contrajeron de un modo especial, y una sonrisa feroz se dibujó en sus labios.

—Ven, Elenka —dijo de pronto Notis tomándola enérgicamente de la mano.

Condújola lejos de la tienda, al pie de una gran esfinge, y la obligó a sentarse sobre un gigantesco tarbusch que en otro tiempo debió de ser un monumento funerario.

—¿Qué hay? —preguntó Elenka con voz que silbaba entre sus apretados dientes.

—Abd-el-Kerim te ha hecho traición —respondió Notis.

—¿Es, pues, verdad que después de haberme amado tanto ha roto el lazo que nos unía?

—Completamente cierto, Elenka; te ha dejado para correr tras una almea.

La griega se irguió como una hiena furiosa y apretó los puños, como si hubiera querido triturar alguna cosa. Cerró luego los ojos y los volvió a abrir, clavando en Notis una mirada aún más centelleante y extraña.

—Me ahoga la ira y me muero de sed, pero de sed de sangre —dijo con salvaje arrebató—. Dime dónde está mi rival, para ir a su encuentro y arrancarle el corazón con mis uñas; dime dónde puedo verla. ¡Me siento capaz de envenenarla con la mirada!

—Calma, Elenka —dijo Notis—. En este asunto es preciso proceder con frialdad.

—Cuando se apodera de mí la ira, no puedo dominarme, bien lo sabes tú, Notis. Hace cuatro días que tengo el corazón destrozado por los celos; hace cuatro días que me siento presa de un deseo feroz de matar o de que me maten. Dame esa rival y verás cómo me convierto en la más cruel de las hienas, la más sanguinaria de cuantas se han visto en los desiertos de África.

—Y a Abd-el-Kerim, ¿le has olvidado?

—¡Abd-el-Kerim! —exclamó Elenka con aire sombrío.

—¿Qué harías de ese traidor si le tuvieras en tu poder?

—No lo sé... ¿Dónde está?

—En lugar seguro.

Elenka le miró sorprendida.

—¿Acaso está cerca? —preguntó con viva emoción.

—Está bajo nuestros pies.

—¡Muerto acaso!... —exclamó retrocediendo espantada—. ¡Notis!

—Aún no.

—¿Dónde está? Dime, Notis, ¿dónde está?

—Encerrado en un subterráneo.

—¡Llévame pronto a él, quiero verle! —dijo Elenka poniéndose en pie.

Notis se echó a reír, alisándose tranquilamente la negra barba.

—¿Le amas aún? —preguntó en tono burlón.

—No sé si le odio o le amo; sólo sé que quiero encontrarme frente a él para decirle que pisotearé a mi rival, que la haré trizas, que la pulverizaré como si fuese de barro.

—¡No la tocarás! Amo a tu rival y quiero hacerla mía aunque medien tu vida y la mía.

—¡Tú amas a mi rival!

—Sí; la amo, la adoro, y tanto que sin ella no podría vivir.

—¿Tú amas a una despreciable almea?

—Es bella como una hurí del Paraíso de Mahoma, más hermosa que tú.

—¡Pero yo la odio, la odio, y detesto a esa almea! —rugió ella.

—¡Y yo la amo, la adoro! —rugió Notis.

—¿Quieres, pues, que nos hagamos la guerra? Yo no tendré piedad.

El griego le mostró los beduinos que los estaban observando apoyados en sus fusiles.

—Bastaría una indicación mía para que apalearan a Abd-el-Kerim —le dijo—. Tú estás loca, Elenka, y yo más loco que tú al suscitar tan inútiles cuestiones. Tú quieres a Abd-el-Kerim y yo te lo cedo; yo quiero a Fátima y la tendré.

—Tienes razón —respondió Elenka, esforzándose por sonreír—. Estamos locos. ¿Qué debo hacer entonces? Yo quiero ver a Abd-el-Kerim; condúceme a su lado y deja por mi cuenta el cuidado de fascinarle, como lo hice en Jartum.

—Poco a poco, hermana; procedamos con calma —dijo Notis en tono misterioso—. Ya sabes de qué modo ha sido

apresado Abd-el-Kerim y cómo él me cree muerto hace algún tiempo. El jeque Fit-Debbeud le encerró en el subterráneo fingiéndose amante de Fátima y diciéndole que le mataría de hambre. Tú te encuentras aquí por casualidad o en virtud de una simple sospecha y te asignas el papel de libertadora, al mismo tiempo que de fascinadora. ¿Qué te parece?

—El mismo Satanás no hubiera sido capaz de trazar un plan mejor.

—Gracias, hermana —respondió Notis riendo—. Descenderás, pues, al subterráneo acompañada de dos dongoleses y le libertarás después de haberle hablado de vuestro antiguo amor y haberle persuadido de que debe olvidar a Fátima.

—Bien, ¿y qué haremos con mi rival?

—Es preciso que extirpes de tu corazón toda idea de venganza, porque la almea ha de ser mi mujer.

—Estás loco, cien veces más loco que Abd-el-Kerim. No sé qué daría por teñirme las manos con la sangre caliente de mi odiada rival.

—Y yo daría diez años de mi vida por ver a mi rival agonizante a mis pies. Estamos en las mismas condiciones. Dejemos, pues, que se salven. Ve en busca del traidor, y que Alá te acompañe.

Dio el griego un silbido prolongado; todos los beduinos se terciaron los arcabuces, recogieron las tiendas, cargaron sus utensilios sobre los maharís y sobre los camellos y se internaron en la selva. Fit-Debbeud los siguió después de asegurarse de que habían desaparecido todas las huellas de su paso y de haber mandado a dos dongoleses que se pusieran junto a la galería.

—Cuando termines, da un silbido y yo saldré a tu encuentro —dijo el griego a su hermana.

Y luego se alejó con paso rápido en la dirección que había tomado la banda.

Elenka permaneció allí, en pie, caídos los brazos, contraídas las cejas, como ensimismada. Miró lentamente en derredor, como sorprendida de verse sola, irguióse luego con gesto resuelto y se acercó a los dos dongoleses que la esperaban inmóviles como estatuas a la entrada del oscuro pasadizo.

—Conducidme junto al prisionero —dijo con una emoción que apenas trataba de ocultar.

Los dongoleses encendieron las antorchas y se internaron en el subterráneo, caminando con suma precaución, por temor de pisar algún áspid que pudiera hallarse oculto entre los escombros. Elenka los seguía en silencio mirando en derredor con creciente curiosidad.

A medida que avanzaba, sentía latir su corazón con mayor violencia, agitada por cierto temor. Hubiérase dicho que temía encontrarse frente a su prometido, frente al traidor, allí, bajo aquella oscura y húmeda bóveda y en presencia de dos salvajes; y miraba con horror el fondo de la galería y las húmedas paredes por las cuales se arrastraban con lúgubre rumor millares de escorpiones grises, gusanos, lagartijas y asquerosas tarántulas. Parecíale que era presa de una espantosa pesadilla.

—¡Dios mío! —murmuraba—. ¿Tan terrible era el odio de Notis para que le sepultase en esta horrible tumba?

De repente, uno de los dongoleses se detuvo volviéndose hacia ella con una sonrisa cruel en los labios.

—¿Oís? —preguntó con una voz que el eco hacía sepulcral.

Elenka se estremeció y aguzó el oído. En el fondo del subterráneo se oían gemidos intermitentes, vagos murmullos que crecían cada vez más, para terminar de pronto, como si el que los producía hubiese muerto de repente.

—¿Quién es? —preguntó con espanto.

—El prisionero, que se muere de hambre —respondió el dongolés.

—¡Miserables!...

—El griego lo ha dispuesto así.

—Sigue adelante —dijo Elenka con voz amenazadora.

Los dongoleses obedecieron, y poco después se detenían ante la puerta enrejada en la cual veíanse algunas esculturas que representaban el *ibis*, ave considerada como sagrada en el antiguo Egipto y en la Nubia, y a la cual solían dedicar templos. Elenka tembló al oír los lamentos y sordas imprecaciones del desventurado Abd-el-Kerim, que se retorció en las convulsiones del hambre.

Abierta la puerta con gran trabajo, la griega arrancó una antorcha de mano de uno de los dongoleses, ordenó que la esperasen a la salida de la galería y entró resueltamente en aquel húmedo y frío subterráneo.

—¿Quién es el asesino que viene a presenciar mi agonía?
—preguntó el árabe mirando con ojos extraviados.

Aquella voz hirió a Elenka en el corazón.

—¡Abd-el-Kerim! —exclamó.

—¿Quién me llama? ¿Quién viene a buscarme en esta tumba?
—prosiguió el árabe con arrebatada voz, que, repetida por el eco, parecía doblemente lúgubre.

—¿No me reconoces aún?

Respondióle un largo gruñido semejante al de una fiera irritada.

—Mírame a la cara, Abd-el-Kerim, mírame bien.

—¿Quién eres? —preguntó el árabe haciendo un esfuerzo para levantarse.

—Elenka, tu prometida, que viene a salvarte.

—¡Ah! —exclamó con ironía—. Eres tú, Elenka, la hermosa y buena Elenka, que tanto decía que me amaba e hizo que me arrojasen en esta terrible tumba para que muriese de hambre y de celos. ¡Vete, feroz criatura, vete!...

—Estás loco, Abd-el-Kerim —dijo ella con voz temblorosa.

—¿Qué quieres de mi, execrable mujer, qué quieres de mí? Toda unión ha sido rota, un abismo se ha abierto entre nosotros, ya no soy tuyo, vete y déjame morir en paz, ya que has sido implacable en tu abominable venganza.

—Abd-el-Kerim —dijo, haciendo un esfuerzo para dominar su turbación—. Me acusas sin razón, yo te lo juro. He venido al campamento de Hossanieh con la esperanza de encontrarte y reanudar las relaciones amorosas que rompiste en un momento de locura. Un beduino me contó cómo, al pasar por aquí, había oído gemidos, y me apresuré a venir. Vengo a libertarte, no a vengarme.

—Calla, Elenka, calla —dijo el árabe con ímpetu salvaje.

—Vuelve en ti, Abd-el-Kerim, te lo suplico; aleja esas sospechas que son para mí otros tantos puñales que me destrozan el corazón.

—Me hallaba esperando la muerte cuando oí al bandido que me encerró gritar: «¡Vamos, ya viene Elenka!...». Tenía una venda en los ojos, pero se me cayó en aquel momento: ¡lo comprendí todo, todo!...

Elenka dio un grito de angustia. De un violento empujón, el árabe la hizo caer de rodillas, cerca de la puerta.

—¡Infame! —exclamó con profundo desprecio.

—¡Abd-el-Kerim! —dijo Elenka con desgarrada voz—. ¡Abd-el-Kerim!

El árabe le volvió la espalda y luego se encerró en un silencio absoluto.

—Pues bien, sí —continuó la griega—, yo te encerré en esta prisión, pero no te he torturado; el que ha hecho eso es el bandido Fit-Debbeud. Temía perderte, me cegaron los celos y quise tenerte en mi mano antes que en tu corazón se extinguiese la última chispa del amor que me tenías. Fui culpable, lo sé; fui miserable, fui terrible en mi venganza, pero tú me habías convertido en una hiena sedienta de sangre. Abd-el-Kerim, perdóname en nombre de aquel amor que...

—Aquel amor se extinguió ya en mi corazón —le interrumpió el árabe sordamente.

—¡Oh, no es posible, no lo quiero creer; tú me amas aún!

—Calla... calla, Elenka —balbució el árabe con voz entrecortada.

—Dime que me amas aún; dime que volverás a ser mío y te perdonaré el asesinato de mi hermano. Estoy sola, Abd-el-Kerim, sola en el mundo... Me confío a ti, y te juro que te amaré hasta la muerte.

—No puedo... no puedo... he roto todo... he cavado un abismo imposible de franquear. Déjame, hazme morir si quieres, véngate de la muerte de tu hermano, a quien maté en leal combate, pero vete, vete...

—Abd-el-Kerim —continuó Elenka con voz fascinadora—. No me rechaces, no me dejes sola en el mundo, no me hagas traición. ¿Qué te hice yo para que me trates con tanta

crueldad? ¿Acaso soy culpable de haberte amado demasiado? ¿No es cierto que tú me amas aún? ¿No es verdad que tu corazón palpita todavía por mí? Dime que sí, dímelo, Abd-el-Kerim. ¡Oh, dímelo, hazme otra vez feliz!

—No, imposible, imposible, te digo. ¡Te odio! ¿Lo entiendes? ¡Ahora te odio!...

—¿Es, pues, tu última palabra?

—La última.

—Mira; yo, antes tan soberbia, estoy a tus pies, suplicante. Haz de mí lo que quieras, seré tu esclava, sufriré tus más raros caprichos, sin una queja, sin un suspiro.

—Márchate —le dijo—. He roto y olvidado todo.

Irguióse la griega como un muelle de acero hasta entonces doblado. Inflamáronse sus ojos de ira y de vergüenza.

—¿Por quién me has olvidado? —preguntó con voz estridente.

—¡Por Fátima!

—¡Ah, traidor!

Elenka dio un paso adelante, como una fiera, blandiendo un puñal.

—¡Abd-el-Kerim, estamos solos; te tengo en mis manos!...

—Mátame si quieres; así acabaré antes.

—No; sería una muerte demasiado dulce. Se me ocurre una venganza refinada, una venganza lenta, terrible. ¡Ah!... —continuó con ira—. ¿Tú creías traicionar así como así a la soberbia Elenka? Pues bien, te engañas. Tengo una rival, esa rival se encuentra en Hossanieh; iyo la buscaré y derramaré su sangre gota a gota!...

Comprendió perfectamente que todo había terminado tanto para él como para Fátima y que no había que esperar piedad de aquella criatura tan soberbia, devorada por los celos y asaetada por el deseo de venganza. Erizáronsele los cabellos.

—Elenka —dijo con voz angustiosa y en la cual se advertía tanto el ruego como la amargura—. Destrózame el corazón si quieres, pero no toques a la almea. ¡Ay de ti si tocas uno solo de sus cabellos, ay de ti!

Una risa estridente y burlona salió de los labios contraídos de la griega.

—¡Os aplastaré a los dos bajo mis pies!

—¡Calla, miserable, calla!

Dirigióse la griega hacia la puerta, pero volviéndose a él con las manos levantadas, gritó en tono sombrío:

—¡Abd-el-Kerim! ¡Tiembra! ¡Tiembra!...

CAPÍTULO X. LAS DOS RIVALES

Cuando salió del subterráneo, después de haber cerrado la puerta, no era ya la misma mujer que hemos visto entrar.

Una sed inextinguible de venganza abrasaba a aquella mujer realmente terrible en sus desenfrenadas pasiones; un arrebató feroz la agitaba, un verdadero frenesí por aplastar al árabe, en primer lugar, y después a su propia rival, que la habían ofendido en su orgullo y le habían destrozado el corazón.

Ligera como un rayo, recorrió la oscura galería y se detuvo ante los dos dongoleses.

—¿Y el prisionero? —preguntaron éstos.

—¡Silencio! —dijo Elenka con voz ronca—. Llamad a Notis.

Uno de ellos comenzó a aullar, imitando por tres veces el lastimero grito del chacal; el melodioso canto del sberegrig respondió inmediatamente.

Abriéronse en seguida los arbustos gomíferos y apareció Notis, seguido a corta distancia del jeque Fit-Debbeud y de toda su banda. Acercóse presuroso a Elenka, que destrozaba nerviosamente los robustos tallos, de hermoso color de rosa.

—¿Qué hay, hermana? —preguntó Notis con ansiedad.

—Nada —respondió Elenka con amarga sonrisa.

—¿Cómo? No te comprendo.

—El traidor es tan inmovible como una roca.

—¡Rayos y truenos!...

—Sí, me ha despreciado y rechazado. He intentado seducirle por todos los medios; he rogado, suplicado, amenazado, pero todo ha sido inútil. Además, no sé cómo es que él ha sabido que fue encerrado en el subterráneo por una venganza que me atribuye, en vez de achacársela a Fit-Debbeud.

—¡Es imposible! —exclamó el griego—. ¿Por quién lo ha sabido?

—Lo ignoro; pero el hecho es que él me ha oído llegar.

—¿Y qué le has dicho tú?

—Era imposible negarlo y le confesé todo, cargándome yo con la culpa.

—¿Ignora aún que yo estoy vivo? —preguntó con ansiedad.

—Completamente.

—Entonces, ¿qué piensas hacer ahora?

—¿Qué pienso hacer? ¿Y tú me lo preguntas? Iré al campamento y apuñalaré a mi rival.

—¡Alto ahí, hermana! Amo a Fátima y, por lo tanto, es imposible que yo permita que la mates.

—Pero yo odio a esa miserable que me robó a Abd-el-Kerim.

—Y yo aborrezco a Abd-el-Kerim, que me clavó una pulgada de acero en el pecho y me robó a Fátima —replicó el griego con mal refrenada ira.

—¿Entonces?... Notis, hermano mío, te daré cuanto quieras por que me dejes apagar esa sed de venganza que devora mi alma.

—Escúchame, hermana. Perder a Fátima es para mí como

perder la vida; tanto es lo que la amo. Yo te cedo a Abd-el-Kerim, a quien conquisté con mi astucia; te dejo en completa libertad para atormentarle, y aun, si quieres, para hacerle morir entre las más atroces torturas; pero es preciso que tú me abandones por completo la almea, que ayudes, además, a robarla del campamento. Es un contrato lo que te propongo y nada más.

—¿Yo robarla? —exclamó la griega.

—¿Y por qué no? Tú eres fuerte, astuta, conoces a Hassam y a Jafar Bajá, y puedes hacerlo. Si rehúsas, parto el corazón a mi rival.

La griega le miró por espacio de algunos instantes en silencio; de pronto cruzó por su mente una idea, que cogió al vuelo.

—Acepto —dijo con la mayor tranquilidad.

—¿Me la traerás aquí mismo?

—Sí, siempre que consiga robarla. Si para ti es imposible hacerla caer en un lazo, para mí será difícil; bien lo sabes tú.

—No te digo que no, pero haz lo que esté de tu parte. Si no lo consigues, yo buscaré cualquier otro medio más eficaz. ¿Cuándo partes?

—Inmediatamente si quieres. Dame, para que me ayuden, dos dongoleses.

El griego hizo una seña a Fit-Debbeud, que estaba sentado allí cerca. Poco después, tres *maharís* cuidadosamente ensillados eran conducidos adonde Elenka se hallaba examinando la recámara de una carabina «Martini».

—Hermana —le dijo Notis—, no intentes nada contra la almea si no quieres que Abd-el-Kerim lo pase mal.

—No temas, me contendré.

Pusieron a los *maharís* de rodillas, y Elenka y los dos dongoleses montaron en las cabalgaduras.

—Que Dios te proteja, hermana —dijo Notis gravemente.

—Y que Dios proteja a Abd-el-Kerim —replicó en igual tono la griega—. No olvides que se muere de hambre.

Oyóse el *iich! iich!* de los dongoleses, y los *maharís* partieron velozmente por un largo sendero cubierto de espinoso *alfeh* y bordeado de grandes *ardéb* (tamarindos) de ramas larguísimas y flexibles, sobre las cuales chillaban, haciendo piruetas, bandadas de monos grandes y pequeños, de un precioso pelo verde dorado (*cercopihecus fistulosa*).

Elenka se volvió dos o tres veces para mirar las ruinas de El-Garch, y una sonrisa entre sardónica y compasiva se dibujó en sus labios.

—Haces mal, hermano mío —dijo entre dientes, cuando ya perdía de vista las ruinas—. Te fías de mí y yo me aprovecharé de esa confianza. ¡Cuándo el león tiene hambre, devora carne, y yo le daré la carne de Fátima!

Atravesaron felizmente la selva en poco más de tres cuartos de hora. Los tres *maharís* descansaron un momento junto a la última palmera *deleb*, y luego volvieron a emprender su veloz carrera a través de la llanura, dirigiéndose hacia Hossanieh, cuyos *tuguls* se distinguían perfectamente, iluminados por los ardientes rayos del sol que ya comenzaba a descender.

Una hora hacía que trotaban, y habían llegado junto a un gran grupo de acacias, cuando Elenka lanzó el *iich! iich!* con tal furia que los *maharís* se detuvieron de repente, a riesgo de hacer saltar de la silla a los que los montaban.

—¿Qué sucede? —preguntaron los dongoleses, llevando

instintivamente la mano a la *harba*.

—¡Quietos todos! —dijo Elenka en un tono que no admitía réplica.

Hizo arrodillarse a su *maharí*, saltó a tierra y se internó silenciosamente por entre las acacias, hasta llegar a la orilla opuesta. Detúvose allí, con los ojos fijos en dos hombres que iban a paso lento en aquella dirección.

—Bien —murmuró con alegría—. Aquél es Hassam, le reconozco, y el otro es Omar, el esclavo de Abd-el-Kerim. ¿Dónde irán?

Introdujose entre unos arbustos, encogiéndose, enroscándose sobre sí misma como una serpiente, y esperó pacientemente que pasasen cerca de ella. No transcurrió mucho tiempo, sin que oyese sus pasos y a Hassam que decía a su acompañante:

—¿Estás bien seguro de que fueron beduinos los que se apoderaron de él?

—Sí, capitán —respondió Omar—. Mussá, que estaba de centinela junto a los últimos *tuguls* de Hossanieh, los vio salir de entre unos matorrales y echarse sobre él como leones. Mi pobre amo fue vencido por el número.

—¿Y qué te dijeron?

—Que habían tomado el camino que conduce a Sceh-el-Mactud.

—A mí me parece que huyeron hacia la selva del Bahr-el-Abiad.

—Mussá sostiene lo contrario. Soplaban el viento y la noche era demasiado oscura para que se pudiese ver bien; es probable que os hayáis engañado.

—¡Pobre Fátima! —exclamó Hassam, suspirando.

—¿Está tranquila?

—Temo que se vuelva loca, Omar. Pero ¿quién le hizo prender? ¿Para qué? Si viviese Notis..., pero ha muerto hace días. Ea, busquemos hacia Sceh-el-Mactud. ¿Quién sabe?

Alejáronse sin añadir palabra, dirigiéndose hacia el Sur, con paso más rápido. Apenas les hubo perdido de vista, salió Elenka de su escondite y fue corriendo adonde se encontraban los *maharís*.

—Fátima está sola —murmuró—. ¡Nos veremos las caras!

Saltó sobre la silla y lanzó su *maharí* a la carrera, seguida siempre por los dos dongoleses.

Al cabo de diez minutos, llegaron a la aldea y se detuvieron junto a un grupo de árabes que estaban ocupados en abrevar sus vacas.

—Quedaos aquí —dijo Elenka a los dongoleses—, y cuando me veáis salir de aquella casita que se ve allá abajo, seguidme desde lejos y no perdáis de vista a la mujer que irá en mi compañía. Al primer silbido que yo dé os lanzaréis sobre ella y la reduciréis a la impotencia. Os ganaréis diez *tálers*.

—Contad con nosotros —dijeron los dongoleses.

Envolvióse la griega cuidadosamente en su blanco con el que se ocultó parte del rostro, y se encaminó hacia la casa de Fátima, que ya Notis le había descrito de antemano.

Un negro armado de fusil la detuvo en el momento de franquear el umbral.

—Soy hermana del capitán Hassam —dijo con toda tranquilidad—. Dejadme libre el paso, que tengo que hablar con Fátima.

El negro no se atrevió a impedírselo. Elenka subió la escalera como movida por un resorte, arrugada la frente, los ojos encendidos por la ira y una mano en la empuñadura de ébano de su puñal, colocado entre los pliegues de su faja.

Lanzóse como una leona al interior de la primera habitación que se le presentó delante; detúvose de pronto, dejando escapar una sorda exclamación.

Tendida sobre un *angareb*, entre blandas alfombras, bordadas de oro, hallábase Fátima, sueltos sus negros y largos cabellos sobre los desnudos hombros, apoyada la cabeza en una mano y a sus pies su pandereta de *almea*. Su rostro, tan bello y tan altivo, ofrecía evidentes señales de atroces sufrimientos, y sus ojos brillaban con fuego salvaje. Parecía presa de gran desesperación, que en vano procuraba dominar, y de vez en cuando líquidas perlas surcaban sus aterciopeladas mejillas.

Al ver a la desconocida que con tal furia entraba, enderezóse con lentitud y la miró con más curiosidad que cólera. Elenka sostuvo impertérrita aquella mirada de fuego que competía con la suya en poder.

—¿Quién eres? —preguntó bruscamente la *almea*.

Elenka volvió sobre sus pasos, cerró la puerta con cerrojo y se guardó la llave en el bolsillo. La *almea* no disimuló un gesto de sorpresa y avanzó hacia la ventana, quizá para llamar al negro que vigilaba la puerta, pero la griega corrió a interceptarle el paso.

—¿Quién eres? —repitió la *almea* con dureza.

—No des un grito, no intentes nada —dijo Elenka con resolución—. Quiero hablarte.

—No te conozco.

—No tardarás en conocerme. ¿No eres tú Fátima?

—¿Y qué?

—¿La amante de Abd-el-Kerim?

—¡Abd-el-Kerim! —exclamó la *almea*—. ¿Sabes tú algo de mi prometido? ¿Dónde está? ¿Vienes a darme alguna noticia? Habla, habla, que tengo destrozado el corazón.

—Sé más de lo que tú crees, pero antes quiero averiguar una cosa —dijo.

—Habla, habla, soy tuya —repuso la *almea* emocionada—. Yo te diré todo lo que quieras para que tú me digas a tu vez dónde se encuentra mi Abd-el-Kerim, mi prometido.

—Dime de dónde has venido; es preciso que yo lo sepa.

—De El-Obeid. Fui la favorita de Mohamed Ahmed, el Mahdi del Sudán.

—¡Ah! —dijo la griega sonriendo con ironía—. Fuiste la favorita del rebelde Ahmed.

—¿Qué tiene de particular? Estoy orgullosa de haber pertenecido a tal hombre, al enviado de Alá.

—No encuentro en ello nada extraordinario. Una *almea* será siempre una *almea*.

—¿Para qué has venido? —preguntó—. No te conozco; me da el corazón que todo debo temerlo de ti, que en tu cabeza bullen propósitos siniestros; vete, que yo no te necesito. Yo sabré encontrar a Abd-el-Kerim.

—¿Sabes quién soy? —dijo la griega sin moverse.

—No me importa.

—Quiero que lo sepas.

—No abuses de la paciencia de Fátima. Cuando se irrita se convierte en una leona.

—Y yo en una hiena sedienta de sangre, capaz de despedazar aun a la leona.

La almea tembló de ira, y le indicó la puerta con soberbia.

—Fátima —dijo la griega con rabia reconcentrada—. ¿Ha llegado a tu conocimiento que Abd-el-Kerim había dejado a su novia en Jartum?

Aquella pregunta hecha tan fríamente hizo en Fátima el efecto de una mordedura en el corazón. Dio un salto atrás rugiendo de ira, con los dientes apretados convulsivamente, pálida de furor, y alargó su mano a una mesa sobre la cual había un yatagán desenvainado.

—¿Quién eres?... ¿Quién eres? —gritó con voz ahogada.

—¡Mírame a la cara, Fátima: yo soy Elenka, la prometida del árabe Abd-el-Kerim!...

—¡Elenka! —exclamó Fátima, con acento feroz.

—Fátima —dijo de pronto la griega con voz penetrante—, ¡te odio!

—¡Y yo te desprecio y quisiera tenerte en mis manos para despedazarte!

—Óyeme, aborrecida rival. Las dos amamos a Abd-el-Kerim; es, por tanto, necesario que una de nosotras desaparezca del mundo.

—Coge un fusil, pues, y nos batiremos a tiros. ¿Te conviene?

—Sí, porque te atravesaré con una bala el corazón.

—Y yo te haré pedazos esa soberbia cabeza que después de haber seducido al rebelde Ahmed, enloqueció a Abd-el-Kerim.

La deformaré de tal manera que nadie reconocerá en tu cadáver a la almea Fátima.

Una sonrisa despectiva y, al mismo tiempo, incrédula, se dibujó en los labios de la árabe; arrojó lejos de sí el yatagán, echóse por encima una magnífica farda recamada de oro y descolgó de un clavo una carabina adornada con arabescos e incrustaciones de plata.

—Con esta arma he matado más de diez leones —dijo mirando fijamente a Elenka que se envolvía en su taub—. ¡Hoy te mataré a ti!...

—Eso lo veremos. ¡Vamos! —respondió la griega.

Las dos rivales abandonaron la estancia y salieron al camino, en medio del cual estaban los tres *maharís* guardados por los dos dongoleses. Bastó una señal de Elenka para que condujesen dos de los animales a donde ella se hallaba, subieron en ellos y pocos momentos después, trotaban hacia las selvas del Bahr-el-Abiad.

CAPÍTULO XI. LA VENGANZA DE ELENKA

Cuando llegaron a las primeras palmeras, comenzaba el sol a ocultarse tras las inmensas sombrillas de los colosales baobabs.

Las dos rivales, después de haber atado los *maharís* al tronco de una acacia gomífera, tomaron sus carabinas y se internaron resueltamente en la espesura. Antes de ponerse en camino, sin embargo, echó Elenka una mirada a la llanura y no pudo refrenar un gesto de diabólica alegría al ver a los dos dongoleses que avanzaban arrastrándose por entre las hierbas como serpientes.

—Adelante —ordenó con sequedad.

Anduvieron unos seiscientos pasos, pues, abriéndose camino con gran trabajo por entre la maleza y las plantas trepadoras, que se entrelazaban en todas las formas imaginables, y se detuvieron al pie de un gran tamarindo que extendía sus gigantescas ramas sobre un pequeño claro.

Las dos rivales, de común acuerdo, cargaron con gran precaución las carabinas, después de haber disparado tres o cuatro tiros para asegurarse del buen estado de sus armas.

Fátima dijo:

—Yo tomaré esta senda que va hacia la derecha, tú sigues aquella otra que se dirige hacia la izquierda, y, una vez que hayan pasado cinco minutos, démonos caza mutuamente.

—Adiós, *almea*. Dentro de diez minutos te tendré en mi poder.

Fátima se encogió de hombros con desdén y tomó por el

sendero de la derecha, alejándose lentamente sin producir el menor ruido. Elenka la miró desde lejos sonriendo, tomó el sendero de la izquierda, y luego, cuando se persuadió de que la almea estaba tan lejos que no podía oírla, en vez de emboscarse, según habían convenido, echó a correr como un antílope hacia el lindero de la selva.

Llegó allá al cabo de cuatro minutos de carrera, y dio un silbido. Oyóse un movimiento de ramas casi imperceptibles, abriéronse los matorrales con suma precaución, y aparecieron los dos dongoleses.

—Aquí estamos —dijo uno de ellos—. ¿Qué hay que hacer?

—Poned mucha atención —dijo Elenka en voz baja—. Mi rival se halla emboscada a seiscientos pasos de aquí, esperando que yo aparezca para dispararme un tiro. Es necesario que yo la tenga en mi poder, inerme, pero atada.

—No será tan fácil.

—Por el contrario, difícilísimo. Está armada de una carabina y es más astuta que una serpiente. Si no lográis acercaros a ella sin que se dé cuenta, correréis el riesgo de recibir una descarga en medio del pecho.

—Déjala de nuestra cuenta —dijo el dongolés—. ¿Hacia dónde, sobre poco más o menos, se halla escondida?

—En medio de un grupo de acacias, si no me equivoco.

—Tú no puedes seguimos porque es imposible que una mujer pueda pasar por donde pasa un hombre. Cuando oigas nuestro silbido, acude y encontrarás atada a la almea.

—Veinte tálers si conseguís apresarla.

No necesitaban más para animarse los dongoleses. Introdujéronse en la selva, separando lentamente las hojas y las ramas, deslizándose en los árboles cuando les era

imposible encontrar paso, uno tras del otro y sin hacer más ruido que una hormiga. De repente se rompió el profundo silencio que reinaba en el interior de la selva por el aullido del chacal.

Los dos dongoleses se detuvieron mirándose a la cara mutuamente.

—¿Has oído, Alek? —preguntó en voz baja el más anciano.

—Perfectamente, Nagarch —respondió el otro.

—¿Y qué te parece?

—Que ese aullido no procede de un chacal.

—Eso pienso yo también. Apostaría a que lo ha dado la almea para engañar a la griega y mantenerla alejada.

—Así debe de ser. Procedamos con cautela y estemos atentos al aullido.

Continuaron su silenciosa marcha guiados por el lastimero aullido que se oía de vez en cuando. Después de haber recorrido unos quinientos pasos, distinguieron, desde lo alto de una palmera *dum* una cosa blanca en medio de un espeso grupo constituido por *baulnias*.

—Allí está la almea —dijo Nagarch.

—Ya lo veo —respondió Alek—. Separémonos pues, y tengamos ojo con su carabina. Yo por aquí, siguiendo las *baulnias*, y tú vete por detrás de aquellas acacias. Vamos a ella.

Nagarch se introdujo por entre las acacias y Alek se deslizó directamente hacia el matorral, en medio del cual estaba tendida la almea apuntando al frente con la carabina. De cuando en cuando producía el lúgubre aullido del chacal, imitándolo tan bien que parecía natural.

Hallábase ya Alek a pocos pasos de distancia, cuando mía rama se rompió bajo sus pies. La almea se puso en pie con la rapidez del rayo, vio al dongolés, apuntó rápidamente e hizo fuego.

Alek retrocedió llevándose una mano al pecho; luego avanzó con desesperado ímpetu regando el suelo con la sangre que le brotaba en abundancia.

—¡Ríndete! —rugió él.

Fátima empuñó la carabina por el cañón y asestó un golpe tan tremendo al dongolés que éste cayó al suelo con el cráneo deshecho. Dio un grito, pero uno solo, un grito desgarrador, supremo; cayó luego al suelo y no se movió más.

—Me ha hecho traición —murmuró la almea—. ¡Ah, maldita griega!

Se echó fuera del matorral con un puñal en la mano, pero no había dado diez pasos cuando se sintió cogida por detrás y arrojada violentamente al suelo. Nagarch, pues él era, le puso una rodilla sobre el pecho, le cogió ambas manos, sujetándoselas entre las suyas como unas tenazas, y después de habérselas inutilizado mediante una fuerte torsión, se las ató fuertemente.

La almea, aunque un poco aturdida por el golpe y sorprendida por el imprevisto ataque, se revolvió con furia, intentando levantarse, pero le fue imposible, y comenzó a rugir como una leona aprisionada.

—Estate quieta —le dijo brutalmente el dongolés, golpeándola con su escudo—. Si continuas moviéndote, volveré a retorcerte los brazos hasta descoyuntártelos.

—¡Déjame, maldito! —aulló la almea, rechinando los dientes—. ¡Déjame, bellaco!

Por toda respuesta, el dongolés se puso a silbar.

Elenka llegó corriendo como una pantera y blandiendo un corbach (látigo) de piel de hipopótamo largo y flexible. Una sonrisa atroz, una sonrisa de júbilo infinito erraba en sus labios, y en sus ojos brillaba un relámpago de ferocidad implacable. Dio un grito de triunfo al ver a la almea retorciéndose como una serpiente bajo las rodillas del dongolés.

—¡Ah, al final te tengo en mi poder! —exclamó precipitándose hacia su rival con el corbach en alto.

—¡Miserable! —rugió la almea, ebria de ira, tendiendo hacia ella los puños.

—¿Dónde está tu compañero? —preguntó la griega a Nagarch.

—Esta furia le ha matado —respondió él.

—¡Ah! ¡Tú matas a mi gente, condenada almea!

—Sí, ¡y si pudiera te haría trizas a ti también! —gritó Fátima—. Márchate de aquí, infame; márchate, traidora, maldita, criminal, asesina.

—Nagarch, ácala al tronco de aquel tamarindo.

El dongolés tomó en sus robustos brazos a la almea, que, exhausta de fuerzas, no era ya capaz de oponer resistencia, y la ató al tamarindo con fuertes correas. La griega entonces sonrió con ironía.

—¿Qué diría Abd-el-Kerim si te viese así? —dijo burlándose.

—Calla, no me lo nombres. Si quieres matarme, ya que a traición me has hecho caer en tus manos, mátame, pero no me atormentes.

—¡Ah! ¿Crees tú acaso que una griega puede vengarse de su rival matándola? No, Fátima, no lo esperes de mí, que te odio

y he jurado no tener compasión. Puesto que hablar de Abd-el-Kerim te hace sufrir, hablemos de él.

—No te escucharé, cobarde hiena.

—Poco me importa. ¿Sabes dónde está tu amante, que tan misteriosamente ha desaparecido?

—No te lo pregunto. Hassam lo encontrará, y entonces, ¡ay de los que lo aprisionaron!

—¡Si tú no estás enterada, has de saber que Abd-el-Kerim se halla en mi poder!...

—¡No!... ¡Mientes, mientes!... —repitió con desesperación.

—Te lo juro, Fátima. Hállase en un subterráneo de las ruinas de El-Garch y le atormento día y noche desangrándole lentamente.

—¡Ah, hiena feroz!... ¿Y qué piensas hacer de él?

—Pienso matarle, pero matarle poquito a poco.

—Yo le salvaré.

—No te dejaré tiempo para ello. Mañana serás tan sólo un esqueleto roído por los dientes de los leones y los chacales.

La almea se estremeció de espanto.

—¡Monstruo! —balbució la desgraciada.

—Ea, venguémonos —dijo la griega despiadadamente—. Tú, despreciable almea, has puesto los ojos en el prometido de una noble griega. Esa es una ofensa que no se lava más que a latigazos, y yo he de destrozar tus hermosas carnes con la correa de mi corbach.

La almea hizo un supremo esfuerzo para romper las ligaduras y lanzarse sobre aquel monstruo con faldas, pero aquéllas

resistieron a la fuerte contorsión. Se revolvió como una loca haciendo crujir los huesos de los brazos.

—¡No me toques, no me toques! —dijo jadeante.

Elenka se acercó a su rival, desgarróle de un tirón la rica farda bordada en oro, y el *habbarás* de seda azulada que la cubría, y sobre sus bronceas y aterciopeladas carnes descargó furioso latigazo que dejó señalada una línea violácea.

La *almea* dio un rugido ahogado, furibundo; un rugido de angustia, de vergüenza, de ira, y se dobló como si hubiese sido partida en dos, con los ojos fuera de las órbitas y con una baba sanguinolenta en los extremos de la boca, cuyos labios estaban torcidos por el espasmo.

—Basta —dijo el *dongolés*—. Es demasiado, herir ese seno de hurí.

La griega volvió a levantar el látigo por segunda vez, pero lo bajó, arrojándolo lejos de sí. La *almea* se había desvanecido y se hallaba sujeta por las ligaduras.

—Así se venga una griega —dijo Elenka con feroz sonrisa.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Nagarch—. ¿La desato?

—De ningún modo; la dejaremos aquí sola y atada.

—Pero es que ya oscurece y dentro de pocos minutos será de noche.

—¿Y qué me importa a mí que se haga de noche?

—Quiero decir que saldrán de sus cuevas los leones, las panteras, las hienas y los chacales y devorarán a la *alinea*.

—Precisamente eso es lo que quiero —dijo la griega.

—¡Oh! —exclamó el *dongolés*—. ¿Y permitiréis que destrocen

a esa hermosa mujer? Recordad que vuestro hermano os mandó que se la llevaseis.

—Mi hermano no volverá a ver a esa almea. Si esa mujer se salva, puede volver a atravesarse otra vez en mi camino y ser de nuevo mi rival. Ya desaparecida, Abd-el-Kerim perderá toda esperanza, volverá a pensar en mí y me amará aún.

—¿Y qué dirá vuestro hermano?

La griega sacó de su cintura una bolsa llena y la puso en manos del dongolés.

—Nagarch —le dijo—. Aquí tienes cien tálers, y recibirás otros tantos si no dejas traslucir palabra de cuanto has hecho y visto. Diremos a Notis que fue imposible aprehender a Fátima, porque se encuentra bajo la protección de Jafar Bajá y alojada en medio del campamento egipcio.

—Seré mudo como un muerto. ¡Ah, cuán terrible sois! En mi vida he visto otra mujer semejante.

—Vámonos, que ya oscurece.

Había transcurrido una media hora, cuando volvió en sí la pobre Fátima. Abrió sus extraviados ojos, que se movían en un cerco de sangre, enderezóse con ímpetu felino adosándose al áspero tronco del tamarindo, y miró en derredor con una mirada en que se mezclaban el espanto, la ansiedad y la profunda sorpresa.

No vio a nadie. Experimentaba en sus carnes un calor infernal, sentía como un peso enorme que la aniquilaba, que le cortaba la respiración y la cabeza le daba vueltas como un molino. Al principio, creyó ser víctima de una terrible pesadilla.

Descendía la noche rápida, muy rápida.

Ocultóse el sol después de haber iluminado las más altas

ramas de los árboles de la selva, sucedió un crepúsculo vago, rojizo, muy breve y oscurecido en seguida; las tinieblas iban siendo cada vez más densas bajo la verde bóveda.

Fátima, a medida que desaparecían los últimos resplandores del crepúsculo, sentía crecer su espanto. Muy pronto aquel silencio sería roto por las explosiones de risa de las hienas, por los aullidos de los chacales, por el potente rugido de los leones y los silbidos de las serpientes, y entonces comenzaría el espantoso suplicio. ¡Oh, cuánto hubiera dado por detener aquellas tinieblas, que cada vez se hacían más densas!

Pasaron diez minutos de angustiosa espera. De pronto, a trescientos o cuatrocientos pasos de distancia, oyóse una risotada, que bien pudiera haberse creído salir de una garganta humana, de un negro en delirio. Fátima se estremeció de pies a cabeza al reconocer la risa desentonada de la hiena.

No cesó el concierto un solo instante. Varias veces se acercó un chacal a la almea aullando, pero sin atreverse a lanzarse a ella; un silbido bastaba para poner en fuga a aquellos animales excesivamente cobardes.

De pronto resonó la risa de una hiena muy cerca del tamarindo, y poco después apareció un corpulento animal de pelo color ceniza oscuro; una doble línea recta de grueso y erizado vello le descendía desde el pescuezo a lo largo del cuerpo. Acercóse con el hocico pegado al suelo, con paso irregular, que hacía pensar que estuviese herido, y fijó sus dos ojos verduscos en la almea, que temblaba de pies a cabeza.

Era una hiena monstruosa, la cual se detuvo a pocos pasos de distancia lanzando fuertes risotadas. Fátima hizo ademán de lanzarse sobre ella, pero el animal, al contrario de lo hecho por sus congéneres, avanzó y se puso a dar vueltas alrededor del tamarindo, como si quisiese arrojarse a traición

sobre la impotente víctima.

Tan espantoso suplicio duró un cuarto de hora, durante el cual Fátima no se atrevió a moverse, aniquilada por el espanto y la angustia; luego, la hiena se detuvo. Miró a la pobre prisionera, se fue hacia ella, levantóse sobre sus patas traseras y apoyó las delanteras sobre los hombros de Fátima y acercó a su rostro aquella horrible boca erizada de dientes.

Fátima dio un grito desgarrador, terrible, y se abandonó entre las patas de la hiena, que la abrazaron rompiéndole el *feredgé*

.

CAPÍTULO XII. EL SALVADOR

Mientras la vengativa Elenka ejecutaba tan monstruosa venganza contra su rival, Abd-el-Kerim languidecía en los húmedos subterráneos de las ruinas de El-Garch. El desdichado, desde que había recibido la visita de su antigua novia y oído sus amenazas y sus propósitos de venganza, no había vuelto a tener tranquilidad.

Creyó que moriría de hambre en aquella húmeda cueva. Recorrió las heladas paredes buscando una abertura, rugiendo como un condenado, denostando contra Alá y el Profeta; tiróse al suelo revolcándose en los charcos, y por tres veces pensó arrojarse de cabeza contra las piedras a fin de partirse el cráneo; pero fuese porque aún le quedaba un rayo de esperanza, por el temor de dejar sola a Fátima en manos de la vengativa griega, o por cualquier motivo, siempre se detuvo. Cuando se quedó sin fuerzas, el desgraciado se arrastró hasta un rincón y en él se acurrucó llorando y maldiciendo al mismo tiempo, quebrantado el ánimo por un miedo y una angustia inenarrables.

Fue arrancado de aquel abatimiento seis o siete horas después, por una tenue claridad que penetraba por debajo de la puerta y un ruido de pasos que se acercaban, repetidos con toda claridad por el eco de la cueva. Una momentánea idea asaltó su mente, aunque se hallaba trastornado por tanto sufrimiento físico y moral; una idea atrevida, casi imposible: la idea de intentar su fuga, con la esperanza de salvar a Fátima antes de que cayera en poder de su despiadada rival.

De un salto fue a apostarse detrás de la puerta, tendidos los brazos hacia delante, pronto a lanzarse sobre el individuo que se acercaba, y retorcerle el cuello antes de que pudiera

gritar y defenderse.

Los pasos, que se aproximaban con rapidez, detuviéronse al otro lado de la puerta; sintióse descorrer el cerrojo y apareció un beduino con una antorcha en la mano derecha, y un cestito de *logna* (grano triturado en la *moraka* y hecho pasta) en la izquierda. Apenas hubo entrado, arrojóse sobre él Abd-el-Kerim apretándole la garganta con tal fuerza que le ahogó en ella la voz y le hizo caer al suelo de rodillas. De un puñetazo en una sien le derribó en tierra medio muerto.

—¡Silencio, miserable! —dijo el árabe temblando.

—¡Perdón! —balbuceó el beduino.

Abd-el-Kerim le arrancó el yatagán, y antes de que el otro pudiera parar el golpe se lo hundió en el vientre. De la segunda cuchillada, le dejó inerte.

—Es uno —dijo fríamente el árabe—. Si Alá y el Profeta me ayudan, Fátima está salvada.

Quitó al muerto las pistolas y sus municiones, engulló apresuradamente algunos bocados de *logna* para calmar el hambre, y se aventuró resueltamente por la galería, con el yatagán en la mano.

La oscuridad era absoluta, pues la antorcha del beduino se había apagado, y, además, estaba obstruido el camino por cascotes que dificultaban la marcha; pero Abd-el-Kerim no se extraviaba. Tentando las paredes, cayendo y volviéndose a levantar, haciendo el menor ruido posible, llegó en poco tiempo a unos veinte pasos de la salida. Detúvose al ver ante sí a un beduino que, al divisarle, gritó:

—¡Vamos, Cheiquec, date prisa, que no tenemos tiempo que perder!

El árabe, no sabiendo qué responder, y temeroso de que reconocieran su voz, creyó lo mejor callar y retroceder.

El beduino dio dos o tres pasos por la galería.

—¿Quién está ahí? —preguntó—. ¿Eres tú, Cheiquec?

Al no recibir respuesta, avanzó con la harba en ristre, y Abd el-Kerim se dio a la fuga escondiéndose en un hueco de la pared con el yatagán en alto.

—¡Por la barba del Profeta, responde! —gritó por tercera vez el beduino—. No gastes bromas, maldito Cheiquec.

Emitió Abd-el-Kerim un lúgubre gemido y el beduino se detuvo indeciso, quizá asustado; luego se reanimó y siguió adelante, con la lanza siempre ante sí. Pasó rozando el muro opuesto a aquel en que se hallaba el árabe y continuó avanzando y preguntando de cuando en cuando:

—Responde, Cheiquec, maldito del Profeta. ¿Dónde te has escondido?

Abd-el-Kerim esperó a que se alejase, luego salió fuera y se precipitó hacia la salida de la galería, pero no tuvo tiempo de llevar a cabo su proyecto. Diez o doce beduinos cubrían la entrada y le acogieron con gritos amenazadores, dirigiendo hacia él sus largos yataganes.

Por un momento pensó el fugitivo lanzarse furiosamente contra ellos y abrirse paso por la fuerza, pero mal armado y débil como se hallaba, no se atrevió a hacerlo y retrocedió corriendo. A la mitad del camino se encontró con el beduino que había entrado poco antes, el cual se le echaba encima.

—¡Ríndete, perro árabe! —le gritó.

Abd-el-Kerim evitó una lanzada que le venía derecha al pecho, rompió con el revés del yatagán el asta y se internó en la galería, descargando una de las pistolas. Detúvose junto a la puerta, echando mano de la otra, dispuesto a defenderse hasta lo último antes de dejarse matar, y miró si

avanzaba el enemigo.

No pudo ver nada, pero oyó las amenazas de los beduinos y sus pasos. Un frío sudor le bañó la frente, y se estremeció de espanto y de angustia.

—Estoy perdido —murmuró.

Las voces se acercaban lentamente y a ellas se unía el choque de las dagas. Acurrucóse tras un peñasco, y cargó con rapidez la pistola que había descargado.

—Poco a poco —gritó una voz, en la cual reconoció la del jeque Fit-Debbeud—. Ante todo, ¿adónde ha ido a parar aquel pobre diablo de Chaiquec?

—Si ese perro árabe estaba en la galería, será porque lo ha matado —respondió otra voz.

—Pero ¿cómo? No tenía armas, que yo sepa, y se hallaba medio muerto de hambre. ¿Has visto tú algo, Mussá?

—No pude llegar hasta la puerta, pero en el hombre que huía reconocí perfectamente al prisionero, que estaba armado de un yatagán con el que me rompió la harba.

—¡Vamos! —gritó una voz imperiosa—. ¡Adelante, ira de Dios! Es preciso coger al árabe, vivo o muerto, pero, si es posible, vivo.

Aquella voz hizo saltar en pie a Abd-el-Kerim.

—¡Yo sueño! —exclamó con profundo terror—. ¡Dios mío!...

Se inclinó hacia delante reteniendo la respiración, lívido el rostro, bañado en sudor, crispados los puños convulsivamente sobre las armas.

—¡Adelante todo el mundo! —gritó la misma voz.

Abd-el-Kerim ahogó un grito y retrocedió a su pesar.

—¡Notis! ¡Notis! —repitió—. ¿Pues no le maté yo?... ¡Ah, monstruo!

Traspuso la puerta y comenzó a tentar el suelo, hasta que encontró el cadáver del beduino. Lo levantó, se lo echó auestas, hízole caer luego sobre el pecho a fin de que le sirviera, en cierto modo, de escudo, y avanzó ciego de cólera y sediento de venganza.

—¡Adelante, Notis! —gritó en un tono terrible—. ¡Te he conocido!

—¡Rayos y centellas! —rugió el griego—. ¡Él es!

De una parte y de la otra, oyóse el ruido que producen las pistolas al ser montadas, y después la voz tonante de Fit-Debbeud que gritó:

—¡Adelante todos!

Abd-el-Kerim se apoyó en el muro, indeciso, no sabiendo si arriesgar la vida por una venganza casi imposible o atrincherarse en el subterráneo y esperar los sucesos. Iba ya a retirarse, cuando vio las antorchas de los beduinos.

Tendió el brazo armado de una pistola, apuntó e hizo fuego. A la detonación siguió un grito desgarrador, y uno de los beduinos fue de cabeza al suelo, cayendo sobre la tea que llevaba.

—¡Auxilio! —clamó, agonizante, el desdichado retorciéndose e intentando levantarse.

—¡Voto a sanes! —exclamó Notis con voz de trueno—. ¡Ríndete!...

—¡Ah, si te pudiese atrapar, maldito muerto resucitado! —gritó el árabe—. Adelanta, que te vea la cara para ver si eres hombre o fantasma.

La respuesta fue una doble descarga de pistola, uno de cuyos proyectiles fue a alojarse en el cadáver que tenía delante. Al resplandor de la pólvora encendida, descubrió frente a él, junto a la bóveda de la galería, una gran excavación que parecía internarse demasiado en la pared. A duras penas retuvo un grito de alegría que iba a salir de sus labios.

—¡Ah! —murmuró.

Retrocedió algunos pasos, tiró al suelo el cadáver, y después, sin perder tiempo, colocóse las armas a la cintura, se agachó, dio un gran salto y se agarró al borde de aquel agujero. Levantarse a fuerza de brazos y ganarlo fue para él obra de un momento.

Encontróse en una especie de galería baja que se introducía en las entrañas de la tierra, y cuyas paredes estaban cubiertas de curiosos relieves que sobresalían bastante. En aquel mismo instante, volvían los beduinos a la carga, a la carrera, las lanzas en ristre, animándose los unos a los otros con salvajes gritos de combate.

Temiendo ser descubierto, comenzó a deslizarse a tientas, subiendo y bajando montones de algo que no lograba distinguir qué fuese, pero que a veces eran tan altos y cortantes que le herían las rodillas. La atmósfera era caliente, pesada, viciada, y en algunos momentos parecía que faltaba el aire, por lo que dudaba el árabe en seguir, temiendo morir asfixiado.

De pronto se encontró ante una pared que le cerraba el paso, pero a fuerza de dar vueltas, encontró una abertura, por la cual se introdujo, y se halló en una caverna de quince metros de diámetro, alumbrada por una tenue claridad que venía de la parte alta.

Miró en derredor, sorprendido. Vio sepulcros decorados con ibis sagrados y plantas de loto, y en los rincones, cocodrilos momificados, clavados por la mitad del cuerpo, como suele

hacerse con los insectos para disecarlos. En el suelo había muchas osamentas, unas de animales y otras de hombres.

El árabe no se turbó. Agarrándose a los salientes de la pared, ayudándose con pies y manos, llegó a una gran hendidura, de la cual procedía la claridad, y se encontró al descubierto, en medio de seis o siete sepulcros, sobre los cuales había colosales tarbuchs. A cien pasos de él, estaba la selva y a doscientos las tiendas y los camellos de los beduinos. Un solo dongolés vigilaba apoyado en su harba, fumando flemáticamente en un grande y destrozado chibuc.

—Si puedo huir sin que me vea aquel hombre, estoy salvado —murmuró el árabe—. La noche se acerca, la selva está a poca distancia, y los beduinos en el subterráneo. Me ocultaré entre los matorrales y desafío a los perros a que me encuentren. ¡Ah, Elenka! ¡Ay de ti, si consigo sorprenderte en el tugul de mi adorada Fátima!

Echóse al suelo y avanzó a gatas, ocultándose tras los montones de escombros, pero el dongolés tenía buena vista y vigilaba atentamente.

—¡Alerta! —gritó.

Y le disparó un tiro con una pistola que había sacado rápidamente de la cintura.

Abd-el-Kerim evitó la bala agachándose de repente, después se levantó y se precipitó a la arboleda, en el mismo momento que Fit-Debbeud y sus beduinos salían de la galería.

No se volvió ni para ver si le seguían. Tomó un sendero y huyó por él rápido como una flecha, ya derecho como una bala de cañón, ya desviándose y saltando, introduciéndose por entre los matorrales, dejando la mitad de sus vestidos enganchados en los espinos, tropezando en las ramas y raíces que las tinieblas no le permitían distinguir bien.

Recorrió así más de un kilómetro, y ya iba a dejar de correr,

cuando, de improvisto, se encontró ante una mujer que avanzaba apresuradamente.

—¡Detente, Abd-el-Kerim! —exclamó ésta con tono amenazador.

El árabe retrocedió tambaleándose, como si hubiese recibido una puñalada. Ante él se hallaba Elenka, jadeante, descompuesta, tendiendo las manos como para detenerle.

—¡Tú! —rugió él—, ¡Tú, Elenka!

—Sí, Abd-el-Kerim; yo, que llego otra vez a tiempo de salvarte.

Miróla el árabe con ojos extraviados, en los cuales brillaba un relámpago de ira, de inmenso furor.

—¡Detente, Abd-el-Kerim! —repitió la griega—. ¿Adónde vas? ¿Adónde huyes? ¿Quién te ha libertado?...

—¡Malvada!... ¿Qué has hecho de la almea? —preguntó el árabe con voz ahogada.

—No me pidas cuentas de aquella odiada rival. Ven conmigo, vuelve a los brazos de tu Elenka, que tanto te ama.

Una oleada de sangre subió a la cabeza del árabe, que se arrojó sobre la griega ebrio de cólera e intentó derribarla, aullando como una fiera enfurecida:

—¿Dónde está la almea? ¿Dónde está la almea?

Los dos rodaron por tierra uno sobre otro. La griega le estrechó contra su seno y, en lugar de defenderse, estampó en sus labios un ardiente beso.

—¡Yo te odio y te amo inmensamente! —exclamó ella, delirante.

Aquel beso fue para el árabe como la mordedura de una

serpiente. Sus nerviosas manos rodearon el cuello de cisne de la griega y por un momento tuvo intenciones de estrangularla.

Pero en seguida se detuvo sin fuerzas y sin valor para hacerlo, intentando levantarse, asustado. Varios beduinos aparecieron a doscientos pasos de distancia, blandiendo frenéticamente las armas.

—¡Detente, detente! —gritaban ellos corriendo.

Abd-el-Kerim se dio cuenta del peligro y se puso en pie; pero la griega se había aferrado desesperadamente a sus brazos.

—¡Déjame, monstruosa criatura! —balbució él, fuera de sí.

—¡Abd-el-Kerim, te amo, te adoro, perdóname! —murmuró Elenka con voz apagada—. ¡Haz de mí lo que quieras, pero quédate!

Él la arrastró consigo en un trecho de diez o doce pasos, luego, mediante una violenta sacudida, la derribó en tierra, dejándola medio aturdida entre la hierba, y emprendió de nuevo su fantástica carrera por entre los árboles. La sangre le nublaba la vista, las arterias le latían febrilmente y parecíale que lenguas de fuego le serpenteaban por las venas y le subían hasta el cerebro. Creía haberse vuelto loco o que era presa de una espantosa pesadilla que no lograba desechar aunque hiciese por despertarse.

De repente oyó un grito desgarrador, terrible, prolongado; era un grito de angustia, una invocación suprema, un llamamiento desesperado. Al oírlo, erizáronse los cabellos, y la sangre, que poco antes le hervía, se le heló en las venas.

—¡Dios mío, qué voz! —balbuceó—. ¿Dónde he oído yo esa voz? ¿Estoy o no despierto? ¡Adelante, adelante!

Partió como una flecha, con el yatagán en la mano, dirigiéndose hacia un grupo de palmeras del cual había

partido aquel grito, y llegó a un claro de la selva.

Allí, atada a un gigantesco tamarindo, medio desnuda, había una mujer; y, erguida ante ella una espantosa hiena que la oprimía entre sus garras.

Abd-el-Kerim dio un grito salvaje, furioso:

—¡Fátima!... ¡Fátima!...

Se abalanzó sobre la hiena que iba a despedazar a la desventurada almea y de un terrible tajo le destrozó el cráneo.

—¡Fátima, mi adorada Fátima! —exclamó el árabe acongojado.

Cortó con rapidez las ligaduras, y recibió en sus brazos aquel cuerpo inerte y medio helado. Los ojos del árabe se humedecieron. Lloraba.

—Responde, Fátima, responde —continuó, besándola en las mejillas—. ¡Dios mío! ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Cómo es que te hallas aquí y en tal estado?...

Un débil suspiro salió de los labios de la almea y poco después abrió los ojos, clavándolos en los del amado.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz débil.

—¡Entre mis brazos, a cubierto de cualquier ofensa! —exclamó Abd-el-Kerim, que reía y lloraba, todo al mismo tiempo—. No tengas miedo, Fátima; aquí estoy yo para defenderte, aquí estoy yo para salvarte.

La almea le miró por espacio de algunos momentos con ojos extraviados, luego le echó sus brazos desnudos al cuello y le estrechó contra su pecho.

—¡Tú, tú, mi amado Abd-el-Kerim! ¡Haga Alá que yo no sueñe! —exclamó ella.

—No, no sueñas, mi pobre Fátima; soy yo, tu Abd-el-Kerim, que ha llegado a tiempo para romper la cabeza de esa inmunda hiena que iba a destrozarte.

Fátima hizo un gesto de horror.

—¡Ah, sí, lo recuerdo..., lo recuerdo!... La tenía ante mí... se había empinado sobre mis hombros... me oprimía entre sus patas... ¡Oh, Dios mío, qué espanto! ¡Qué angustia!

—Pero ¿qué monstruo ha sido el que te abandonó atada en esta selva para ser pasto de las fieras? Dime quién fue, para que yo vaya y le arranque el corazón.

—La griega, mi rival, Elenka —balbuceó Fátima temblando de ira—. Me hizo traición, me golpeó, y al fin me dejó sola... ¡Si supieras cuánto odio a esa terrible criatura!

—¡Elenka! —exclamó Abd-el-Kerim transportado de furor—. ¡Maldito el momento en que no la destrocé!... ¡Ay de ti, ay de ti, monstruosa mujer, si logro volverte a coger!

Su voz fue ahogada por una descarga de fusiles que resonó a lo lejos y una explosión de feroces aullidos.

—¡Abd-el-Kerim! —exclamó Fátima con espanto.

Él la levantó en brazos, apoyándosela en el pecho como una madre hace con su hijo.

—Ven, Fátima —dijo con voz sorda—. Me persiguen los beduinos que me raptaron. ¡Ven, ven!

Huyó a grandes saltos y con la misma facilidad que si llevase un ligero paquete; tanta era la fuerza que le infundían el amor y la alegría de haber vuelto a encontrar a la que creía perdida para siempre.

Atravesó corriendo el último trecho de la selva y llegó a la llanura de Hossanieh, al mismo tiempo que un pelotón de bachi-bozucs

desembocaba a la carrera por una garganta formada por dos pendientes colinas.

—¡Fátima! —exclamó emocionado Abd-el-Kerim—. ¡Los bachibozucs!

El que cabalgaba a la cabeza de los soldados vino a su encuentro a galope, exclamando al verlos:

—¡Abd-el-Kerim! ¡Abd-el-Kerim!

—¡Hassam! —exclamó el árabe.

El capitán saltó de la silla y vino a su encuentro, con los brazos abiertos; Abd-el-Kerim y Fátima se precipitaron hacia él.

—¡Ah! —exclamó el capitán Hassam estrechando a ambos en cariñoso abrazo—. ¡Os creía perdidos para siempre!

CAPÍTULO XIII. EL DELATOR

Todo era confusión en el campamento egipcio a la mañana siguiente. Soldados de infantería, caballería y artillería iban y venían apresuradamente y trabajaban con febril actividad; unos recogían las tiendas y las enrollaban cuidadosamente; otros desataban haces de fusiles y los entregaban a sus respectivos propietarios; ayudábanse otros recíprocamente a ponerse las mochilas, y a enganchar las gamellas y cartucheras. Sacábanse los cañones, unciendo a ellos los mulos o asnos, eran ensillados los caballos y cargados los camellos, y los conducían con premura a los pozos para que renovasen su provisión de agua, mientras en un extremo del campamento se formaban las compañías que habían de marchar como vanguardia.

Al momento se comprendía que los egipcios levantaban el campamento. Por la noche habían llegado refuerzos de Jartum, en su mayor parte formados por artillería, y Jafar Bajá había dado la orden de prepararse para emprender la marcha e ir al encuentro del ejército mandado por el bajá Hicks y Aladino.

En el momento en que mayor era la animación, un hombre cuidadosamente envuelto en un gran taub a la beduina, que tan sólo le dejaba al descubierto los ojos, entraba en el campamento casi sin ser visto.

El desconocido se detuvo un momento tras un grupo de camellos arrodillados en espera de carga, miró acá y allá atentamente, como buscando alguna cara conocida, avanzó como a hurtadillas, atravesó apresuradamente las tiendas de los oficiales y del Estado Mayor cubriéndose bien con su taub y se detuvo ante la tienda de Jafar Bajá, encima de la cual ondeaba la bandera egipcia.

—¡Alto! —le intimó el centinela que guardaba la puerta.

El desconocido mostró su rostro al mismo tiempo que lanzaba al aire un tüler. El centinela se apartó inmediatamente a un lado, y presentó armas, no sin hacer un gesto de sorpresa y de terror.

—No temas, que no soy un espectro —dijo el desconocido sonriendo—. ¿Cuándo parte el grueso del ejército?

—Dentro de dos horas —respondió el centinela.

—¿Con quién está Jafar Bajá?

—Con sus ayudantes de campo.

—Ve a decirle que quiero hablarle inmediatamente, pero que deseo que esté solo.

Llamó el centinela a un compañero, le entregó el fusil y entró precipitadamente en la tienda. Poco después salió seguido de tres ayudantes de campo.

—Os espera —dijo el primero.

Entró el desconocido y halló a Jafar Bajá en pie ante una mesa cargada de mapas.

El bajá retrocedió sorprendido cuando el desconocido dejó caer a tierra el taub.

—¡Notis! —exclamó asustado—. ¡No es posible!

—Sí, Notis soy, Jafar Bajá —respondió el griego—. Aquel Notis a quien todos creían muerto en las selvas del Bahr-el-Abiad.

—¿Y cómo es que estáis vivo?... Me dijeron que Abd-el-Kerim os había atravesado el cuerpo con la cimitarra y que habíais caído en una profundísima laguna.

—Es cierto —dijo Notis—; pero los griegos tenemos siete vidas.

—No comprendo cómo habéis podido resucitar.

—Es facilísimo, bajá. Cuando me dejó Abd-el-Kerim en la laguna, no había expirado aún. Poco después pasó por la selva un beduino, oyó mis quejidos y me recogió. Convalecí durante muchos días en su tienda, pero al fin me curé y ahora vuelvo al campamento.

—¿Para haceros cargo nuevamente del mando de vuestra compañía?

—De ningún modo. He aquí una carta firmada por el *mudir* de Jartum por la cual se me concede licencia por dos años; mi hermana me la trajo hace tres días.

—¡Ah! —exclamó Jafar, sorprendido—. ¿Está aquí vuestra hermana Elenka?

—No; está acampada en las ruinas de El-Garch.

—¿Qué deseáis, pues, de mí? —preguntó el bajá después de haber leído la carta que le entregó Notis.

—¿Estamos completamente solos?

—En absoluto.

—Jafar Bajá —dijo Notis con gravedad—, en vuestras filas tenéis una espía de aquel perro de Mahdi.

—¿En mis filas? —exclamó el bajá—. ¿Quién podrá ser?

—Una mujer que fue la favorita del Mahdi y que ahora se ha convertido en amante de Abd-el-Kerim.

—¡Fátima!

—Sí, la almea Fátima, enviada aquí por su señor para traicionaros y haceros morir antes de que consiguieseis uniros al ejército de Hicks Bajá.

—¿Acaso intentáis vengaros de Abd-el-Kerim?

—No, no me preocupo de ese árabe. Le desprecio y basta.

—¿Os dais cuenta de que si es verdad lo que afirmáis, Fátima está perdida?

—¿Qué haríais con esa mujer? —preguntó Notis cuya voz temblaba un tanto.

—La mandaría fusilar inmediatamente.

—Si la hacéis fusilar, será lástima —dijo.

—¿Y por qué? Los rebeldes no merecen compasión, y cuartel mucho menos.

—Yo, en vuestro lugar, la mandaría a Jartum y la tendría allí como en rehenes. El Mahdi la ama, y podría servir para cambiar por ella cualquier persona importante que tuviese la desgracia de caer en poder de los rebeldes.

—Confieso que sabéis de eso más que yo, pero ¿quién me asegura que, en efecto, ha sido la favorita del Mahdi? La acusación es muy grave.

—Lo testificará un dongolés que la ha visto muchas veces en El-Obeid.

—¿Dónde está ese hombre?

Salió el griego de la tienda, dio un estridente silbido, y después hizo un disparo con su pistola. Inmediatamente, se vio correr en dirección del campamento a un salvaje semidesnudo, armado de larga lanza; pronto llegó a la tienda, siendo conducido a presencia del bajá.

—Eres dongolés, ¿verdad? —preguntó Jafar mirándole con curiosidad.

—Sí, señor —respondió el negro.

—¿De dónde has venido?

—De El-Obeid, donde estaba acampado el rebelde Mohamed Ahmed.

—¿Conoces a Fátima?

—Sí, era la favorita del *Mahdi*. La he visto muchas veces en El-Obeid.

—Basta; puedes retirarte.

Retiróse el negro después de haber cambiado una rápida mirada con el griego.

—¿Qué haréis ahora? —preguntó Notis tras algunos instantes de silencio.

—Haré arrestar a Fátima y conducirle con buena escolta a Jartum.

—Pero Abd-el-Kerim, enamorado como está, la seguirá y podría sobornar la escolta y libertar a la prisionera.

—Ya lo sé, pero a Abd-el-Kerim le retendré en el campamento.

—Yo tengo una orden del gobernador de Jartum que os obliga a llevar en vuestra compañía a Abd-el-Kerim, que debe seguiros, si fuese preciso, a la fuerza.

—¿Cómo es que se le ha ocurrido al gobernador obligarme a hacer cosa semejante? —preguntó Jafar, leyendo el segundo documento que el griego había sacado del bolsillo.

—Lo ignoro, pero sus razones tendrá.

Jafar miró fijamente a Notis y sacudió la cabeza.

—¿A quién confiaréis el mando de la escolta? —preguntó aún el teniente.

—A uno de mis ayudantes de campo.

—¿Y por qué no a mi?

Una risita maliciosa asomó a los labios del bajá.

—Porque pudierais hacer lo que también podría hacer Abd-el-Kerim. Me dijeron que la causa del duelo fue una mujer y aquella mujer es precisamente la que vos acusáis. Basta ya; yo obedezco y vos obedeceréis también.

El griego refrenó a duras penas un movimiento de despecho. Jafar Bajá dio tres palmadas en el mismo momento en que fuera resonaban las trompetas y redoblaban los tambores con gran estrépito.

Acudió un ayudante de campo.

—Tomad diez hombres —dijóle el bajá— e id a arrestar a Fátima. Viva o muerta, la conduciréis aquí.

El ayudante de campo hizo una inclinación de cabeza, salió y llamó a diez soldados, a los cuales mandó cargar los fusiles y calar las bayonetas. Iba ya a dar la orden de marcha cuando se le acercó el griego Notis.

—Kebir —le dijo al mismo tiempo que dejaba caer en su bolsillo una bolsa llena de tálers—. ¡Ay de ti si tocas un pelo a la almea!

—No tengas cuidado, Notis —respondió el ayudante—. Te comprendo perfectamente.

—Ahora vete; pero ten cuidado con Abd-el-Kerim.

El ayudante se puso en marcha seguido de los diez soldados y a cierta distancia del griego que se había envuelto cuidadosamente en el taub. Atravesaron el campamento, en el cual se formaban ya las compañías y llegaron a la casita de Fátima en el momento que sobre el umbral aparecía la almea, acompañada de Abd-el-Kerim y del capitán Hassam.

—¡Alto! —intimóles Kebir, desenvainando la cimitarra.

Al ver al ayudante de campo de Jafar Bajá empuñando la cimitarra y a los diez soldados con la bayoneta calada, un escalofrío de terror recorrió todos los miembros de Fátima y Abd-el-Kerim. Detuviéronse mirándose a la cara con ansiedad y extrañeza, y no acertando a explicarse el por qué de la presencia allí de soldados armados.

—¿Qué significa esto? —preguntó el árabe con estupor.

—Tengo orden de arrestar a uno de vosotros —respondió Kebir.

—¿A uno de nosotros? —exclamaron los tres al mismo tiempo.

—¡Fátima —dijo el ayudante poniéndole una mano sobre el hombro—, en nombre de Jafar Bajá, quedas detenida!

Un grito de horror y de angustia salió de los labios de la almea.

—¡Yo, detenida! —balbuceó la desdichada—. ¡Yo!... ¡Yo!...

—¡Es imposible! —exclamó Abd-el-Kerim retrocediendo.

—Esto es una equivocación —dijo Hassam—. Tú bromeas, Kebir.

—Te digo, Hassam, que tengo orden de arrestar a la almea Fátima —replicó el ayudante de campo.

—¿De qué se me acusa?... Yo no he hecho mal a nadie.

—Ignoro por completo el motivo.

—Kebir —dijo con voz ronca Abd-el-Kerim—, no gastes bromas, porque por Alá, te parto la cabeza.

—Yo obedezco y nada más. Jafar Bajá te dirá por qué manda prender a tu amante. Ea, démonos prisa, que vamos a partir en seguida.

—¡Yo no soy culpable! —exclamó Fátima que temblaba como si tuviese alta fiebre—. ¡Oh, Abd-el-Kerim, tengo miedo, no quiero ir, yo no hice nada para que me arresten, sálvame!

—¡Animo, Fátima! —dijo el árabe, abrazándola—. No temas, que aquí estamos nosotros para defenderte. Jafar Bajá ha tenido que ser engañado; ven con nosotros y tranquilízate. Hassam y yo somos suficientes para disipar una acusación sea cual fuere.

Los soldados habían rodeado a los tres. Abd-el-Kerim pasó su brazo por debajo del de Fátima, y el pelotón se puso en marcha hacia el campamento.

—¡Fátima —dijo el árabe—, ten valor!

La almea estaba palidísima y caminaba con dificultad, apoyada, o mejor dicho, abandonada en el brazo de su prometido.

—Tengo miedo, mi pobre Abd-el-Kerim —dijo ella con voz débil—. Tengo siniestros presentimientos, que en vano intento desechar, presentimientos que me destrozan el corazón haciéndole sangrar. ¿Y si yo quedase presa definitivamente? ¡Oh, Dios, qué pensamiento tan terrible!

—Aquí estamos nosotros para no abandonarte —dijo Hassam.

—No sé —continuó la almea—, pero tengo miedo de que alguien se atravesase aún en el camino; de que alguien intente

separarnos nuevamente.

—¿Quién? —preguntó Abd-el-Kerim, que se sentía no menos agitado de vagos temores—. Ni Notis ni Elenka se atreverán a aparecer por el campamento, y, además, ¿qué iban a hacer? ¿De qué te iban a acusar?

—¿Qué sé yo? ¡Tales monstruos son aquellos dos aborrecibles hermanos!...

—¡Ay de ellos si te hubiesen acusado ante Jafar Bajá!

Jafar Bajá, apoyado en su cimitarra, con un cigarrillo entre los labios, rodeado de su Estado Mayor, que estaba ya con los pies en los estribos de sus fogosos corceles, asistía impasible al desfile de las tropas.

Abd-el-Kerim fue el primero en presentarse ante él.

—Jafar Bajá —le dijo poniéndosele delante con un aire no muy respetuoso—. ¿Qué broma es ésa que habéis querido gastar conmigo?

El bajá, al oír aquella pregunta que tan bruscamente se le dirigía y en tono casi de amenaza, volvióse con el ceño un poco fruncido.

—¡Ah! ¿Eres tú, Abd-el-Kerim? —exclamó—. Creí que ibas a llegar tarde.

—No, llego a tiempo, pero para preguntar qué broma me habéis querido gastar. ¿Quién os sugirió la idea de arrestar a Fátima? ¿De qué se le acusa?

—¿Estás enamorado de esta mujer?

—Todo el mundo lo sabe.

—Hazme caso: olvídala; es una espía.

—¡Espía, espía! —exclamó Fátima adelantándose, con la ira

pintada en sus ojos—. ¡Me acusas de ser una espía!

—Habéis sido engañado, Jafar Bajá —dijo Abd-el-Kerim con violencia—. ¿Cómo acusar de espía a esta mujer?

—¿Quién os lo dijo? —preguntó Hassam—. Respondo de Fátima como de mí mismo, Jafar.

—Calma, calma, amigos míos —dijo el bajá—. Responde, Fátima: ¿no eras tú en El-Obeid la favorita del rebelde Mohamed Ahmed?

La almea, cogida de improviso, se echó a temblar. Comprendió inmediatamente que se hallaba al borde de un abismo y llamó en su auxilio a todo su valor para no perderse.

—No —dijo con resolución—. No he conocido jamás al falso Profeta.

—¡Oh! —exclamó el bajá—. ¡Mientes, te aseguro que mientes!

—No, te lo repito, bajá: yo no conozco al Mahdi.

—Júralo.

Palideció la almea y se calló, pero vio la mirada penetrante de Abd-el-Kerim fija en la suya, como para animarla, y no dudó ya.

—Lo juro por el Corán —dijo levantando la diestra.

Abd-el-Kerim y Hassam respiraron. Creyeron que se había salvado, pero tal esperanza no duró un segundo. Oyóse el quejumbroso aullido del chacal, e inmediatamente después un salvaje cortaba el círculo formado por el Estado Mayor. Era el dongolés que Notis había presentado a Jafar Bajá. Se fue derecho a la almea, y tocándole el pecho con un dedo, exclamó:

—¡Perjura!

Oyóse un murmullo de sorpresa. Apretáronse los oficiales en torno a aquel grupo, ansiosos de ver en qué terminaba aquello.

—¡Perjura! —repitió el dongolés.

Abd-el-Kerim dio un salto hacia delante con la faz alterada y la mano sobre la empuñadura de su cimitarra.

—¿Quién eres? —le preguntó con voz colérica.

—Un dongolés que militó bajo la bandera del Mahdi y que desertó después para pasarse a Yossif Bajá; soy un superviviente de la matanza de Kadir.

—¿Y tú dices...?

—Que esa mujer miente.

—¡Yo! —exclamó la pobre almea perdiendo su sangre fría.

—Sí, mientes —repitió el dongolés con más fuerza—. Yo te vi en El-Obeid cuando eras favorita del Mahdi.

Fátima dio un grito terrible e intentó lanzarse sobre el dongolés, pero los soldados la sujetaron por los brazos. Abd-el-Kerim echó mano a la cimitarra.

—¡Miserable! —exclamó.

Pero los oficiales le desarmaron, así como al capitán Hassam, que apuntaba con una pistola al delator.

—Detened a esa mujer —dijo Jafar Bajá— y conducidla a Jartum.

—¡No lo hagas!... ¡No lo hagas! —rugió Abd-el-Kerim que, fuera de sí, se revolvía desesperadamente entre los oficiales.

—Detened a esa mujer y lleváosla —replicó Jafar Bajá imperiosamente.

Sujetaron los soldados a la almea y se la llevaron, a pesar de sus gritos desgarradores y de sus esfuerzos sobrehumanos.

—¡Auxilio, Abd-el-Kerim! ¡Auxilio, Hassam! —repetía la infeliz.

El árabe intentó correr en su ayuda arrastrando consigo a los oficiales, pero se detuvo ante el bajá que, habiendo sacado su revólver de la cintura, le apuntaba con él.

—Si la sigues, te mato —díjole Jafar.

—¡Déjame marchar; abandono mis banderas! ¡Déjame que siga a la que amo más que a mi vida! —aulló Abd-el-Kerim, que parecía un loco—. Degrádame si quieres, pero déjame que vaya con ella a Jartum, que la proteja, que la disculpe.

—Abd-el-Kerim, tengo orden del gobernador de Jartum de llevarte conmigo y te llevaré al Sur.

A una señal suya, doce o catorce negros se apoderaron del desventurado árabe, lo arrojaron al suelo, le ataron fuertemente y se lo llevaron a viva fuerza.

Hassam, que había desenvainado la cimitarra, rodeado por todas partes, viose obligado a abandonar su defensa y a dejarse detener.

—A caballo —ordenó el bajá.

El Estado Mayor saltó sobre las sillas y se apresuró a alcanzar al pequeño ejército que marchaba hacia los montes Caid. Al mismo tiempo oyóse una carcajada burlona y apareció el griego Notis.

Señaló con una mano al Sur, hacia donde llevaban a Abd-el-Kerim, y con la otra al Norte, hacia donde llevaban a Fátima.

—Yo al Norte y Elenka al Sur —dijo—. Los griegos han vencido a los árabes.

CAPÍTULO XIV. LA CAZA DE LA ALMEA

Había ya desaparecido el ejército egipcio detrás de las colinas, cuando el griego abandonó el campamento.

Llegó a la aldea de Hossanieh completamente envuelto en su *taub*, atravesó con rapidez aquel laberinto de callejuelas obstruidas por camellos cargados en su mayoría de goma o de *durah*, y ganó una altura sobre la cual canturreaba versículos del Corán el dongolés que había acusado a la almea.

—¡Ah! Estás aquí —dijóle el griego—. Ante todo, te doy las gracias por el servicio que has prestado a la favorita del Mahdi.

—Dádselas a vuestra hermana que me lo sugirió —respondió el dongolés—. Hay que confesar que es muy astuta.

—Es griega y basta. ¿Has visto a alguien?

—Fit-Debbeud y los suyos se hallan ocultos a quinientos pasos de aquí y no esperan más que la señal para venir.

—No perdamos tiempo entonces.

Sacó una pistola y la disparó al aire; pocos segundos después se oyó una detonación análoga.

Casi al mismo tiempo salía de entre un grupo de palmeras *deleb* una bandada de *maharís* que se dirigieron a la carrera hacia la altura. A la cabeza venía Fit-Debbeud, al cual podía reconocérsele por su fez rojo, así como por el hermoso aparejo de su camello, y al otro lado Elenka, con la carabina en la mano y su larga cabellera sembrada de monedas de oro, ondeando al viento.

Una vez que llegaron al pie de la colina, el jeque y la griega echaron pie a tierra y se acercaron a Notis, que había encendido tranquilamente su *chibuc*.

—¿Qué hay, hermano? —preguntó Elenka, con voz un poco alterada, cogiéndole una mano.

—Todo ha salido a las mil maravillas —respondió Notis.

—¡Ah! —exclamó la griega con alegría—. Los griegos han derrotado a los árabes.

—Sí, hermana, los griegos han vencido a los árabes.

—¿Fátima, por lo tanto...?

—La llevan prisionera a Jartum.

—¿Y él?...

—Él va con el ejército.

—¿La ha abandonado acaso?...

—¡Quita allá!... Abd-el-Kerim está más enamorado que nunca.

Sobre la nívea frente de la griega dibujóse una profunda arruga.

—¿Aún?... —dijo con despecho—. ¿Cómo es entonces que se han separado?

—Los separaron a la fuerza, y poco faltó para que Jafar Bajá matase de un tiro al árabe. El maldito había sacado la cimitarra para ir en auxilio de Fátima.

—¿Y qué haremos ahora?

—Yo voy tras de la almea y tú con Abd-el-Kerim; eso es lo que nos queda por hacer.

—Pero si Abd-el-Kerim está tan enamorado de Fátima, desertará en cuanto se le presente ocasión para reunirse con ella.

—Eso es precisamente lo que tú debes impedir. Jafar Bajá te ayudará a retenerle en el campamento.

—Temo no conseguir mi deseo, Notis. Si tanto ama a la almea, jamás consentirá en ser mi novio después de lo que he hecho.

—¡Bah! —dijo el griego encogiéndose de hombros—. El tiempo cicatriza las heridas y también cicatrizará la de Abd-el-Kerim. Síguele, muéstrate atenta y sumisa a él, sálvale cuando puedas salvarle y sedúcele en cuanto te sea posible hacerlo sin peligro. Tienes tu maharí, armas y dinero, a todo lo cual te agrego mi esclavo Takir para que te proteja; ianda con Dios!

—¿Y tú?

—Yo voy tras de Fátima, la alcanzo, deshago su escolta y me la llevo a Que tena o a cualquier otra ciudad, a Jartum mismo.

—Así que es posible que nos volvamos a ver.

—¡Quién sabe! ¡Si Dios quiere...! No hay otra solución: o ir o quedarse, que equivale a ganar o perder. ¡Escoge!

—Parto para el Sur.

—Y yo para el Norte.

Tomó el griego a Elenka por la mano y descendieron la colina seguidos del jeque, que no abría la boca.

—Ve, hermana, que el tiempo apremia, y sé fuerte y prudente —dijo Notis cuando llegaron a la llanura.

—Es para mí muy doloroso separarnos para siempre, hermano mío.

—Dios lo quiere.

—¡Pobre hermana! —murmuró Notis suspirando—. ¡Tengo el presentimiento de que no la he de volver a ver!

Permaneció allí con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el lugar por donde su hermana había desaparecido. El jeque le distrajo de sus tétricos pensamientos dándole un golpecito en la espalda.

—Es preciso no permanecer aquí demasiado tiempo —le dijo.

—Tienes razón, Fit-Debbeud —respondió el griego.

—¿Qué camino tomamos?

—El de Jartum. Es necesario que Fátima esté en mi poder antes de que el sol se ponga.

—¿Y cómo nos las arreglaremos con la escolta?

—Nos serviremos de las armas y mataremos desde el primero hasta el último.

—Siendo así, dispongámonos a ello. ¡Cabalgemos, compañeros, cabalgemos!

El pelotón se puso en marcha, pero sin apresurarse demasiado, pues querían alcanzar a la escolta por la tarde, en el momento en que fuese a acampar, a fin de impedir que pudiesen salvarse huyendo. Notis tenía gran interés en que ninguno sobreviviese, a fin de evitar que fuese a Jartum, le denunciase y, probablemente, le perdiese. Pasado Hossanieh, internáronse por la vasta llanura del monte cuajada de matorrales, grupos de palmeras y grandes zonas de amapolas de más de un metro de altas, con botones tan grandes como un huevo de gallina y en cuyo interior hay, de ordinario, más de treinta y dos mil semillas, engalanadas con grandes flores blancas, rojas, rosadas, violeta, y, más a

menudo, jaspeadas.

Notis y el jeque se pusieron a la cabeza erguidos sobre las gibas de sus cabalgaduras para abarcar mayor horizonte, y los demás formaron tras ellos una larga fila, con la lanza en la bandolera y los fusiles y yataganes en la mano.

—¿Crees que hemos andado mucho? —preguntó Notis al cabo de cierto tiempo.

—De las huellas marcadas en el suelo deduzco que sus maharís iban a la carrera —respondió Fit-Debbeud—. Creo no engañarme si digo que estamos a cinco o seis millas de ellos.

—¿Hacia dónde te parece que se dirigen estas huellas?

—Por ahora, siguen la dirección del monte Arab Mussa, pero estoy seguro de que no tardarán en torcer hacia el Bahr-el-Abiad.

—¿Y tú crees que irán a Jartum por el río?

—Sí, irán por el río. Ya sabes que hay bandas de insurrectos dispersas por el Gemanje, las cuales viven del saqueo y traficando en carne humana. Los egipcios se embarcarán si no en Mahavir, en Quetana.

—Es preciso no dejarles llegar al río —dijo Notis.

—No temáis, señor; esta noche acamparemos en la llanura.

—Tenemos que cercarlos por completo, si queremos matarlos a todos. Fátima caerá en mis manos.

—No digas necedades —dijo el jeque sonriendo—. ¿Y cuando la tengas en tu poder, te irás a Jartum? No me parece que eso sea prudente.

—Iré a Jartum cuando Fátima haya olvidado a Abd-el-Kerim y me ame. Si la llevase allí antes, sería capaz de traicionarme.

—¡Hum! Difícil será extirpar de su corazón el amor que siente por tu rival. Estos árabes, cuando aman, permanecen fieles hasta el último momento.

—¿Recuerdas lo que dije hace poco a mi hermana?

—¿A propósito de qué?

—Le dije que el tiempo cicatriza las heridas, y que también cicatrizará la de Abd-el-Kerim. Del mismo modo, el tiempo curará la de Fátima. No tengo prisa, soy paciente y esperaré a que en el corazón de la almea se abra otra brecha.

—¿Y si no se abre?

—La abriré a la fuerza —respondió Notis resueltamente—. Toda resistencia será inútil ante mi amor, que ya se ha hecho gigantesco, imposible de dominar y más imposible aún de extinguir.

—¡Está bien! Y tu hermana Elenka, ¿conseguirá seducir a ese árabe del demonio?

El griego suspiró varias veces moviendo la cabeza, y por su rostro cruzó una sombra de melancolía.

—Temo que mi hermana no vuelva del Sudán —murmuró—. Tengo un mal presentimiento fuertemente arraigado en el corazón. ¡Pobre Elenka! ¡Pobre hermana mía!

—Nadie puede quedar impasible viendo a tu hermana, sin sentir algo en el corazón —dijo el jeque—. Si Abd-el-Kerim no la ha olvidado por completo, tengo la seguridad de que volverá a amarla.

—¿Y crees tú que con eso está a salvo? El Sudán está completamente insurreccionado y no doy un táler por todos los egipcios de los bajás Hicks y Aladino. El Mahdi es demasiado poderoso para que haya de ser aplastado.

—Tu hermana es fuerte, Notis, más fuerte que una de nuestras mujeres y aún más que un beduino. Además, no se mata así como así a una mujer hermosa como ella. Estoy seguro de que si los rebeldes vencen a los egipcios, la perdonarán, quizá para entregarla al Mahdi.

—En ese caso está perdida.

—¿Quién sabe? Podría llegar a ser la favorita, y ya sabes tú el poder que tienen las favoritas.

Todo el día caminó la pequeña caravana, ya al paso, ya al trote, siempre sobre las huellas, que seguían una línea completamente recta en dirección de Quetana, aldea situada sobre la margen derecha del Bahr-el-Abiad.

Ya oscurecía cuando el *jeque*, que se incorporaba a menudo sobre la giba del *maharí*, distinguió a lo lejos un grupo de camellos montados por hombres armados. Inmediatamente reconoció en ellos la escolta que acompañaba a Fátima.

—¡Alto! —dijo levantando una mano ante sus hombres—. Les hemos alcanzado, Notis.

El griego se estremeció y se puso en pie sobre la silla de su *maharí*. Desde ella vio a los diez egipcios con su jefe formando una especie de *angareb* sobre el cual se divisaba una cosa blanca que el viento de la tarde alzaba y bajaba a capricho.

—¿Ves a la *almea*? —preguntó el *jeque*.

—Sí —respondió Notis temblando de emoción—. Allí está, sobre aquel *angareb*, quizá enferma.

—Probablemente, rendida —dijo Fit-Debbeud—. Mejor para nosotros; la haremos prisionera sin que oponga resistencia.

—¿Seguimos o nos detenemos aquí?

—Si seguimos, pueden descubrirnos y alarmarse; nos conviene dejar aquí a los *maharís* y seguirles a pie. No tendremos que andar mucho, ya lo verás, porque oscurece, y ya sabes que de noche, ahora que se halla sublevado el Sudán, nadie se atreve a viajar. Fíjate en que se dirigen hacia aquella colina, probablemente para acampar junto a ella.

A una orden suya echaron los beduinos pie a tierra, reuniendo los camellos en forma de círculo y atándolos unos con otros. Dejaron un hombre para que los guardase y los demás pusieron en marcha, apresurando unas veces y acortando otras el paso, ocultándose cada vez que alguno de la escolta volvía la cabeza atrás.

Al cabo de una hora detuvieron los egipcios sobre una pequeña elevación del terreno, cerca de un riachuelo que desembocaba en el Bahr-el-Abiad, pocas millas más abajo de Quetana.

Clavaron las tiendas, encendieron fuego para ahuyentar los mosquitos y las bestias feroces, llevaron a beber los camellos, y luego se sentaron tranquilamente en espera de la comida.

—Que nadie se mueva hasta que yo lo mande —dijo Notis.

Este, acompañado del jeque, se arrastró hasta una colina aislada y miró atentamente alrededor.

Aquel paraje estaba desierto y el lugar era propicio para intentar el asalto al campamento egipcio.

—Podemos avanzar —dijo Notis—. El primer tiro será para aquel centinela que vela al pie de la elevación, y el segundo para el jefe. Muerto el comandante, los egipcios se dejarán degollar como corderos.

—Déjame obrar a mí —dijo el jeque—. Tenemos *maharís* y armas que conquistar. Démonos prisa, señor.

Los quinientos pasos que los separaban del campamento los recorrieron sin ser descubiertos. Detuviéronse tras una espesura, empuñadas las armas, fijos los ojos en los fuegos del campamento.

—¿Dónde está Fátima? —preguntó el jeque con voz apenas perceptible.

—En aquella tienda —respondió Notis—. ¡Atención!

Alzó el «remington», apuntó al centinela, que fumaba en su chibuc apoyado sobre el tronco de un ambag. Una fragorosa detonación, a la que siguió un grito desesperado, rompió el silencio de la noche.

—¡Allah-elgader! (Dios poderoso) —exclamó el centinela desplomándose en tierra, atravesada la cabeza de un balazo.

—¡Adelante! —tronó el jeque, con el yatagán en la mano.

Lanzáronse los beduinos sobre los egipcios como una bandada de lobos hambrientos, dando aullidos salvajes, con las lanzas en ristre.

Mezcláronse beduinos y egipcios, incitándose ferozmente, aullando y golpeándose, defendiéndose desesperadamente, agarrándose y derribándose mutuamente en tierra. Habiéndose encontrado Notis con el jefe, le destruyó el cráneo y se dirigió presuroso a la tienda donde sabía que se hallaba Fátima. En el mismo momento en que llegaba a ella, vio salir por la parte opuesta una figura blanca que huía precipitadamente por la pendiente abajo. La reconoció en seguida.

—¡Auxilio! —exclamó—. ¡Fátima se me escapa!

Acudieron en su ayuda el jeque y seis o siete beduinos, mientras los otros acababan con los egipcios a golpes de yatagán.

—Detente, Fátima —intimó el griego con rabia.

La *almea* no volvió siquiera la cabeza; corría cada vez más, pero se dirigía ya a un lado, ya a otro, como extraviada o ciega. El griego, en pocos saltos, se puso a su lado.

—¡Fátima, detente! —dijo fatigado.

Volvióse la *almea*, hizo un rápido movimiento con una mano, vaciló como herida por un rayo; dio un grito desgarrador y cayó desplomada sobre la hierba.

Precipitose el griego sobre ella, pero retrocedió inmediatamente, fuera los ojos de sus órbitas, descompuesto el semblante, mesándose los cabellos.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Está muerta!

La *almea* se había atravesado el corazón con un puñal.

CAPITULO XV

OMAR

La mañana del 2 de octubre de 1853, es decir, veinte días después de los sucesos referidos, una *darnás* descendía a velas desplegadas la majestuosa corriente del Bahr-el-Abiad en el espacio comprendido entre Mahavir al Sur y Quetana al Norte.

Vagaban por el puente unos quince barqueros sudaneses, recientemente untados con manteca o con sebo, casi por completo desnudos, dedicados unos a recoger las cuerdas, otros a cocer café en el cajón de madera que les sirve de hornillo y otros a poner en orden los utensilios de a bordo.

Sentados a proa, con las piernas colgando sobre la borda, fumaban dos hombres cuidadosamente envueltos en blancos *taub* con flecos.

Uno de ellos era un negro de estatura mediana, desarrollados

músculos, que denunciaban una fuerza nada común, y rostro varonil y enérgico, frente alta, ojos negros y grandes, nariz recta y perfilada como la de los nubios, cabellera negra ondulosa, más bien crespa, y el color de su piel oscuro, pero sonrosado.

El otro, en cambio, era alto, enjuto, de color moreno, ojos grandes, pero sin expresión, rasgos vulgares, labios, párpados y cejas teñidas de azafrán y la piel untada de sebo de camello mezclado con algalia, que despedía un fuerte perfume.

Hacía un buen rato que fumaban en silencio, fijos los ojos en el agua en la cual nadaban furiosamente enormes cocodrilos, que levantaban con sus potentes colas un fuerte oleaje, cuando el negro preguntó a su compañero:

—¿Cuánto nos falta para llegar a Quetana?

—Unas doce millas, Omar —respondió el interrogado en cuyo acento se descubría a un sudanés—. ¿Nos detendremos en esa ciudad?

—Puedes imaginártelo, Daud. Recorreremos todas las aldeas de las márgenes del Bahr-el-Abiad hasta Jartum.

—¿Crees que la encontrarás?

—Cada vez tengo más esperanzas. O a una o al otro, yo los descubriré, te lo juro.

—¿Tan bella es esa mujer para tener tantos pretendientes?

—Tanto que sería capaz de encender la sangre en las venas del Profeta si pudiese verla tan sólo durante cinco minutos.

—¿Y se llama?...

—Fátima.

—Bonito nombre —exclamó Daud—. ¿Y quién se la llevó?

—Jafar Bajá la hizo detener, a pesar de las protestas de mi amo Abd-el-Kerim y del capitán Hassam, y ordenó que fuese conducida a Jartum, bajo la custodia de fuerte escolta; pero dudo de que haya llegado allá. Temo que Notis la haya seguido y arrebatado, después de acabar con los egipcios que la conducían.

—¿Quién es ese Notis?

—Un griego que amaba con locura a Fátima, y cuya hermana, en cambio, amaba como una loca a mi amo.

—De modo que Notis y tu amo eran rivales.

—En efecto, y rivales encarnizados.

—¿Y dónde está la hermana del griego?

—Sigue al ejército de Jafar Bajá —respondió Omar—, con la esperanza de que Abd-el-Kerim olvide a Fátima y termine por amarla a ella.

—¿Y tu amo, en cambio...?

—La aborrece, la odia, la desprecia. No vive más que para su Fátima.

—¿Y tú, Omar, quieres encontrar a esa mujer?

—Sí, es preciso que la encuentre. Cuando deserté, juré a Abd-el-Kerim que la llevaría a Jartum sana y salva, sobornando a la escolta.

—Me sorprende que no haya desertado tu amo.

—Le custodian con más rigor que a un prisionero de guerra.

Seis veces intentó fugarse, aunque no fuese más que por no ver ante sí a la hermana del griego, y otras tantas volviéronle a coger. La maldita le vigila día y noche.

—Si esa mujer es tan terrible, debería retorcerle el pescuezo.

—Tanto es lo que la odia que si estuviera libre es posible que ya la hubiese matado.

Hacía ya una hora que la barca navegaba lentamente, cuando, a una milla de distancia, apareció, sobre la margen derecha, un grupo de tuguls y casuchas de adobe, dominado por un minarete esbelto y gallardo que se erguía hacia el cielo.

—Eso es Quetana —dijo Daud acercándose a Omar.

—Dirige la proa hacia aquella pequeña ensenada que se ve allá abajo —dijo el negro.

—¿Y por qué no fondeamos delante del pueblo?

—No quiero que me vean desembarcar. Si el griego se encuentra en Quetana, podría ser informado de mi llegada y huir.

—Tienes razón, Omar. ¡A ver, proa hacia aquella ensenada!

Acercóse la barca a la margen derecha pasando por entre numerosos bajos fondos semiocultos por plantas de loto que flotaban, y fue a echar el ancla en el lugar designado; una ensenada rodeada de grandes tamarindos que inclinaban graciosamente sus ramas hacia el agua.

—Escúchame, Daud —dijo Omar, introduciendo entre los pliegues de su faja un par de pistolas y un yatagán—. Tú te quedarás aquí con tu barca, y no te moverás sin orden mía. Pasarán dos, tres, cuatro o quizás más días sin que yo me deje ver, pero no te preocupes por ello. Sírreme bien y yo pagaré como un príncipe, tanto a ti como a tus bateleros.

—Hace dos años que nos conocemos, y eso basta. Aunque me ofrecieran mil tálers por alquilar la nave, los rechazaría.

Y si tú, además, necesitas ayuda, ven a buscarme y pondré a tu disposición mis hombres y mi cimitarra.

—Gracias, Daud —dijo conmovido el negro—. Abd-el-Kerim te quedará muy reconocido.

Hizo poner una tabla entre la barca y la ribera, y desembarcó, echándose el capuchón sobre los ojos. Echó una ojeada a su alrededor, no viendo a nadie, tomó por un sendero que seguía la orilla del río bordeado de un lado por altos árboles y del otro por altas cañas, y se dirigió a paso rápido hacia Quetana.

Omar se dirigió hacia un tugul bajo cuya rékuba estaba indolentemente tendido sobre un angareb un joven sudanés que, por su aspecto, parecía barquero. Sentóse junto a él y, después de haberle saludado como era costumbre, le preguntó:

—¿Eres de Quetana?

Omar sacó un puñado de parás y se lo echó en el jarda. Miróle el sudanés sorprendido, pero sin desplegar los labios los recogió.

—Habla —dijo Omar—. ¿Has visto llegar a Quetana soldados egipcios conduciendo a una mujer hermosa?

—No.

—¿Ni a unos beduinos guiados por un griego?

—Beduinos, sí; llevaban una mujer que, por sus vestidos, me pareció una almea.

Omar dio un salto sobre el angareb cerrando por completo los ojos.

—¿No me engañas? —preguntó con vehemencia.

—¿Por qué? —respondió el sudanés encogiéndose de

hombros.

—¿Has visto con tus propios ojos a esa almea?

—Sí, y me pareció hermosísima, como una hurí del Paraíso del Profeta.

—¿Y dices que la llevaban...?

—Sí, la llevaban sobre un *angareb* sostenido por dos *maharís*.

—¿Acaso estaba enferma? —preguntó Omar que sintió que un escalofrío recorría su cuerpo.

—Me dijeron que estaba gravemente herida.

—¿Cómo?... ¿Herida mortalmente?... ¿Por quién?... ¿Cuándo fue?...

—¡Qué sé yo! No conozco a los hombres que la llevaban ni sé de dónde venían.

—¿Guiaba a los beduinos un griego de elevada estatura, con barba negra, rizada?

—Sí, el griego era alto, barbudo, icómo que le acabo de ver hace media hora sentado a la orilla del Bahr-el-Abiad, a cuatrocientos pasos de aquí!

—¡Se halla a cuatrocientos pasos de aquí! —exclamó agarrando por los hombros al sudanés y clavando sus ojos en los de éste.

—Te aseguro que le he visto y apostaría a que aún está en el mismo sitio.

—Y a la almea, ¿dónde la alojaron?

—En una casita de la orilla izquierda, que está rodeada de palmeras.

—Gracias, joven, gracias —repitió Omar, arrojándole otro puñado de parás.

Salió de la *rékuba* como un rayo, calóse el capuchón hasta la barba y se lanzó por el sendero, avanzando a paso rápido.

—El griego es hombre muerto —murmuró—. Le tiro al Nilo como cebo para los cocodrilos, y luego salvo a Fátima. No temas, mi pobre amo, que Omar te devolverá la felicidad. Era de suponer que Notis asaltaría y destruiría la escolta a fin de apoderarse de la *almea*; pero Omar castigará a todos, a todos.

Introdujose por entre los cañaverales y avanzando a saltos, levantando bandadas de perdices, avefrías, cornejas y soberbios flamencos que huían dando graznidos, llegó a trescientos pasos de los primeros tuguls de Quetana. Allí se detuvo de pronto, como si instantáneamente se hubiese quedado petrificado.

A diez metros de distancia, sentado sobre una pequeña roca cortada a pico sobre el Bahr-el-Abiad, había distinguido a un hombre, envuelto en una rica *farda*, con la cara casi cubierta por negra y rizada barba. Le reconoció en seguida; un temblor de cólera agitó sus miembros y contrajo sus facciones.

—¡Notis! —exclamó.

Miróle atentamente, con mirada feroz, reteniendo la respiración. El griego tenía los ojos fijos en un lindo edificio levantado en la orilla del río y que se reflejaba en las tranquilas aguas.

En la parte alta de aquel hotelito ondeaba la bandera griega y alrededor de él crecían soberbias palmeras y grandísimos tamarindos que hacían el lugar delicioso.

Sacó una pistola, la montó sin hacer ruido, vertió algunos granos de pólvora en la cazoleta para asegurar el tiro, y la levantó apuntando a la cabeza del griego.

—Le destrozo el cráneo —pensó el negro—. Caerá en el Nilo y los cocodrilos se encargarán de hacer desaparecer el cadáver.

El cañón de la pistola se había detenido a la altura de la frente de Notis y ya iba a partir el tiro, cuando se oyó en la orilla opuesta un:

—¡Hola!

Omar bajó el arma mientras el griego se ponía en pie. Miró y vio destacarse del hotelito una pequeña barca tripulada por un beduino, el cual, arrancando vigorosamente, cortó la corriente del Bahr-el-Abiad.

—¿Eres tú, Fit-Debbeud? —preguntó Notis.

—Pues ¿quién quieres que sea? —respondió el jeque.

—¡Fit-Debbeud! —murmuró Omar—. Ese es el nombre del jeque que raptó a mi amo y le encerró en los subterráneos de El-Garch. ¿Qué es eso?

—¡Al fin! —exclamó Notis exhalando un profundo suspiro—. ¿Cómo andan allí las cosas? ¿Puedo o no puedo verla y hablarle sin peligro?

—Fátima se ha levantado ya y está completamente restablecida —contestó el jeque sonriendo—. Se ha cicatrizado la herida, gracias a mis hierbas milagrosas, y ya puedes hablarle de amor sin que haya de temer una recaída. Es preciso que esa mujer sea de hierro, para haber curado de una puñalada tan terrible.

Estremecióse Omar y sintió correr por su rostro gruesas gotas de sudor. Miró al jeque y al griego con estupefacción.

—¡Curada! ¡Una puñalada! —balbuceó—. ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿La apuñalarían para apoderarse de ella? ¡Ah,

miserables!...

—¿Sabe que yo estoy aquí? —preguntó Notis tras algunos instantes de silencio.

—No te ha nombrado, pero debe de saberlo. No ha hablado de nadie más que de Abd-el-Kerim.

—¡Siempre ese hombre! —exclamó con rabia—. ¿Será posible que no le haya de olvidar?

—Inténtalo; quizá lo consigas. ¿No sabes nada de Elenka?

—Absolutamente nada. Además, ¿de qué modo? Temo no volver a oír hablar más de ella, ahora que se encuentra en el Cordofán.

—¿Y de tu rival tampoco?

—Tampoco.

—¿Quieres ver a la almea?

—Sí, pero ¿cómo me recibirá? —preguntó Notis, cruzando los brazos.

—Probablemente muy mal; pero ante las amenazas cederá —respondió el jeque—. Para asustarla le dirás que los insurrectos han matado a Jafar Bajá y a todos los que le seguían.

—No me creerá.

—Hoy; pero mañana o pasado mañana, te creerá, tengo la seguridad de ello.

—Vamos, Fit-Debbeud —dijo.

Descendieron de la roca y se acercaron a la barca que estaba entre los cañaverales. Omar salió fuera y los vio tomar los remos, atravesar el río y desembarcar ante el hotelito.

Escapósele un exabrupto mientras sus manos atormentaban los gatillos de las pistolas.

«¿Qué haré? —preguntóse apretando los dientes—. Siento un gran deseo de disparar sobre esos hombres; pero aunque los matase, ¿qué adelantaría? Ea, tengamos paciencia. La ribera está desierta, y por el río no anda ninguna barca. Voy allá, me subo en aquel tamarindo que alarga sus ramas hasta las ventanas y desde allí veré y oiré todo. Si el griego levanta un solo dedo contra Fátima, suceda lo que suceda, le mato».

Desnudóse en un abrir y cerrar de ojos, escondió los vestidos entre unos espesos matorrales, atóse sobre la cabeza el yatagán y las pistolas y acercándose a la orilla, se arrojó resueltamente al agua y comenzó a nadar vigorosamente.

CAPÍTULO XV. FATIMA

En el mismo momento en que el esclavo de Abd-el-Kerim afrontaba con resolución la corriente, sin preocuparse de los cocodrilos que de seguro le rodeaban, entraba Notis en la casa. Detúvose al ver a un viejo *reís* que, emboscado en una destrozada *farda*, se apoyaba en el muro fumando en un horrible y ennegrecido *chibuc*.

—¡Loado sea Alá! —exclamó el patrón saliendo a su encuentro—. Comenzaba ya a perder la paciencia.

—¿Eres tú, mi viejo Ibrahim? —dijo Notis, sin tratar de disimular su sorpresa—. ¿Qué vientos te traen por aquí?

—¿Me creíais aún en las bocas del Bahr-el-Abiad? Han disminuido los negocios con la insurrección, y se ve uno obligado a navegar por todas partes. ¿Dónde habéis andado, que hace casi dos meses, desde que os llevé de Jartum a Machmudiech, que no os he vuelto a ver?

—En estos tiempos no es fácil encontrarse. ¿Qué noticias me traes? ¿Cómo es que te encuentras aquí?

—Hace dos días que os busco en Quetana y más de quince que pregunto por vos en todos los pueblos por donde paso.

—Os traigo noticias de vuestra hermana Elenka.

—¿De Elenka? Habla, cuéntame, pronto, porque me abrasa la impaciencia. ¿Dónde se halla? ¿Cómo la has encontrado? ¿Qué tal está?

—Hace dieciséis días, a la caída de la tarde, llegué a Gez-Hagiba. Supe que en la orilla opuesta, al otro lado de la isla, acampaba Jafar Bajá y allá fui pensando encontraros a vos o

a vuestro cuñado Abd-el-Kerim. Me dijeron que se hallaban en el campamento vuestra hermana y su novio.

—¡Ah! —dijo Notis irónicamente.

—Fui a la tienda de Elenka, donde la encontré, y me refirió cómo había terminado todo entre ella y Abd-el-Kerim. Me dijo que tenía entablada una tremenda guerra y que desesperaba de volver a hacerse amar.

—¡Rayos y centellas! Sigue, Ibrahim.

—Abd-el-Kerim intentó varias veces huir del campamento, pero ella le hizo capturar y Jafar Bajá mandó que le ataran, amenazándole con hacerle pasar por las armas si volvía a intentar la fuga.

—¿Y sabe Abd-el-Kerim que fue mi hermana la que impidió que huyese?

—Sí, y precisamente por eso la odia el árabe.

—Por lo tanto, ¿está perdida toda esperanza?

—Toda, según ella me dijo.

—¿Y qué hace ahora?

—Le sigue y le vigila. Aunque fuese al fin del mundo. Elenka ha jurado ir tras él.

—¿Continúa amándole la desgraciada?

—Quizá le aborrece y arde en deseos de vengarse del traidor.

Llevóse el griego las manos a la cabeza y suspiró.

—Dime, Ibrahim, ¿han tenido los egipcios algún encuentro con las hordas del Mahdí?

—Perdieron la tercera parte de su gente en tres o cuatro

combates.

—¿Y saben al menos dónde se encuentra el ejército de Hicks Bajá?

—Lo ignoro.

—Por tanto, ¿todo marcha de mal en peor? A ver, ¿qué más dijo?

—Me dijo que os avisase de que el esclavo de Abd-el-Kerim había huido del campamento, dirigiéndose a Jartum probablemente.

—¡Quién! ¿El negro Omar?

—Sí, Omar; huyó durante una noche oscura, no volviendo a aparecer por el campamento.

Notis se estremeció, pero sonrióse luego.

—Ese negro no me causa temor —dijo—. De todos modos estaré sobre aviso no me juegue alguna mala pasada. A ver, dad un vaso de cerveza a este hombre —añadió luego levantando la voz.

Acudió un beduino, que vigilaba junto a la escalera, armado hasta los dientes.

—Espérame aquí, Ibrahim —dijo Notis—. Es probable que necesite tu barca para ir a Jartum. Siéntate en ese cuarto y bebe cuanto *merissak* te pida el cuerpo.

Hízole un ligero saludo acompañado de mi guiño de ojos como para recomendarle silencio, y subió de cuatro en cuatro los escalones de una tortuosa escalera. Detúvose ante una puerta cubierta de una tupida cortina y se puso a escuchar.

—No se oye nada —dijo con voz visiblemente alterada—. Quizá estará dormida.

Abrió la puerta con precaución y entró en una amplia estancia cubierta de blandas alfombras teñidas de brillantes colores, y amueblada con divanes a la turca y con grandes floreros de *ingioró* que despedían un delicado olor, mezcla de rosa y de jazmín.

Detúvose el griego en el umbral de la puerta como enajenado, como en éxtasis, con los ojos clavados en aquella seductora criatura a quien él tan locamente amaba. Su rostro estaba alterado, surcado por gruesas gotas de sudor, y sentía el corazón saltarle en el pecho y encendersele la sangre de ardiente deseo.

Contemplóla así durante un minuto, dos, tres, conteniendo la respiración; dio luego algunos pasos adelante, en silencio, tendiendo los brazos con las manos abiertas, como si fuese a cogerla, alargando los labios como si intentase besar aquellas palpitantes carnes.

—Fátima —murmuró con voz débil y tono conmovido, suplicante.

La *almea*, al oír aquella voz, se sobresaltó. Volvióse lentamente hacia él, le miró con sorpresa, luego con espanto y retrocedió con viveza, horrorizada como si hubiese visto a su lado a un asqueroso animal.

—¡Oh, Fátima! —exclamó el desventurado con voz temblorosa—. ¡No me trates así!

Por toda respuesta, la *almea* le volvió la espalda. Vaciló el griego como si hubiese recibido una bala en el corazón y se le nubló la vista. Oyóse un ruido en el fondo de su pecho, como un rugido ahogado, y sus manos se contrajeron tan fuertemente que las uñas le penetraron en la carne.

—¡No me desprecies! ¡No te burles, Fátima! ¡No me rechaces! —dijo.

—¡Vete! —exclamó con vehemencia, retrocediendo de

nuevo—. ¡Vete, monstruo, que me causas miedo, que me repugnas!

—¡Yo te amo, Fátima! —exclamó casi delirante—. ¡Te amo, te adoro tanto que por ti me mataría!

—Entonces, mátate —dijo la almea con fría ironía.

—¡Qué me mate!...

Se detuvo mirando en derredor con extravío.

—Óyeme, Fátima —dijo con voz ronca—. ¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué sientes hacia mí tan gran repugnancia? ¿Por qué me desprecias, te burlas de mí y me rechazas?... Dime, Fátima, ¿por qué?... ¿Por qué?...

—Te desprecio, hoy más que hace quince días.

El griego profirió un grito de furor y la arrojó sobre un diván.

—¡Desgraciada, me destrozas el corazón! ¿Ha terminado entonces todo entre nosotros? —le preguntó con voz cavernosa.

—Déjame sola, que tu presencia me hace daño —dijo Fátima—. Es imposible que yo te ame, porque siento hacia ti un odio tan profundo que no se extinguirá más que con mi muerte. ¿Comprendes, Notis?

—Pero, dime, ¿qué te he hecho yo, terrible mujer? Dímelo.

—Has abierto entre nosotros un abismo y ese abismo es insondable. Vete, pues, y devuélveme la libertad, déjame volver al Sudán. Sólo así podré olvidar tus cobardes procedimientos y, con el tiempo, sentir por ti, si no amor, compasión al menos.

—¿Devolverte la libertad?... ¿Dejarte volver al Sudán?... ¿Y para qué?

—Para reunirme con el que amo más que a nadie —dijo la almea con apasionado arranque.

—¡Rayos y centellas! —exclamó el griego—. ¿Aún piensas en el árabe? ¿Late aún tu corazón por Abd-el-Kerim? Yo no lo consentiré nunca, ¿entiendes, Fátima? ¡Nunca, nunca, nunca!...

—¿Serás tú capaz de impedir que mi corazón palpite por Abd-el-Kerim?

—Sí, yo, porque te destrozaré de nuevo ese corazón. ¡Quiero arrancarte esa pasión que te quita la vida e infiltrarte la mía!... Estás en mi poder, Fátima —replicó Notis con acento lleno de amargura y amenazas.

La almea hizo un movimiento como si intentase salir de la habitación, pero se percató de que la puerta estaba cerrada y se detuvo temblando.

—No pienses en la fuga —dijo Notis, que se había dado cuenta del movimiento—. Aunque lograses traspasar ese umbral te encontrarías frente a los beduinos del jeque Fit-Debbeud.

—¿Quieres obligarme, por tanto, a tomar por segunda vez la desesperada resolución de matarme? Ten cuidado, bellaco, porque seré capaz de intentarlo de nuevo.

—Sí, pero ahora los puñales están despuntados.

—Hay paredes donde estrellarse la cabeza.

—¡Fátima! —exclamó Notis—. Si te matas, matas al mismo tiempo...

—¿A quién?... ¿a quién?...

—Al árabe Abd-el-Kerim.

—¡Abd-el-Kerim! —exclamó la almea llevándose las manos al pecho—. ¡Alá!... ¡Alá!...

Asustado el griego corrió hacia ella, pero no llegó a tocarla.

Habíase adelantado para agarrarla, pero se detuvo sorprendido y casi asustado. La gran rama que daba sombra a las ventanas había crujido y se había oído una sorda imprecación.

—¿Quién está ahí? —preguntó desenvainando la cimitarra.

Nadie contestó. Acercóse a una de las ventanas, pero no vio, o, por lo menos, no creyó ver a nadie.

«¿Quién puede haber sido?», se preguntó.

Miró a Fátima, que seguía en pie, junto al diván, en actitud fiera y despectiva.

—Fátima —dijo—, haz lo que quieras; pero dentro de tres días volveré a verte. Si no has cambiado de parecer, si te niegas a ser mía, ¡ay de ti! Te haré verter ríos de lágrimas, te destrozaré el corazón como un verdugo no sería capaz de hacerlo.

La almea no respondió. Notis la miró con crueldad, volvióle la espalda y salió cerrando tras si la puerta.

La desventurada Fátima permaneció en pie algunos momentos, luego se dejó caer en el diván y se acurrucó en él.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —repitió—. ¡Todo se ha perdido, todo ha terminado! ¡Si pudiese siquiera ver por última vez al que tanto amo y después morir!...

Escondió el rostro entre las manos y su cara se inundó de lágrimas. El estruendo producido por un florero al romperse la hizo ponerse en pie de un salto.

Miró en derredor y vio en el suelo una piedra bastante grande y atado a ella un objeto blanco. Lo cogió sin dejar de mirar en torno por el temor de ser descubierta, y vio que

aquello era un trozo de papel. Desplególo y leyó lo siguiente, que estaba escrito en árabe:

He visto y oído todo. He desertado por orden de Abd-el-Kerim. sin otro fin que el de salvarte. No temas nada; antes de tres días estarás libre.

Omar.

La almea retuvo a duras penas un grito de alegría que se le escapaba, y corrió a la ventana. Llegó a ella en el momento en que un negro, medio desnudo, saltaba apresurado a la orilla opuesta del río.

—¡Es él! ¡Omar! —exclamó con voz temblorosa—. ¡Haga Alá que él me salve!

CAPÍTULO XVI. EL REIS IBRAHIM

El viejo *reís* Ibrahim no perdió el tiempo desde el momento en que Notis le dejó. Sentado en el suelo, habíase hecho servir dos grandes jarras de *merissak*, las cuales se puso a beber al mismo tiempo que comía a bocados un enorme trozo de *ebrek*, especie de pan hecho con maíz agrio que, de ordinario, se come mojándolo en caldo o en leche azucarada. Entró después el *jeque* Fit-Debbeud, sentóse frente él, y le ayudó eficazmente a vaciar las jarras de cerveza, mientras entablaban animada conversación.

—De modo que, según contabas al amo —decía el *jeque*—, has visto a Elenka en Gez-Hagiba.

—En efecto —respondió el *reís* vaciando una tras de otra varias tazas de cerveza—. La he visto y he hablado con ella varias veces.

—¿Y te refirió todo lo ocurrido?

—Sí; me contó los amores de Abd-el-Kerim con una almea que, si no me equivoco, se llama Fátima, y todo lo que vino después.

—¿Y te dio aviso de que el esclavo del árabe había desertado?

El *reís* hizo con la cabeza un signo afirmativo, al tiempo que echaba al cuerpo la duodécima taza de cerveza.

—¿Has encontrado tú a ese esclavo?

—No —respondió Ibrahim—; sin embargo, pregunté por él en todas las poblaciones donde paré.

—¿Le conoces acaso?

—No. Cuando conocí al árabe, Abd-el-Kerim, no iba con él ese esclavo.

—¿Crees tú que debemos ocuparnos de ese negro?

—Si está solo, no es cosa de temerle mucho. Poco se tarda en enviarle al otro mundo: un tiro o cuatro dedos de yatagán, y todo ha concluido.

Cortóse la conversación con la aparición de Notis, que bajaba del cuarto de Fátima. Traía cara de disgusto y en sus ojos se veía la ira tremenda que ardía en su pecho.

—¿Hemos perdido? —preguntó Fit-Debbeud levantándose.

—Sí —respondió el griego—. Esa mujer es una fortaleza inexpugnable.

—¡Por mil saetas! —exclamó el beduino—. ¡No habéis sido capaz de dominar a esa mujercilla!

—Esperaré tres días más.

—¿Y después?

—La haré ceder por la fuerza.

—Eso se llama hablar bien. Comenzaremos por hacerle probar un hierro candente, o le desgarraremos las carnes a latigazos.

El griego se encogió de hombros, y volviéndose al viejo Ibrahim le preguntó:

—¿Dónde tienes tu barca?

—En Quetana, a la parte norte del puerto.

—Manda a tus hombres que estén a bordo y hállate

dispuesto para salir. Entretanto, te informarás de si ha llegado el esclavo de Abd-el-Kerim y vendrás a referirme lo que averigües. Ahora puedes marcharte.

Le entregó algunas piastras, y volvió a subir la escalera puestas las manos en las culatas de las pistolas.

Ibrahim vació la última taza de *merissak*, llenó de tabaco su *chibuc*, encendiólo, y después de saludar al *jeque* salió sonando en la mano las piastras.

Atada a los cañaverales se hallaba su canoa; entró en ella, tomó los remos y se alejó poniendo proa a Quetana, que apenas distaba cuatrocientos pasos. Hallábase ya a la mitad del río cuando oyó llamar:

—¡Eh, barquero! Acércate, que te necesito.

Volvióse, y sobre la margen derecha vio un negro con un *taub* al brazo. Dirigióse inmediatamente a aquel lugar.

—¿Quieres llevarme una milla más arriba, a la pequeña rada?
—preguntó el negro—. Te daré cinco *tálers*.

—¿Tanto dinero tienes que me quieres pagar como un bajá?
—preguntóle riendo Ibrahim.

—Puede ser; acércate.

Embarcó el negro en la canoa y se sentó a proa; el barquero se acomodó en medio volviéndole las espaldas, y arrancó con gran vigor.

—¿Te espera alguien en la pequeña rada? —preguntó el *reis*.

—Tengo una caravana de camellos cargados de marfil
—respondió el negro Omar.

—¿Eres del país?

—No, soy nubio.

—¿Llegado hace poco?

—Eso no te interesa. Rema bien, que tengo mucha prisa.

La canoa duplicó su velocidad remontando la corriente. Quince minutos más tarde llegaban a vista del darnás de Daud.

—¿Sabes de quién es aquel hermoso navío? —preguntó el reís.

Omar no respondió. Habíase puesto en pie y se había acercado a él.

Iba el reís a repetir la pregunta, cuando se sintió cogido por la espalda y derribado violentamente al fondo de la canoa. Al mismo tiempo vio sobre sí a Omar que le apuntaba a la frente con una pistola.

—Si te mueves —le dijo el negro—, te levanto la tapa de los sesos y luego te tiro al río para que te devoren los cocodrilos.

—Déjame vivir —balbuceó—. Te daré todo lo que poseo.

—No creas que soy algún abú-rof —dijo Omar—. No quiero que me des nada.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

—Ahora lo sabrás; déjate atar.

Volvió la pistola a su lugar, sacó una cuerda y le ató de pies y manos; sentóse luego a proa, tomó los remos e hizo volar la canoa corriente arriba.

—Hablemos ahora —dijo—. ¿Qué es lo que has ido a hacer en aquella casa?

—He ido en busca de un amigo.

—Del griego Notis, ¿verdad?

—¿Y cómo lo sabes? —exclamó el reís—, ¿serás tú el esclavo de...? ¡Será posible!

—Sí, yo soy el esclavo de Abd-el-Kerim. ¿Cómo lo has adivinado?

—Me dijeron que navegabas con dirección a esta ciudad.

—¡Eh! —exclamó Omar sorprendido—. ¿Quién te lo dijo?

—Elenka, cuando estuve en Gez-Hagiba.

—¿Lo sabe el griego?

El reís no respondió y se puso a mirar a otra parte.

—Habla —le dijo Omar con tono amenazador—. El silencio podría serte funesto.

—Pues bien; sí, Notis lo sabe.

—¿Me ha visto acaso?

—No, pero te busca.

—Eso me basta. Ya sé lo que tengo que hacer.

Puso la proa hacia la pequeña bahía, en medio de la cual flotaba su barca. Atracó la canoa entre las hierbas de la ribera, llamó a Daud, el cual pasó el puente y fue a su encuentro.

—¿Dónde has encontrado esa canoa? —preguntó el sudanés.

—Se la he cogido a este hombre que ves aquí atado —respondió Omar agarrando a Ibrahim y echándole entre la hierba como quien tira un fardo de mercancías.

—¡Un hombre! —exclamó Daud—. ¡Oh, pero si es mi amigo

Ibrahim!

El viejo, al oírlo, levantó la cabeza y miró a su alrededor.

—¡Daud! —gritó intentando levantarse—. ¡En efecto, él es; por Alá, mi querido Daud!

—¿Qué diablos sucede? —dijo Omar—, ¿os conocéis?

—Ya lo creo, Omar —respondió Daud con viveza—. Este hombre es el mejor amigo que tengo en el Bahr-el-Abiad. ¿Cómo es que me lo traes atado? ¿Qué puede haberte hecho el pobre Ibrahim? Déjame que lo desate.

Así diciendo había sacado un cuchillo y había comenzado a cortar las cuerdas, con lo que el pobre viejo pudo volver a su posición vertical. Los dos barqueros se estrecharon recíprocamente entre los brazos.

—Confío en que no te escaparás para volverte al lado de aquel bribón de Notis —dijo Omar—. ¿Qué fuiste a hacer en su casa?

—¿Fuiste tú a casa de Notis? —preguntó Daud sorprendido—. ¿Qué asuntos tenías con él?

El barquero les puso inmediatamente al corriente de todo, refiriéndoles cómo había visto a Elenka y hablado con ella en Gez-Hagiba, y cómo se había puesto a las órdenes de Notis. Dijo, además, que el griego tenía intención de abandonar Quetana dos o tres días más tarde en compañía de Fátima.

—¡Ah, sí! —dijo Omar rascándose una oreja—. Si el maldito sospecha mi presencia estará en guardia y será difícil libertar a la pobre almea.

—Procuraremos burlar su vigilancia —respondió Daud.

—¿Y cómo?

—Ibrahim nos ayudará.

—¡Yo! —exclamó el anciano, sorprendido.

—Ibrahim —dijo gravemente Daud—, cuéntame lo que sucedió el año pasado cuando nos encontramos en Machadat-Abú-Zat.

—Había yo caído al agua, bien lo recuerdo, y un cocodrilo intentaba cogerme por mitad del cuerpo para dividirme en dos. Estaba perdido si tú no hubieses venido en mi auxilio dando un hachazo al monstruo.

—Ya veo que tienes buena memoria. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando te saqué a la orilla?

—Sí; te dije que si algún día necesitabas de un hombre que estuviese dispuesto a dar por ti toda su sangre te acordaras de mí.

—Ese día ha llegado, Ibrahim. Necesito un hombre para salvar a una mujer y recurro a ti. ¿Me ayudarás a libertar a Fátima?

—Es cosa muy difícil, mejor diría imposible.

—Si hay obstáculos nosotros los allanaremos. Ahora dime, ¿tienes libre acceso a la casa donde se halla Fátima?

—Sí; puedo entrar y salir a mi placer.

—¿De cuántos hombres dispone el griego?

—De unos quince beduinos mandados por el jeque Fit-Debbeud.

Daud y Omar hicieron una mueca.

—Es mucha gente —dijo Daud con despecho—. ¿Cuántos barqueros tienes tú?

—Una media docena, pero son muchachos duros como el hierro y que no tienen miedo ni a la cólera del Profeta.

—Tus seis, mis quince y nosotros tres, formamos una fuerza de veinticuatro hombres. Aún podemos arriesgarnos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Omar.

—Que podemos asaltar la casa y apoderarnos de Fátima.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Al primer grito de alarma Notis se parapetaría dentro de la casa, y para apoderarnos de Fátima perderíamos las tres cuartas partes de nuestra gente. Además, los habitantes de Quetana podrían acudir en masa al lugar del combate y hacer que la cosa terminase mal.

—¿Qué haremos entonces? Piensa que sólo tenemos tres días por delante.

—Ante todo es preciso alejar a Notis y reducirle a la impotencia.

—¿De qué modo? El griego no se alejará tan fácilmente.

—Eso corre de mi cuenta —dijo Ibrahim—. Mañana mismo quedará Notis en un estado tal que en cuarenta y ocho horas no será capaz de dar un paso.

—¿Le vas a asesinar?

—De ningún modo. Sería peligroso; podría sorprenderme y costarme caro. Dejadme obrar y ya veréis como todo sale a medida de nuestro gusto.

—Y una vez libres del griego, ¿qué haremos?

—Con la ayuda de Ibrahim, entraremos los dos en la quinta, subiremos a la habitación de Fátima y nos esconderemos allí. Esperaremos la noche, nos descolgaremos por una de las

ventanas sobre la orilla del río, y emprendremos la fuga.

—¡Hermoso plan! —exclamó Daud—. Pero también podría suceder que fuésemos descubiertos.

—Nos defenderemos hasta el último aliento. Nos ayudarán las dos tripulaciones.

—Entendámonos. Tú, Ibrahim, vas a Quetana y juegas al griego una mala pasada. Por la noche asaltaremos la casa y libertaremos a Fátima. Ea, a bordo, que tengo más hambre que un lobo.

—Vamos, Daud —dijo alegremente Omar—. Si conseguimos nuestro intento, os doy doscientos tálers a cada uno. ¡Ah, mi querido Notis, aún no sabes de lo que son capaces Abd-el-Kerim y su esclavo!

Pocos momentos después los dos reis y el negro pisaban el puente de la embarcación.

CAPÍTULO XVII. OMAR Y FATIMA

Al día siguiente, poco después del mediodía, dejaba Ibrahim la barca de Daud con el firme propósito de alejar y reducir a la más completa impotencia al griego Notis. Embarcóse en su canoa, que a los pocos golpes de remo partió velozmente, y al cabo de veinte minutos desembarcaba en el muelle de Quetana, lleno de sudaneses y árabes que descargaban las barcas ancladas en larga fila junto a la orilla.

Mirando en derredor vio que uno de sus barqueros le esperaba sentado sobre un fardo de mercancías. Acercóse en seguida.

—¿Qué hay de nuevo, Saba? —preguntóle dándole unas palmadas en la espalda.

—Esperaba que volvieras —respondió el barquero—. Esta mañana vino a bordo un beduino preguntando por ti.

—¿Está aún en la *dahabiah*?

—No, pero me dijo que apenas llegases te enviase allá.

—No tengo tiempo para ir donde se halla ese hombre —dijo Ibrahim—. Ahora escúchame, Saba.

—Soy todo oídos.

—Armarás a todos los barqueros con mosquetes y yataganes y estaréis dispuestos para entrar en campaña cuando yo os lo ordene.

—¡Oh! ¿Qué ocurre?

—Tenemos que asaltar aquella casa que ves allá lejos, sobre

la margen izquierda del río, y salvar a una mujer que está encerrada en ella. ¿Has entendido? Estad dispuestos a todo, y nada más. Ve ahora a bordo, coge la cajita de opio que está en mi camarote, y ven a buscarme al café.

—Voy corriendo.

—Anda y date prisa.

El barquero no se lo hizo repetir y echó a correr en seguida. Ibrahim se frotó las manos alegremente y entró en el café, que se hallaba a pocos pasos de distancia. No había en él nadie más que el wadgi (cafetero) que encendía fuego en el hornillo.

—Mejor es así —dijo el reis entre dientes—. Se dormirá sin testigos.

Llamó al wadgi, haciéndose servir una taza de humeante moka y dos chibucs. Apenas había comenzado a sorber la deliciosa bebida, cuando entró Saba.

—¿El opio? —preguntó simplemente Ibrahim.

—Aquí está, mi amo —respondió el barquero, alargándole una cajita.

El reis la abrió con precaución; contenía una docena de pildoritas de opio. Tomó cuatro de ellas y las puso en uno de los chibucs cubriéndolas con una gruesa capa de tabaco.

—¿Vas a fumar eso? —preguntó Saba, sorprendido—. Te emborracharás de un modo terrible.

—Silencio, muchacho —dijo Ibrahim con aire misterioso—. Ahora vas a ir a la quinta que te indiqué hace poco, y preguntarás por el griego Notis; no olvides este nombre. Le dirás que venga inmediatamente, que tengo que hablarle de cosas muy interesantes. ¡Anda!

Media hora después entraba apresuradamente el griego Notis.

—¡Ah, estáis ya aquí, señor! —exclamó Ibrahim con mal disimulada alegría—. Hay grandes novedades.

—Cuéntame, Ibrahim —dijo Notis, sentándose frente a él.

—Encended el *chibuc* y escuchadme —dijo el *reis* alargándole la pipa llena de opio.

El griego tomó el *chibuc* y, viendo que ya estaba cargado, lo encendió, envolviéndose en densa nube de humo.

—Decidme, ante todo, cómo se halla la mujer que tenéis prisionera. Me interesa en cierto modo.

—Durante tres días no pienso ocuparme de ella. Pero luego, ¡ah!, ya veremos quién de los dos vence. Cuéntame ahora esas novedades.

—Señor, el esclavo de Abd-el-Kerim ha llegado a Quetana.

El griego dio un salto en su asiento, lanzando un gran ¡oh! de sorpresa.

—¿Cuándo? —preguntó con ansiedad—. ¿Le has visto?

—Hace dos días que ha llegado, y ya sabe que Fátima está en vuestro poder.

—¿Está solo?

—Solo, y sin un cuarto, por añadidura.

—¡Entonces no hay por qué temerle! —exclamó Notis respirando a gusto—. ¿Cómo supiste que era Omar? —añadió.

—Porque hablé con él.

—¡Tú!... ¿Es que bromeas?

—Nada de eso.

—Y... ¿te ha conocido?

—No sabe siquiera quién soy.

—Pudiste dejarle seco de una cuchillada.

—Me pareció un trabajo inútil. ¿Qué opináis?

El griego respondió con una risotada de idiota.

El *reis* le miró con atención y se sonrió. El fumador estaba lívido, alrededor de sus ojos comenzaban a dibujarse dos círculos azulados y movía las manos convulsivamente.

«El opio está obrando —pensó el barquero—, dentro de poco, Notis estará en el mundo de los sueños».

—¿De modo que decías...? —prosiguió Notis tras de algunos minutos de silencio.

—Que dejarle seco de una cuchillada me parecía molestia innecesaria.

—¿A quién?...

—Al esclavo de Abd-el-Kerim.

—Abd-el-Kerim —balbuceó el griego como si no hubiese comprendido bien—. ¿Dónde está ese hombre?

—En Gez-Hagiba.

—No me acuerdo... tengo una niebla ante los ojos... me parece que estoy flotando... soñando...

Transcurrieron cinco minutos. Notis cambió tres o cuatro veces de postura e intentó reanudar la conversación, pero de sus labios temblorosos no salían más que palabras incoherentes. De pronto se tendió sobre el *angareb*, cerró poco a poco los ojos y dejó escapar el *chibuc*, que cayó al

suelo haciéndose pedazos. Aún intentó levantarse, agitó los brazos como si quisiera abrazar algo que flotase ante él; luego quedó inmóvil.

—He aquí un hombre terrible convertido en un ser más inofensivo que un niño —dijo Ibrahim—. Cuando se despierte, yo habré pagado a Daud mi deuda y él se encontrará sin la persona amada. ¡Pobre Notis!

Llamó al wadgi y le puso en la mano un táler.

—Ese hombre duerme profundamente —le dijo—. Dormirá hoy todo el día, y probablemente, mañana también. Trasládale a cualquier habitación, sin hacerle mal alguno, y si vienen unos beduinos a buscarle, diles que no le has visto siquiera. Si lo haces así te regalaré cinco tálers más.

—No tengas cuidado, viejo Ibrahim —respondió el wadgi.

El reis salió del café en el momento en que el sol se ocultaba tras los montes Semin y Lao Lao. Aspiró con fuerza el aire fresco y luego se dirigió al muelle, donde paseaban impacientes Daud y Omar.

—Ya estoy aquí, amigos míos —dijo acercándose.

—¿Y el griego? —preguntaron al mismo tiempo el negro y el sudanés.

—Duerme como un tronco y no se despertará en dos días lo menos. Le he hecho fumar una fuerte dosis de opio.

—¡Bravo, Ibrahim! —dijo Daud, estrechándole la mano con fuerza—. Ahora vamos a libertar en seguida a la que tanto ama Abd-el-Kerim.

—¿Y cómo entraremos? —interrogó Omar.

—Subiremos por una de las ventanas —respondió Ibrahim—. Pronto será de noche; nos acercaremos sin ser vistos y

entraremos en el cuarto de la prisionera. Aquí tengo una cuerda y con ella descenderemos. ¿Tenéis vuestras pistolas?

—Y el yatagán también. Y tus hombres ¿están avisados? Podríamos necesitarlos.

—Esperan tan sólo la orden de partida, Omar. ¿Y los tuyos, Daud?

—Están sobre las armas.

—Siendo así, vamos allá y que Alá nos ayude.

Saltaron a la canoa, alejaronse y se pusieron a bogar como si fuesen pescadores. Remontaron el río durante un buen rato y cuando la noche ya había cerrado, bajaron cautelosamente y se acercaron a la quinta de Notis.

—¿No ves a nadie, Ibrahim? —preguntó Daud.

—A nadie absolutamente.

—Silencio —murmuró de pronto Omar—. Agachaos todos.

Varios hombres en los que reconocieron otros tantos beduinos salían en aquel momento por la puerta que daba al Nilo; luego se acomodaron en una barquichuela que se hallaba allí atada y se marcharon.

—Buscadle por todas partes —dijo una voz en la que podía reconocerse la del jeque Fit-Debbeud—. Amenazan ciertos peligros y no es prudente permanecer fuera de noche.

—Está bien —respondieron los beduinos.

Alejóse la barca, desapareció en las tinieblas, y la puerta de la quinta volvió a cerrarse.

—¿Has comprendido? —preguntó Omar a Daud.

—Perfectamente: van en busca del griego.

—Démonos prisa, queridos amigos. Este es el tamarindo de que me serví para subir hasta la ventana de Fátima. Subo por él, entro en la habitación y echo la cuerda. Vosotros quedaréis aquí para defenderme en caso de ser descubierto.

—De acuerdo, no te perderemos de vista.

Mentó el negro las pistolas, a fin de servirse de ellas en cuanto le fuese preciso y avanzó hasta el pie del tamarindo. Aguzó el oído, a fin de averiguar si alguien andaba por dentro, miró a derecha e izquierda, abrazóse luego al tronco y comenzó a gatear por él con la agilidad de un mono, hasta llegar a las ramas. Detúvose entonces un momento para tomar aliento, deslizóse luego por la rama que llegaba a una de las ventanas, con mil precauciones para que no sonasen las hojas ni crujiese la madera.

—¿Estás ahí? —preguntó Daud en voz baja, al cabo de unos momentos.

—Aquí estoy —respondió—. ¡Atención!

Ganó el alféizar de la ventana y miró dentro.

Una lámpara iluminaba débilmente la estancia, y sentada sobre un diván vio a Fátima; respiró.

Alargó una mano y abrió las hojas. Al ruido producido por los goznes al girar, púsose la almea en pie, no disimulando un gesto de terror. Omar se lanzó al interior, y fue a caer a sus pies.

—Silencio, Fátima —dijo en voz baja, viendo que abría los labios para dar un grito—. Silencio, soy yo, Omar, el fiel esclavo de Abd-el-Kerim.

La almea pudo reprimir a tiempo el grito que se le iba a escapar. Tomó la cabeza del negro entre sus manos y le miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Tú, Omar, eres tú! —balbuceó con débil voz, que la emoción hacía trémula—. ¡Dios mío! ¿Qué vienes a hacer aquí, en esta habitación donde me hallo prisionera?

—Vengo a salvarte, Fátima; vengo a arrancarte de las manos de Notis.

—¿Y no sabes, desgraciado, que vigilan quince beduinos que, de un momento a otro, podrían entrar y matarte?

—¿Qué me importa? Estoy armado además, y abajo velan mis amigos.

—¿Dónde están los amigos?

Cogióla Omar por una mano y la llevó hasta la ventana.

—Mira —le dijo.

—Veo dos hombres.

—Son mis amigos. ¿Te atreverás a bajar por una cuerda desde esta ventana?

—Bajaría aunque fuese por un hilo de seda.

—Siendo así, no perdamos un segundo.

Quitóse el negro una cuerda de nudos que tenía enrollada al cuerpo, ató un extremo a una barra de hierro de la ventana y lanzó el otro al vacío. En seguida vieron a Ibrahim y Daud correr a cogerlo.

—¡Vamos, Fátima, valor! Dentro de cinco minutos estaremos lejos de aquí.

La almea saltó con atrevimiento sobre el alféizar y se cogió de la cuerda; Omar se colocó junto a ella sosteniéndola con una mano, y el peligroso descenso comenzó en medio del más profundo silencio. Habían llegado ya a la mitad de la

cuerda cuando oyeron a Daud que les decía:

—¡Deteneos!...

Omar y Fátima se detuvieron aguzando el oído. No se oía ruido alguno, a no ser el que producían las aguas del Nilo al romperse contra la arena de los islotes y el leve susurro de la fronda agitada por la brisa nocturna.

—¿Podemos bajar? —preguntó Omar sintiendo temblar a Fátima.

Por toda respuesta oyéronse un tiro y un grito desgarrador. Ibrahim, que se hallaba en pie sobre la ribera, vaciló y cayó al río. Los cocodrilos que dormían cerca saltaron sobre él y le destrozaron.

—¡Alerta! —gritó una fuerte voz.

—¡Subid, subid, Omar! —rugió Daud—, ¡los beduinos!

Seis o siete beduinos se lanzaron fuera de la casa. Daud descargó sobre ellos sus dos pistolas, saltó luego a la canoa y se alejó remando desesperadamente.

—¡Subid, subid! —gritó por última vez.

Omar y Fátima, aunque se hallaban en una situación terrible, no perdieron la serenidad. Ayudándose mutuamente, sirviéndose de los pies, de las manos y hasta de los dientes, llegaron en menos tiempo del que se emplea en decirlo a la ventana, se lanzaron dentro de la habitación y retiraron apresuradamente la cuerda.

Apenas entraron, oyóse llamar violentamente a la puerta.

—¡Abrid! —ordenó una voz imperiosa—. ¡Abrid por todos los rayos del cielo!

Omar se lanzó hacia la puerta empuñando las pistolas, pero no tuvo tiempo de llegar, pues se abrió violentamente y

entraron dos beduinos con las cimitarras en alto.

Fátima dio un grito.

—No tengas miedo, Fátima —díjole Omar—, uno, dos...

Oyéronse dos detonaciones y los dos beduinos, heridos por las balas de la pistola, cayeron, unos tras otro, con el cráneo destrozado.

CAPÍTULO XVIII. LA FUGA

Rechazados los primeros asaltantes, Omar y Fátima, comprendiendo el gran peligro que corrían si se dejaban coger, se lanzaron a la puerta de la habitación, que había quedado entreabierta. Cerrarla, atrancarla y amontonar detrás de ella todos los muebles de la estancia fue para ellos obra de cinco minutos.

Apenas habían terminado, sintieron a los beduinos subir la escalera y detenerse en el rellano con gran estrépito. Un fuerte golpe sonó sobre la puerta, que resistió perfectamente.

—¡Abrid, perros! —gritó Fit-Debbeud—. Ibrahim, ¿conque has hecho traición al amo? Si logro atraparte, te atenazo las carnes hasta mondarte los huesos. ¡Abre, por Alá, abre, bestia repugnante!

Omar y Fátima, en vez de abrir, se parapetaron tras la barricada. El negro entregó una pistola a la almea.

—Está atenta —díjole con rapidez—. En el primer hueco que se abra, introduces el arma y disparas.

—¡Abre, animalucho! —prosiguió Fit-Debbeud—. ¿Te has muerto acaso con esa mujerzuela? ¡Ah, si estuviese aquí Notis!

Oyóse un segundo golpe aún más fuerte que el primero; la puerta crujió de un modo alarmante.

—Derribadme la puerta —ordenó el jeque—. Quiero ver dónde se han escondido esos dos bribones. Vivos o muertos, nos apoderaremos de ellos.

—Omar —murmuró Fátima.

—No temas —respondió el negro—. Prepara tu pistola y déjame a mí el cuidado de hacer huir a esta pandilla de beduinos.

—¿Y si derriban la puerta?... ¿Dónde nos refugiaremos?

—Antes de entrar tendrán que pedir permiso a mis pistolas y a mi yatagán. ¡Ojo, Fátima!

Los beduinos comenzaron a golpear furiosamente con las culatas de los fusiles y con las lanzas; pero la puerta, que era fuerte, ni se movió siquiera. Ya se alegraban Fátima y Omar de ese primer éxito e iban a dirigirse a las ventanas para cerrarlas, cuando oyeron vociferar a Fit-Debbeud:

—¡Traed un hacha! ¡La haremos pedazos!

Crujió la puerta al recibir el primer hachazo, abriéndose en ella un boquete que se hizo más grande con otros golpes más, y apareció después un fusil que introducían por él.

—¡Atrás, Fátima! —aulló Omar echándola a un lado bruscamente.

—¡Rendíos! —intimó una voz furiosa.

El negro, en lugar de responder, agarró el fusil por el cañón, echóle hacia arriba, apuntó con una de sus pistolas e hizo fuego. A la detonación siguió un rugido; luego se oyó el ruido sordo que produce un cuerpo al caer al suelo.

—¡Ah, perros! —gritó Fit-Debbeud—. ¡Me asesinan la gente!

Omar descargó la otra pistola; oyóse un segundo bramido y otro cuerpo que caía; luego pasos que se alejaban precipitadamente y algunas descargas de fusil, cuyas balas se incrustaban en la puerta. Los beduinos escapaban escaleras abajo aullando rabiosamente.

—¡Bravo! —exclamó Omar tapando el boquete con algunas almohadas—, ¡Fátima, cuidado!

En aquel instante, vieron que las ramas del tamarindo que daba sombra a la habitación se movían sacudidas furiosamente.

—¡La ventana, Fátima, la ventana! —exclamó Omar.

La almea le comprendió al momento. Precipitóse hacia la ventana y llegó a ella en el mismo momento en que un beduino se agarraba al alféizar, intentando subir sobre él. Alargó una mano, asió a la almea por el abarás, le hizo perder el equilibrio mediante una violenta sacudida y saltó a la habitación como un tigre, tratando de arrancarse de la cintura el yatagán; pero era demasiado tarde.

Fátima se había arrojado sobre él, armada del puñal de Omar. Agarró al beduino por la garganta, le sepultó el arma en el corazón, y le derribó exánime a tierra.

Era tiempo. Los beduinos, ayudándose los unos a los otros, iban a llegar hasta la ventana saltando por entre las ramas del enorme tamarindo como monos.

Omar abandonó por un momento la puerta y acudió en ayuda de Fátima que, habiendo arrancado el yatagán al muerto, intentaba rechazar a los asaltantes. De dos golpes de cimitarra echó abajo a dos beduinos con la cabeza deshecha; luego, a pesar de los disparos que le hacían los que se hallaban a orillas del río, cerró y atrancó los postigos.

—Pronto, Fátima —dijo—. Corre a cerrar la otra ventana.

Obedeció la almea, volviendo después ambos junto a la puerta, ante la cual se habían reunido Fit-Debbeud y media docena de los suyos intentando derribarla a hachazos. Bastó un solo tiro para volverlos a poner en fuga.

—Esto va bien, mi ama —dijo Omar, cargando de nuevo las pistolas—. Si a esos bergantes no se les ocurre cualquier traición, saldremos bien del paso. Hace ya más de media hora que marchó Daud, por lo tanto no tardará mucho en estar aquí.

—¡Silencio! —exclamó Fátima.

—¡Ojo! —gritó fuera Fit-Debbeud—. ¡Mirad al río! ¡Mirad al río, por las barbas del Profeta!

—¡Al río! —murmuró Omar—. Ese es Daud, que llega.

El negro y la almea se acercaron a una de las ventanas y, abriéndola con precaución, miraron hacia la orilla del Bahr-el-Abiad.

La noche era oscura a causa de las nubes que se amontonaban en el cielo, pero podía verse a cierta distancia. Divisaron dos grandes canoas que navegaban lentamente por el río, intentando dirigirse a la orilla.

—Es Daud con sus hombres —dijo Omar al oído de Fátima—. Si pudiese acercarse sin ser visto...

—Es imposible —murmuró la almea—. ¿No ves a los beduinos escondidos entre las cañas?

Omar se inclinó sobre la ventana y miró hacia el cañaveral. Vio moverse unas sombras y subir y bajar unas cosas largas en las cuales reconoció los cañones de los fusiles, que luego desaparecieron en la espesura. No pudo retener un exabrupto.

—¡Ah, perro Fit-Debbeud! —exclamó—. Impedirá que desembarquen.

—¿Qué podríamos hacer nosotros?

—Nada, por ahora; esperemos a ver lo que sucede. Preparemos, en tanto, las pistolas, y dispongámonos a todo,

incluso a intentar una salida.

Hallábanse las dos canoas a unos doscientos metros de la orilla y seguían avanzando sin producir el menor ruido. Los remos, sumergidos en el agua con prudencia extrema, apenas producían espuma.

—¡Eh! —gritó en aquel momento Fit-Debbeud—. ¡Remad más de prisa!

Detuviéronse las dos canoas; luego se pusieron otra vez en marcha con mayor velocidad. En medio de las cañas oyóse un rumor como de armas que se montan y cambio de palabras. Moviéronse las cañas en varios lugares y en seguida un relámpago rojizo rompió la oscuridad y fue seguido de fragorosa descarga.

—¡Aprisa, aprisa! —rugió una voz que partía de una de las canoas.

—¡Fuego sobre las canoas! —vociferó Fit-Debbeud.

De entre las cañas partieron seis o siete tiros. A la claridad producida por la pólvora al encenderse pudo verse a los beduinos metidos en el agua hasta los muslos, y dos canoas llenas de negros armados de fusil, en pie sobre los bancos. En medio de la primera de las barcas, Omar vio a Daud con la cimitarra en la derecha y un revólver en la izquierda.

—¡Daud!... ¡Daud! —llamó con voz tonante.

—¿Quién me llama? —preguntó el sudanés.

—¡Yo, Omar!... ¡Ojo a los beduinos que están entre las cañas!

—¡Por Alá!... Gracias, Omar; defiéndete, que ya voy en tu auxilio. ¡Muchachos, fuego sobre el cañaveral! ¡Fuego!

Inflamáronse las dos canoas llenándose de humo, y una granizada de balas cayó sobre el lugar donde estaba

escondido el enemigo. Oyéronse gritos, denuestos, lamentos, luego viéronse unas sombras subir apresuradamente por la orilla del río y ocultarse detrás de los tamarindos y las palmeras.

Omar empuñó sus pistolas.

—Fátima —dijo rápidamente—. Ataquémosles por la espalda. ¿Los ves?

—A todos —respondió la almea tendiendo la mano derecha armada de una pistola y apuntando al beduino más próximo—. ¡Fuego, Omar!

Cuatro detonaciones siguieron a estas palabras; dos de los emboscados agitaron las manos en el aire y cayeron pesadamente a tierra. Los beduinos huyeron como alma que lleva el diablo hacia la casa, en la cual entraban en el momento preciso en que atracaban las canoas.

—¡Adelante, Daud, adelante! —rugió Omar.

Daud, a la cabeza de tres valientes, y desafiando el fuego de los sitiados, que cada vez era más certero, acercóse hasta debajo de la ventana de Omar resguardándose con el gran tamarindo. Sus hombres se tendieron en tierra y dispararon las pistolas contra las ventanas más cercanas.

—¡Echa una cuerda! —gritó el sudanés.

El esclavo de Abd-el-Kerim echó la que había llevado consigo, pero la cortó una bala.

—¡Trueno de Dios! —exclamó Daud—. ¿Es que todo está contra nosotros? ¿Puedes bajar agarrándote a las ramas del tamarindo?

—¿Y Fátima? —preguntó Omar.

—¿Estás atrincherado?

—Sí, y puedo resistir con la ayuda de Alá y del Profeta.

—Estad dispuestos a todo. Ahora me verás poner manos a la obra.

Volvió corriendo a la ribera con los tres hombres que le habían acompañado. Dio un silbido, y todos los barqueros se reunieron detrás de un espeso grupo de arbustos; luego partieron a la carrera lanzándose furiosamente contra la puerta.

—¡Adelante, adelante! —había ordenado Daud.

La puerta, asaltada con hachas, con las culatas de los fusiles, con remos, fue desquiciada a pesar de las descargas tremendas e incesantes de los sitiados.

Los barqueros, empuñando los yataganes, lanzáronse en el interior yendo a chocar contra una barricada tras de la cual se habían reunido apresuradamente los beduinos con Fit-Debbeud. A pesar de tan decidido ataque, fueron rechazados y obligados a salir de la habitación para no caer bajo el fuego de los que en ella estaban.

Otras dos veces dio Daud la orden de ataque y otras tantas fueron rechazados, pero a la cuarta la barricada quedó deshecha. Beduinos y barqueros atacáronse ferozmente en medio de los restos de aquélla, sirviéndose de los cuchillos, de las pistolas, de los fusiles y hasta de los dientes, y aturdiéndose con inaguantable vocerío.

Los beduinos, más numerosos, no cedían un paso, y ya llevaban los barqueros la peor parte, cuando sobre el rellano de la escalera aparecieron Omar y Fátima empuñando las pistolas. Fit-Debbeud y tres más de los suyos cayeron bajo las balas. La muerte del jeque decidió el combate.

Diez minutos después Fátima, Omar, Daud y sus barqueros abandonaban la quinta y se embarcaban en las canoas para remontar la corriente del Nilo Blanco.

CAPÍTULO XIX. LA DAHABIAD DE NOTIS

Era medianoche cuando los supervivientes de la expedición y los libertados ponían pie en el puente de la *darnás* anclada en la pequeña bahía. Daud, después de haber hecho llevar a los heridos bajo cubierta, a popa, y dejarlos acostados sobre los angarebs, y luego de haber rogado en vano a Fátima que se retirase a la cámara, mandó ultimar lo más pronto posible los preparativos de partida.

Los barqueros pusieron febrilmente manos a la obra, bajo la dirección de su *reís*. En un abrir y cerrar de ojos, fueron izadas a bordo las canoas, soltadas y extendidas las grandes velas latinas y levada el ancla. La *darnás* abandonó la bahía, tomó velocidad y subió muy de prisa y en silencio la corriente del Nilo, impulsada por un fresco nordeste.

Daud en persona se puso al timón para dirigir la nave a través de los numerosos bancos de arena y bajos fondos de que está lleno en casi todo su curso el Bahr-el-Abiad. Omar y Fátima, después de haber hecho sacar sobre cubierta todas las armas que había en la bodega, arrastrar a popa y cargar el pequeño cañón y haber colocado varios hombres en lo alto de los mástiles, apresuráronse a reunirse con él.

—¿Has visto algo sospechoso? —preguntó Omar mirando atentamente las selváticas orillas del río y el pueblo de Quetana, que comenzaba a esfumarse entre las sombras.

—Absolutamente nada —respondió Daud—. Me parece que no nos amenaza peligro alguno, al menos por ahora.

—¿Crees que nos perseguirán? —preguntó Fátima, pero sin mostrar emoción alguna.

El sudanés permaneció silencioso.

—No tengo miedo de Notis —le dijo Fátima, sonriendo—. Puedes hablar con entera libertad.

—Temo que intenten darnos caza, querida compañera —respondió el reís.

—¿Crees tú que Notis te amaba mucho?

—Con locura.

—Entonces nos perseguirá, estoy seguro de ello. El maldito irá a ver al *mudir* (gobernador) de Quetana, hará brillar ante sus ojos un buen puñado de *tálers* y se llevará los diez o doce soldados egipcios que forman la guarnición del pueblo. Siempre dispondrán de *damas* o de *dahabiads* donde embarcarlos.

—¿Corremos, pues, un serio peligro?

—No tanto como crees, Fátima. Mi *darnás* es una de las más veloces que surcan el Bahr-el-Abiad, y antes de que acabe el día habremos pasado de Mahavir.

—¿Crees tú, Daud, que encontraremos todavía a Jafar Bajá acampado en Gez-Hagiba?

—Creo que no, Omar. Cuando dejamos la isla, me dijeron que a los pocos días partiría para Om-Quenenak.

—Entonces, ¿dónde encontraremos a Abd-el-Kerim? —preguntó Fátima con viva emoción—. ¡Dios mío! ¡Si no le volviéramos a ver!...

—No pienses así, Fátima —respondió el reís—. Tengo en Gez-Hagiba algunos amigos pescadores, los cuales me dirán seguramente el camino que ha seguido Jafar Bajá. Si se ha dirigido hacia el Sur, subiremos el Bahr-el-Abiad hasta Duem, o, mejor aún, hasta Hellet-ad-Danacla, donde encontraremos

los camellos necesarios para ir hasta El-Obeid. Si quieres, yo te proporcionaré una escolta formada por hombres de confianza, que te conducirán al lugar donde se halla Hicks Bajá. Dentro de diez o doce días, te aseguro que verás al árabe y a Elenka.

Estremecióse la almea al oír el nombre de la griega, inflamósele el rostro, y apretó los puños convulsivamente.

—¡Eh! —gritó un barquero en aquel momento—. ¡Ojo a proa!

Levantó Daud los ojos y vio una gran barca que descendía silenciosamente la corriente, manteniéndose cerca de la orilla derecha. Parecióle conocerla.

—Si no me engaño —dijo a sus compañeros— aquélla es la *darnás* del *reis* Abú Chocah, un amigo mío. Sería buena ocasión para tener noticias de lo que ocurre en el Alto Nilo.

—¿Vendrá de Gez-Hagiba? —inquirió Omar.

—Pregúntale —dijo Fátima—. Acaso nos dé noticias de Jafar Bajá.

—¡Eh, Abú Chocah! —gritó Daud, haciendo de su mano altavoz.

A proa de la *darnás* apareció una sombra blanquecina.

—¿Quién llama? —preguntó con voz ronca.

—Daud; ¿de dónde venís?

—¡Ah, eres tú, amigo! —exclamó aquel hombre con voz ya menos brusca—. ¿Adónde vas? Si pasas de Vad-Chelai y la isla de Fez abre bien los ojos.

—¿Por qué? ¿Hay egipcios?

—No; egipcios, no. La margen izquierda está ocupada por una banda de malditos *abú-rofs*. Te tirotearán durante tres o cuatro millas.

—¿Has visto a Jafar Bajá y a su ejército en Gez-Hagiba?

—Hace una semana que partieron hacia los montes Arax Kol. Buena suerte, Daud, y ten cuidado con los abú-rofs.

—Gracias, Abú Chocah; seré prudente.

La *darnás* de Abú desapareció poco después en las tinieblas.

Daud, por toda precaución, inclinó la suya hacia la margen derecha.

—¿Habéis comprendido, amigos míos? —preguntó tras de algunos instantes de silencio.

—He oído —respondió Omar—, pero pasaremos aunque sea por delante de las narices de los abú-rofs. Para encontrar a Jafar Bajá es necesario que vayamos a Hellet-ad-Danacla. Allí sabremos a qué atenernos.

—Eso es lo que yo creo. Ahora, silencio y estemos sobre aviso. No olvidemos que Notis queda en Quetana. Tú, Fátima, retírate a descansar, que buena falta te hace.

—Tengo el temor de que suceda alguna desgracia.

—No será así; además, si vemos que nos persiguen, te llamaremos. Ve a acostarte en la garita.

La *almea* obedeció, yendo a tenderse sobre un *angareb* bajo el cobertizo; Daud y Omar, en cambio, se encaramaron en los mástiles mirando hacia el Norte, para ver si les seguían barcos de Quetana.

La *darnás*, gracias al viento, que no dejaba de soplar, continuó remontando la corriente del Nilo, sembrada de multitud de islas, islotes y bajos fondos que formaban una enmarañada red de canales y canalillos, e hizo huir a los hipopótamos y cocodrilos que se agitaban ruidosamente bajo el agua.

A las cuatro, cuando el alba comenzaba a despuntar en el horizonte, llegaron a la extremidad septentrional de Gez-Hagiba, isla muy alargada que divide el Bahr-el-Abiad en dos grandes canales navegables.

—Podemos detenernos —dijo Daud a Omar—. Hemos recorrido ya un buen trozo de camino, y estoy persuadido de que nadie nos molestará ya en lo que queda de noche. Mañana, si me es posible, pediré informes más precisos sobre el camino seguido por Jafar Bajá.

—¿No temes ya que nos siga el griego?

—Por ahora, no. Además, le llevamos más de cuarenta y cinco millas de ventaja.

En aquel momento se oyó a lo lejos una descarga de fusiles seguida de gran vocerío. Omar tomó a Daud las manos y se las estrechó con fuerza.

—¿Has oído? —preguntóle vivamente.

—Sí —respondió el reis.

—¿Quiénes crees que podrán ser?

—No sé.

—¿Será acaso el griego?

—Creo que no. No estamos muy lejos de Mahavir y pudiera ser que esa descarga hubiera sido hecha en ese pueblo.

—¿Pero esos gritos?...

—Tienes razón; me han parecido cercanos. Acaso hayan sido proferidos por alguna banda de abú-rofs. Pudieran haber atacado a cualquier caravana de las que bordean el río. Bien sabes que estamos en un país de ladrones.

Omar movió la cabeza. Oyóse una segunda descarga, acompañada de gritos salvajes. Fátima salió del cobertizo corriendo hacia los dos negros.

—¿Qué sucede? —preguntó con voz visiblemente alterada—, ¿nos persiguen?

—No te asustes, mujer —dijo Daud con la mayor tranquilidad del mundo—. Descargas de fusil y nada más.

—¡Atención! —gritó un sudanés desde lo alto del palo mayor—. ¡Una *dahabiad* avanza hacia nosotros!

—¡Por las barbas de mi padre! —exclamó Daud, corriendo hacia popa seguido de Fátima, de Omar y de la mitad de la tripulación—. ¿Será posible que sea el griego?

A seiscientos pasos de ellos distinguieron una *dahabiad* grandísima que remontaba el río a remo y a vela. Sobre el puente hallábanse varios hombres vestidos de blanco y armados de fusiles con las bayonetas caladas.

Daud palideció ligeramente y su diestra se deslizó por la empuñadura del yatagán.

—¡Por Alá! —murmuró asustado—. ¿Quiénes son éstos?

—¡El griego! —exclamó Fátima.

—¿Le ves? —preguntó Omar.

—Sí, allí está, a proa... Es él, Omar; es él.

—¡Truenos y centellas! ¿Cómo se habrá despertado?

—¿Quién va? —gritó una voz desde la *dahabiad*.

—Que nadie responda —ordenó Daud—. Tomad los fusiles, y tendeos sobre cubierta. ¡Tres hombres al cañón! Calma y valor. Tú, Omar, permanecerás a mi lado, pronto a disponer el abordaje si el enemigo llega hasta nosotros; y tú, Fátima,

retírate bajo el cobertizo. Para cogerte será preciso que pasen sobre nuestros cuerpos.

La almea se irguió con fiereza con los ojos encendidos.

—Yo aquí me quedo —dijo—. Vosotros os batís por mí y yo me batiré por vosotros.

—Pero la lucha puede ser tremenda. Habrá sangre y cadáveres.

—¿Y crees tú que la favorita del Mahdi se va a asustar de la sangre? He asistido sin temblar a la degollación de los ocho mil egipcios de Yussif en Kadir y, por tanto, menos habré de temblar hoy, que nos las vamos a haber con un puñado de hombres.

Arrancó un fusil de manos de un barquero y fue a apostarse tras una caja, gritando:

—¡Todos al puesto de combate! ¡Atención!

—¡Bravo, Fátima! —exclamó Daud entusiasmado—. Nosotros lucharemos a tu lado.

—¿Quién va? —preguntó la misma voz de antes.

—Fátima —respondió la almea sin vacilar—. Quien me busque, que se adelante.

Oyóse un vocerío de feroz alegría a bordo de la *dahabiad*, Daud y Omar se arrodillaron a ambos lados de la almea, montando con rapidez los fusiles.

—¡Atención! —gritó el reis.

La *dahabiad* de Notis se hallaba ya a quinientos pasos de distancia y seguía avanzando con cuanta velocidad podían imprimirle los remos y las velas. Unos veinte soldados egipcios invadieron el puente, agolpándose sobre el parapeto de proa y apuntando con sus «remingtons».

—¿Veis aquel hombre que está en pie a proa? —preguntó Fátima dirigiendo hacia él su fusil.

—Sí —dijeron Omar y Daud—. Es Notis.

—Pues bien; el primer tiro irá dirigido a él. Que el Profeta me castigue si no hago blanco.

—¡Fuego! —gritó una voz en aquel instante.

Viose a los soldados egipcios apuntar unos tras otros con sus «remingtons» a la *darnás*. Desgarró la oscuridad un gran relámpago, seguido de numerosas detonaciones y crujido de maderas que se hundían al choque de aquella lluvia de balas. Un barquero que se hallaba a horcajadas sobre el parapeto de popa ocupado en cargar su fusil, cayó al río.

—¡Firmes todos! —gritó Daud viendo que algunos corrían hacia la borda para intentar salvar al compañero—. ¡Es hombre muer to! ¡Ahora tú, Fátima!

La *almea* se puso en pie de un salto, como un tigre, con la carabina en la mano, y se dirigió a popa apresuradamente.

Oyóse un exabrupto a bordo de la *dahabiad* egipcia y se vio a un hombre agarrarse a una cuerda e inclinarse sobre proa.

—¡Es ella! —exclamó aquel hombre.

—¡Yo soy, Notis! —le gritó Fátima con indescriptible acento de odio—. ¡Ten cuidado, que te mato!

Dirigió hacia él la carabina. El griego intentó agacharse, pero no le dio tiempo.

—¡Matadla, matadla! —aulló con voz de espanto.

Algunos egipcios dispararon contra Fátima, pero no hicieron blanco.

Ella oprimió el gatillo y Notis cayó sobre el puente de su nave revolcándose desesperadamente en un charco de sangre.

—¡Estoy vengada! —exclamó Fátima—. ¡Fuego contra la dahabiad! ¡Daud, fuego!

La *darnás* se llenó de humo. Los sudaneses se erguían tras sus parapetos, haciendo disparos. Los egipcios, que se habían juntado en derredor del caído, corrían a ocultarse tras las cajas y los barriles disparando al azar sus pistolas. El cañón comenzó a tronar derribando del primer disparo el palo mayor, que cayó con gran estruendo sobre el puente, cubriéndole por completo con su inmensa vela.

—¡Bravo! ¡Así se hace! ¡Fuego sobre el otro palo! —rugió Daud—. Matadme a esa canalla, romped el timón para que vayan a estrellarse contra cualquier islote, fuego nutrido. ¡Viva Fátima!

El palo de trinquete cayó, como el mayor, haciéndose dos pedazos. No tardó en observarse una confusión indescriptible sobre el puente de la *dahabiad*, que comenzaba a quedarse atrás y corría peligro de encallar en las islas de arena. Oíanse voces de mando, gritos, vituperios, disparos, y se veía caer los hombres, hasta dos y tres a la vez. Varios heridos se lamentaban sobre el puente retorciéndose entre ríos de sangre, sepultados debajo de las velas, entre utensilios hechos pedazos.

Los egipcios se dejaron tirotear por espacio de diez minutos y perdieron varios hombres; pero poco a poco se fue restableciendo la calma a bordo de la *dahabiad*. Improvisaron a proa una barricada con los trozos de arboladura, con cajas y toneles, y comenzaron a avanzar a fuerza de remos respondiendo con gallardía al fuego de los sudaneses, con intención de llegar al abordaje y aun a la lucha cuerpo a cuerpo.

—¡Ah, perros! —exclamó Daud agarrando un hacha—. ¡Tenéis buen temple! Hay que matar al primero que nos aborde. Si llegan al puente, estamos perdidos.

—¡Todos a popa! —gritó Fátima, que cargaba y descargaba su carabina, siempre en pie en medio del castillo—. ¡Preparaos al choque! ¡Al cañón, al cañón!

Entre las dos naves empeñóse una terrible lucha. Los sudaneses, que todo lo podían temer del abordaje de los egipcios, muy superiores en número, precipitáronse como un solo hombre a popa y abrieron un fuego infernal con sus fusiles y pistolas. El cañón, manejado por Omar, comenzó a tronar de nuevo, desbaratando con su metralla la barricada de los egipcios.

A pesar de todo, la *dahabiad* avanzaba a empellones, chocando a veces con los arenales. Impulsada hacia delante con toda velocidad, fue finalmente a chocar contra la popa de la *darnás*.

Oyóse un crujido formidable, ahogado inmediatamente por las detonaciones de las armas de fuego y los gritos de los combatientes. Animados los egipcios por la voz de su reis, intentaron saltar sobre el puente de la *darnás*; pero se encontraron con los sudaneses, y a su frente Omar, Daud y Fátima. Los primeros que saltaron cayeron bajo sus hachas y yataganes; los otros, después de haber intentado resistir a bayonetazos, replegáronse en masa a popa, donde más de la tercera parto cayeron bajo una descarga de metralla disparada a quemarropa.

Cubrióse el puente de muertos y heridos. La *dahabiad*, abandonada a sí misma, sin arboladura, sin remos, roto el timón, destrozada la proa y rota, se fue hacia estribor crepitando y se alejó rozando los islotes y surcando los bajos fondos cubiertos de plantas acuáticas.

Durante algún tiempo, viéronla detenerse ya en un lugar, ya en otro, dando sacudidas; luego desapareció en una revuelta del río. Aún se oyeron en lontananza gritos, órdenes, denuestos, gemidos, detonaciones; luego todo quedó en silencio apenas roto por el murmullo de la corriente al romperse sobre la arena de los bancos.

CAPÍTULO XX. LOS INSURRECTOS

Rechazados los egipcios, curados apresuradamente los heridos que, por fortuna, no pasaban de media docena, y reparados los daños recibidos en la *darnás* todo lo mejor que fue posible, Daud reunió a todos sus hombres para acordar con ellos lo que debía hacer. Si bien tenían la seguridad de que Notis había muerto o de que, por lo menos, había quedado gravemente herido, temían que los supervivientes consiguieran llegar a Mahavir y organizaran una expedición más importante. Tal suposición decidió a los sudaneses a desplegar las velas y ponerse en marcha antes de que les sobreviniese otra desventura, y, además, algunos propusieron internarse por el brazo izquierdo del río, a fin de no pasar ante Vad-Chelai, que se encuentra sobre la ribera del derecho, proposición que fue aceptada por el reís.

A las cuatro de la mañana, dejaba la *darnás* el lugar en que había estado anclada y avanzaba por el canal, formado por la isla de Gez-Hagiba, sembrados de bancos de arena y de islotes en los cuales roncaban bandadas de enormes hipopótamos y dormitaban monstruosos cocodrilos. Los barqueros, para conducir mejor la nave, comenzaron a remar al son de un canto monótono que entonaba el *reis* de vez en cuando.

Hacía poco que navegaban de esta suerte, cuando en lontananza oyeron fragorosas descargas de fusilería e indescriptible griterío, que aumentaba cada vez más. Daud, Omar y Fátima, que iban a proa señalando los bajos fondos, apresuráronse a trasladarse a popa para ver lo que sucedía. En un principio, nada distinguieron; pero poco después, a una milla aproximadamente de distancia, vieron levantarse por encima de los árboles una gran nube de humo blanquecino.

—¡Ah! —exclamó Daud moviendo la cabeza—. Aquello que se ve allí es humo de pólvora. ¿Qué es lo que sucede? ¿Se estará librando una batalla?

—Parece que sí —dijo Fátima ¿Oyes esos gritos? Si no me engaño son gritos de guerra.

—¡Por Alá! Lo que ocurre es que atacan la *dahabiad* de los egipcios. Se habrá detenido en cualquier islote a una milla de aquí, estoy segurísimo de ello, pues no podían dirigirla de ningún modo. Amigos míos, la fortuna nos es propicia una vez más. La suerte nos acompaña.

—¿Y quién puede atacar a los soldados egipcios?

—Los insurrectos, Omar; los guerreros de Mohamed Ahmed. ¿No oíste hace una hora, antes de ser atacados, una descarga de fusiles? Eran los rebeldes que tiroteaban la *dahabiad*.

—Según eso, ¿tú crees que la insurrección ha llegado ya hasta el Bahr-el-Abiad?

—¿Y por qué no? De El-Obeid al Nilo no hay gran distancia. Además, todo el país está sublevado y sus habitantes están continuamente en campaña.

—¿No hay aún ingleses por esa parte? —preguntó Fátima.

—Sí; he oído que el coronel Coetlegan, con un respetable ejército egipcio, opera sobre las márgenes del Nilo, y va de un lado para otro a fin de mantener a raya a los rebeldes; pero no puede estar en todas partes. Os digo que los guerreros del *Mahdi* atacan a la *dahabiad*.

—Entonces, nosotros también estamos en peligro de ser atacados.

—Sí, si no nos apresuramos a remontar el río. Por fortuna, la *darnás* es bastante sólida para poder aguantar fuego de fusilería, y aún somos un número regular de hombres para

responder al ataque.

—Silencio, escuchar —dijo Fátima.

Todos callaron y prestaron oído. Cesaron de repente las descargas y aun los gritos de guerra de los insurrectos; pero un momento después rompieron el aire nuevos gritos, pero gritos desgarradores, de desesperación, como de personas a quienes se intenta asesinar. Daud se estremeció involuntariamente.

—¡Los han degollado! —dijo con espanto.

Una siniestra sonrisa crispó los labios de la almea.

—La venganza es completa —dijo fríamente—. Si Notis no hubiera muerto antes, ha muerto ahora. El Profeta ha oído mis ruegos.

—Grande era el odio que le tenías, Fátima.

—Odio a muerte, Daud. Ahora que ha muerto, no me queda más enemigo que Elenka, contra quien lucharé, y por muy fuerte y feroz que sea, yo la aplastaré. Lo que hace falta es saber adónde la ha llevado Jafar Bajá.

—Lo sabremos, señora —dijo Omar—, y dentro de poco. Cuando yo deserté, el campamento egipcio hallábase situado a seis o siete millas de aquí. Es fácil que encontremos algún árabe que nos pueda dar noticias.

—¿Y si no los encontramos?

—Llegaremos hasta la isla de Tura-el-Chadrá, ya que hemos tomado este brazo del río, e iremos a Queranec donde me dijeron que había acampado Hicks Bajá. Vamos, Daud, di a tus hombres que apresuren la marcha, no sea que los insurrectos nos alcancen. Por estos lugares se respiran vientos poco favorables para nosotros.

—Tienes razón, Omar —respondió el reís.

Profirió un sonido gutural y comenzó a entonar a media voz la siguiente estrofa: «Cuando anda la mujer blanca, la tierra que toca con sus pies exhala olor de almizcle».

Los barqueros comenzaron a mover con mayor velocidad los remos, duplicando su esfuerzo, y respondieron festivamente:

—¡Elisa!

Al vigoroso impulso, la *darnás* aceleró su marcha, cortando ruidosamente el agua con su afilada proa y destrozando las grandes plantaciones de loto que formaban enmarañadas redes entre los bancos subfluviales.

Comenzaba a la sazón a alborear, lo que permitía a los navegantes observar las orillas del inmenso río, magníficas, sí, pero completamente desiertas. Ni una aldea, ni un tugul, ni una zeribak, pero, en cambio, grandes y pintorescas arboledas que se inclinaban sobre la corriente y, a sus pies y en parte sumergidas en el agua, grandes plantaciones de papiros, el famoso *papyrus* de los antiguos, planta de dos a tres metros de altura, tan gruesa como el brazo de un hombre, estrecha en su parte superior y terminada en una umbela anchísima, elegante, formada por ocho grandes hojas, espadiformes, adornadas con enormes y bellísimas flores blancas.

De cuando en cuando, salían revoloteando con rapidez de entre la enramada bellísimos ibis religiosos, aves del tamaño de una gallina, cubiertas de blanquísimo plumaje orlado de negro en los extremos de las alas y en el cuello, provistas de largos y corvos picos, de los cuales se sirven para pescar los moluscos y los gusanos de las orillas del río. Otras veces salían bandadas de grandísimos pelícanos de patas cortas, alas fuertes, cola redonda, enorme pico, cuya parte inferior fórmanla dos ramas y de la que cuelga una especie de saco constituido por una sutil membrana desnuda, que les sirve

para depositar en él los peces que logran coger. Había centenares de ellos sobre los bancos de arena, ocupados en arreglarse el plumaje y armando un escándalo del diablo.

Durante todo el día siguió navegando la *darnás* costearo las dos grandes islas que dividen el río en dos brazos distintos, el verdadero Bahr-el-Abiad y el Che-el-Ale; sus tripulantes esperaban siempre divisar algún puesto egipcio del ejército de Jafar Bajá, pero sin lograr sus deseos.

Hacia las seis de la tarde llegaron con buen viento a las cercanías de la costa meridional de la isla Tura-el-Chadrá, al este de la cual se levanta la aldea de Che-Duem. Fátima hubiera querido bajar a tierra para ver si podía encontrar algún barquero o labrador, para preguntarle la dirección seguida por Jafar Bajá; pero Omar, temiendo, no sin razón, que en las cercanías acampase alguna banda de insurrectos, creyó conveniente oponerse y seguir adelante.

Sobrevino la noche con la rapidez propia de las regiones ecuatoriales envolviendo en su negro manto las selváticas orillas del río. Daud, que no estaba del todo tranquilo, hizo desplegar toda la tela que había a bordo, a fin de que no los alcanzase cualquier canoa de insurrectos que pudiese hallarse oculta entre los papiros o los cañaverales, y se puso en persona al timón, después de haber hecho cargar el cañón y llevar armas y municiones sobre cubierta.

Eran las diez. Una luna palidísima asomaba por detrás de los montes de Harax-Hol, cuyos agudos picos surgían por encima de las copas de los árboles, y un vientecillo fresquísimo rizaba la plácida superficie del agua y curvaba las cañas y las grandes hojas de los papiros, que dejaban oír un leve susurro.

A la orilla del río rugían, reían y aullaban leones, hienas y chacales que acudían a él para apagar su sed, y en medio de la corriente jugueteaban gigantescos cocodrilos que rozaban la *darnás* con sus potentes colas. De improviso, oyóse a distancia un fuerte y ronco grito, salvaje pero humano.

Hubiérase dicho que era una señal, un reclamo, una voz de alarma.

Daud y los barqueros, apenas lo oyeron, habíanse levantado para dirigir atentas y escrutadoras miradas a las orillas del río. Presentían por instinto que algún peligro los amenazaba.

Pasaron seis o siete minutos, luego volvió a repetirse el grito más cerca, más fuerte, más vibrante, que hizo cesar de repente el horrible concierto de las fieras reunidas sobre la ribera. El *reís* se apresuró a trasladarse a proa donde se encontró a Omar, que estaba cargando su carabina.

—¿Has oído? —preguntó el sudanés en voz baja.

—Perfectamente, Daud —respondió el negro.

—¿Qué te parece?

—Que ese grito ha sido una señal.

—¿De los insurrectos?

—Tengo motivos para creer que quien lo ha dado, ha sido un centinela de los insurrectos. Cuidado, Daud, que pueden atacarnos.

—¿Y si retrocediésemos?

—Los insurrectos nos atacarían lo mismo, estoy seguro de ello; sigamos, por el contrario, hacia delante lo más rápidamente que nos sea posible. Si logramos llegar al extremo sur de la isla, podremos refugiamos en Queranec, que no dista más que algunas millas de la margen izquierda del río, y una vez...

—Calla —dijo de pronto el *reís*—. ¿Oyes?

Omar se puso a escuchar. Sobre la margen izquierda oíase el ruido monótono y al mismo tiempo quejumbroso que producen las ruedas de los molinos al girar sobre sus

desgastados ejes; escuchábanse también mugidos de bueyes. Casi al mismo tiempo, en una revuelta del río, aparecieron tres o cuatro ruedas gigantescas en movimiento.

—Son zaquías —dijo Omar—. Entonces hay también guardianes, sin duda.

Eran, en efecto, cuatro zaquías con las cuales se regaban los campos de *durah*. Estas zaquías, que abundan en las orillas del Nilo, consisten en una rueda perpendicular, a la cual van atados con cuerdas muchos cangilones de barro. Esta rueda comunica con otra colocada horizontalmente, y provista de un grueso eje movido por dos bueyes, que alternan día y noche, dando vueltas continuamente sobre un entarimado cubierto de tierra. A los egipcios y sudaneses les place mucho el ruido que producen estas ruedas, y recurren a medios artificiales para que suene fuerte, para mantener despierto al muchacho que cuida de los bueyes, a fin de que éstos no se detengan y él pueda alejar a los hipopótamos que podrían matarle. Además, tienen gran interés en que el ruido no se interrumpa, porque creen que si éste cesase acabaría también la vida del propietario.

La presencia de aquellas zaquías, que continuaban girando, comenzaba a reanimar a los barqueros, los cuales suponían que el grito que habían oído habría sido lanzado por alguno de los guardianes. Iba Omar a llamar a uno de ellos para preguntarle qué significaba aquella señal, cuando un aullido prolongado, desgarrador, rompió el silencio que reinaba sobre el río. Un objeto negro, de gran tamaño, cayó al agua, haciéndola saltar a gran altura. Casi al mismo tiempo viose a los cocodrilos nadar apresuradamente hacia la orilla, y se les oyó cerrar sus grandes mandíbulas con un ruido semejante al que hace un gran cajón al cerrarse.

—¡Oh! —exclamó Omar, que iba de sorpresa en sorpresa—. ¿Qué diablos sucede?

Oyóse después otro grito, seguido de una nueva caída. Otros

cocodrilos que dormitaban sobre los bancos de arena se lanzaron al agua nadando en dirección de la zaquía. Los barqueros, llenos de ansiedad y un tanto asustados, precipitáronse a estribor empuñando los fusiles e intentando adivinar lo que sucedía en la orilla.

—¿Qué sucede? —preguntó una voz tranquila a la espalda de Omar.

—¡Ah! ¿Eres tú, Fátima? —dijo el esclavo reconociéndola.

—Sí. ¿Qué significan esos gritos y esas caídas?

Omar la puso en pocas palabras al corriente de lo que sucedía y expuso sus temores acerca de la probable proximidad de los insurrectos.

—¿Crees tú que esos gritos procedían de los guardianes de las zaquías? —preguntó la almea cuando aquél hubo terminado.

—Sí, y temo que los cuerpos arrojados al río y que los cocodrilos se disputan, no sean otros que los de esos pobres diablos a los cuales habrán asesinado.

—Corremos, pues, un serio peligro.

—En efecto, señora, y por eso precisamente es por lo que no sabemos si avanzar o retroceder —dijo Daud—. ¿Qué harías tú?

—Seguiría adelante —respondió Fátima sin titubear—. No tengo miedo a los rebeldes.

—Así se hará; apresuraremos la marcha.

Aún no había terminado de pronunciar la última palabra, cuando estalló sobre la orilla izquierda una espantosa algarabía. Mezclábanse aullidos, silbidos, ladridos, que formaban el más desagradable concierto que se pudiera

imaginar; el más detestable conjunto que jamás haya herido el oído humano. Brillaron seis o siete fuegos que se comunicaron a las zaquías, las cuales en un abrir y cerrar de ojos se convirtieron en otras tantas hogueras, a cuya rojiza claridad viéronse grandes grupos de negros emboscados entre las plantas de *darah* y los papiros.

—¡Atención! —gritó Daud dando un salto atrás.

Una formidable descarga partió de la ribera del río, seguida de aullidos aún más formidables; sobre la *darnás* cayó silbando una nube de balas, que agujerearon las velas, cortaron las cuerdas e hirieron a los que no se habían ocultado a tiempo detrás de la borda.

—¡Fuego! —tronó la voz de Fátima.

Inflamóse la *darnás* como un cráter. A las detonaciones de los fusiles unióse el estampido del cañón que vomitaba metralla contra las zaquías incendiadas y los insurrectos que las rodeaban.

Oyéronse gritos de dolor, imprecaciones, órdenes precipitadas, los golpes que daban al caer al río los heridos de muerte. Hacia la corriente, en la cual flotaban numerosos trozos de ébano, inmóviles unos, presa de espantosas convulsiones otros y que quedaban luego flotando, se lanzaban en desorden los cocodrilos.

—¡A los remos, a los remos! —exclamó Daud.

Algunos barqueros, desafiando el fuego de los insurrectos, que cada vez era mayor, lanzáronse a los remos, pero cayeron en medio del puente. La *darnás*, abandonada a sí misma por la muerte del timonel, giró sobre la borda y fue a encallar de proa contra un islote. El choque fue tan violento que se rompieron los mástiles, arrastrando con ellos las inmensas velas. Dos barqueros rodaron sobre el puente con la cabeza destrozada.

Prodújose sobre la *darnás* la más grande confusión. Los barqueros, perdida su sangre fría, se lanzaron hacia la popa con intención quizá de abandonar la barca y salvarse nadando hacia la orilla opuesta; pero el río estaba lleno de cocodrilos que acudían de todas partes para participar de aquel festín de carne humana, y, además, continuaban las descargas de los rebeldes cruzando el espacio en todas direcciones.

—¡Mil saetas! ¡Todos a proa! —bramó Daud—. ¡Todos a proa, perros!

—¡A proa, a proa! —repitió Fátima, que respondía con valor al fuego del enemigo.

Comprendieron los barqueros el peligro y fueron a parapetarse a proa, resguardándose lo mejor que les fue posible.

Los insurrectos, al ver encallada la *darnás*, habíanse lanzado al agua espantando a lanzadas a los cocodrilos, y veíanse a docenas sobre los bancos de arena llevando enormes vigas con las cuales pensaban hundir la embarcación. El interrumpido fuego de fusilería comenzó de nuevo más violento, cerrado, implacable, mortal.

Silbaba la metralla levantando columnas de agua, destrozando horriblemente a los que los proyectiles encontraban en su trayectoria; la sangre corría a torrentes enrojeciendo las ondas del Nilo. Los cañones de los fusiles ardían; estaban al rojo.

Llegaban los rebeldes a docenas, a docenas, a veintenas, agitando frenéticamente las cimitarras, blandiendo las lanzas, las mazas, los fusiles, desafiando impertérritos el fuego infernal de la *darnás* e intentaron encaramarse sobre la borda vociferando a cuál más. Los barqueros, a los cuales la inminencia del peligro inspiraba un desesperado valor, defendíanse heroicamente con los fusiles, con las pistolas, con los yataganes, con las cimitarras, con hachas y hasta con

los remos, golpeando, pinchando, agujereando, rompiendo, cortando en plena carne. Daud, Omar y la intrépida Fátima empuñaban las cimitarras, tajaban todas las manos que intentaban agarrarse a la borda de la *darnás* y hendían de modo horrible las cabezas que se levantaban hacia ellos.

Era una carnicería, un espantoso degüello que la luz rojiza de las zaquías incendiadas hacía más horrible aún. Los barqueros, ennegrecidos por la pólvora, bañados en sudor y en la sangre que manaba de sus heridas, no podían ya resistir aquella ola de rebeldes que engrosaba a cada instante y se precipitaba ciegamente al asalto rugiendo como una bandada de tigres. Más de la mitad, agotados, exangües, habían abandonado ya su puesto, cayendo sobre el puente entre estertores de agonía, cuando sobrevino a proa un choque formidable.

La *darnás*, impulsada hacia atrás por una fuerza irresistible, separóse del banco y volvió a quedar a flote, retrocediendo. Una viga, empujada por quince o veinte hombres al mismo tiempo, había la herido bajo la rueda de proa y roto dos o tres tablones; todos los barqueros, perdido el equilibrio, cayeron sobre cubierta en medio de la indescriptible gritería de los negros, que no se atrevían a echarse al agua, donde seguía nadando innumerable cantidad de cocodrilos que se saciaban de carne de cadáveres.

Cuando los barqueros se levantaron para acudir a los remos, un grito de angustia se escapó de sus gargantas; la *darnás*, destrozada por la proa a causa del formidable choque, llenábase de agua y se hundía rápidamente.

CAPÍTULO XXI. LA BALSA

La situación era desesperada, espantosa, avecinábase una tremenda catástrofe. La *darnás*, con la proa hundida, roto el timón, sin mástiles, sin velas, iba sin rumbo fijo, a la deriva, virando de babor a estribor bajo el fuego infernal de los insurrectos que, viendo que se les escapaba su presa, aullaban furiosamente. El agua entraba en grandes cantidades por la brecha, invadiendo poco a poco el puente sobre el cual intentaban izarse a coletazos monstruosos cocodrilos con las mandíbulas abiertas. Por espacio de algunos momentos reinó a bordo de la *darnás* una confusión indescriptible. Los barqueros, reducidos al número de siete, heridos más o menos gravemente, locos de terror, habíanse refugiado a popa e invocaban desesperadamente a Alá y a Mahoma, se agarraban a los restos de las antenas y de los mástiles, sordos a los ruegos de Fátima, Omar y de Daud, que habían conservado su sangre fría aun en situación tan peligrosa.

Sin embargo, el temor de caer en poder de los insurrectos que seguían a la *darnás* saltando de islote en islote, el miedo de verse en el agua entre innumerables cocodrilos, que no habrían tardado en devorarlos, y los golpes y amenazas de su jefe, decidieronlos a volver a proa para intentar detener el agua que no cesaba de entrar.

Cada uno echó mano del primer cacharro que encontró y se puso a recoger el agua, que había alcanzado ya medio pie de altura. Daud, a riesgo de recibir una docena de balazos, saltó sobre el techo de la *rékuba* que formaba el castillo de la *darnás*, tomó un barril y lo encajó fuertemente en el agujero de la proa. El barco dejó de hundirse.

—¡Bien! —exclamó el bravo *reis*—. ¡A los remos, Omar; a los remos con tu ama! Es preciso ganar la orilla opuesta a toda

costa. Ea, vosotros, verted el agua, ¡por la barba de mi padre!
¡Vertedla toda!

Omar y Fátima lanzáronse a los remos, uno a babor, la otra a estribor, poniéndose a remar con todas sus fuerzas y alejándose con lentitud de la isla e islotes sobre los que vociferaban los insurrectos, cuyo número había aumentado.

Habían atravesado ya la mitad del río, cuando sobrevino un nuevo choque. Levantóse la popa bajo el agua, encallando profundamente en la arena y el rango, y la proa, obligada por la inclinación, se hundió. Oyóse un grito terrible emitido a la vez por seis o siete gargantas. Los barqueros, perdido el equilibrio, cayeron con Daud en la corriente a merced de los cocodrilos.

Fátima y Omar, abandonando los remos, lanzáronse hacia proa en socorro de sus desgraciados compañeros, pero era demasiado tarde. Los cocodrilos, abiertas sus enormes bocas, habíanse ya arrojado sobre tan inesperada presa y comenzaban el banquete. Por tres o cuatro minutos, viose a los sudaneses luchar desesperadamente, dando gritos desgarradores; luego desaparecieron entre las ondas ensangrentadas. A la superficie no salieron más que algunos trozos de carne, aún palpitante, algún miembro mutilado y alguna cabeza destrozada que la corriente arrastraba por entre los arrecifes y las flotantes hojas de loto.

Fátima y Omar, horrorizados por la espantosa tragedia desarrollada ante sus ojos, habíanse detenido en medio del puente, fuertemente cogidos de la mano, recorriendo con su extraviada mirada el río rojo de sangre, en el cual nadaban aún los cocodrilos disputándose furiosamente los últimos restos de aquellos desventurados.

Un ronco sollozo salió de la garganta del pobre negro.

—¡Daud!... ¡Daud! —exclamó con trémula voz.

Respondiéronle los gritos de los rebeldes y las detonaciones

de sus armas de fuego. Algunas balas silbaron a su alrededor, yendo a incrustarse profundamente sobre el puente inclinado de la *darnás*, que continuaba hundiéndose.

—¡Daud!... ¡Daud! —repitió el negro.

Intentó librarse de la mano de Fátima para adelantarse sobre la proa. La *almea*, en cambio, le atrajo hacia sí con enorme violencia.

—¡A popa, a popa! —gritó—. ¡Nos hundimos!

La proa se sumergía, efectivamente, inclinóse la *darnás* con un crujido siniestro, estremeciéndose, onduló, luego se rompió por la mitad con gran estrépito. Levantóse la popa cayendo luego de costado y deshaciendo la *rékuba*, cuyo techo en gran parte se fue al fondo.

Los dos supervivientes no pensaron ya más que en su propia salvación. Agarrándose a los troncos de las antenas y a las cuerdas que aún pendían de las bandas, ayudándose uno al otro, bajo el fuego de los rebeldes que no cesaba un solo momento, ganaron el trozo de nave que se hallaba encallado metiéndose lentamente bajo la semideshecha *rékuba*.

Los rebeldes, que no abandonaban la isla, saludaron esta desaparición con una granizada de proyectiles por esta vez completamente malgastada.

—Animo, Omar —dijo Fátima, temblando a pesar de su extraordinaria sangre fría—. Tenemos necesidad absoluta de ser fuertes para luchar contra la adversidad que nos persigue. Diríase que el Profeta conspira contra nosotros y protege a mi rival. Dime, ¿qué haremos ahora que no disponemos de medios para seguir adelante y los rebeldes nos asedian?

—Lo ignoro, señora —balbuceó el negro—. Temo que todo haya terminado para nosotros.

—De ningún modo —exclamó Fátima con vehemencia—. Soy aún demasiado fuerte para rendirme.

—Pero ¿qué es lo que piensas hacer? No podemos contar con la ayuda de nadie, ahora que todos nuestros compañeros han sido devorados. Tengo presentimientos tan terribles que me hacen perder el poco ánimo que aún me queda.

—Si tienes presentimientos, debes desecharlos, Omar. Lo que necesitamos es resolución, fuerza y valor para salir de esta peligrosa situación. Ea, ten ánimo, aún no se ha perdido todo.

—¿Qué es lo que hay que hacer? Si con mi vida pudiera salvarte y conservar la tuya para mi amo, estaría dispuesto a perderla; pero con ello nada conseguiríamos. ¡Maldito Mahdi!

—Calla, no maldigas a aquel hombre —dijo Fátima con voz alterada.

—Perdón, señora, ya no me acordaba de que...

—Basta; hablemos de otra cosa. ¿Crees que habrán sido devorados todos los sudaneses?

—No he visto a ninguno volver a la superficie, ni he oído pedir auxilio después del asalto de los cocodrilos. No debemos ya contar con ellos.

—Está bien —dijo fríamente la almea—. No contaremos más que con nuestras propias fuerzas. Dime ahora, ¿crees tú que los insurrectos intentarán llegar hasta los restos de la embarcación?

—Creo que no. El río está plagado de cocodrilos y me parece que los rebeldes también los temen. Pudiera suceder, sin embargo, que construyesen balsas o hiciesen traer canoas.

La almea sintió un escalofrío y palideció ligeramente.

—¿Es que no vamos a poder abandonar este esqueleto?

—preguntóse con rabia.

—¿De qué modo? Estamos en medio del río. El primero que intente echarse al agua caerá inevitablemente bajo las balas del enemigo o entre los dientes de los anfibios.

—¿Y si construyésemos una balsa?... ¿Y por qué no?...

—¡Una balsa!... ¡Ah, qué buena idea! —exclamó Omar golpeándose con fuerza la frente—. Tenemos cuanta madera nos hace falta y además herramientas para cortarla y cuerdas suficientes. ¡Por Alá! ¡Si pudiésemos burlar a esos perros insurrectos!

—¿Crees tú que si nos confiamos a la corriente nos descubrirán?

—Eso lo probaremos después. El hecho es que necesitamos alejarnos antes de que despunte el alba y sin llamar la atención de los rebeldes. Si nos ven, harán caer sobre nosotros tal cantidad de balas que convertirán nuestros cuerpos en una criba.

—¿Y nos atacarán los cocodrilos?

—Quizá, pero nos defenderemos sin hacer mucho ruido. Los heriremos en los ojos y en la garganta con nuestras cimitarras. Vamos a ver cómo andan las cosas por ahí fuera. Fátima, y si la oscuridad es tan profunda que pueda impedir que los que están en la orilla nos vean.

Empuñando los fusiles y agarrados de la mano, Fátima y Omar ganaron la parte hundida, que miraba hacia la orilla izquierda, y se ocultaron tras un montón de astillas. Ardían aún las zaquías proyectando en derredor una luz rojiza que seguía iluminando, aunque cada vez más débilmente, la corriente y los campos de durah. Densas nubes de humo, mezcladas con chispas, levantábanse en remolino sobre los crepitantes leños, yendo de acá para allá a merced del viento.

Sobre los islotes del río vociferaban más de doscientos rebeldes, fijos los ojos en los restos del barco. Algunos se habían metido en el agua hasta las rodillas y lanzaban de vez en cuando algún proyectil, que se incrustaba fuertemente en el puente inclinado de la nave; varios, en cambio, procuraban ganar otros islotes para acercarse más, y otros aún se dedicaban a construir pequeños *tuguls* de ramas y hojas.

—Me parece que esos bergantes quieren fijar su residencia en esos islotes —susurró Omar al oído de su compañera.

—¿Tú crees?

—¿No ves que están construyendo algunos *tuguls*? Intentan rendirnos por hambre, estoy seguro de ello.

—¿Y entonces?

—Entonces urge abandonar estos restos lo más pronto posible. La luna va a esconderse tras de aquellas nubes, el fuego va a extinguirse y las estrellas están veladas por la niebla nocturna. Dentro de media hora la oscuridad será completa y podremos huir sin ser vistos.

—Siendo así, hagamos la balsa. Alá y el Profeta nos ayudarán.

Volvieron ambos a popa. Omar, saltando sobre la banda, deslizóse poco a poco en el río agarrado de una cuerda. Bien pronto se encontró sobre el banco de arena con el agua hasta las rodillas.

—¿Estás ahí? —preguntó Fátima con voz débil.

—Sí —respondió el negro palpando la arena con los pies—. No hay más que medio metro de agua y el terreno me parece firme. Echame abajo toda la madera que puedas y las cuerdas que encuentres. No hagas ruido, ante todo, ni pierdas de vista a los rebeldes.

—¿Y los cocodrilos?

—No los veo alrededor del banco; además tengo la cimitarra. Al primero que vea salir del agua y acercarse a mí, le rompo la cabeza. Ea, démonos prisa antes de que oscurezca por completo.

Madera no faltaba. El techo de la *rékuba*, construido de ella, según ya dijimos, había caído en gran parte en el momento del choque, y aquello era más que suficiente para construir una balsa capaz de sostener a dos personas. Por otra parte, el puente estaba lleno de trozos de mástil y de antena provistos aún de numerosas cuerdas.

Fátima, después de echar una ojeada a los rebeldes que acampaban, parte sobre la ribera y parte en la isla sin preocuparse ya de la *darnás*, puso resueltamente manos a la obra. Agarró un pedazo de techumbre y, reuniendo todas sus fuerzas, lo arrastró a popa y lo arrojó sobre el bajo fondo. Omar lo recibió, subiéndose inmediatamente encima.

—Vamos, esto va bien —murmuró el negro frotándose las manos alegremente—. Animo, Fátima, échame trozos de mástil y de antena para formar la armazón de nuestro barco. ¡Venga, venga!

La esperanza de escapar al inmenso peligro que la amenazaba, triplicaba las fuerzas de la almea. Echó a Omar seis o siete pedazos de arboladura, tablas, trozos de parapeto, trozos de *rékuba* y cuerdas en gran cantidad. El negro, valiéndose de la luz de las *zaquías* que aún ardían, manteniéndose siempre oculto detrás de la popa de la *darnás* para no ser descubierto por los rebeldes, al cabo de media hora había construido una balsa de cuatro o cinco metros de larga y dos aproximadamente de ancha, pero solidísima. Embarcó en ella dos remos, dos fusiles, municiones, dos cimitarras, un poco de *mesissak*, *kesra* (especie de pan de *durah* cocido sobre una piedra) y varias libras de carne frita con manteca, la cual se conserva por largo tiempo.

Apenas había terminado, cuando sobre la orilla opuesta oyéronse algunos estallidos, seguidos de silbidos sonoros. Todo quedó envuelto en la más completa oscuridad.

—Bien —murmuró el negro—. Las zaquías han terminado de arder y sus restos han caído al río. Pronto, señora, bajad.

Fátima no se lo hizo repetir. Saltó sobre la borda, agarróse a una cuerda y descendió lentamente sobre la balsa, que amenazaba romper la amarra al impulso de la corriente. Los dos fugitivos se tendieron sobre el puente con la cimitarra delante y los remos en la mano.

—¡Valor, Fátima! —dijo Omar—, nos jugamos la vida.

—¿Pasaremos sin ser vistos?

—Creo que sí.

—¿Qué camino seguiremos?

—Descenderemos por el río hasta mañana por la mañana. Está dispuesta a rechazar a los cocodrilos, que no dejarán de asaltarnos.

—¿Y por qué no seguimos hasta la isla de Turá-el-Chadra? Nos hallamos apenas a doscientos metros de ella, y en diez o doce horas podríamos llegar a Duem.

—Temo que los rebeldes estén acampados en la selva, y hasta sería posible que el arrabal de Duem haya caído en su poder. Déjame obrar, y verás como llegamos a las cercanías de El-Obeid antes de lo que te figuras. Hicks y Jafar deben acampar a pocas millas de la capital del Mahdi. Atención, señora.

El negro cortó de un solo tajo la amarra. La balsa dio algunas vueltas, luego descendió silenciosamente la corriente, rozando a babor una larga zona de plantas de loto.

La oscuridad habíase hecho profunda. Apenas podían distinguirse las dos orillas, cubiertas de tenebrosas selvas, en las cuales aullaban y reían atrozmente chacales y hienas, que acudían a apagar su sed. Distinguíanse muy vagamente, distribuidos por las islas, gracias a los fuegos, grupos de insurrectos que a duras penas lograban mantenerlos un tanto encendidos sobre la húmeda arena.

Los dos navegantes pusieron a remar en el más profundo silencio, mirando con ansiedad a su alrededor; sus corazones latían con esperanza y con temor, y casi ni se atrevían a respirar por miedo a llamar la atención de sus enemigos.

Habían ya recorrido casi doscientos pasos, cuando la balsa chocó contra un obstáculo, deteniéndose de repente. Ni el negro ni la almea se atrevieron a moverse.

—¿Qué es? —preguntó en voz baja Fátima al cabo de algunos minutos de angustiosa espera—. ¿Hemos encallado?

—Silencio —dijo Omar—, ahora iré a ver. Tú no te muevas, suceda lo que suceda.

Deslizóse silenciosamente a proa y metió un brazo en el agua, tocando con la mano una apretadísima aglomeración de plantas acuáticas que impedían el paso.

—Bueno, estamos ante una barra —murmuró el negro.

Estas barras no son otra cosa que grandes extensiones de plantas acuáticas que se forman en los ríos africanos, y especialmente en el Nilo, dando lugar a que las aguas se detengan y produciendo miasmas mortales. A veces se extienden estas barras en tres, cuatro o cinco kilómetros, impidiendo el tránsito, incluso a los bateles y vapores que surcan el Bahr-el-Abiad y el río de las Gacelas.

Apenas se convenció Omar de que no había medio de pasar sobre aquella barra, volvió al lado de Fátima, que no se había movido.

—Señora —le dijo—, tenemos que desviarnos hacia la orilla izquierda. Hay una barra que llega hasta la derecha.

—¡Desviarnos hacia la orilla izquierda! —exclamó Fátima—. Entonces nos acercamos a los insurrectos y nos descubrirán.

—Pudiera suceder así; mas no hay otro camino que podamos seguir. ¿Quién sabe? Quizá pasaremos sin ser vistos; la noche es muy oscura.

—Todo se conjura en contra nuestra. ¡Maldita suerte!

—Alá lo quiere así. Ea, desviémonos y procuremos no hacer ruido. ¿Tienes cargado tu fusil?

—Sí.

—Pues entonces, vamos adelante y que el Profeta nos proteja.

La balsa, impulsada por los dos remos, comenzó a desviarse lentamente bordeando la barra, sobre la cual se alzaba una neblina cargada de pestíferas emanaciones. Los dos navegantes, agobiados, taciturnos, llegaron en diez minutos al extremo de aquella colosal aglomeración de plantas. Ya iban a virar para entrar en la corriente libre, cuando seis o siete cocodrilos salieron de entre las plantas, acercándose a la balsa. El más atrevido alargó sus mandíbulas abiertas hacia ellos, intentando, mediante un formidable coletazo, izarse sobre el puente.

—¡Omar! —murmuró Fátima, que veía cómo la balsa se inclinaba de modo peligroso a estribor.

—Cállate. Aquí estoy.

El negro había empuñado la cimitarra, descargando después un tajo tremendo entre los dos ojos del monstruo que se hundió ruidosamente levantando un monte de espuma. Casi al

mismo tiempo salió una voz del islote más cercano, sobre el que se hallaban algunos insurrectos.

—¡Eh! —gritó el árabe—. Mira allá abajo, en medio de la corriente.

—¿Qué ves? —preguntó otra voz.

—Que Alá y el Profeta me castiguen si aquello no es una balsa.

—¿Estás seguro? A mí me parecen restos de una embarcación.

—He visto levantarse a alguien, y hasta me parece haber visto blandir una cimitarra. ¿No has oído un golpe y un ruido de algo que caía en el agua?

—Sí que lo he oído. ¿Serán acaso los tripulantes de la *darnás*?

—Ahora lo veremos; coge el fusil.

Fátima y Omar habían oído perfectamente la conversación de los rebeldes. Abandonaron los remos, asustados, y se tendieron apretando convulsivamente entre sus manos los fusiles.

—No te muevas, señora —susurró con voz trémula Omar.

—No me moveré ni aunque me hieran —respondió Fátima con voz firme—. Cuidado con las balas.

Aún no había terminado de hablar cuando se oyeron dos detonaciones sobre el islote. Los dos navegantes notaron cómo las balas penetraban en el maderamen, a pocas pulgadas de sus cabezas.

—¡Ah! —exclamó uno de los tiradores—. Son dos cadáveres tendidos sobre unas maderas.

—Seremos tontos si malgastamos la pólvora y las balas

—dijo el otro—. ¡Buen viaje, raza de perros! ¡Qué el diablo os lleve!

Los dos rebeldes prorrumpieron en sonoras carcajadas, volviendo a tenderse en la arena. La balsa, gracias a la corriente que era bastante fuerte, en sólo diez minutos pasó todas las islas ocupadas por los enemigos. Los dos navegantes, persuadidos de que ya no corrían peligro alguno, tomaron los remos, poniéndose a bogar desesperadamente.

A las tres de la mañana llegaban sanos y salvos a la desembocadura de un ancho río, afluente del Bahr-el-Abiad por su margen izquierda, y que tiene su nacimiento en las cercanías de Siula. Remontaron su corriente en un espacio de quinientos o seiscientos metros.

—¡Alto! —ordenó Omar—. Aquí no corremos ya el peligro de que nos alcancen. Habremos recorrido unas quince millas y esa distancia me parece suficiente para estar seguros.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Fátima—. ¿Atracamos?

—Aún no. A la orilla hay leones y hienas. Esta noche anclaremos aquí, y mañana veremos lo que se puede hacer. Echate, señora, y procura dormir.

Clavó el negro un remo en un bajo fondo, ató a él la balsa, encendió el chibuc y se sentó a proa con el fusil sobre las rodillas. Fátima, rendida, tendióse sobre el puente, no tardando en quedarse dormida, a pesar de los rugidos y explosiones de risa de los leones y de las hienas que vagaban por las selváticas orillas del río.

SEGUNDA PARTE. EL PROFETA DEL SUDAN

Los viejos desconfían de la juventud porque han sido jóvenes.

SHAKESPEARE

CAPÍTULO I. EL JEQUE ABÚ-EL-NEMUR

Eran las cuatro de la mañana cuando Fátima se despertó. Alzábase entonces el sol en el horizonte rápidamente, vertiendo torrentes de luz sobre el paisaje, que presentaba un magnífico golpe de vista, exclusivo de las regiones del Alto Nilo.

Deslizábase tranquilo el río, describiendo una gran curva, entre dos hermosas orillas cubiertas de soberbios árboles que se miraban con coquetería en tan límpido espejo, prolongando caprichosamente sus ramas, por las cuales iban, venían y saltaban con sorprendente agilidad innumerables bandadas de monos de pelo ceniciento azulado, con una espesa crin semejante a la melena del león, y el hocico y las nalgas de un hermoso color de carne.

Sobre los arenosos islotes dormitaban pacíficamente colosales hipopótamos, mayores que rinocerontes, de cabeza enorme, hocico hinchado, nariz ancha y protuberante, patas cortas, pero muy gruesas, sembradas de ralas cerdas, y tan fuertes que pueden desafiar las balas de fusil.

Algunos de aquellos monstruos arrojábanse de vez en cuando al agua, produciendo un ruido formidable, llevando sobre el lomo a sus cachorros, casi tan grandes como bueyes, y volvían a aparecer poco después relinchando como caballos.

Por el aire, en cambio, volaban bandadas de flamencos, pelícanos, ibis blancos y negros, chorlitos y halcones, cruzándose en mil diferentes direcciones, graznando incesantemente, arrojándose de vez en cuando al río para volver a elevarse casi inmediatamente con algún pececillo en el pico.

Fátima y Omar, después de haberse animado con un trago de merissak, y en vista de que las orillas estaban desiertas, apresuréronse a llevar la balsa hacia la de la derecha y desembarcaron, cargando con las armas, las municiones y cuantos víveres podían llevar.

—¿Adónde vamos? —preguntó la almea, indecisa sobre el camino que habían de tomar.

—Eso es lo que nos hace falta saber —respondió Omar embarazosamente—. A mi parecer, lo mejor sería ir al poblado más próximo para procurarnos caballos o camellos, sin los cuales no conseguiremos llegar a El-Obeid. Si mal no recuerdo, Siula se halla a unas quince millas de aquí.

—¿Y podremos entrar en la ciudad? Me temo que los rebeldes la hayan ocupado.

—Ya lo sé; pero no hay otro camino para escoger. ¿Quién sabe? Quizá no la hayan aún asaltado los rebeldes. De todos modos, nos acercaremos con precaución.

—¿Estará libre el camino?

—Es difícil saberlo. De seguro que antes de llegar allá encontraremos insurrectos.

—Nuestra situación no me parece muy halagüeña.

—Eso mismo creo yo —dijo Omar suspirando—. Pongámonos en las manos de Alá, que todo lo puede; es lo único que podemos hacer.

—Pongámonos, pues, en camino —dijo Fátima con decisión—. Prepara el fusil y abre bien los ojos. Que Alá nos proteja.

Subieron la ribera y se internaron valientemente en la selva, abriéndose paso con gran trabajo por entre aquella exuberante vegetación, donde crecían árboles colosales

cuyas ramas se entrelazaban perdiéndose de vista, como arcos góticos de una catedral sin límites. Sentíase allí debajo un calor sofocante, una temperatura de estufa que cortaba la respiración y hacía manar abundantemente el sudor de la frente de los intrépidos viajeros. Un lúgubre silencio hacía la marcha más penosa, más monótona.

Al cabo de una milla de camino halláronse en un bosque de baobabs. Nada más admirable a la vista que estos gigantes de la selva africana, a los cuales no se duda en conceder una longevidad de seis mil años; sus troncos descomunales miden a veces más de veinticinco metros de circunferencia; sus ramas son muy bajas, pero tan inmensas que por sí solas forman un pequeño bosque, sembrado de cápsulas leñosas que parecen calabazas, de veinticinco o treinta centímetros de longitud y tinte verdoso, cubiertas de blanca peluca y que gustan extraordinariamente a las monas.

Fátima y Omar habíanse detenido al pie de uno de aquellos colosos para descansar un poco, cuando, a seiscientos o setecientos metros más allá, sonó de pronto una detonación, seguida poco después de un formidable rugido y de un grito desgarrador.

Pusiéronse los viajeros simultáneamente en pie con los fusiles en la mano, y echaron una rápida ojeada alrededor, temiendo ver desembocar por entre los matorrales alguna banda de rebeldes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Fátima con ansiedad, parapetándose tras un espeso matorral.

—¡Los rebeldes quizá! —exclamó Omar, que temblaba a pesar suyo.

—No; he oído el rugido de un león.

—Pero ¿la detonación?... ¿Y ese grito?...

—¿Habría sido algún cazador?

—Creo que no —dijo Omar—. ¿Qué cazador va a aventurarse en estas selvas batidas por las hordas del Mahdi? Fátima, volvámonos al río antes de que lo pasemos mal.

—Volvámonos, pero ten cuidado. Sobre nosotros se cierne algún peligro.

Iban ya a volverse a la selva de palmeras y tamarindos cuando oyeron una voz lastimera que gritaba repetidamente:

—¡Auxilio, auxilio!...

Fátima se detuvo de repente, apretando con fuerza el brazo del esclavo.

—Alguien se halla en peligro —dijo.

—¡Déjale que se muera! —respondió el negro—. ¿Qué le vamos a hacer nosotros?

—Quizá ese hombre no sea un rebelde.

—Peor para él. No podemos exponer nuestra vida para socorrer a un desconocido. Ven, Fátima, démonos prisa a llegar al río.

La almea movió la cabeza.

—¡Auxilio, auxilio! —repitió la voz lastimera.

—No se puede abandonar así a un pobre hombre, Omar —dijo Fátima—. Suceda lo que suceda yo voy a socorrerle. Quizá ese hombre nos pueda ser útil, quizá... ¡Ven, yo lo quiero así!

Había tanta autoridad en aquellas palabras, que Omar no osó oponerse. Salieron del matorral y echaron a correr hacia el lugar donde se había oído la desesperada demanda.

Cinco minutos más tarde llegaban a un claro circundado de arbustos. En medio de él retorcíase un león en las últimas

convulsiones de la muerte, cubierta la cabeza de sangre, y a pocos pasos de él hallábase tendido en tierra un negro, de gran estatura, con los brazos y las piernas ornados de anillos de oro, un rico turbante recamado de plata en la cabeza y una faja roja rodeada al cuerpo. Gemía lúgubrementemente, y con las manos oprimíase fuertemente la pierna derecha, que tenía descarnada hasta el hueso. Un torrente de oscura sangre manaba a borbotones de la enorme herida.

Apenas divisó a Fátima y Omar volvióse hacia atrás y cogió un pistolón con el que les apuntó rápidamente.

—iBillahi! —exclamó haciendo fuego.

La bala agujereó el fez de Omar, una pulgada apenas por encima de la cabeza.

Fátima apuntó al herido con su fusil.

—iSi te mueves te mato como a un perro! —dijo con un tono tal que no daba lugar a dudar de su amenaza.

Al oír aquella voz alteróse el rostro del herido. Irguióse hasta sentarse y mirando a la almea con ojos centelleantes, exclamó con profundo terror:

—iFátima!

Escapóse el fusil de las manos de la almea.

—iFátima! —murmuró ella sorprendida.

—iFátima! —repitió Omar distraídamente—. ¿Qué significa esto?...

La almea y el herido se miraron por algunos momentos sin decir palabra. La primera, sorprendida de oírse llamar por su nombre por un hombre a quien jamás había visto; el segundo, en cambio, sorprendido de no ser reconocido por aquella mujer a quien había visto más de cien veces.

—¿Quién eres? —preguntó al fin Fátima—. ¿Cómo es que sabes mi nombre?

Una sonrisa asomó a los labios del herido.

—¿No me conoces?

—No recuerdo haberte visto nunca.

—¿No eres tú, Fátima, la almea?

—No lo niego.

—¿No estuviste tú en El-Obeid?

—Si —dijo sordamente la almea—. Allí estuve.

—¿No fuiste tú en algún tiempo una mujer poderosa?
—continuó el herido, que parecía olvidarse de su descamada pierna.

Alteróse el rostro de la almea de un modo espantoso. Arrugósele la frente y sus ojos parecieron incendiarse.

—Lo fui —respondió tras algunos instantes de silencio.

—Entonces no me engaño. Tú fuiste la favorita de Mohamed Ahmed.

—¿Cómo lo sabes tú? ¿Quién te lo ha dicho?

—Lo sé porque te he visto más de cien veces cuando yo era guardián del harén de Mohamed Ahmed.

La almea dio un grito de espanto y de sorpresa, retrocediendo vivamente.

—¿Quién eres?... ¿Quién eres?... —preguntóle temblando.

—Soy el jeque Abú-el-Nemur, lugarteniente del Mahdi, el que manda los Insurrectos de Bahr-el-Abiad.

Omar habíale ya apuntado rápidamente con su fusil.

La almea desvió el arma mediante un rápido movimiento, sacó luego una pistola, y apoyándola sobre la frente del herido díjole con calma glacial:

—Abú-el-Nemur, estás en nuestro poder. Si juras sacamos sana y salvos de esta selva, yo te curaré; si, por el contrario, rehúsas hacerlo, te salto la tapa de los sesos. ¡Escoge!

—¿Por qué he de levantar mi mano sobre quien, en otro tiempo, fue mi señora? —dijo con dulzura el herido—. Tendría miedo de que Alá me castigase. Mándame, y yo haré por la antigua favorita del Mahdi todo lo que ella quiera.

—Gracias, Abú-el-Nemur —murmuró Fátima con voz conmovida—. No creía tener aún amigos entre los rebeldes. Tiende la pierna herida; yo te curaré.

El jeque obedeció. La almea examinó detenidamente la herida, que era tremenda y continuaba sangrando. El león habíale dado un fuerte zarpazo desgarrándole la carne hasta el mismo fémur. En seguida comprendió que un retraso, aunque fuese de pocos minutos, podía ser funesto.

—Tráeme un poco de arcilla de aquella zanja —dijo a Omar—, y recoge un poco de agua fresca.

Partió el negro como un rayo, y volvió inmediatamente con una gran bola de arcilla blanda, de color ceniciento y una botella de agua. Fátima acercó cuidadosamente los labios de la herida, colocó encima un trozo de tela mojada, y cubrió todo ello con una gruesa capa de greda que impedía la salida de la sangre. Tres o cuatro hojas y unos metros de cuerda terminaron la operación. La pierna del herido quedó encerrada en una especie de manguito bien ligado.

—Ahora —dijo Fátima— es preciso abandonar esta selva lo

antes posible y llegar a cualquier poblado. ¿Dónde podremos encontrar gente?

—Lo ignoro —respondió el herido con voz débil, enjugando el sudor que le manaba abundantemente de la frente—. Hace dos días que abandoné el campamento y me he perdido en estos bosques.

—¿Qué distancia hay del río a Siula?

—Menos de una jornada. Si me llevas allá, encontraré a mis guerreros.

—Pero... ¿y nosotros?

—¡Oh! ¡No temáis! —exclamó con viveza el jeque—. Soy su jefe, y desdichado de aquel que se atreva a levantar una mano contra vosotros.

—Bueno; pero ¿de qué modo te llevaremos? Habrá que hacer unas parihuelas.

—Mi caballo debe de andar pastando por aquí cerca, si es que algún león no ha dado fin de él.

—Llámale. No hay que perder tiempo; la fiebre y quizá el delirio pueden sobrevenir dentro de un poco.

Abú-el-Nemur llevóse los dedos a la boca dando un prolongado silbido. Al momento se oyó un galopar precipitado y apareció un caballo que se dirigió solícito hacia su dueño.

Era un soberbio corcel, abú-rof de pura sangre, pequeño, frente ancha un poco achatada, ojos vivos e inteligentes, nariz muy abierta, orejas pequeñas, cortas, finas; los cigomáticos, bastante salientes; hocico elegante, patas delgadas y fuertes, pecho desarrollado y vientre reducido, denunciador de la gran sobriedad que caracteriza a los animales del desierto sudanés.

Omar y Fátima levantaron con gran precaución al herido, que no se quejaba aunque sufría dolores atroces, y le colocaron sobre la silla. La almea saltó sobre la grupa sosteniéndole con sus vigorosos brazos, y el negro tomó al animal de la brida.

—En marcha —dijo Fátima.

Echaron a andar por un largo sendero que en otro tiempo debió de ser camino de caravanas. El herido, a pesar suyo, dejó escapar un ahogado gemido.

—¿Sufres mucho? —preguntó la almea.

—Un poco, lo confieso —respondió titubeando el jeque—. El movimiento del caballo me hace mucho mal.

—Apóyate bien sobre mi pecho.

—¡Ah! —exclamó el herido—. ¡Qué buena eres conmigo, Fátima, aunque soy un rebelde!

—Este rebelde fue en otro tiempo mi súbdito —dijo la almea con voz conmovida.

El herido se volvió hacia ella mirándola con ternura.

—Fátima: ¿por qué abandonaste a mi señor, que tanto te amaba y que tan poderosa te podía haber hecho?

—Si no lo sabes, no me lo preguntes —dijo con voz tétrica la almea.

—¿Fue acaso la fatalidad?

—Acaso.

—¿Sabes que el día que desapareciste vi llorar a mi señor?

El rostro de la almea púsose aún más sombrío.

—¿Qué hizo cuando desaparecí? —preguntó.

—Te mandó buscar durante una semana entera y envió guerreros a todos los poblados del Cordofán. Te amaba con locura, y cuando volvieron sin noticia alguna acerca de tu paradero yo le vi llorar como un niño. ¡Él, Mohamed Ahmed, el enviado de Dios!

—¡Pobre Ahmed! —murmuró Fátima, exhalando un profundo suspiro—. Fue el destino el que me impelió a abandonarle.

—¿Qué te había hecho?

—Nada.

—¿Entonces?...

—No hablemos de ello. Di, ¿me cree muerta?

—No. Ahmed ha sabido que vives.

—¿Quién se lo dijo?

—Lo ignoro; pero hazme caso, Fátima, no vuelvas a aparecer por El-Obeid. El amor de Mohamed Ahmed se ha convertido en un odio terrible.

—Me guardaré de él; además, será difícil que me vean en la capital del Cordofán.

—¿Adónde vas, entonces, que te diriges al Sur?

—A unirme al ejército egipcio.

—¡Tú!... ¡Tú con los egipcios!... —exclamó el jeque con dolorosa sorpresa—. ¿Habremos aún de ver a la favorita de nuestro señor militar en las filas enemigas y volver las armas contra sus antiguos súbditos?

—No; jamás volveré mis armas contra los insurrectos, a

menos de que ellos me obliguen a hacerlo. Apenas haya encontrado al hombre a quien busco y haya llevado a cabo una venganza que persigo hace dos meses, me volveré al Norte para siempre.

—¡Ah! ¿Tienes pendiente alguna venganza?

—Soy árabe.

—Pero ¿sabes acaso dónde puedes encontrar a Hicks Bajá?

—No; pero le encontraré, aunque tenga que recorrer cien veces el Cordofán. ¡Ah, si yo pudiese saberlo!...

—¿Lo deseas de veras?

—¿Tú lo sabes? ¡Ah!...

—Sí, Fátima, lo sé. A nosotros nada se nos puede escapar. Llegó el diez de octubre a Sange-Hamferid; ahora debe de hallarse en los alrededores de Kassegh. El maldito marcha rápidamente sobre la capital; pero Ahmed le derrotará y hará en sus tropas una espantosa carnicería, te lo aseguro.

—Gracias, Abú-el-Nemur.

—No me des las gracias, Fátima. Quizá esta indicación te resulte fatal.

—¿Por qué?

El jeque no respondió. Inclínose hacia tierra con una mano al oído, escuchando atentamente.

—¡Alto! —dijo, enderezándose.

Apenas había pronunciado tal palabra, cuando a ambos lados del sendero estallaba un ensordecedor clamoreo. El caballo, herido con una lanza en la cabeza, cayó de rodillas echando por tierra a los que lo montaban. Unos cincuenta guerreros armados de lanzas, sables y mazas salieron de la espesura

dando feroces aullidos. Omar y Fátima levantáronse inmediatamente echando mano a la cimitarra y a las pistolas; pero el jeque, en cambio, no se movió. La caída, la pérdida de sangre y la extenuación le habían hecho perder el sentido.

—¡Quietos todos! —gritó la almea—. Traemos en nuestra compañía al jeque Abú-el-Nemur.

Los insurrectos, al oír el nombre de su jefe, habíanse detenido estupefactos; pero tal estupor duró un momento. Rodearon a Fátima y a Omar, y en menos tiempo del que se emplea en decirlo, arrojáronlos al símelo arrancándoles las armas. Seis o siete se precipitaron sobre el jeque, y al verle tendido en tierra, tan pálido y completamente inmóvil, creyéronle muerto.

—¡Han matado al jeque! —gritó una voz—. ¡Ah, perros árabes!

Todos los rebeldes habíanse reunido en tomo de Abú-el-Nemur, aullando furiosamente. Un guerrero de alta estatura, que ostentaba en los brazos numerosos brazaletes de oro, y un rico turbante sobre la cabeza, se arrodilló junto al desvanecido y le examinó atentamente durante algunos momentos.

—¿Quién ha herido a mi jefe? —preguntó, dirigiendo una torva mirada a los dos prisioneros.

—Un león —respondió Fátima sin perder la serenidad.

—Mientes, lengua de víbora —exclamaron a coro los insurrectos, rechinando los dientes.

—Lo juro por Alá y por el Corán. Le hemos encontrado herido y le hemos curado —replicó la almea.

—No es verdad —dijo el guerrero de alta estatura—. ¿Adónde lo llevabais ahora?

—A vuestro campamento.

—No es verdad; lo que tú querías era llevarle a la espesura del bosque para asesinarle. ¡A ver, mis valientes; encended una buena hoguera para achicharrar a estos árabes!

Omar y Fátima, al oír orden tan atroz, sintieron que sus carnes se estremecían y la sangre se les helaba en las venas por el espanto. Comprendieron que estaban irremisiblemente perdidos si el jeque no volvía en sí en seguida.

—¡Valientes guerreros! —gritó la almea con desesperado impulso—. Refrenaos un poco; esperad a que Abú-el-Nemur vuelva en sí; esperad a que él hable, que él solamente nos juzgue. Somos sus amigos, os lo juro, y castigará sin compasión al que levante la mano contra nosotros.

Sus palabras, en vez de calmar a los insurrectos, los excitaron más aún.

No se oyó sino un grito formidable.

—¡Al fuego los árabes! ¡Mueran los asesinos del jeque!

El guerrero de alta estatura, que parecía el subjefe, hizo una señal, y varios insurrectos levantaron con gran precaución al jeque, que permanecía aún sin conocimiento.

—Llevallo al tugul que se halla al final de este sendero —dijo—, y vosotros encended una buena hoguera para que cuando Abú-el-Nemur vuelva en sí le mostremos los huesos calcinados de los que le hirieron.

La orden fue obedecida inmediatamente. Colocaron al jeque Abú-el-Nemur sobre unas parihuelas improvisadas con lanzas, y los otros se pusieron a cortar leña, formando una pila colosal alrededor de una palmera que se hallaba aislada.

Acercábase el momento del espantoso suplicio. Omar y Fátima, en vista de que estaba perdida toda esperanza, intentaron buscar su salvación en la fuga; después de arrojar

al suelo, mediante una repentina sacudida, a los que los sujetaban, lanzáronse con gran ímpetu sobre el círculo de rebeldes, empuñando con ellos una desesperada lucha con las manos, con los dientes y hasta con los pies.

Durante cinco minutos consiguieron hacer frente al enemigo; pero luego desaparecieron bajo un montón de cuerpos.

Echados al suelo, atados, chorreando sangre, los vestidos hechos jirones, los dos desgraciados, a pesar de sus desesperados gritos y contorsiones, fueron arrastrados a la pira y atados fuertemente al tronco de la palmera.

Fátima dio un grito de angustia.

—¡Auxilio, Abú-el-Nemur, auxilio!

Los gritos salvajes de los rebeldes y el ruido de la *darabuka* ahogaron su voz y las imprecaciones de Omar, que se revolvía furioso ensangrentándose los puños. Estaban perdidos.

Ya iba uno de ellos a pegar fuego a la leña, ya levantaban los rebeldes sus lanzas para herir en los cuerpos de los dos prisioneros, cuando se oyó una voz potente, imperiosa, que gritaba:

—¡Quieto todo el mundo! ¡Vais a quemar a la favorita de Mohamed Ahmed!

El jeque Abú-el-Nemur acababa de aparecer por el sendero en brazos de cuatro guerreros. Al verle con el rostro contraído por la ira, al oír aquellas palabras, los rebeldes se habían detenido como petrificados, mirando con ojos extraviados, ya a su jefe, ya a los prisioneros, que tendían los brazos hacia su salvador.

Abú-el-Nemur, con un gesto imperioso, hizo caer a todos de rodillas, con la frente en el polvo.

—¡Desgraciados! —exclamó—. Soltad a la favorita de vuestro señor y dad gracias a Alá por haberme hecho llegar a tiempo de salvaros de la venganza del enviado de Dios.

El guerrero de alta estatura que había dispuesto el suplicio acercóse humildemente a los prisioneros y les besó los pies.

—¡Perdón, perdón! —balbuceó con voz temblorosa. La almea le hizo levantar con ademán de reina.

—Te perdono —dijo—. Vete.

—¡Yo no! —exclamó Abú-el-Nemur, besando respetuosamente la mano de Fátima—. Quien levanta su mano contra la favorita del enviado de Alá merece la muerte, y no una vez, sino ciento, mil. El-Maktud, no puedes sobrevivir, no quiero yo.

—Te obedezco, jefe —dijo el guerrero, apuntándose a la frente con una pistola—. Que Alá me perdone.

Fátima y Omar lanzáronse hacia él para desarmarle; pero no tuvieron tiempo: el guerrero, obediente al mando de su jefe, oprimió el gatillo, saltándose la tapa de los sesos. Cayó sobre un banco con la cara inundada de sangre.

—¡Es horrible! —exclamó Fátima sintiendo un escalofrío.

—No; es justo —replicó el jefe fríamente.

—Ese hombre no me conocía, Abú-el-Nemur.

—Peor para él, Fátima; perdóname que no llegase a tiempo de impedir que estos perros de bagaras te maltratasen. La caída me produjo un dolor tan fuerte que perdí el conocimiento. Ea, volvamos a la cabaña, que me siento sumamente débil. ¿Te quedarás algunos días conmigo?

—No puedo, Abú; tengo prisa por encontrar a Hicks Bajá ahora que sé dónde se encuentra.

—¿Tanto te urge vengarte?

—Mucho —respondió Fátima.

—¿Con quién irás?

—Con mi esclavo Omar.

—No llegarás a Siula sin caer en poder de los insurrectos. Casi todos los pueblos que hay hasta El-Obeid están ocupados por las bandas de Mohamed Ahmed.

—Alá me protegerá.

Abú-el-Nemur permaneció algunos mementos pensativo.

—¿Quieres abandonarme efectivamente? —preguntó al fin.

—Sí, e inmediatamente, si es posible.

—Está bien, Fátima. ¡Eh, Mustafá!

Un guerrero alto y delgado, pero con músculos de hierro y aspecto atrevido y feroz, semidesnudo, untado por completo de grasa de camello, y con un puñal sujeto al brazo derecho, adelantóse hacia ellos.

—Mustafá —dijo el jeque—: Ensillarás tres caballos de los mejores, los cargarás de provisiones y partirás con la favorita de nuestro señor. La obedecerás como lo harías conmigo mismo, y le abrirás camino por entre las bandas de los nuestros.

El guerrero partió como una flecha, volviendo cinco minutos después con tres magníficos caballos abú-rofs de pura sangre, ensillados, cargados de provisiones y con varios odres de agua fresca colgados al costado. Los tres viajeros saltaron sobre las sillas.

—Abú-el-Nemur —dijo Fátima con voz conmovida, tendiendo

la mano al jeque—: Nunca olvidaré lo que has hecho por mí.

—Fátima —respondió gravemente el jeque—: Sin ti probablemente a estas horas estaría yo muerto. Te guardaré eterno reconocimiento, y si algún día necesitas de un hombre que te proteja, acuérdate de Abú-el-Nemur. Ahora vete, y que Alá te guarde.

Besó por última vez la mano a la almea y cerró los ojos suspirando. Los tres jinetes abandonaban poco después a los insurrectos, galopando hacia el Occidente.

CAPÍTULO II. LA LLANURA DE LOS LEONES

Anohecía cuando los tres jinetes dejaban atrás los últimos árboles de la selva de Bahr-el-Abiad, internándose decididamente en el desierto.

La luna, que acababa de salir, roja como un disco incandescente, iluminaba con luz indecisa las inmensas llanuras del Cordofán, arenosas, calcinadas por los ardientes rayos del sol ecuatorial. El aspecto que presentaban a tales horas no podía ser más siniestro, más extraño, más desolador.

Colinas de arena, acumuladas por el soplo furioso del simoun, sucedíanse las unas a las otras, en mil diferentes formas, hasta los límites extremos del horizonte. Gran cosa era ver alguna desmedrada palmera, amarillenta, muerta de sed; era mucho que algún arbusto asomase sobre la arena amontonada. Ni un tugul, ni una zeribak, y menos aún el más pequeño recinto que indicase que en él vivía un ser humano.

Largas filas de huesos blanqueaban lúgubrementes sobre aquellos polvorientos terrenos: huesos de camellos, de bueyes, de caballos y no pocos humanos, que manadas de asquerosas hienas y chacales mordisqueaban con avidez, manifestando su satisfacción o su contrariedad con atroces risotadas y con lastimeros aullidos que repercutían de colina en colina.

El guerrero de Abú-el-Nemur, después de haber examinado atentamente la llanura y haber echado una ojeada a la estrella del Norte para orientarse, espoleó al caballo, dirigiéndose hacia el Occidente. Fátima y Omar, con los capuchones de los taubs calados hasta los ojos para defenderse contra la arena, y luego de haber puesto el fusil

sobre el arzón, echaron tras de su guía, en medio del más profundo silencio.

Hacía un calor verdaderamente terrible, a pesar de que la noche iba ya bastante avanzada. Ni un soplo de viento sentíase sobre aquella interminable y desierta llanura. A veces parecía que salían del suelo oleadas de fuego.

Los caballos, baja la cabeza e inundados de sudor, avanzaban con gran trabajo, levantando nubes de polvo impalpable, que penetraba en los ojos por muy cerrados que estuviesen, en la nariz, en la boca y en los pulmones, haciendo imposible la respiración. Los jinetes, presa de violentos accesos de tos, veíanse, de vez en cuando, obligados a echar mano de las botellas de agua para humedecer sus abrasadas gargantas.

Marcharon durante diez horas sin detenerse, subiendo y bajando colinas, disparando a menudo sobre las hienas que, envalentonadas por el número, se les acercaban en actitud amenazadora, riendo descompasadamente; después hicieron alto. El horizonte comenzaba a iluminarse con el sol, que subía rápidamente, inundando la llanura de luz y de fuego; desafiar aquel calor hubiera sido una locura.

Armaron la tienda que llevaba el guerrero, apresurándose todos a resguardarse debajo de ella para esperar con paciencia que llegase la noche y reanudar la fatigosa marcha.

Apenas hubo el sol desaparecido en el Occidente volvieron a montar a caballo, manteniéndose rigurosamente en línea recta hacia El-Obeid, guiados siempre por la estrella del Norte, que para los árabes vale tanto como la brújula o quizás más.

De este modo, galoparon durante siete largas noches a través de aquellas inmensas llanuras, huyendo de los poblados para evitar entorpecimientos por más que fuese un rebelde quien los guiaba. Al octavo día se detuvieron a unas treinta millas de la aldea Rakai, en una llanura sembrada de

montecillos pedregosos y de pequeños oasis rodeados de palmeras y acacias gomíferas.

Eran las seis de la tarde. Tenían clavada la tienda y se disponían a cocer algunos granos de *durah*, los últimos que les quedaban, cuando Omar se dio cuenta de que los odres no tenían gota de agua. Este descubrimiento, hallándose en medio de aquel desierto, le contrarió enormemente.

—¿Dónde podríamos hallarla? —preguntó al guerrero, que fumaba tranquilamente a la entrada de la tienda.

—No sé; pero ya la encontraremos —respondió el interpelado—. El terreno que tenemos que atravesar mañana está por completo falto de pozos.

—¿Recuerdas haber visto esta noche alguna fuente?

—No; pero creo que a cuatro o cinco millas hacia el Sur hay un pozo, el de Gelba.

—Hay que ir allá —dijo Fátima—. Tanto nosotros como los caballos nos moriremos de sed. ¿Te atreverías a ir hasta ese pozo?

—Aún es de día y las fieras se hallan en sus cuevas; no puedo encontrar, en todo caso, más que insurrectos, y éstos no harán ningún mal a un compañero —respondió el guerrero—. Dentro de dos horas estaré de vuelta.

Hizo levantar a su caballo, que estaba derrengado de tanto correr, colgóle a los costados una docena de odres, saltó sobre la silla, y después de haber cambiado la pólvora de su fusil, partió al galope. Diez minutos después desaparecía tras los montículos de arena.

Apenas había transcurrido una hora cuando una ruidosa descarga de armas de fuego hizo poner en pie de un salto a Omar y a Fátima. En un principio creyeron que fuese el guerrero que había tirado a alguna pieza de caza; pero

algunos gritos lejanos y un ruido sordo como de galopar de caballos, que cada vez se oía más cercano, hízoles suponer, más bien, que había sucedido alguna desgracia.

—Quédate aquí y prepara los caballos —dijo Omar, tomando su fusil—. Voy a ver qué es lo que ha sucedido.

Dirigióse a la colina más cercana, la cual se elevaba unos sesenta metros sobre el nivel del suelo, y la escaló. La escena que vio desde su cima le heló la sangre en las venas.

A ochocientos pasos tan sólo de distancia trotaba furiosamente el caballo abú-rof, arrastrando tras de sí al guerrero, todo ensangrentado, uno de cuyos pies había quedado enganchado en el estribo. A mil pasos, o quizá menos, galopaban veinte jinetes blandiendo las lanzas y aullando como condenados. El negro no quiso saber más. Descendió la colina precipitadamente y corrió hacia la tienda, llegando a ella en el momento que Fátima terminaba de ensillar los caballos.

—¡Los insurrectos! —exclamó—. ¡A caballo, señora, en seguida, antes de que se nos echen encima!...

—¿Cómo? ¿Y el guerrero? —preguntó la almea, deteniéndole de modo violento.

—Le han matado. ¡A caballo, a caballo!

Los gritos se oían cada vez más cerca. Omar y Fátima, sin añadir palabra, montaron a caballo, partiendo velozmente.

Apenas habían salvado una distancia de quinientos pasos cuando apareció el enemigo, que al ver a los fugitivos abandonó al guerrero para darles caza.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Fátima sin volver la cabeza.

—Hacia aquella garganta que se ve allá abajo —respondió

Omar—. Date prisa o estamos perdidos.

Atravesaron la llanura a la carrera, perseguidos por los rebeldes, que les iban a los alcances, golpeando con las astas de las lanzas a sus caballos cansados. Iban ya los fugitivos a internarse por el desfiladero indicado, cuando una banda de quince negros se atravesó en el camino.

—¡Maldición! —exclamó Fátima, deteniendo su caballo.

—¡Estamos perdidos! —rugió Omar, echando mano a su carabina y montándola.

—¡Eh! —gritó en aquel momento uno de los negros—. Echaos a un lado, que nosotros daremos cuenta de aquellos perros rebeldes. ¡Apunten! ¡Fuego!

A la orden siguió una descarga cerrada. Cinco rebeldes cayeron al suelo ensangrentado la arena. Los restantes, después de permanecer un momento dudosos, volvieron grupas, dándose precipitadamente a la fuga en medio de una densa nube de polvo.

—¡Vamos, esto va bien! —prosiguió alegremente la misma voz que se había oído antes—. ¡Hola, acercaos sin miedo, que no somos abú-rofs!

Fátima y Omar, sorprendidos aún por tan inesperado socorro, se apresuraron a reunirse con sus salvadores. Eran éstos quince hombres medio desnudos, de alta estatura, delgados y huesudos. Reconocieron en ellos al momento *gialabas*, traficantes dongoleses que se dedicaban todo el año a viajar por el Cordofán llevando *durah* y maíz, caminantes infatigables, caracterizados por su extraordinaria frugalidad. Bástales un puñado de granos cada veinticuatro horas para mantenerse, siendo capaces, sin embargo, de devorar un carnero entre dos o tres cuando se les presenta ocasión de hacerlo.

Su jefe ayudó galantemente a Fátima a echar pie a tierra y le

besó las manos.

—Puedo considerarme dichoso por haber tenido ocasión de salvar a una árabe tan hermosa —dijo sonriendo—. En seguida me figuré que aquellos perros intentaban apoderarse de ti. ¿Estás herida?

—No, mi valiente *gialaba* —respondió Fátima—. Permíteme que te dé las gracias por haberme salvado.

—No vayamos demasiado de prisa; aún no puedes considerarte a salvo.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó la almea, sorprendida.

—¿Te figuras que los rebeldes no han de volver a la carga? No rae sorprendería ver aparecer dentro de un par de horas dos o tres centenares de ellos.

—¿Y no los temes?

—Sólo de pensarlo me estremezco.

—¿Qué piensas hacer, entonces?

—Mandar cabalgar a mis hombres y largarme. ¿Quieres venir con nosotros?

—¿Adónde vais?

—Al campamento de Hicks Bajá, a alistarme bajo sus banderas.

—¡Si yo también voy al campamento de Hicks! —exclamó la almea.

—Mejor; entonces vendrás con nosotros.

—¿Orees que el camino estará Ubre?

—¡Hum! —hizo el *gialaba*, moviendo la cabeza—. Lo dudo.

—¿Crees tú que esos salvajes sean capaces de rondar el campamento egipcio? Hicks Bajá, si no me equivoco, debe de tener consigo un ejército de diez u once mil hombres.

—Y doscientos mil el *Mahdi*. ¿Sabes que me temo que un día u otro Hicks o Aladino van a sufrir una derrota? Ese demonio de Mohamed Ahmed es un hombre de hierro y valeroso, que dirige a sus hordas lo mismo que nosotros dirigimos nuestros *maharís* o quizá mejor. Sus guerreros no temen la muerte, pues el tunante les ha hecho creer que el que muera combatiendo por la santa causa irá directamente al Paraíso, donde se encontrará a las huríes. Con semejante promesa hasta el más cobarde resulta un león.

—¿Sabes tú la intención que tenía Hicks Bajá?

—Se proponía marchar sobre El-Obeid, según he oído. Parece que quiere dar el golpe de gracia al *Mahdi* privándole de su capital, que, a la vez es su cuartel general. Es preciso reunirse a él antes de que dé la batalla. ¡Ea, a caballo todo el mundo y en marcha antes de que lleguen esos perros abú-rofs !...

Pusiéronse todos en marcha, internándose por el desfiladero y desembocando en una segunda llanura ondulada y arenosa, completamente desierta, limitada tanto al Este como al Oeste por escarpadas prominencias de una aridez desoladora. Espolearon a los caballos, dirigiéndose al galope hacia el occidente, y levantando nubes de finísimo polvo blanco.

Durante cuatro horas consecutivas marcharon con celeridad sorprendente, deteniéndose luego, porque los caballos estaban cansados, junto a un gran pozo lleno de agua, a cuyo borde se erguían dos grandes palmeras. Fátima indicó al jefe *gialaba* una gran *zeribak* un tanto derruida.

—Podemos albergarnos allí —dijo la árabe—. Ya estamos bastante lejos del lugar del encuentro. Los insurrectos ya no

nos darán alcance.

—La verdad es que el lugar no me parece apropiado —respondió el *gialaba*—. Estamos demasiado cerca de este pozo.

—Y eso, ¿qué importa?

—Importa, porque la llanura es árida, y todas las fieras vendrán a beber en él. Estamos expuestos a pasar mal el resto de la noche.

—Para eso están nuestros fusiles —respondió Fátima.

Los *gialabas* se dirigieron inmediatamente a la *zeribak*, en la cual hallaron heno abundante, leña y estiércol de camello que usan los árabes para encender el fuego. Ataron los caballos, hicieron una hoguera y en un dos por tres prepararon y comieron la frugal cena, consistente en un poco de *durah*.

Después de haber departido largamente sobre el camino que habían de seguir al otro día, acomodóse cada uno lo mejor que pudo, con los pies cerca del fuego que habían encendido en medio de la *zeribak*. Eran las dos de la mañana cuando a Omar le despertó el continuo pisoteo y los relinchos de los caballos.

Levantóse, tomó la carabina y salió de la *zeribak*. Asomaba la luna por entre un desgarrón de las nubes, iluminando vagamente la llanura hasta los límites del horizonte. El negro se detuvo sorprendido y asustado al ver seis o siete leones que avanzaban silenciosamente hacia el recinto, manteniéndose tras los montículos de arena. Apuntó a uno de ellos con el arma, pero luego la bajó y fue a despertar a Fátima.

—Arriba, señora —díjole en tono que no admitía réplica.

—¿Se acercan los *abú-rofs*? —preguntó la almea,

levantándose inmediatamente.

—No; el enemigo que se acerca es peor que los rebeldes. Nos rondan varios leones.

No eran seis o siete, sino veinte leones lo menos. Unos se deslizaban cautelosamente, otros saltaban en la arena ondeando al viento sus melenas y rugiendo sordamente.

—¿Qué hacemos? —preguntó Omar asustado.

—Ahora verás —respondió tranquilamente la almea.

Apoyó la carabina en una desmedrada acacia que crecía entre la arena y apuntó al león más próximo.

—¡Fuego! —murmuró.

Aún no había cesado la detonación cuando el felino, dando un salto de quince pies, vino a caer de costado. Los *gialabas*, al oír la detonación, pusieron en pie con las armas en la mano, creyendo que tenían que habérselas con los *abú-rofs*.

—¡Alerta! —gritó Fátima, cargando con ligereza el arma.

—¿Qué sucede? —preguntaron los *gialabas*, corriendo a su lado.

—¡Todos a la *zeribak*! —ordenó Omar.

Relincharon los caballos espantados, pataleaban y se encabritaban intentando romper los ramales, mientras los leones rugían fuera, amenazando franquear las derruidas barreras del recinto.

Los *gialabas*, perdida su sangre fría, precipitáronse confusamente en la *zeribak* intentando montar a caballo y darse a la fuga; pero Fátima se metió en medio de ellos con la carabina preparada.

—¡Quietos todos! ¡Quién se mueva es hombre muerto!

Detrás de la zeribak habían aparecido más leones, cortando la retirada. Por toda la llanura se oyeron formidables rugidos, que a cada instante aumentaban de intensidad, y a los cuales hacían eco los descomedidos y lúgubres aullidos de los chacales.

—¡Atención! —gritó de pronto Omar, dominando con su potente voz tan espantoso desconcierto.

Dos leones, los mayores y más hambrientos, avanzaban hacia la zeribak dando saltos gigantescos. Los gialabas, después de dudar un buen rato, animáronse y descargaron sus armas. Uno de los asaltantes cayó muerto, pero el otro prosiguió su carrera, atravesó la empalizada y se lanzó en medio de la zeribak, derribando al jefe de los negros y mordiéndole furiosamente en la nuca.

Oyóse un grito desgarrador, terrible, supremo. Los pialabas se lanzaron a los caballos, aullando desesperadamente; pero Fátima se arrojó sobre la fiera, que rugía de un modo espantoso mientras despedazaba horriblemente a su víctima, y le partió la cabeza con el yatagán.

No tuvo tiempo siquiera de inclinarse sobre el pobre negro muerto, pues otros leones asaltaban el recinto. Omar, a la cabeza de los más valientes gialabas, los recibió con una descarga cerrada; hirieron a tres o cuatro, mataron dos con la cimitarra y los demás se alejaron precipitadamente en distintas direcciones.

No había momento que perder si querían salvarse. Omar se acercó a Fátima que cargaba tranquilamente la carabina y le dijo:

—Señora: si no aprovechamos estos momentos de tregua para huir moriremos todos.

—¿Y adónde nos vamos a dirigir? —preguntó la almea.

—Al Norte, al Sur o a cualquier otro punto; pero es preciso huir.

—La llanura está plagada de leones.

—Los dejaremos atrás. Los caballos están asustados y correrán más que el *simoun*.

—Correremos el peligro de que nos alcancen.

—No temas. Nuestros caballos galoparán con más velocidad que los leones, te lo aseguro. Vamos, no hay tiempo que perder; todos están dispuestos a huir. Aprovechémonos.

Fátima echó una ojeada en derredor. Los leones continuaban saltando por la llanura a menos de cuatrocientos pasos de distancia de la *zeribak*, y los *gialabas* se apresuraron a ensillar los caballos.

—¡A caballo! —ordenó resueltamente.

Lanzáronse los *gialabas* sobre los lomos de los caballos, que se encabritaron, relinchando de temor, con los ojos inflamados. Tomaron las bridas, apretaron fuertemente las rodillas y empuñaron el *yatagán* y las pistolas.

—¡Atención! —gritó Fátima, aflojando las riendas—, ¡en marcha, en marcha!

Espoleados con fuerza los caballos, agolpáronse a la entrada de la *zeribak* y se lanzaron con la rapidez del rayo a través de la árida llanura. Los leones, al ver huir la presa, echaron tras ellos dando saltos.

—¡Mano a las pistolas! —ordenó la almea, que, aferrada a la crin de su atemorizado corcel, marchaba a la cabeza.

Entre caballos y leones entablóse una furiosa competencia. Los *gialabas*, inclinados sobre las sillas, castigaban con el látigo a sus cabalgaduras y les herían las carnes con el

yatagán, procurando siempre mantenerse agrupados. De vez en cuando volvían la cabeza para ver si los leones ganaban terreno, y descargaban las pistolas; pero las balas se perdían.

Al cabo de diez minutos los caballos, agotados por las carreras precedentes, comenzaron a flaquear, dando evidentes muestras de cansancio. Uno de ellos tropezó en una piedra y cayó, despidiendo a distancia al jinete; tres leones se arrojaron sobre el desdichado, despedazándole antes de que pudiera iniciar su densa.

—¡Adelante, adelante! ¡Animo! —exclamó Fátima, que no lo perdía—. Manteneos agrupados y aplicad la espuela hasta hacer sangre a los caballos. Si resistimos nos abandonarán los leones. Cuidado los últimos; no os quedéis atrás.

Un grito terrible, desgarrador, siguió a su última palabra. Otro caballo cayó al suelo, arrastrando consigo al que lo montaba. Siguieron otros cuatro y otros tantos hombres fueron despedazados; otro salió despedido de la silla, rompiéndose la cabeza contra una roca.

Fátima y Omar, cuyos caballos eran los mejores, en vista de que la salvación era imposible, soltaron las riendas dejando atrás a los demás que, locos de terror, comenzaban a desbandarse tomando distintas direcciones. El negro y la almea dirigieron hacia unas colinas, perseguidos por una docena de aquellos terribles carnívoros y haciendo fuego de vez en cuando sobre el que se hallaba más cerca.

Oíanse a lo lejos los gritos desesperados de los rezagados, que iban cayendo uno a uno, y detonaciones sin interrupción de armas de fuego.

—¡Arrea, Omar, arrea! —gritó la almea, azotando a su caballo con la empuñadura del yatagán.

Hallábanse a unos trescientos pasos de las colinas y creíanse ya a salvo, cuando el caballo de Omar rodó por tierra. El negro saltó en pie empuñando el yatagán.

—¡Auxilio, auxilio! —exclamó.

Dos leones se le echaban encima con las fauces abiertas. Fátima volvió atrás al galope en auxilio del esclavo.

—¡Auxilio, auxilio! —repetía éste.

—¡Alerta! —gritó una voz potente.

De una garganta formada por dos colinas salieron corriendo dos pelotones de soldados egipcios, los cuales descargaron los fusiles contra los leones, que se batieron inmediatamente en retirada. Fátima echó pie a tierra apresuradamente, corriendo al lado de Omar.

—¡Los egipcios! —exclamó aquélla.

—¡Gracias a Alá, Fátima! —dijo el negro, estrechándole fuertemente la mano—. Estamos a salvo.

—¿Y los *gialabas*?

—No pensemos más en ellos. Los desgraciados han perecido desde el primero hasta el último. Ven, Fátima, vamos al encuentro de nuestros salvadores y ya no tenemos nada que temer.

Los egipcios avanzaban a paso ligero con un oficial inglés al frente. Apenas llegó al lugar donde se hallaba la almea se llevó la mano respetuosamente a la gorra.

—Tengo la satisfacción de haber llegado a tiempo de salvaros —dijo alegremente.

—Gracias, comandante —dijo Fátima—, sin vos y vuestros valientes soldados habría muerto.

—Ya lo creo. ¿De dónde venís? ¿Cómo es que os encontráis en este lugar?

—Vengo de las orillas de Bahr-el-Abiad y busco a Hicks Bajá.

—¡A mi general! —exclamó sorprendido el inglés.

—Efectivamente. ¿Acampa muy lejos? Tengo que verle en seguida.

—El campamento dista unos seis kilómetros. Siento no poder acompañaros.

—Os acompañaré yo, miss —dijo un hombre vestido de blanco y con sombrero adornado con un velo verde.

—¡Caramba, tenéis razón! —exclamó el oficial—. Miss, permitidme que os presente a *sir O'Donovan*, corresponsal del *Daily News*, de Londres.

O'Donovan tendió la mano a la almea, que se la estrechó sonriendo.

—Miss —dijo el periodista del diario londinense, inclinándose ante ella—. Estoy a vuestra disposición.

CAPÍTULO III. O'DONOVAN

O'Donovan era un hombre de unos cincuenta años, alto, fornido, de rostro simpático y un poco quemado por el sol tropical, usaba barba y tenía ojos inteligentes y penetrantes.

Su vida, verdaderamente extraordinaria y novelesca, merece una breve reseña.

Nacido en Irlanda, de temperamento inquieto y valiente, fue en un principio feniano; de tal modo se comprometió en ciertas conspiraciones que hubo de refugiarse en Alemania para no caer en poder de la policía inglesa.

Al estallar la guerra franco-prusiana de 1870 alistóse en el ejército del Loira y cayó gravemente herido en el campo de batalla. Apenas curado, entró al servicio del diario londinense *Daily News*, cuyo director le confió el departamento de Asia.

Como periodista, viajó por toda la India, y luego, pareciéndole pequeña, pasó los montes y visitó el Afganistán. Volvió a Inglaterra varias veces; pero no permanecía allí más que el tiempo preciso para abrazar a los suyos y renovar el contacto con el *Daily News* y con los editores, que se disputaban las relaciones de sus viajes.

Cansado de ver afganistanos y kirguises, encaminóse cierto día, acompañado de un criado, hacia Persia; pero los persas le tomaron por un espía ruso y le encarcelaron. Trabajo le costó a O'Donovan librarse del palo; pero cuando los persas se convencieron de que era un periodista, no sólo le pusieron en libertad, sino que le colmaron de favores y atenciones y le confirieron dignidades excepcionales, y le facilitaron guías para volver a Europa por el camino de Rusia. Entonces publicó en Inglaterra el relato de su viaje, con el título de *Viaje a Merú*

, lo cual le obligó a permanecer allí algún tiempo; luego, cual verdadero judío errante, se marchó a Armenia con Muktar Bajá, para asistir a la guerra ruso-turca de 1877. Pero en Batum se batió con un francés por una bella armenia; Dervisch Bajá le ordenó que se marchase, y, en vista de que el testarudo irlandés se hacía el sordo, una buena noche ordenó que, desnudo como estaba, le cogiesen y se lo llevasen a viva fuerza, envuelto en una manta, a bordo de un barco que zarpaba para Trebisonda.

O'Donovan, que se había propuesto viajar por Oriente, volvió allí, hizo importantes exploraciones y en su último viaje se detuvo en Constantinopla, donde le esperaba una nueva desgracia.

Hallándose en un café comenzó a hablar, como si estuviese en su propia casa, del sultán y su Gobierno, censurándolos. La Sublime Puerta le hizo detener y le retuvo en prisión durante mucho tiempo. No le soltó hasta que intervino el embajador inglés; pero le prohibieron volver a poner los pies en Turquía. O'Donovan, riquísimo ya, creyó llegada la hora de descansar por espacio de algunos años; pero no fue así. Los directores del *Daily News* estimaron oportuno ampliar el Departamento de su periodista, y al Asia, añadieron África, y le ordenaron que atravesase el misterioso Continente de Este a Oeste, cuando el general Hicks hubiese sometido a los rebeldes del Sudán. Ofrecíanle cincuenta mil pesetas anuales y le abrían un crédito ilimitado para gastos; además, un editor le pagaba por anticipado, cien mil pesetas por la relación de la campaña.

El periodista, muy tranquilo, aun teniendo funestos presentimientos, después de hacer su testamento, por si acaso, tomó el camino de Egipto y se unió al ejército de Hicks Bajá, motivo por el que le encontramos al presente en el Sudán.

El oficial inglés, una vez hecha la presentación ordenó que llevasen tres caballos ensillados, en los cuales montaron

Fátima, Omar y el irlandés. También creyó oportuno proveerlos de excelentes «remingtons» y cartuchos abundantes.

—Nadie sabe lo que puede suceder —dijo—. Esos malditos insurrectos se ocultan hasta en las piedras. O'Donovan, te confío esa bella joven.

—No temas. Harry —respondió el periodista—. Llegaremos al campamento sin que nos pase nada.

—Mira bien por dónde vas, O'Donovan. Esta mañana he visto gente a caballo por la llanura.

—Tengo buena vista y, sobre todo, buenos brazos para defenderme. Adiós, Harry.

—Una palabra —dijo Fátima, alargando la mano al inglés—. Hemos dejado atrás a unos gialabas. Quizá los hayan devorado los leones, pero acaso se haya salvado alguno y pudierais llegar a tiempo de recogerle.

—Os comprendo, *miss*; enviaré a mis hombres en busca de ellos. Buena suerte.

Los tres caballos partieron al galope, con dirección al Sur, manteniéndose juntos. O'Donovan descolgó del arzón el «remington» y lo montó, invitando a sus compañeros a hacer otro tanto.

Galoparon durante diez minutos en silencio, mirando en derredor para no caer en alguna emboscada de los insurrectos; pero luego O'Donovan, que hacía ya un buen rato que observaba a Fátima, le preguntó de pronto:

—Decidme la verdad: ¿cuál es el motivo de que os encontréis en esta tierra? ¿Sabéis que todos nosotros corremos un gran peligro y que hay muchas probabilidades de que dejemos los huesos en estos desiertos?

—¿Corréis un gran peligro? —preguntó Fátima con cierta sorpresa.

—Sí, y os compadezco por haber venido a estos lugares. Grande ha de ser el motivo que os obliga a arriesgaros a venir en busca de Hicks Bajá.

—Muy grande —murmuró la almea, exhalando un profundo suspiro.

—¿Buscáis acaso a alguien?

—¿Y cómo lo sabéis?

—Lo supongo.

—Decidme, O'Donovan: ¿ha llegado al campamento Jafar Bajá?

—¿El que mandaba los refuerzos enviados por el gobernador de Jartum?

—El mismo.

—Llegó hace dos días, pero murió anteayer.

—¡Ha muerto! —exclamaron a la vez Fátima y Omar.

—Yo mismo le he visto caer juntamente con un centenar de egipcios. Habían salido para hacer un reconocimiento, rodeándoles los rebeldes, y mataron a todos. Cuando nosotros llegamos al lugar del combate expiraba Jafar Bajá, herido en el pecho de una lanzada.

—Alá le ha castigado —dijo sordamente Fátima.

—¿Qué decís? —preguntó—. ¿Era acaso Jafar vuestro enemigo?

—Me destrozó el corazón, involuntariamente quizá, pero me lo destrozó. Escuchadme, O'Donovan. ¿Habéis oído alguna vez hablar de un oficial árabe llamado Abd-el-Kerim?

El periodista se pasó varias veces la mano por la frente, como queriendo hacer memoria.

—No he oído nunca ese nombre —dijo luego.

—¿Nunca? —dijo la almea con indefinido acento de dolor—. Es imposible... buscad, buscad bien en vuestra memoria...

—Ya lo creo; tenéis que haberle visto —añadió Omar—. Llegó con Jafar Bajá, os lo aseguro.

—Os digo que no he oído nunca tal nombre.

—¡Dios mío! ¿Le habrá ocurrido alguna desgracia?... ¿Me le habrán matado?...

—No corráis tanto —dijo O'Donovan—. Tened en cuenta que somos once mil en el campamento, y que hay en él muchísimos oficiales. Quizá le haya visto, quizá haya hablado con él; pero no me acuerdo. No hay motivo para que os desesperéis.

—Tenéis razón, O'Donovan —balbuceó la almea—. Ahora, decidme: ¿habéis visto en la tienda de Hicks Bajá...?

—¿A quién?

—A una mujer.

—Una mujer... ¡Ah, sí! Recuerdo haberla visto varias veces. Era una...

—Griega —exclamó la almea, rechinando los dientes.

—Sí, en efecto; una griega llamada Elenka.

Fátima se estremeció e hizo un violento esfuerzo para refrenar la ira que le ardía en el pecho.

—Decidme: ¿está aún en el campamento?

—Hace tres días entraba en la tienda de Hicks Bajá en el momento que yo salía de ella.

—¡Ah!

Volvióse O'Donovan hacia Fátima, y al verla con el semblante descompuesto y los ojos llameantes, hizo un gesto de sorpresa.

—¿Sabéis —dijo— que me infundís curiosidad?

—Lo creo —respondió Fátima, esforzándose en vano por sonreír.

Acercó su caballo al del periodista y le dijo a quemarropa:

—Miradme bien a la cara, O'Donovan.

—Os miro y os encuentro sublimemente bella. ¿Quién sois?

—Fui la favorita de Mohamed Ahmed, el profeta del Sudán.

—¡Qué!

—Escuchadme. Cierta día abandoné a mi señor y fui a parar a Hossanieh. Un valiente me salvó de las garras de un león que iba a devorarme, y yo amé a aquel valiente como amamos los árabes: con locura.

—Comprendo.

—Era un oficial del ejército de Jafar Bajá. Un teniente griego se enamoró de mí y juró que yo sería suya. Le desprecié, y él, furioso, me denunció a Jafar Bajá como favorita del Mahdi, como espía.

—¡Ah, cobarde!

—Me separaron a la fuerza de mi amante y me llevaron a Que-tena, donde caí en poder del griego. Algunos días

después, sin embargo, conseguí escapar, e inmediatamente me puse en camino en busca de Abd-el-Kerim, el valiente a quien amaba, el héroe que me salvó la vida.

—¿A eso es, entonces, a lo que venís al campamento?

—Sí; a eso.

—¿Y si os descubren?

—¿Cómo?

—Pudiera suceder que alguno reconociese en vos a la ex favorita de Mohamed Ahmed, a quien Jafar Bajá hizo detener. Hacedme caso: andad con cuidado y no os presentéis en la tienda de Hicks Bajá.

—Es imposible. Necesito saber, cueste lo que cueste, qué ha sido de Abd-el-Kerim. Por ese hombre arriesgaría mil veces la vida.

O'Donovan le cogió la mano, y estrechándosela con ternura le dijo:

—Sois fuerte y valiente, y a mí me gustan las personas fuertes y valientes. ¿Queréis que os ayude en vuestra empresa, que yo busque a Abd-el-Kerim?

El rostro de la almea, poco antes horriblemente descompuesto, volvió a serenarse. Por sus grandes y brillantes ojos atravesó un relámpago de ternura; parecía conmovida.

—Tenéis un corazón noble —murmuró—. Me confío por completo a vos, amigo mío. ¿Qué debo hacer?

—Renunciar a presentaros en la tienda de Hicks Bajá. Os alojaréis en la mía y os proporcionaré un uniforme para que no puedan reconocer en vos a la favorita del Mahdi. Lo demás corre de mi cuenta.

—¿Encontraréis vos a Abd-el-Kerim?

—Le encontraré; os doy mi palabra.

Habían llegado a un desfiladero formado por dos colinas cortadas perpendicularmente y lleno todo él de espesos matorrales. O'Donovan detuvo su caballo.

—Pongámonos en guardia —dijo—. Aquí hay rebeldes escondidos. Fijaos bien en los matorrales.

—¿Estamos aún muy lejos del campamento? —preguntó Omar.

—Milla y media o algo menos. ¿Oís?

Oíanse a lo lejos toques de corneta y redobles de tambor. También llegaron hasta ellos algunas detonaciones.

—Adelante —dijo O'Donovan.

Los tres jinetes se internaron por el desfiladero, manteniéndose a distancia de las matas. Habrían recorrido un centenar de metros cuando vieron salir de entre los arbustos seis o siete hombres medio desnudos, armados de lanzas y escudos de piel de elefante, que comenzaron a aullar como fieras, blandiendo las lanzas.

O'Donovan descargó su «remington» contra el más próximo, el cual rodó por tierra agitando desesperadamente los brazos. Los otros emprendieron precipitadamente la huida, gritando todo lo fuerte que se lo permitían sus pulmones y saltando a derecha e izquierda para no presentar fácil blanco a las balas.

—¡A la carrera! —gritó el periodista, aguijoneando con fuerza a su caballo—. Si no nos damos prisa en salir de aquí, corremos el riesgo de vemos cercados por un millar de esos bribones. Ojo a los que puedan hallarse escondidos.

Los tres caballos se lanzaron como flechas por el desfiladero, que se estrechaba cada vez más en forma de embudo, y estaba sembrado de cadáveres de soldados egipcios e insurrectos medio descompuestos y muchos casi devorados por las fieras; el olor que despedían era irresistible. En menos de cinco minutos llegaron los tres jinetes a doscientos pasos de la salida, pero de repente detuvieron sus caballos.

—By God —exclamó O'Donovan—. Nos han cerrado el paso.

En efecto: los insurrectos habíanse juntado a la salida parapetándose detrás de las rocas y de los grupos de arbustos. Acogieron la aparición de los jinetes con indescriptible gritería levantando en alto las lanzas y cimitarras de hierro.

—Volvamos atrás —dijo Fátima—. Quizá no nos hayan cortado aún la retirada.

—Imposible —replicó el periodista—. Detrás de esos ladrones está el campamento, y, si nos volvemos, lo más probable será que nos maten.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Fátima.

—No veo otra solución que la de forzar el paso. Esos bandidos son seis o siete y no me parecen muy valientes. Soltad el yatagán y empuñad las pistolas; nos lanzaremos sobre ellos como una avalancha.

Espolearon los caballos que volvieron a partir a la carrera. Los rebeldes, viendo que se les echaban encima, pusieronse en pie, agitando las lanzas en el aire. O'Donovan, que había desenvainado la cimitarra, cayó en medio de ellos partiendo en dos la cabeza del primero que se le puso delante. Fátima y Omar descargaron sus pistolas sobre los restantes, que, en vista de lo mal que lo pasaban, se apresuraron a abandonar su puesto.

Los jinetes ganaron a escape la salida del desfiladero, dirigiéndose hacia un bosque de palmeras y mimosas que ocultaba el campamento egipcio.

—¡Adelante, adelante! —gritó O'Donovan.

A su orden siguieron un grito tremendo y algunas detonaciones. De los barrancos y desfiladeros salieron varios grupos de árabes *abú-rofs* y *bagaras*, que se lanzaron tras los fugitivos agitando frenéticamente las lanzas, las cimitarras y los escudos.

—¡A rienda suelta, Fátima! —rugió el periodista—. ¡Aplicad las espuelas! ¡Espolead bien, que ya estamos cerca del campamento!

Tras de ellos oíase el precipitado galopar de un caballo. Volvió Omar la cabeza y vio que era un jeque que se acercaba rápidamente con la cimitarra levantada en la mano derecha y la bandera del *Mahdi* en la izquierda.

—Ten cuidado, Omar —dijo Fátima con rapidez, al propio tiempo que disparaba su pistola.

Volvióse el negro y disparó su «remington» sobre el jeque, el cual dejó caer la bandera. Intentó enderezarse sobre los estribos y echar mano a la cimitarra, pero le faltaron las fuerzas y cayó pesadamente al suelo con la cabeza cubierta de sangre.

Los rebeldes, al ver caer a su jefe, detuviéronse sin saber qué hacer. Algunos de ellos siguieron avanzando con intención de matar a Omar, que se había quedado atrás; pero una descarga de «remington» que derribó al más próximo y los seis tiros del revólver del periodista les decidieron a volver la espalda y refugiarse en el desfiladero.

—¡Adelante, Omar, que ya estamos cerca del campamento! —gritó O'Donovan, volviendo a cargar el revólver.

Los tres caballos ganaron el bosque en otra carrera, tomando por un sendero en que se veían perfectamente señaladas las ruedas de los cañones, y deteniéndose poco después ante un grupo de cabañas, en torno a las cuales vivaqueaban varias compañías de negros de Etiopía.

—Alto —mandó O'Donovan—. Hemos llegado a Kassegh.

CAPÍTULO IV. EL EJERCITO EGIPCIO

Kasghill es una pequeña aldea que dista tan sólo una jornada de El-Obeid, la capital del Cordofán.

Compónese esta aldea de un pequeño grupo de miserables tuguls, rodeados de algunos pozos, y habitados en otro tiempo por un puñado de árabes. Apenas llegado allí Hicks Bajá habíala hecho ocupar por varias compañías de negros, a fin de tener a raya a los rebeldes que rondaban aquellos lugares y hacer de ella, si era preciso, la base de sus operaciones contra El-Obeid.

O'Donovan, después de confiar los caballos a unos soldados, apresuróse a conducir a Fátima y Omar a una cabaña, que inmediatamente fue desalojada por los que la ocupaban, e hizo llevar cerveza *herissak* y un poco de *durah* cocido.

—Os quedaréis aquí —dijo—, y mientras vaciáis esta botella de cerveza, iré a decir dos palabras al comandante de la guarnición, que es amigo mío.

—¿Y cuándo iremos al campamento? —preguntó Fátima, sin poder disimular su impaciencia.

—Dentro de media hora estaremos en él, y hasta es posible que podáis ver a Hicks Bajá sin que os reconozcan.

El periodista salió apresuradamente, perdiéndose de vista entre las tiendas de los egipcios. Copiar y Fátima, una vez solos, cambiaron una mirada.

—¿Qué te parece ese hombre, Omar? —preguntó la almea.

—Creo que podemos fiar en él —respondió el negro.

—¿Crees tú que encontraremos a Abd-el-Kerim?

—Así lo espero.

—Pero O'Donovan no le ha visto nunca ni ha oído pronunciar su nombre. No sé, pero tengo un mal presentimiento.

—A mí me parece la cosa más natural que O'Donovan no le haya visto. Once mil hombres no son un centenar de ellos.

—Sin embargo, ha visto a la griega —dijo Fátima, llena de cólera.

—Una mujer siempre llama más la atención, y más aún si Elenka frecuenta la tienda de Hicks Bajá.

—No volverá más a ella, te lo juro, Omar. Apenas lleguemos al campamento la buscaré y la apuñalaré allí donde la encuentre.

—No harás tal, Fátima —dijo el negro con voz firme.

—¿Por qué?... ¿Quién me lo va a impedir? —preguntó la almea con ímpetu salvaje.

—Porque correrías el riesgo de que te prendieran.

—¿Y qué me importará eso, una vez que la haya matado?

—Te descubrirían y, reconocida como la favorita del Mahdi, quizá te fusilasen al momento. Estos ingleses no gastan bromas.

—Seré prudente, Omar.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Déjala por mi cuenta. La cogeré, la arrastraré lejos del campamento y la entregaré atada en tus manos.

—¡Ah! —exclamó la *almea* con acento feroz—. Cuando pienso en que la he de ver a mis pies helada por la muerte, salta en mi pecho el corazón lleno de alegría y siento un gozo hasta ahora desconocido. ¡Ah, qué hermosa es la venganza!

—Silencio, Fátima, que viene O'Donovan —dijo Omar.

En efecto, O'Donovan entró seguido de un negro que llevaba al hombro un paquete de vestidos.

—¿Qué nos traéis? —preguntó Fátima con cierta indiferencia.

—Lo preciso para entrar en el campamento sin despertar sospechas —respondió O'Donovan despidiendo al negro.

—¿Con esos uniformes puestos, quizá?

—Sentaos y escuchadme.

O'Donovan llenó una taza de cerveza y la bebió de un trago; luego, sentándose delante de Fátima y Omar, les dijo:

—Amigos míos, en tiempo de guerra es peligroso hacer entrar en un campamento a personas desconocidas.

—Eso es verdad —dijo Fátima.

—He mandado traer uniformes de *bachi-bozucs*, y creo que disfrazados de soldados sea fácil entrar y salir en el campamento.

—¡Ah! —dijo Omar, echándose a reír—. ¿Queréis vestimos de *bachi-bozucs*?

—En efecto.

—¿A mí también? —preguntó Fátima.

—A vos con mayor motivo que a vuestro compañero.

—Ridícula ocurrencia.

—De ningún modo; a mí me parece prudente precaución.

—Se conocerá a la legua que soy una mujer.

—No tan fácilmente como creéis. Tenéis buen porte y rostro audaz. Ea, démonos prisa.

O'Donovan desató el lío, sacando seis o siete uniformes de oficial *bachi-bozucs*, con sus turbantes y cimitarras. Fátima no dudó en escoger el que mejor se adaptaba a su talle.

Retiróse a un cuarto contiguo y comenzó a vestirse; ajustóse las polainas de piel de cabra, púsose los largos pantalones rojos y la casaca recamada de plata, ciñóse la ancha faja, entre la cual pasó el yatagán y las pistolas, y se recogió el pelo, haciéndose un moño que escondió por completo bajo un gran turbante verde. Colgóse la cimitarra y volvió al lado de sus compañeros con la diestra arrogantemente apoyada sobre la empuñadura, erguida la cabeza.

—¡Ay, qué oficial tan guapo! —exclamó O'Donovan—, *By God*. No recuerdo haber visto en Oriente un *bachi-bozuc* tan admirable.

—¿Estáis seguro? —dijo sonriendo la almea.

—Os lo juro. Si yo fuera Hicks Bajá os daba al momento el mando de un escuadrón de caballería.

—¡Guasón!

—Y estoy seguro de que lo mandaría mejor que algunos oficiales —añadió Omar, que terminaba de vestirse.

—¿Estáis seguro que no conocerán que soy mujer?

—Segurísimo.

—Apresurémonos, pues, a ir al campamento. Me urge hablar con Hicks Bajá.

—¿Queréis verdaderamente ver al general?

—Sí; me presentaréis como vuestro ayudante de campo o cualquier otra cosa semejante.

—Me ponéis en un compromiso.

—¿Por qué? ¿Teméis que os haga traición?

—No es eso; pero...

—¿Qué es entonces? Decídmelo en seguida, quiero saberlo.

—Si Hicks Bajá..., si os diese alguna noticia sobre Abd-el-Kerim... Quién sabe, pudiera suceder que esa noticia no fuera muy agradable...

—¿Sabéis vos algo, acaso?

—No; no sé nada, os lo juro.

Alteróse el rostro de la almea horriblemente y permaneció muda por algunos momentos, oprimiéndose el corazón con las manos.

—Soy fuerte —dijo al fin, irguiéndose con fiereza— y estoy dispuesta a todo. Llevadme ante Hicks Bajá.

—Si estáis dispuesta a todo, vámonos allá.

Pusiéronse el «remington» en bandolera y salieron del tugul, internándose por entre las tiendas. Al ver salir dos oficiales bachi-bozucs en vez de un hombre y una mujer, los egipcios se miraron sorprendidos, sin acertar a dar crédito a sus ojos; pero O'Donovan no les dejó mucho tiempo para pensarlo.

—Vamos por este sendero —dijo—; estos soldados se han percatado del cambio.

—Quizá mi porte no parezca el de un soldado —murmuró

Fátima.

—No es por eso. Se han dado cuenta porque os vieron entrar y sabían que en el tugul no habla ningún bachi-bozuc. Además, poco importa.

Siguiendo un senderito que bajaba serpenteando por el declive de una colina llegaron en breve tiempo al límite del bosque. Fátima y Omar se detuvieron sorprendidos del grandioso espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

A doscientos metros del lugar en que se hallaban, en una inmensa llanura ondulada sembrada de pequeños grupos de palmeras acampaba el ejército egipcio mandado por los bajaes Hicks y Aladino, y compuesto de once mil hombres o más.

Imaginaos unas cuatro mil tiendas situadas en el mayor desorden, al capricho de sus ocupantes, en pie las más, otras por tierra, rotas, remendadas, blancas o de color, estrechamente agrupadas algunas, distantes otras entre si cien pies, encaramadas sobre las arenosas colinas o colocadas sobre peladas rocas. En medio elevábanse con un poco más de orden las de los oficiales, las del Estado Mayor y la del general, sobre las cuales ondeaban banderas egipcias hechas jirones.

Por todas partes veíanse soldados, tendidos los más en el suelo o acurrucados como gatos al sol, sentados otros junto al fuego, ocupados en preparar el rancho, otros ejercitándose en el tiro al blanco; entre ellos los habla egipcios, negros, turcos, bachi-bozucs, europeos, todos vestidos de diferente manera. Por todas partes habla pabellones de fusiles que refulgían bajo los tórridos rayos solares, cañones, tambores, barriles de municiones, y en medio de todo ello, caballos, mulos y camellos que relinchaban o mugían, formando con las voces de los hombres un guirigay ensordecedor, continuo, semejante al fragor del mar en tempestad.

—¡Cuántos hombres! —exclamó Omar—. ¡Qué Jaleo, qué confusión, cuántas armas, cuántas tiendas, cuántos animales!

—Muchos, sí; pero pocos —dijo O'Donovan exhalando un suspiro.

—¿No os parecen suficientes?

—Para el *Mahdi* son aún pocos.

—¿Lo creéis así? —dijo Fátima.

—Sí, amiga mía; no bastan estos hombres para vencer al león del Sudán. Ea, vamos a ver a Hicks Bajá.

—¿Cuál es su tienda?

—Aquella que se ve en medio.

—¿Y aquella?...

—¿Cuál?

—Vamos allá —murmuró Fátima, mordiéndose los labios.

Entraron en el campamento, atravesaron aquel laberinto de tiendas, hombres y animales, y media hora más tarde deteníanse ante la tienda de Hicks Bajá, a la puerta de la cual vigilaban dos centinelas.

—Anuncíame al general —dijo O'Donovan a uno de ellos.

—¿Nos recibirá? —preguntó Fátima, visiblemente alterada.

—Ya lo creo —respondió el periodista—. Sed fuerte.

—Lo soy.

—Tened en cuenta que un solo gesto puede traicionaros y aun perderos. El general no toleraría en su campamento una favorita del *Mahdi*.

—Ya os he dicho que estoy dispuesta a todo. No tengáis cuidado.

En aquel momento salían de la tienda dos oficiales, que saludaron respetuosamente al periodista, el cual les devolvió el saludo.

—¿Quiénes son? —preguntó Fátima.

—El capitán de Estado Mayor Farquard y el barón Cettendorfs. Dos hombres de hierro, sobre todo el primero.

Volvió el centinela anunciando que se les esperaba. O'Donovan oprimió los brazos de sus compañeros, como para recomendarles prudencia, y luego los condujo dentro.

En medio de la tienda estaba sentado el general Hicks con algunos planos extendidos sobre las rodillas.

Era hombre de buen aspecto, robustísimo, a pesar de tener más de cincuenta años; de facciones algo duras, el rostro quemado del sol y arrugado de la fatiga, sombreado por una barba algo larga, lisa, rayada por algunos pelos blancos.

Hicks Bajá era un soldado en el verdadero sentido de la palabra, que salido de la nada, y gracias a su intrepidez, a su energía y a su talento, había llegado, paso a paso, a general.

Había ingresado en el ejército de la India en 1848. Después de haber combatido en casi todas las batallas de la gran insurrección india, fuese a Abisinia para tomar también parte en la guerra contra el rey Teodoro, siendo de los primeros que entraron en Magdala.

Retiróse a Inglaterra con el grado de mayor, y nombrado más tarde coronel, volvió a partir a principios de 1883 para Suakim, a fin de tomar parte en la expedición al Sudán.

Nombrado comandante supremo de la expedición en 13 de febrero, abandonó Suakim con un Estado Mayor compuesto

de doce oficiales europeos: diez ingleses y dos alemanes.

Llegó a Jartum, donde organizó el ejército, incorporando a él árabes, egipcios, etíopes y bachi-bozucs, y el 9 de septiembre comenzó la campaña con 6000 infantes, 4000 bachi-bozucs, 22 cañones, algunas ametralladoras, 590 caballos y 5500 camellos.

Debían avanzar a lo largo del río Blanco, construyendo seis fuertes para mantener la comunicación, y en octubre o noviembre presentar batalla a las hordas del Mahdi.

Derrotó a los rebeldes en el fuerte de Kawa, y pocas semanas más tarde volvió a vencerlos; pero estas victorias a nada conducían.

Atacado continuamente, mal organizado, sin comisariado, sin medios suficientes de transportes, sin dinero, el ejército había de desmoralizarse pronto.

Hicks Baja habíase mantenido firme, a pesar de todo, y desafiando impertérrito las lanzas de los Mahdistas, el hambre, la sed y el calor, había conseguido al fin llegar a El-Dhuem.

Reorganizado en lo posible el ejército, habíase metido de nuevo en campaña, resuelto a apoderarse de El-Obeid, la capital del Mahdi, salvando nuevos obstáculos y haciendo frente a peligros sinnúmero. Los soldados sucumbían a la fatiga, los pozos estaban llenos de cadáveres putrefactos, que los rebeldes echaban en ellos con toda intención; tenían pocos camellos, y los enemigos eran cada vez más encarnizados.

Solamente el primer día de marcha había perdido siete oficiales, cincuenta soldados y otros tantos camellos, víctimas del insufrible calor.

El 10 de octubre, tras continuas escaramuzas, llegaba a Sangre-Hamferid, y a últimos del mes acampaba su ejército, agotado, desmoralizado, en Kassegh, esperando el momento oportuno de lanzarse sobre El-Obeid y apoderarse de ella.

CAPÍTULO V. EL ESCLAVO DE ELENKA

Hicks Bajá, apenas vio entrar a O'Donovan y a sus acompañantes, salió solícito a su encuentro con una bondadosa sonrisa en los labios. Saludó militarmente a los dos oficiales *bachi-bozucs*, los cuales devolvieron el saludo con soltura y estrechó la mano que le alargaba el periodista.

—¿Dónde diablos habéis andado?... —preguntó alegremente el general—. Hace seis días que no os dejáis ver por mi tienda, querido amigo, y comenzaba a temer que os hubiese sucedido cualquier desgracia.

—Aún no, general —dijo O'Donovan sonriendo—. He hecho una excursión a las avanzadas para ver cómo andan los asuntos.

—¿Y qué habéis visto?

—Ante todo, he encontrado a estos dos oficiales que conocí en Jartum, los cuales venían en busca de vuestro ejército para alistarse en él. Quieren combatir contra las hordas del Mahdi.

—¡Ah! —exclamó el general, mirando atentamente a los dos falsos oficiales—. ¿Venís exclusivamente para luchar contra el Mahdi?

—Sí, general —dijo Fátima.

—¿De dónde venís?

—Del Bahr-el-Abiad.

—¿Habéis encontrado insurrectos por el camino?

—Nos han acosado diez o doce veces.

—Habéis necesitado valor y constancia, amigos míos, para llegar hasta aquí, atravesando un país sublevado. ¡Ah! ¿Queréis batiros? Pues os batiréis muy pronto.

—¿Se prepara la marcha acaso? —preguntó O'Donovan.

—Para dentro de unos días —respondió el general, quedándose de pronto pensativo—. ¿Sabéis, O'Donovan, que nos encontramos en una situación que puede llamarse desesperada? Si no entramos lo antes posible en El-Obeid, corremos el riesgo de terminar la campaña con una catástrofe.

—Pues ¿qué ocurre?

—Que el ejército parece de hambre y sed. Ya no quiere obedecer mis órdenes; se queja de que le falta todo; dicen que así no es posible seguir, que basta ya de guerra y que quieren volver a casa.

—En tales casos se recurre a medios extremos para reducirlos a la obediencia.

—Y si se rebelan...

—Se fusila a los rebeldes.

—Con el bajá Aladino es imposible fusilar a nadie. Hace unos días disparó un circasiano su fusil contra un oficial bachi-bozuc, siendo un verdadero milagro que no le matase. Quise hacerle pasar por las armas, pero se opuso Aladino y tuve que ceder. ¿Cómo es posible hacerse obedecer con tales ejemplos?

—Pero ¿no sois vos el jefe superior del ejército?

—Sí, soy yo; pero sólo nominalmente —dijo con amargura el general—. Se me odia, se murmura diciendo que conduzco al

ejército a la ruina, que no sé mandar, que trato a los egipcios como si fueran perros. Soy inglés, y ya sabéis cuánto nos odian los egipcios. Hace tiempo que estoy arrepentido de haberme puesto al frente de estos miserables, os lo juro.

—¿Cuándo marchamos sobre El-Obeid?

—En cuanto me haya puesto de acuerdo con Aladino. Yo quiero marchar por la llanura, él quiere seguir el camino de la montaña, y entretanto, se pierde tiempo y el peligro crece.

—¿Dónde se halla el ejército del *Mahdi*?

—¿Quién lo sabe? Los gulas nos hacen traición, los espías se contradicen; en realidad no sabemos nada. Y, para mayor desgracia, anoche desertó un alemán que dicen se ha pasado al *Mahdi*.

—¿Quién es ese traidor? —preguntó O'Donovan indignado.

—Vuestro criado.

—¿Cómo?... Gustavo Klootz. ¡Rayos y truenos! Es imposible.

—Os lo digo yo, O'Donovan.

El periodista descargó tan fuerte puñetazo sobre una silla, que, no resistiendo el golpe, hízose pedazos.

—¡Miserable Klootz! —rugió—. ¡Quién hubiese dicho que aquel jovencito había de ser un traidor! Aún me resisto a creerlo.

—Pues es verdad; anoche desapareció.

—Quizá le hayan matado.

—No; algunos espías le han visto entrar en el campamento de Ahmed.

—Entonces estamos perdidos. El miserable contará al *Mahdi* que nuestras tropas están indisciplinadas y que nos falta

todo.

—Eso es seguro —dijo el general.

—¿Se atreverá el *Mahdi* a atacarnos?

El general movió la cabeza.

—Quizá sea mejor —dijo, tras algunos momentos de meditación—. Mi deseo es que se dé la batalla, porque únicamente la victoria puede salvarnos.

—¿Y si perdemos en vez de ganar?

—Dios no lo permita, porque, de ser así, ni uno de nosotros escapará a la muerte.

El general frunció el ceño, inclinó la cabeza sobre el pecho, cruzó maquinalmente los brazos y se puso a pasear, presa de malos presentimientos.

En la tienda reinó el más profundo silencio durante algunos minutos.

De pronto, sintió O'Donovan un golpecito en un codo. Volvióse y vio a Fátima, que le miraba con ojos suplicantes; en seguida comprendió lo que deseaba.

—General —dijo.

Hicks Bajá levantó la cabeza, interrumpiendo sus paseos.

—¿Tenéis algo que decirme? —preguntó distraído.

—¿Conocéis a los oficiales que trajo Jafar Bajá?

—A todos.

Fátima se acercó más aún a O'Donovan. Retuvo la respiración y se oprimió el pecho con las manos, como si quisiera imponer silencio a los precipitados latidos de su corazón.

—General —continuó el periodista—: ¿Conocisteis a un teniente llamado Abd-el-Kerim?

Hicks Bajá le miró en silencio, pasándose la mano izquierda por la frente, como tratando de hacer memoria.

—¿Un árabe? —dijo al fin.

—Sí; un árabe —exclamó Fátima con vehemencia.

—Era alto, de noble aspecto, pelo y bigote negros...

—Sí; el mismo, el mismo... —balbuceó la almea.

—¿Le conocíais vos también?

—Era... era un amigo mío.

—¡Ah! —dijo el general—. Le conocí en Duhem, al mismo tiempo que al capitán Hassam.

La almea retrocedió algunos pasos tambaleándose, como herida por un rayo. O'Donovan la agarró por un brazo, oprimiéndoselo con fuerza. Ella procuró dominarse, comprendió el peligro que corría, el abismo en que estaba a punto de caer.

—¿Qué ha sido de ellos? —preguntó O'Donovan, atrayendo la atención del general—. ¿Los han matado acaso?

—Cayeron en una emboscada apenas salidos de Duhem. Al capitán Hassam le mataron de tres lanzadas; el otro...

—¿El otro? —preguntó Fátima con voz ahogada.

—Fue hecho prisionero por los insurrectos.

—¡Dios mío! —suspiró la almea.

Dio un grito desesperado, desgarrador, llevóse las manos a la cabeza y cayó en los brazos de Omar. O'Donovan palideció

como un muerto; creyó que todo se iba a perder.

—¿Qué le pasa? —preguntó el general acercándose.

—No es nada, mi general —dijo O'Donovan, interponiéndose—. Abd-el-Kerim era su... era su hermano.

—¡Ah, desgraciado!... Desabrochadle el vestido, a ver...

—No es nada, os lo repito; no es nada.

—Llamad al capitán médico —replicó el general, intentando aproximarse a la desvanecida almea—. Dejadme a ver si yo puedo hacer algo.

—Le llamaré más tarde, general; no os preocupéis; permitid que le lleve a mi tienda. Anda, Omar, llévatele.

El negro, viendo acercarse al general y comprendiendo el gran peligro que corría la almea si era descubierta, apresuróse a echarle el turbante sobre los ojos, y luego, tomándola en sus brazos, salió corriendo de la tienda.

—Permitidme que les siga, general —dijo O'Donovan, sintiendo quitársele un peso de encima—. Ese pobre oficial ha recibido un golpe terrible.

—Andad con Dios, O'Donovan; pero podíais haberle dejado aquí.

El periodista hizo como que no le oía y corrió tras el negro.

—¡Ah, qué desgracia!... —exclamó Omar con los ojos arrasados en lágrimas—. ¡Pobre amo!...

—Cuidémonos ahora de Fátima, luego pensaremos en él, Omar —dijo el periodista—. Llévemola a mi tienda.

A los pocos minutos entraban en la tienda, que se hallaba a quinientos pasos de la del general. O'Donovan colocó a Fátima sobre una manta, le soltó los vestidos y la examinó

detenidamente durante algunos instantes.

—¿Qué? —preguntó el negro con voz entrecortada.

—Nada, Omar. Está desvanecida; pero no tardará en volver en sí. Esta mujer es demasiado fuerte para permanecer así mucho tiempo.

Pidió su vasija de agua y roció con ella el rostro de la accidentada. No tardó en salir un suspiro de sus labios, seguido de un sollozo desgarrador, ronco, ahogado.

O'Donovan le vertió en la boca unas gotas de *merissak*; la almea abrió desmesuradamente los ojos y se sentó, mirando en derredor con extravío.

—¡Abd-el-Kerim!... ¡Abd-el-Kerim! —balbuceó con desesperación—. ¿Dónde está Abd-el-Kerim? ¡Oh, Dios mío!

—Fátima, valor —dijo O'Donovan conmovido—. Sed fuerte.

—Señora, no te desesperes así —sollozó Omar—. Procura ser fuerte.

—Amigos míos..., tengo el corazón herido...; tengo destrozada el alma... ¡Abd-el-Kerim, mi adorado Abd-el-Kerim! ¡Todo se ha perdido..., ya no hay esperanza!... ¡Ay, suerte cruel!...

Ahogóle la voz un sollozo y rompió a llorar, escondiéndose el rostro entre las manos. Casi inmediatamente fue presa de un acceso de delirio.

Tirábase del pelo, arañábase, rodaba por tierra, como si estuviera loca. O'Donovan y Omar trabajaron lo indecible para retenerla sobre la manta.

—¡Abd-el-Kerim! —gritaba la desventurada con los ojos fuera de las órbitas—. ¡Abd-el-Kerim! ¿Dónde estás? Déjame que te vea, déjame que te abrace, déjame contemplarte. ¿Dónde

estás? Ven a mi lado, al lado de tu Fátima que tanto te ama: ven a mis brazos... ¡prisionero! Me dicen que has caído prisionero. No; no es posible, no es verdad. Me han engañado... Pero ¿por qué no vienes? ¡Ah! ¿Será verdad que los rebeldes te han hecho prisionero, que te han llevado?... ¡Maldito sea el Mahdi!

Retorcióse aún durante algún tiempo, aullando y rugiendo como una fiera, mordiéndose los labios, oprimiendo con frenesí los brazos de O'Donovan y de Omar, que se esforzaban por sujetarla; luego, con repentino movimiento, sentóse con las manos tendidas hacia delante.

—¡Ah! —prosiguió, comenzando a reír, nerviosamente—. Eres tú... otra vez vuelves a presentarte ante mí... Siempre tú, mujer maldita, monstruosa criatura, horrible aparición... ¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres de tu víctima?... ¡Te odio, te odio!... Tengo sed de sangre. ¡Ah, si te pudiese aniquilar!...

Cerró los ojos y apretó los puños. Poco después se calmó, cayendo en una especie de sopor.

—¿A quién se refiera? —preguntó O'Donovan—. ¿Quién es esa monstruosa criatura a quien tanto odia y que tanto le asusta?

—Delira —respondió Omar—, no sé quién será. ¿Se repondrá de este terrible golpe?

—Te repito que no será nada —respondió O'Donovan—. Cuando vuelva en sí estará mucho mejor.

—¿Y qué será de mi pobre amo? ¡Ah! ¡Qué desgracia! ¿Habrá muerto? ¿No le volveremos a ver más?

—Temo que todo haya terminado para él —murmuró O'Donovan, dejando escapar un suspiro—. ¡Pobre muchacha!...

—¿No quedará alguna esperanza? ¿Ni siquiera la menor probabilidad de poderle volver a ver algún día?

—Quizá, Omar. Si tenemos la suerte de vencer a las hordas del Mahdi y entrar en El-Obeid, quién sabe si le hallaremos entre los prisioneros.

—Entonces, ¿creéis que puede vivir aún?

—Lo que sé es que algunos oficiales egipcios que cayeron en poder de los insurrectos, en lugar de ser decapitados o fusilados, fueron nombrados jefes de tribu.

—¿Eso es verdad?

—Completamente, amigo mío. El Mahdi necesita oficiales que instruyan a sus hordas, que se hallan desorganizadas.

—¡Cuánto bien me hacen esas palabras!

—No te hagas ilusiones, amigo mío.

—No me hago ilusiones; es que tengo esperanza.

—Ahora, cállate. Levanta un poco el lienzo de la tienda, porque aquí se abrasa uno.

Omar obedeció; pero apenas había levantado la tela dio un grito feroz. Retrocedió bamboleándose como un borracho, con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Ah! —exclamó con voz ahogada.

—¿Qué te pasa? —preguntó O'Donovan sorprendido—. ¿A quién has visto?

El negro no respondió. Seguía encorvado, mirando hacia fuera con el terror impreso en su semblante, oprimiendo convulsivamente con las manos las culatas de sus pistolas. Parecía como si se dispusiese a lanzarse fuera de la tienda.

—Por amor de Dios, ¿qué has visto? —preguntó O'Donovan, que no comprendía el porqué de tan viva emoción—. ¿Qué te

ha pasado? ¿Por qué te asustas? ¿Viene acaso Hicks Bajá?

—Silencio —balbuceó el negro—. Quedaos aquí; yo tengo que salir.

—¿Para qué? ¿Adónde quieres ir?

—He visto una persona que no esperaba ver aquí. Eso es todo. Volveré dentro de veinte minutos.

—¿Y tanto pavor te infunde esa persona?

—No; es que me ha sorprendido.

Cogió el negro una capa, envolvióse en ella de pies a cabeza, teniendo cuidado de cubrirse parte del rostro, y salió.

Tendía ya la noche su negro manto sobre la inmensa llanura arenosa. En el cielo brillaban las estrellas, y en el horizonte levantábase el astro de las noches serenas, el cual iluminaba fantásticamente aquel caos de tiendas, caballos, camellos, hombres, fusiles, cañones y banderas.

Veíase encender fuego por todas partes para preparar el rancho de la noche; por doquier se divisaban grupos de árabes, negros, egipcios, turcos y circasianos, que se referían recíprocamente las aventuras del día, fumando el *nargullé* y el *chibuc*; por todas partes iban y venían caballos y mulos, llevados a beber a los pozos.

Oíase un ruido, un murmullo, un charloteo; mugidos y relinchos, dominados, si acaso, por las plegarias de los devotos, o por cánticos y sonidos de panderetas, o por el fragoroso redoble de tambores o por algún toque inesperado de corneta, y, a menudo, por alguna descarga hecha por las compañías que ocupaban las avanzadas, al verse atacadas por tiradores insurrectos.

Omar, después de haber echado una rápida mirada en derredor y haber dudado un instante, internóse por entre dos

filas de tiendas, saltando por encima de los soldados que dormitaban tendidos en el suelo. Un minuto después deteníase ahogando a duras penas un grito de furor.

Delante de él, embozado en un largo taub, caminaba un negro de colosal estatura, con un «remington» puesto en bandolera. Aunque era de noche y la capa cubría una gran parte del rostro de aquel hombre, Omar le reconoció al momento.

—Takir —exclamó con voz sorda—. ¿Qué hace aquí el esclavo de Notis? Te encuentro en mi camino, el Profeta lo quiere: eres hombre muerto.

Una feroz sonrisa, una sonrisa de tigre, asomó a los labios del esclavo de Abd-el-Kerim. Llevó su mano a la empuñadura de la cimitarra, acariciola complacido y siguió al nubio como si fuese un oficial en servicio de inspección.

En poco tiempo pasó Takir el límite de las tiendas y llegó a las avanzadas, donde se detuvo algunos instantes a cambiar algunas palabras con los centinelas. Omar le oyó preguntar por la posición que ocupaban los rebeldes y si rondaban el campamento por aquel lado. Recibida una respuesta negativa, púsose el nubio el «remington» bajo el brazo, salió del campamento y se internó en un bosque de palmeras.

—¿Adónde irá? —murmuró Omar—. Sigámosle.

Esperó a que el nubio se alejase unos cien pasos; después se arrojó a-1 suelo y comenzó a arrastrarse por entre las matas y las piedras con extraordinaria habilidad, sin producir el más leve ruido. Una vez en el bosque, levantóse y se acercó al nubio, que caminaba mirando con precaución a derecha e izquierda. Disponíase a apuntarle con el fusil cuando vio que Takir se detenía y daba un tenue silbido.

«¿A quién esperará?», díjose Omar frunciendo el ceño.

Ocultóse entre un espeso grupo de acacias gomíferas y

esperó empuñando las pistolas.

Al cabo de cinco minutos salió de entre los matorrales un negro casi desnudo, armado de una corta lanza y defendido por un escudo de piel de elefante. Acercóse al nubio, que se había arrimado al tronco de una palmera con el fusil preparado.

—¿Eres tú, Tepele? —preguntó Takir.

—El mismo, Takir —respondió el negro, en el cual reconoció Omar a un guerrero del *Mahdi*.

—¿Qué has averiguado?

—Nada hasta ahora. Unicamente sé que fue hecho prisionero por el *jeque Tell-Afab*.

—Entonces, ¿vive aún?

—No puedo asegurártelo todavía. Mañana hablaré con un árabe que presenció el combate y acompañó al *jeque al Sur*.

—¿Podremos tener siquiera alguna esperanza?

—Ni hay que tener esperanzas ni perderlas tampoco —dijo Tepele—. Me parece, sin embargo, que a Abd-el-Kerim no le han matado. Necesitamos oficiales que organicen nuestras tribus y las enseñen a luchar contra los egipcios.

—¿Cuándo podré saber si vive aún o si ha muerto?

—¿Ves aquel *tugul* que está allí delante, sobre aquella colina?

—Lo veo.

—Mañana a medianoche ve allá y lo sabrás todo.

—¿Y los rebeldes?

—Mañana temprano abandonaremos estos lugares y nos colocaremos detrás del ejército egipcio. En estos contornos no habrá nadie. Ahora, dame los tálers si los has traído.

El nubio le entregó una bolsa.

—Aquí tienes cien tálers —dijo Takir—. Mañana por la noche iré con mi ama al tugul y recibirás otros tantos.

—Alá te guarde, Takir.

—El Profeta te guíe, Tepele.

Alejóse el rebelde corriendo como un antílope. Takir, después de quedarse unos momentos inmóvil, pensativo, encaminó sus pasos hacia el campamento, poniéndose el fusil a la espalda.

No había aún recorrido diez metros cuando del grupo de acacias partió un tiro de pistola. El nubio dio un salto gigantesco, rugiendo de dolor, y cayó en tierra, atravesada una pierna por una bala. Antes de que pudiera incorporarse y prepararse a la defensa, echósele encima Omar con el yatagán en la mano.

—Mírame a la cara, Takir —díjole al oído el esclavo de Abd el-Kerim.

—¡Omar! —exclamó con profundo terror el nubio.

—Sí; Omar en carne y hueso, que ha venido al campamento para vengar a la desdichada Fátima.

—Perdón —balbuceó Takir, sintiendo helársele la sangre—. Perdón, Omar.

El negro le miró con profundo desprecio.

—¡Ah! ¿Temes a la muerte? —díjole sonriendo burlonamente.

—Soy joven aún. Déjame vivir y seré tu esclavo.

—Cobarde... Oyeme, Takir: puedes rescatar tu vida respondiendo a todo lo que yo te pregunte y haciendo lo que te ordene.

—Estoy pronto a obedecerte; pero déjame vivir: la muerte me infunde miedo.

—Está bien. Ante todo dime cómo cayó prisionero Abd-el-Kerim.

—Fue apresado cuando hacía un reconocimiento en los alrededores de El-Duhem.

—¿Qué ha sido del capitán Hassam?

—Los rebeldes le cortaron la cabeza.

—¿Qué has venido a hacer aquí? Te he visto hablar con un insurrecto.

—Quería saber si Abd-el-Kerim vivía aún o había muerto.

—¿Tanto te interesa saberlo? —preguntó Omar con ironía.

—A mí, no; a mi ama.

—¿A Elenka? ¿Dónde está esa mujer? ¿Dónde tiene su tienda?

El nubio no respondió y miró a Omar con extravío.

—Takir —díjole en tono sombrío Omar—. Tu vida está en mi mano; si callas te la arranco.

—¿Qué quieres hacer con mi ama? ¡Oh! ¡No la toques, Omar!

—Haré de ella lo que me plazca. ¿Dónde está su tienda?

—Hállase a cuatrocientos pasos de la de Hicks Bajá.

—Cuidado, Takir —dijo gravemente Omar—, si me engañas, te parto el cráneo.

—Ya lo sé, y por eso no me atrevo a engañarte Te diré más: sobre la tienda ondea una pequeña bandera griega.

—¿A quién tiene Elenka en su compañía?

—A nadie. Los dongoleses que la acompañaban han muerto.

—¿Conoce el tugul que te indicó Tepele?

—¿Cómo conoces a Tepele?

—Te he visto hablar con él y he oído su nombre, Responde: ¿conoce aquel tugul?

—Sí; hemos estado ya otra vez allí.

Omar sacó del bolsillo un trozo de papel y un lápiz.

—Escribe lo que te voy a dictar —dijo al nubio.

—Quieres perderme, Omar.

—Si te niegas, sí que te voy a perder para siempre —dijo Omar.

Comprendió el nubio la amenaza y escribió, según Omar se lo iba dictando, lo siguiente:

Señora:

No puedo ir al campamento porque estoy prisionero de los insurrectos. Mañana a medianoche id al tugul que ya conocéis. Tepele os dará informes precisos sobre la suerte de Abd-el-Kerim.

Takir.

Omar tomó el papel, leyólo y luego lo guardó cuidadosamente en el pecho.

—Takir —dijo a continuación—: Reza una oración.

El nubio miró a Omar aterrorizado, viéndole con el yatagán en alto.

—¿Por qué quieren que rece una oración? —díjole con temblorosa voz.

—Porque dentro de un minuto te presentarás ante el Profeta.

—Perdón... perdón... Me habías prometido no matarme... Perdón, ten piedad de mí, Omar.

—Si te dejo vivir puedes hacerme traición y convertir en humo todos mis proyectos. Reza lo que sepas, Takir, que tengo prisa.

—¡Alá, ayúdame! ¡No me mates, soy joven aún! ¡Piedad, Omar!
—balbuceó el nubio sin sangre ya en las venas.

—Di una oración —rugió furiosamente Omar.

El nubio dio un grito de desesperación e intentó, mediante una violenta sacudida, derribar a Omar; pero le faltaron las fuerzas y volvió a caer al suelo con los ojos extraviados.

—¡Auxilio..., auxilio! —aulló, revolviéndose bajo las rodillas del esclavo—. ¡Auxi...!

Descendió el yatagán de Omar, rápido como un relámpago, y le hendió el cráneo hasta la barba; de la enorme herida salió un torrente de sangre mezclada con trozos de masa encefálica. El nubio arañó la tierra dos o tres veces; luego quedó inerte.

—Uno —dijo Omar, limpiando la hoja del yatagán—. Mañana acogotará Fátima a la otra.

Echó una mirada al colosal cadáver del negro, escuchó

durante algunos instantes y luego, tranquilo por el fúnebre silencio que reinaba en el palmar, volvió a tomar sus prendas y se alejó a paso rápido en dirección del campamento.

CAPÍTULO VI. LA CITA

Hacía ya tiempo que se hallaba en silencio el campamento cuando Omar, fatigado por la larga carrera, llegaba a la tienda.

Fátima dormía tranquilamente, tendida sobre la manta, con la cabeza apoyada en una mochila y O'Donovan velaba acurrucado junto a ella, fumando un cigarrillo y leyendo algunas notas de su diario, a la incierta y vacilante claridad de una antorcha resinosa clavada en tierra.

Al ruido que hizo el negro al entrar levantó el periodista la cabeza.

—¡Por fin! —dijo—. ¿Adónde has ido?

—A decir dos palabras a un soldado amigo mió —dijo Omar algo confuso—. ¿Cómo está Fátima? ¿Delira aún?

—No; ni creo que delire más.

Con esto terminó la conversación. Negro y periodista tendiéronse en el suelo, encendiendo el primero su *chibuc* y continuando el otro su lectura.

Pasaron la noche en la tienda, bastante tranquilos. Fátima se despertó dos o tres veces, presa de delirio; pero fue muy poca cosa. En el campamento en cambio se dio varias veces el toque de alarma, hiciéronse muchos disparos y hubo de ser rechazado un ataque de los insurrectos por una carga de un escuadrón de *bachi-bozucs* y fuego de ametralladoras.

Apenas salió el sol púsose en pie O'Donovan.

—Omar —dijo—, hoy no volveré a la tienda, porque tengo

que hacer una excursión por los alrededores con el Estado Mayor; sin embargo, esta tarde, antes de ponerse el sol, estaré de vuelta. Cuida de la enferma.

Acompañóle el negro hasta fuera de la tienda, y luego, cuando vio que estaba ya bastante lejos apresuróse a volver al interior y comenzar a llamar repetidamente a su ama.

La pobre almea no tardó en despertar a la voz del fiel esclavo. Incorporóse hasta quedar sentada, y miró en derredor con ojos extraviados. Estaba pálida, abatida, con la desesperación pintada en el rostro, y temblaba como si tuviese fiebre. Agarró convulsivamente la mano que le tendía Omar y la estrechó con frenesí.

—¡Omar! ¡Omar! —exclamó con voz cavernosa.

—¿Qué tal se encuentra mi desgraciada ama? —preguntó el negro, conteniendo a duras penas las lágrimas que inundaban sus ojos.

—¡Ah! ¡Omar, al fin me han herido en el corazón, al fin me ha doblegado la fatalidad! ¡He perdido toda esperanza! ¡Pobre Abd-el-Kerim!

Un sollozo ahogó la voz en su garganta. Enturbiáronsele los ojos y su bronceado rostro se inundó de lágrimas.

—¡Todo ha terminado para mí —prosiguió con acento de desesperación—, todo se ha perdido! ¡Oh, qué sueño tan horrible!...

¡Tanto esperar, tanto sufrir, tanto luchar y no volverle a ver!... ¡Esto es terrible! ¡Yo que esperaba volver a ver aquellos ojos que me habían vencido, que me habían subyugado; volver a oír aquella voz que me había jurado amor eterno en la selva de Bahr-el-Abiad, aquella voz que hacía saltar el corazón en mi pecho, que me extasiaba! ¡Yo, que esperaba verle de nuevo a mis pies, ebrio de amor, ser feliz después de tanto sufrimiento...! ¡No le volveré a ver

más!... ¡Alá, dame fuerzas para resistir, porque me muerol...
¡Oh, Dios mío, qué desdichada soy!

Escondió el rostro entre las manos, tendiéndose hacia atrás y comenzó a llorar. Omar, que, por su parte, tampoco conseguía refrenar las lágrimas, volvió a levantarla.

—Señora, no te desesperes así; no llores. Aún no se ha acabado todo —le dijo—. Volveremos a encontrarle, te lo aseguro, y antes de lo que te figuras.

—¿Por qué hacerme concebir esperanzas, Omar? Ya no tengo ninguna; todo se ha perdido irremisiblemente. ¡Todo, todo! ¡En absoluto!

—No; todo no, ama. Por el contrario, anoche logré obtener algunas noticias de Abd-el-Kerim, y puedo asegurarte que no ha muerto.

Fátima saltó en pie como una leona. Agarró a Omar por los brazos y le sacudió casi con furia.

—¿Noticias de él? ¿De Abd-el-Kerim? —exclamó con voz ahogada por la emoción—. ¡Omar!... ¡Omar!... No me mates de alegría, no me hagas concebir una falsa esperanza.

—Te lo juro; he sabido noticias de él.

—¿Dónde está? ¿Dónde le han llevado?... ¡Dímelo, Oh... dímelo!

—Es prisionero del jeque Tell-Afab.

—¡Ah!... ¿Dónde se halla ese jeque?... Quiero verle.

—Es imposible, señora. Ha marchado al Sur para someter unas tribus que se han rebelado contra el Mahdi; después volverá seguramente a El-Obeid.

—¿Y está sano mi amo Abd-el-Kerim?

—Eso lo sabremos luego, a medianoche.

La almea le miró con extrañeza.

—¡A medianoche! —exclamó sorprendida—. ¿Por quién? ¿Cómo?

—Por medio de un rebelde llamado Tepele.

—¿Conoces tú a ese rebelde? ¡Oh! Abrazaría a ese hombre.

—Sería peligroso, señora; correrías el riesgo de recibir una lanzada. Escucha lo que me ha pasado esta noche.

Volvió a sentarse la almea, toda inundada de frío sudor, y temblando a causa de la intensa emoción. Omar, acurrucado a su lado, contóle, con toda clase de detalles, su encuentro con Takir, la excursión de éste fuera del campamento, el coloquio que había tenido con el rebelde Tepele, la cita para la medianoche con Elenka y, por fin, el sangriento drama desarrollado luego de haber sido escrita la esquela.

Fátima le escuchó en silencio, sin expresar enojo ni alegría; pero, una vez que hubo terminado, levantóse, empuñó las pistolas y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Omar asustado, poniéndose resueltamente delante.

—A la tienda de la griega —respondió Fátima con voz sorda, dentro de media hora le habré saltado la tapa de los sesos.

—¿Quieres que nos perdamos los dos? No, ama mía, no harás tal.

—Pero ¿no sabes que me hierva la sangre? ¿No sabes que por verla muerta daría gustosa mi vida?

—¿Y si yo te proporcionase el medio de matarla sin que tú corrieses ningún peligro?

—¿Cómo? Habla, Omar, habla.

—Ante todo, esperemos la noche. Apenas el campamento se halle en silencio, iremos al tugul y nos esconderemos dentro de él o por allí cerca. Irá Elenka, escucharemos su conversación con Tepele, y después, cuando haya quedado sola, sea en el tugul sea en la selva, nos echaremos sobre ella y haremos lo que yo he hecho con Takir. ¿Qué te parece? Nadie nos verá, no lo sabrá nadie y ni siquiera quedarán señales del asesinato, pues los leones y las alimañas se encargarán de hacer desaparecer el cadáver.

—¿Y O'Donovan? Querrá venir con nosotros, lo cual será un obstáculo.

—De ningún modo; no vendrá. Déjame obrar y verás cómo todo sale bien.

—¿Y estás seguro de que Elenka asistirá a la cita?

—Segurísimo. Voy a entregarle la esquila de Takir; en cuanto lea que se trata de comunicarle el lugar en que se halla Abd-el-Kerim no dudará un momento en ir allá.

—¡Si fuese como dices!... ¡Oh!... ¡Qué satisfacción la de verla muerta a mis pies, en medio de un charco de sangre!

—La verás, señora. Espérate, pues; ten aún un poco más de paciencia.

—Sea; esperaré la medianoche. La hora será más propicia para la venganza.

—Yo voy, entonces, a la tienda de Elenka.

—¿Y si te conoce?

—No me conocerá, por la sencilla razón de que no seré yo quien entregue la carta.

El negro destapó una botella de café, la última que le

quedaba a O'Donovan, echó unas gotas de whisky que encontró en otra, e hizo beber una buena parte a la almea. Tomó él lo restante y salió a cumplir su delicada misión.

La almea, presa de una ansiedad indescriptible, tendióse junto a la entrada de la tienda con la cabeza entre las manos y la mirada sombría. Llegó el mediodía; repartieron el rancho compuesto de algunos granos de *durah*, de un poco de carne de camello, muerto de cansancio, y algunas gotas de agua podrida y caliente; pero Omar no compareció.

Pasaron otras ocho interminables horas. Ya comenzaba Fátima a temer que le hubiese ocurrido alguna desgracia, que le hubiesen descubierto y apresado, cuando apareció ante la tienda, acompañado del periodista del *Daily News*.

—By God! —exclamó alegremente O'Donovan—. ¡Ya en pie, mi buena amiga! ¿Qué tal os encontráis?

—Muy bien —respondió Fátima, mirando a Omar, que le hizo rápidamente una seña.

—No puedo menos de admirarme —prosiguió el periodista—. Sois de acero.

—Soy árabe; eso es todo.

—¿Qué pensáis hacer? ¿Quedaros en el campamento?

—Por ahora, sí; luego ya veremos...

—¿Sabéis ya que estamos para levantar las tiendas y marchar sobre El-Obeid?

—¡Ah! ¿Ya?

—Sí. Hoy se han reunido los bajaes Hicks y Aladino con el Estado Mayor y han decidido partir.

—¿Cuándo?

—Probablemente mañana; pero temo que surjan dificultades.

—¿Por qué?

—Los dos bajaes no están de acuerdo sobre el camino que conviene seguir para marchar sobre El-Obeid. Hicks quiere ir por la llanura que es el camino más corto. Aladino, en cambio, prefiere el de la montaña, para hacer alto en Melbass antes de presentar batalla.

—¿Y en qué han quedado? —preguntó Fátima.

—En que el ejército se divida en dos cuerpos: uno marchará sobre El-Obeid, y el otro, sobre Melbass.

—¿Y qué os parece esa separación?

—Que nos ocasionará una catástrofe —dijo tristemente O'Donovan—. Lo veréis, Fátima: nos destruirá el *Mahdi*.

En la tienda reinó un penoso silencio por algunos instantes. De pronto Fátima se acercó al periodista, que había quedado pensativo, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—O'Donovan, tengo que pedir os un favor.

—Hablad, amiga mía —respondió el irlandés con voz afectuosa—. Estoy a vuestras órdenes.

—A medianoche tengo que hallarme fuera del campamento para hablar con un rebelde. Me proporcionará importantes noticias sobre Abd-el-Kerim.

—¡Oh! —exclamó el periodista, sorprendido—. ¡Tenéis una cita!

—Sí; ese rebelde, al cual salvé hace dos años la vida, habló hoy con Omar y le dijo que a medianoche podría darnos noticias exactas sobre el lugar a que fue llevado mi prometido. Es preciso que yo no falte.

—Bueno; iremos los tres.

—No; vos no podéis venir. El favor que os pido es que os quedéis en vuestra tienda.

—¡Qué yo me quede aquí!... ¿Y por qué?

—Porque la presencia de un blanco, de un infiel, podría irritar a aquel salvaje.

—Pero ¿y si aquel rebelde os tendiese un lazo? Mi compañía sería un «remington» más que hablaría con una precisión terrible.

—No temáis que nos juegue ninguna mala pasada, O'Donovan. Aquel salvaje bagara es hombre de palabra, y me ha jurado sobre el Corán que nadie tocará un pelo de nuestras cabezas.

—Si así es, me quedaré en la tienda.

—Juradlo.

—Lo juro.

—Gracias, O'Donovan —dijo Fátima con voz conmovida—. Antes de que despunte el alba estaremos de vuelta y sabremos lo que ha sido mi infeliz Abd-el-Kerim.

Alteróse su rostro y la voz se le cortó con un sollozo.

—Vamos, señora —dijo Omar, alargándole el «remington».

La almea, que había inclinado la cabeza sobre el pecho, volvió a levantarla con un gesto de indómita fiereza. Encendiéronse sus ojos con una sombría llama y se le dilató la nariz de un modo extraordinario.

—Vamos, Omar —exclamó—. Nos esperan.

Estrechó la mano al periodista y salió apresuradamente en compañía del negro, perdiéndose en silencio entre aquella

multitud de tiendas. Eran casi las once de la noche cuando, pasadas las avanzadas, se internaban en el bosque de palmeras.

—¿Conoces el camino? —preguntó Fátima.

—Perfectamente —respondió Omar—. Sígueme y pon cuidado. El rebelde aseguró a Takir que no correría ningún peligro; pero no hay que fiarse.

—¿Vendrá mi rival?

—De seguro, Fátima.

—¿Cómo te las has arreglado para entregarle la esquila de Takir?

—Di un puñado de parás a un soldado para que se la entregase, y luego me dijo que la griega, al leerla, dio un grito de inmensa alegría.

—¡Ah! —exclamó Fátima apretando los dientes y acariciando la empuñadura de su yatagán—. Apretemos el paso; ya estoy impaciente por ver el lugar donde caerá para siempre mi odiada rival.

Bajo aquella arboleda, la oscuridad era completa; apenas si algún rayo de luna, azulado, de dulzura infinita, penetraba, por entre el espeso follaje de las palmeras, tamarindos y colosales baobabs, formando una mancha blanquecina sobre el herboso suelo, cubierto de enormes raíces que surgían de la tierra, semejantes a serpientes. Mil aullidos, mil risotadas oíanse a derecha e izquierda, omitidos por los chacales, leones y hienas que se disputaban los cadáveres de los egipcios o de los insurrectos que habían quedado sobre el campo en la escaramuza de la noche precedente. De vez en cuando, hacia la lejana llanura o hacia el campamento, oíanse descargas de «remington» o de mosquete, seguidas de las voces de alarma de los puestos avanzados.

Fátima y Omar, marchando como sombras, con la mayor precaución, atravesaron el palmar en media hora, sin haber encontrado un solo insurrecto, y se hallaron ante una serie de quebradas colinas, sobre una de las cuales había un tugul cónico.

—Ese es el lugar de la cita —dijo Omar—. Subamos con precaución, Fátima. Pudiera ser que Tepele hubiese venido ya.

Agarrándose a las matas, ayudándose el uno al otro, y siempre en medio del más profundo silencio, ganaron la cima de la colina, que era plana, llena de pedruscos y matorrales; mas en su centro había un profundo barranco cortado a pico, y en cuyo fondo aullaban numerosos chacales.

Omar se acercó al tugul; pero estaba a oscuras y en él no había nadie.

«Muy bien», dijo para sí, volviendo junto a Fátima.

—Aún no han llegado, pero no tardarán. ¿Te sientes fuerte?

—Más fuerte y resuelta que nunca —respondió Fátima—. Deja que venga mi rival y entonces verás de lo que es capaz una árabe.

Señaló al negro un espeso matorral distante apenas veinte pasos del tugul, y ambos se escondieron en él, fijos los ojos en la llanura.

Apenas habían pasado diez minutos, cuando, de la parte Norte, vieron venir un hombre medio desnudo, armado de larga lanza. Omar reconoció en él a Tepele, el amigo de Takir.

—Atención, Fátima —murmuró el negro al oído de su compañera.

Tepele había llegado al pie de la colina. Subió con agilidad de mono, pasó a pocos pasos del matorral, entró en el tugul y encendió lumbre.

De pronto, Fátima agarró con fuerza a Omar por un brazo y dejó salir de sus contraídos labios una sorda exclamación.

—¡Mírala! —dijo afanosa—. ¡Mírala!

Una mujer completamente sola y armada de fusil había aparecido en el lindero del bosque de palmeras. Dábale de lleno la luna, haciendo perfectamente visibles sus rasgos fisonómicos y el vestido a la usanza griega que llevaba.

—¡Elenka! —balbuceó Omar, sintiendo un involuntario escalofrío.

—¡En cuanto la tenga a tiro la mato! ¡Me hierve la sangre, y nubes de fuego pasan ante mi vista! ¡Oh! ¡Venganza!... ¡Venganza!...

—No hagas tal, mi ama. Si la matas antes de que hable con Tepele, no conseguiremos saber dónde se encuentra Abd-el-Kerim. Domínate durante media hora.

La almea, que se había puesto de rodillas, con el «remington» en la mano, volvió a tenderse.

—Esperaré —murmuro.

La griega, después de permanecer dudosa un momento, había comenzado a trepar por la abrupta pendiente saltando de roca en roca como un antílope. Detúvose tres o cuatro veces, dio varias vueltas alrededor del tugul, por cuyas rendijas salían rayos de luz, y luego entró en él. Fátima y Omar saltaron fuera del matorral, yendo a apostarse a ambos lados de la puerta, desde donde podían ver el interior de la cabaña.

—Contente aún —murmuró por última vez Omar.

—No temas nada —respondió Fátima—. ¡Ahora nos vamos a ver Elenka y yo!

CAPÍTULO VII. DOS TIGRES

Tepele, que se había acurrucado junto al fuego, habíase puesto en pie al divisar a la griega, saliéndole al encuentro. Besóle la mano, hízola sentar sobre un angareb bastante estropeado y echó leña seca al fuego.

—Vamos, Tepele —dijo la griega con trémula voz—. ¿Has sabido, por fin, alguna cosa?

—Sí; pero... ¿dónde está Takir?

—No ha podido venir. Ea, habla pronto, que tengo un infierno en el corazón. ¿Dónde está? ¿Vive? ¿Ha muerto?

—Puedo aseguraros que Abd-el-Kerim vive.

Elenka púsose en pie de un salto, como una loca.

—¡Vivo!... ¡Está vivo! —repitió en una explosión de alegría muy semejante al delirio—. ¿Estás bien seguro? ¿Le has visto tú mismo, acaso?... ¡Dímelo, Tepele, dímelo!

—Yo no le he visto —respondió el guerrero—; pero hoy mismo he hablado con un árabe que venía del Sur y que no sólo le ha visto sino que ha hablado con él.

—¿Puedo fiarme de las palabras de ese árabe?

—Danacla es incapaz de mentir.

—¿Dónde está mi pobre Abd-el-Kerim?

—Hállase en poder del jeque Tell-Afab, que está ahora luchando a orillas del lago Cherquela contra una tribu de bagaras que se ha rebelado contra nuestro señor.

—¿Está entonces prisionero? —preguntó temblando la griega.

—Está prisionero.

—¿Le maltratarán quizá?

—No acostumbramos a hacer cosa semejante con hombres que nos pueden ser de gran utilidad.

—¿Qué quieres decir?

—Abd-el-Kerim es un oficial que entiende mucho de cosas de guerra y puede servir bajo nuestra bandera con un buen grado.

—¿Y crees que aceptará?

—¿Por qué no? Es árabe y los árabes no quieren muy bien a los egipcios.

—¿Y si rehusase?

—En tal caso le cortarían la cabeza —dijo tranquilamente Tepele.

—Me infundes pavor. Estoy segura de que rehusará.

—No temas. Aceptará, por el contrario. Apenas el jeque Tell-Afab haya sometido a esos miserables, volverá a El-Obeid, presentará al árabe a Mohamed Ahmed y éste le convertirá. No me sorprendería que le confiase una buena tribu de guerreros.

—¿Dónde podría yo verle? ¿Qué haría para llegar hasta él? ¡Ah! Yo quiero volverle a ver, aunque tenga que arriesgar mi vida mil y mil veces, aunque tenga que pasar por entre millares de rebeldes.

—Será difícil que puedas llegar hasta él.

—¿Aunque Hicks Bajá deshiciese las hordas de Mohamed Ahmed y se apoderara de El-Obeid?

Una irónica sonrisa asomó a los labios del rebelde.

—No te hagas ilusiones —dijo—. Al enviado de Alá no hay quien le venza. Basta un solo gesto suyo para que vuestros cañones, en vez de vomitar fuego, vomiten agua.

—Pero ¿no sabes que los míos son once mil hombres muy bien armados?

—Ya lo creo que lo sé.

—Os degollaremos a todos.

—¿Y qué nos importa morir? Mohamed Ahmed nos abrirá las puerta del Paraíso, y todos se batirán como leones para ganar tal premio. Ya verás, Ahmed dispersará a tu ejército como el *simoun* desparrama la arena; después conquistará Egipto y degollará a egipcios, turcos y cristianos; pasará a La Meca, derribará del trono al sultán de Turquía, conquistará la India y se hará dueño del mundo y le impondrá su fe.

—Te dejo con tu creencia. Pero ¿no podría yo llegar al lado de Abd-el-Kerim de alguna manera? ¿Y si me pasase a la bandera del Mahdi?

—Eres mujer y no se sabría en qué emplearte.

—Valgo más que un hombre. Soy una hiena.

—Puede intentarse.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche —dijo Tepele—. Mañana ya sería tarde.

—Pongámonos, pues, en camino.

—Poco a poco. Tú me esperarás aquí. A una milla de estas

colinas acampan mis compañeros; iré a preguntarles si quieren recibirte bajo su bandera.

—Muy bien; te esperaré —dijo Elenka.

Echó Tepele una nueva brazada de leña seca sobre las dos piedras que formaban el hogar, cogió su lanza y salió.

No habían transcurrido dos segundos cuando fuera oyóse una detonación, seguida de un grito desgarrador. Elenka corrió a la puerta, pero retrocedió al momento hasta lo más retirado de la cabaña, erizados los cabellos. Helósele la sangre en las venas y palideció de un modo espantoso.

Ante ella, en el umbral de la cabaña, había aparecido la almea Fátima, empuñando dos pistolas. La griega dio un aullido.

—¡Fátima!... ¡Fátima! —balbuceó después con voz apenas perceptible.

La almea, animado el semblante por una cólera sin límite, y con una cruel sonrisa en los labios, acercósele apuntándole fríamente con las pistolas.

—Elenka —dijo con acento grave y sombrío—. ¿Me conoces?

La griega, acobardada, sin fuerzas, no respondió. Miraba fijamente a su rival, preguntándose a sí misma si no era víctima de un mal sueño. Una palidez cadavérica habíase difundido por su rostro, horriblemente alterado.

—¿Me reconoces, odiada rival? —repitió Fátima, tras un momento de silencio—. ¡Ah! ¿Te sorprende verme aquí en esta cabaña? ¿Me creías en poder de tu hermano, allá en Jartum, no es cierto? Elenka, ¿sabes a lo que he venido aquí?

La griega, anonadada un momento por la sorpresa, recobró en seguida su valor y extraordinaria energía. Irguióse con soberbia ante la almea, apretados los dientes, animados sus ojos por la ira, y señalándole la puerta le dijo:

—¡Sal, despreciable almea!

Fátima soltó una carcajada.

—Elenka, ¿sabes a lo que he venido aquí? —repitió.

—Ni me importa saberlo.

—Pues te lo diré, a pesar de ello. ¡Yo, Fátima, la favorita del Mahdi, a quien tú traicionaste y azotaste en las selvas de Bahr-el-Abiad, vengo en busca de tu vida!... Tengo sed de tu sangre, pero una sed terrible, y no saldré de aquí sin haberla apagado. ¡Hace dos meses que anhelo el momento de encontrarme frente a ti; dos meses que busco a mi rival, la que me robó a Abd-el-Kerim! Te he encontrado, y no te volverás a escapar.

—¡Ah! Entonces ¿quieres asesinarme? Ten cuidado, porque si me matas, matas al mismo tiempo a Abd-el-Kerim.

—He oído todo. Elenka; no conseguirás con engaños detener la muerte que se cierne sobre tu cabeza. Sé dónde se encuentra Abd-el-Kerim, porque he oído lo que te refirió Tepele. Si cuentas con el rebelde te engañas: Omar le ha matado.

Un temblor nervioso agitó los miembros de la griega. Comprendió que estaba irremisiblemente perdida y tuvo miedo.

—Fátima —dijo, tras unos momentos de duda—, si yo partiese inmediatamente para Jartum, si te abandonase para siempre a Abd-el-Kerim, ¿me dejarías marchar?

—¡No!

—¿Si te pidiese perdón por lo que te he hecho, y si yo, la noble griega, me arrodillase ante la almea?

—No —respondió la implacable árabe—. Una de las dos tiene

que morir. Mira: podría asesinarte descargando sobre ti estas pistolas y echarte luego al barranco para que sirvieses de pasto a las hienas y chacales; pero yo, la almea Fátima, no soy tan cobarde. Te propongo un duelo a yatagán, pero duelo a muerte, ¿entiendes? Si rehúsas, llamo a Omar y le mando que te destroce el cráneo.

Un relámpago de feroz alegría cruzó por los negros ojos de Elenka.

—¡Ah! ¿Te sientes tan generosa? —exclamó con ironía.

—Sí; generosa como árabe que soy; generosa como los leones del desierto.

—Acepto el duelo. ¿Cuándo nos batimos?

—Ahora mismo; la noche es bastante clara para atravesarte el corazón.

—Vamos, pues; pero te aseguro que te arrepentirás de haber sido tan generosa conmigo. No he de tener compasión de ti.

Fátima encogióse de hombros. Volvió las pistolas a su lugar en la cintura, tomó el «remington» de su rival para que no se le ocurriese hacer uso de él, y salió diciendo:

—Sígueme.

—¿Estás sola? —preguntó Elenka deteniéndose.

—Está conmigo Omar, que te prestará su yatagán.

—Si tuviese la fortuna de matarte, ¿me dejaría él libre?

—No te tocará; te lo prometo.

—Si es así, estoy a tu disposición.

Las dos rivales salieron. La noche era clarísima; brillaba la luna en un cielo sin nubes, iluminando como en pleno día las

abruptas colinas y la llanura que estaba junto a ellas. Soplaban una fresca y agradable brisa, que movía suavemente la parte alta de los matorrales.

Omar salió al encuentro de Fátima.

—Da tu yatagán a esta mujer —dijo la almea.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó con ansiedad el negro.

—Vamos a batimos.

—Señora, no lo hagas. Desconfía de esa mujer, que es más vil que una hiena.

—Déjame obrar y escucha: suceda lo que suceda, tú no intervendrás en la lucha. Si yo caigo, dejarás marchar a mi rival, sin tocar uno solo de sus cabellos. ¡Yo, la prometida de tu amo, así lo quiero!

Omar la miró con ojos suplicantes.

—Señora —balbuceó.

—¡Yo lo quiero así! —repitió la almea, iracunda.

—Hágase tu voluntad.

Sacó el yatagán y lo entregó a Elenka, que probó su filo y punta.

—En guardia —dijo la almea con tono glacial—. Es necesario que todo haya terminado dentro de diez minutos.

Levantóse Elenka las faldas para estar más libre y fue a colocarse a veinte pasos del barranco, volviéndole la espalda. Fátima colocóse enfrente, encogida como una hiena, con la punta del yatagán dirigida hacia el pecho de su rival.

—Fátima —dijo la griega—. Una de las dos ha de morir y probablemente serás tú la que mañana no verá el sol.

¿Quieres decirme qué ha sido de mi hermano Notis?

—Le he matado.

—¡Ah, miserable! —aulló la griega, furibunda—. ¡En guardia, en guardia, que te mato!

Las dos rivales se arrojaron decididamente una contra otra, y el duelo comenzó. Era un espectáculo extraño, fantástico, terrible, el que ofrecían aquellas dos mujeres sedientas de venganza, ciegas por la ira, iluminadas por los pálidos reflejos de la luna, dando saltos de felino, estrechándose recíprocamente, acosándose con toda su astucia, poniendo en juego todos los medios posibles para destrozarse. Parecían propiamente dos tigres que quisieran devorarse.

Chocábanse los hierros, despidiendo chispas, silbando en el aire, subiendo y bajando con la rapidez del rayo, torciéndose hasta el punto de parecer que iban a romperse; tan fuertemente los manejaban aquellas dos mujeres que se dijera deliraban.

A los cinco minutos de lucha la griega dio un grito. El yatagán de Fátima salió manchado de sangre.

—¡Tocada! —exclamó la almea saltando hacia delante como una pantera.

—Pero no muerta —dijo con dificultad la griega, llevándose una mano al seno—. ¡Adelante, adelante!

La almea atacó desesperadamente, a cuerpo descubierto, apuntando al corazón de la rival y acosándola tan de cerca, que la obligó a retroceder. Por segunda vez se tiñó de sangre el hierro de la árabe.

—¡Tocada! —repitió.

—¡Adelante, adelante! —gritó la griega dando saltos hacia atrás y acercándose, sin darse cuenta de ello, al barranco.

Prosiguió el terrible duelo por espacio de otros cinco minutos, al cabo de los cuales la griega, que no conseguía dominar a la árabe, mucho más ágil y fuerte que ella, estaba agotada, con el jubón empapado en sangre y al borde del barranco.

—¡Cuidado! —díjole la almea—. Estás muerta.

Miró la griega detrás de sí, vio el abismo en que iba a precipitarse y lanzó un grito de espanto.

—¡Perdón! —balbuceó, sintiendo que las fuerzas le faltaban.

—¡Una de las dos debe morir! —rugió la implacable Fátima, haciendo silbar el yatagán—. ¡Cuidado!

Aún no había terminado de pronunciar la última palabra cuando su yatagán se hundía hasta la mitad en la garganta de la griega, haciendo salir un chorro de espumosa sangre.

Elenka estertoró, herida de muerte. Titubeó, quiso guardar el equilibrio, pero sus fuerzas la abandonaron por momentos; dejó escapar el arma de la mano, dilatáronse de un modo espantoso sus pupilas, en las cuales brilló un último relámpago de amenaza, y se precipitó en el abismo, rodando hasta su fondo. Oyóse un golpe sordo, como de un cuerpo que se quebranta, y siguió un mortal silencio.

La almea, pálida de emoción, con el yatagán ensangrentado en la mano, acercóse al borde del barranco y miró al fondo. Allí, sobre las agudas rocas, distinguió el deformado cuerpo de la bella Elenka vagamente iluminado por los fríos y melancólicos rayos del astro de la noche.

Retrocedió temblando.

—¡Está muerta!... ¡Está muerta! —murmuró con voz sombría—. ¡Alá me perdone!

Volvióse para huir de aquel horrible lugar y se encontró

delante de Omar.

—¿Está muerta? —preguntó el negro.

—Sí, Omar.

—Entonces, ya estamos vengados. Hermano y hermana han desaparecido.

—Calla; huyamos de aquí. Este lugar me espanta.

—¿Adónde vamos?

—A salvar a mi prometido.

—¿Quieres ir a las orillas del lago?

—Silencio —dijo Fátima—. ¿Oyes?

El negro púsose a escuchar. En lontananza, en la dirección del campamento egipcio, oíanse toques de trompeta y fragoroso redoble de tambores.

—¿Qué será? —preguntó—. ¿Una batalla acaso?

—No; es el ejército egipcio que se pone en movimiento para marchar contra la capital del Mahdi.

—Y nosotros, ¿adónde vamos?

—A El-Obeid.

La almea echóse a la espalda el «remington» y comenzó a bajar corriendo la colina, seguida del negro. Detúvose algunos instantes en la llanura, con los ojos fijos en dos puntos negros que descendían del cielo y que cada vez aumentaban más de tamaño.

—Mira, Omar —dijo estremeciéndose.

—Ya veo —respondió el negro—. Son águilas que bajan al barranco.

—¡Pobre Elenka! Esta noche no quedará de ella más que los descarnados huesos para servir de pasto a las bestias feroces.

Ahogó un suspiro y volvió a emprender su carrera, internándose en el bosque de palmeras. A medida que avanzaba oíanse más claramente los sonidos de las trompetas y el redoblar de los tambores. A veces llegaban relinchos de caballos, mugidos de bueyes y voces confusas que el viento transportaba.

Comenzaba a alborear cuando llegaron a las avanzadas. El campamento estaba en completa revolución, enteramente cambiado. Habían sido levantadas las tiendas, sueltos los haces de fusiles, enganchados los caballos a los cañones, los camellos y mulos agrupados sin orden, cargados de víveres, municiones y bagaje.

Los oficiales corrían por todas partes, dando órdenes, formando compañías, batallones y regimientos, que se extendían en un inmenso cuadro a cuyos lados galopaban en desorden los *bachi-bozucs* con las cimitarras desenvainadas y las pistolas en la mano.

—¿Nos vamos? —preguntó Fátima deteniendo a un *bachi-bozuc* que pasaba cerca de ella.

—Sí —respondió el turco.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—¿Y Aladino Bajá?

—Viene con nosotros.

—¿Dónde está Hicks?

—En medio del campamento con su Estado Mayor.

—¿Y O'Donovan?

—Estará con el bajá.

—Vamos corriendo, Omar —dijo Fátima despidiendo con un gesto al bachi-bozuc.

Entraron en el campamento abriéndose camino por entre todos aquellos soldados que se afanaban en recoger las tiendas, ponerse las mochilas, ensillar los caballos, arrastrar los cañones y repartir armas y municiones, y llegaron hasta donde se hallaba el Estado Mayor y, en medio de él, Hicks Bajá que discutía vivamente con el coronel Farquard. O'Donovan, que era de los del grupo, apresuróse a salir al encuentro de los recién venidos, llevando tres caballos ensillados.

—By God —exclamó—. Creí que os había ocurrido alguna desgracia e iba a reunir algunos bachi-bozucs para ir en busca vuestra. ¿Sabéis algo de Abd-el-Kerim?

—Sí, mi noble amigo —respondió Fátima—. Sabemos más de lo que esperábamos saber.

—A ver, decidme.

—Es prisionero del jeque Tell-Afab, que al presente se halla guerreando junto al lago Cherquela.

—¿Vive, por tanto?

—Vive, sí; pero no por eso está a salvo.

—¿Qué pensáis hacer?

—¿Adónde va el ejército?

—A El-Obeid, a presentar batalla a las hordas del Mahdi —respondió el periodista.

—Voy con vosotros.

—Hacéis bien. En cuanto nos hayamos apoderado de la ciudad pediré a Hicks Bajá un centenar de hombres para libertar a Abd-el-Kerim. Pronto, amigos míos, a caballo, y que Dios nos ayude a vencer.

CAPÍTULO VIII. LA MATANZA DE KASGHILL

Eran las seis de la mañana del día primero de enero cuando el ejército mandado por Hicks Bajá se puso en marcha dirigiéndose a El-Obeid, la capital del Cordofán, la ciudad fuerte, o, mejor aún, el cuartel general del Mahdi Mohamed Ahmed.

Componíase de más de diez mil hombres entre egipcios y bachi-bozucs, nubios y sudaneses, bien armados, pero completamente desmoralizados, quebrantados por la fatiga, por el sufrimiento, por las enfermedades, por los insoportables calores; de diez mil hombres resueltos, es verdad, a apoderarse de El-Obeid, porque la toma de esta ciudad era el único recurso que les quedaba para poner fin a aquella interminable campaña y evitar un probable desastre; pero impotentes para resistir un fuerte choque contra las hordas del Mahdi.

Avanzaba el ejército dividido en seis cuadros, pero muy lentamente, flanqueado en las alas por los bachi-bozucs, que galopaban en el mayor desorden empuñando la cimitarra.

Los soldados llevaban la bayoneta calada, prontos a rechazar el primer asalto de los insurrectos, que no debían de hallarse muy lejos.

Hacía un calor terrible. Vertía el sol rayos de fuego, poniendo la arena en tal estado, que el caminar descalzo era completamente imposible. Además, aquellos miles y miles de pies levantaban una inmensa nube de polvo que cegaba y ahogada a los desgraciados soldados.

El ejército flanqueó durante dos horas el bosque de palmeras de Kassegh, procurando mantenerse a la sombra; pero luego

se internó por una inmensa llanura arenosa, calcinada por el sol, sembrada de aridísimas rocas y desmedrados arbustos.

—¡Qué lugar tan detestable! —dijo O'Donovan, que cabalgaba al lado de Fátima.

—¿Teméis algo? —preguntó la almea.

—No os olvidéis, Fátima, de que hoy es el primero de enero.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

—He oído que el primero de enero nos atacaría el Mahdi.

—Suposiciones, amigo mío.

—No corráis tanto, Fátima. Hace ya mucho tiempo que oigo decir que la luna del primero de enero vengará al Islam.

—¿Y lo creéis?

—Algo.

—Pero yo no veo a los rebeldes.

—Aún no es de noche, Fátima.

Aquí terminó la conversación.

Mientras tanto, el ejército seguía avanzando; pero no con el orden que al principio. Los soldados, fatigados, jadeantes, abrasados vivos, marchaban a capricho, en grupos, en pelotones, con los fusiles en bandolera, tambaleándose como borrachos. Uno caía aquí herido por la insolación y quedaba sobre la abrasadora arena dando boqueadas; otra caía allá, impotente para dar un paso más, el tercero se detenía más lejos, y los restantes se desbandaban, buscando inútilmente una gota de agua.

Los caballos, los camellos y los mulos, abandonados por sus conductores, acrecentaban la confusión, quedándose atrás,

avanzando o atravesando por entre los que formaban las alas del ejército.

Hicks Bajá imprecaba en vano, en vano se desgañitaban los oficiales, en vano el Estado Mayor galopaba a derecha e izquierda, por delante y por detrás, reuniendo las dispersas compañías.

Hacia mediodía entraba el ejército en los bosques de Kasghill esperando encontrar manantiales donde apagar su ardiente sed. Apenas había entrado, una gritería espantosa estalló a retaguardia del cuadro del coronel Farquard. Millares y millares de insurrectos, que se amparaban tras grandes escudos y armados de machetes, fusiles, cimitarras y bayonetas, habían salido de improviso de los bosques circundantes, cargando furiosamente contra los desprevenidos egipcios.

El choque fue muy sangriento. Los insurrectos, sin temor al fuego del cuadro, se arrojaban sobre las puntas de las bayonetas, lanzando gritos agudos e intentando atravesar aquella muralla humana. Pero tiroteados por delante y heridos de flanco por los sables de los bachi-bozucs, se retiraron confusamente, metiéndose por medio de la espesura, donde toda persecución resultaba imposible.

Hicks Bajá mandó tocar alto e hizo colocar en batería las ametralladoras y los cañones. Ya era hora.

Nuevas turbas de insurrectos salían de entre los árboles con ímpetu inusitado, desafiando impávidos el vivísimo fuego de los fusiles y el huracán de plomo de las ametralladoras. A su cabeza marchaban los derviches, animándoles con la palabra y con el ejemplo, y recitando las terribles frases del Khuatsar que dicen:

«Hiere sin temor, pues aquel a quien tú odias se ha hecho merecedor de la muerte».

Mucho habían de esforzarse los batallones para tener a raya

a aquellos hombres que despreciaban la muerte y no procuraban más que herir. Mataban a ciento y surgían doscientos; volvían a destruirlos y aparecían mil, dos mil, cinco mil, veinte mil.

La matanza duró tres horas, sin interrupción; después siguió una pausa. Los insurrectos, rechazados en toda la línea, destrozados y mutilados por el fuego de las ametralladoras, retiráronse, mas sin abandonar los bosques de Kasghill.

Hicks Bajá, deseoso de llegar cuanto antes a El-Obeid, rehízo los cuadros y mandó dar la señal de marcha. No había aún el ejército recorrido doscientos pasos cuando los insurrectos aparecieron nuevamente, por delante y por detrás, a derecha e izquierda, alanceando a los bachi-bozucs y degollando despiadadamente a los desdichados que, heridos, cansados o enfermos por la insolación, se quedaban rezagados.

Cada media hora veíase obligado Hicks Bajá a hacer alto, a poner en batería las ametralladoras y a mandar disparar.

A las siete de la tarde fue forzoso acampar. El ejército, agotado, sediento, abrasado por el sol, ciego del polvo, no era ya capaz de avanzar un paso.

Ataron unos a otros los caballos y camellos del convoy, formando un amplio círculo, y en derredor de ellos acamparon los seis cuadros.

La noche era oscurísima; densas nubes, completamente negras, amontonábanse en el cielo, corriendo como caballos desbocados. De vez en cuando sentíanse ráfagas de viento húmedo que sacudían con fuerza los árboles de la selva. Hacia el Sur relampagueaba y oíase retumbar el trueno.

O'Donovan, Fátima y Omar, una vez devorada la escasa comida, dirigiéronse a las avanzadas para cerciorarse por sí mismos de cómo marchaban las cosas.

Todos los soldados se hallaban arma al brazo y los artilleros

al lado de los cañones. Todos esperaban al enemigo, que había rodeado silenciosamente el bosque y aguardaba el momento propicio para lanzarse sobre los cuadros.

—Mala noche nos espera —dijo O'Donovan.

—¿Nos atacarán? —preguntó la almea.

—Sin duda alguna.

—¿Con esta oscuridad?

—Así se acercarán más fácilmente los insurrectos.

—¿Venceremos?

—Creo que no, Fátima. Nuestros soldados se hallan atemorizados y no pueden tenerse en pie de cansados que están.

En aquel momento apareció la luna por entre dos grandes nubarrones. O'Donovan palideció.

—¡Esa es la luna que vengará al Islam! —exclamó.

Aún no había terminado la frase cuando sonaron varios disparos en las avanzadas.

—¡Alerta! —oyóse gritar a los centinelas.

—¡El enemigo! —exclamó Omar.

Su voz fue ahogada por una gritería feroz, gritos de guerra y de muerte:

«Herid sin temor, pues aquel a quien tú odias se ha hecho merecedor de la muerte».

Los derviches avanzaban, cimitarra en mano, arrojando contra el ejército egipcio miles y miles de fanáticos. Una terrible granizada de balas cayó sobre los egipcios, muchos de los cuales dieron en tierra, lanzando gritos de dolor.

Vacilaron los seis cuadros y la línea se rompió por varios lugares. Algunas compañías, presas de un pánico invencible, emprendieron la fuga, arrojando armas y mochilas.

—¡Sálvese el que pueda! —gritaron algunos cobardes.

—¡Fuego! —bramó Hicks Baja.

—¡Fuego! —repitieron los comandantes.

Las trompetas dieron la señal para romper el fuego y comenzó un combate encarnizado, terrible, sangriento.

Pronto adquirió el estruendo espantosa intensidad. Los egipcios, asaltados por todas partes por millares de guerreros, disparaban furiosamente y atacaban enloquecidos con las bayonetas; los cañones tronaban, rugían, vomitaban verdaderos torrentes de hierro, y las ametralladoras tableteaban a los flancos de los regimientos, arrasando los matorrales, partiendo los troncos de los árboles, socavando el terreno en multitud de sitios, destrozando a los caballos, a los camellos y a los hombres.

De la tenebrosa espesura, envuelta en gigantescas nubes de humo que el viento disipaba, salían sin interrupción, corriendo y gritando, pelotones de guerreros desnudos, los cuales se lanzaban contra las bayonetas a cuerpo descubierto, abriéndose paso entre los batallones y haciendo disminuir las filas con espantosa rapidez.

Caían los hombres a docenas, a centenares a diestra y siniestra, sin darse apenas cuenta del lugar por donde los acometían, unos con los brazos partidos, otros con las piernas rotas, éstos cercenada la cabeza, aquéllos acribillados de heridas.

Aquello era una carnicería, una monstruosa matanza. Fátima, Omar y O'Donovan, parapetados tras sus caballos, muertos por la metralla, veían con dolor el aniquilamiento de las tropas. Jamás habían asistido a una matanza semejante;

jamás habían visto tantos muertos y heridos; nunca habían oído tronar junto a ellos tanto fusil y tanto cañón; nunca habían sido testigos de tanta obstinación y de tanto ensañamiento.

A las once, cuando la lucha se hallaba en su apogeo, estalló el huracán que amenazaba ya hacía algunas horas, contribuyendo a aumentar el horror de aquella sangrienta y tan desgraciada y tempestuosa noche.

Abriéronse de improviso las cataratas del cielo y un torrente de agua cayó sobre los combatientes mezclándose a los arroyos de sangre que corrían por el bosque. El viento comenzó a rugir; caían rayos, y los relámpagos iluminaban con luz lívida, infernal, la horrible carnicería. Hasta el cielo parecía estar en contra de los desgraciados que Hicks Bajá capitaneaba contra el Profeta del Sudán.

A medianoche, oyéronse gritos desesperados a la derecha del cuadro de Hicks y, poco después, una ola de soldados arrollaba a uno de los regimientos, precipitándose locamente hacia los mulos, camellos y caballos.

O'Donovan detuvo a uno de aquellos hombres.

—¿Qué sucede? —preguntóle.

—El cuadro del coronel Farquard ha sido destruido.

—¡Maldición! —rugió el periodista.

La situación resultaba insostenible. Los *mahadistas*, ebrios de sangre, redoblaban los ataques, destruyendo una tras otra las líneas de batalla. De vez en cuando, mezclados al chasquido del rayo, al retumbar del cañón y a las detonaciones de los fusiles, se oían los gritos de agonía de los soldados, a quienes sus enemigos degollaban sin piedad.

A la una de la madrugada quedaba destruido otro cuadro, y poco después eran rechazados, dispersados, deshechos,

destrozados los otros tres.

Sólo restaba el de Hicks Bajá, pero ¡en qué estado! No quedaban oficiales, pues se habían dejado matar a la cabeza de sus batallones; no había bachi-bozucs, porque habían sido totalmente destruidos en dos cargas que intentaran contra aquel formidable enemigo; no quedaban artilleros, pues murieron todos al lado de sus piezas, que habían reventado o habían sido desmontadas.

Veíanse, en cambio, montones de hombres, de caballos y de camellos horriblemente mutilados detrás de los cuales defendíanse aún los supervivientes ennegrecidos por el humo, borrachos de pólvora, abrasados los dedos por los cañones de los «remingtons», que estaban hechos ascua.

A las cuatro y minutos, Fátima, que disparaba tendida en tierra contra el primer enemigo que aparecía, vio a Hicks, que se encontraba solo a cincuenta pasos de ella, llevarse las manos a la cara, vacilar, soltar el sable y caer del caballo.

—¡O'Donovan —gritó—, el bajá ha caído!

El periodista y Omar, que se hallaban algunos pasos más allá, parapetados tras un cañón desmontado, al oír tales palabras, corrieron al lugar donde estaba la almea, a pesar de las balas que llovían.

—¡Dios mío! —exclamó el irlandés—. Estamos perdidos. ¿Dónde ha caído?

—Allí, en medio de aquel grupo de cadáveres.

—Vamos a escape, amigos, y ni una palabra. Si los egipcios lo saben, nos podemos dar todos por muertos.

O'Donovan y sus compañeros escalaron intrépidamente los montones de cadáveres, de debajo de los cuales salían torrentes de sangre negra, y llegaron al lugar donde había caído el bajá.

En un principio, entre la humareda, no vieron más que un caballo ricamente enjaezado, que se encabritaba relinchando, pero luego, en medio de los cadáveres del Estado Mayor, y tendido boca arriba, cruzados los brazos bajo la cabeza, descubrieron al infeliz bajá.

O'Donovan, erizados los cabellos, tembloroso, pálido, bañado en frío sudor, inclinóse sobre él y le alzó la cabeza. El bajá tenía la cara como el mármol, contraída, la barba manchada de la sangre que le había salido de la boca y la túnica agujereada por dos balas.

—¡Dios mío! —balbuceó el periodista—. ¡Está muerto!

Púsose en pie, cogió a Fátima por un brazo y dijo:

—Huyamos o estamos perdidos.

—¿Y adónde? —preguntó la almea, pálida de terror.

—He visto una roca allá abajo. La escalaremos.

—Pero el enemigo rodea el cuadro.

—No importa; venid, que no hay tiempo que perder. Ven, Omar.

El periodista, la almea y el esclavo atravesaron el cuadro, que estaba lleno de muertos y moribundos, de armas, cañones, caballos y camellos, y llegaron al pie de una gigantesca roca que defendía por Oriente la línea egipcia.

—Omar, ¿ves enemigos en la cima? —preguntó el periodista.

—No —respondió el negro.

—¿Tienes una cuerda?

—Sí.

—¿Eres capaz de llegar hasta aquel pico que se divisa a la mitad de la altura de la roca?

—Será difícil, pero lo intentaré.

—Sube, pues, pero date prisa. Los rebeldes romperán el cuadro de un momento a otro y degollarán a todos los soldados.

El negro se quitó la guerrera, los calzones y el turbante, atóse la cuerda a la cintura y comenzó la peligrosa ascensión, mientras llovía la metralla y los Mahdistas destrozaban las filas egipcias, que aún resistían sus furiosos ataques.

Agarrándose a las plantas trepadoras, apoyándose en los arbustos, introduciendo los dedos en las grietas de la piedra comenzó a elevarse a pesar de la lluvia que le cegaba y de las balas que le silbaban cerca de los oídos.

A cada paso desprendíase un trozo de piedra, que caía rodando hasta abajo y hacía estremecer a Fátima y al periodista, que seguían, temblando y con el corazón en un puño, la atrevida maniobra del negro. A veces era una rama la que se tronchaba y se veía a Omar columpiarse en el vacío, colgado de un débil vástago o de una simple raíz.

Al cabo de cinco minutos de increíbles esfuerzos consiguió el esclavo llegar a la primera plataforma, que se hallaba a la mitad de la altura de la roca.

Ató un cabo de la cuerda a un grueso pedrusco, y echó el otro a sus compañeros, que lo cogieron al vuelo.

—Vos ahora, Fátima —dijo el periodista dominando con su voz el estampido de los cañones, el chasquido del rayo, los aullidos de los rebeldes y los lamentos de los moribundos—. ¡Pronto, pronto o será demasiado tarde!

Fátima no se lo hizo repetir. Agarró la cuerda, izándose por

ella hasta llegar donde estaba Omar.

—¡O'Donovan! —gritó en seguida.

Su voz fue ahogada por ensordecedora gritería. Los rebeldes habían logrado traspasar el cuadro y mataban despiadadamente a los egipcios que se habían echado sobre los caballos y los camellos.

—¡O'Donovan! —repitió Fátima.

Agarróse el periodista a la cuerda y comenzó a subir a pesar de la espesísima granizada de balas. Había llegado a la mitad cuando le hirió en la cabeza una descarga de metralla. Lanzó un grito de desesperación:

—¡Me han matado!

Viéronle detenerse buscando un apoyo en las hendiduras; pero una nueva descarga le hirió en el pecho. Soltó la cuerda y cayó rodando en el abismo, yendo a estrellarse la cabeza contra una piedra.

Fátima y Omar, helados por el terror, inclináronse sobre el borde de la roca intentando ver al desventurado periodista del *Daily News*, pero en vano.

—¡O'Donovan! ¡O'Donovan! —gritó Fátima con desesperación.

Su voz se perdió entre los feroces aullidos de los *Mahdistas*.

—¡Descendamos! —dijo la almea.

Agarráronse a los arbustos para descender, pero les faltó tiempo. De la parte alta de la peña, bajaba precipitadamente guerreros desnudos, agitando sus lanzas y cimitarras.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Omar.

—¡Atrás, perros! —rugió Fátima arrancándose el yatagán de la cintura.

Los insurrectos, en lugar de detenerse, se precipitaron sobre la almea y su esclavo, rodeándolos, los desarmaron y los empujaron hacia el abismo. Ya iban a lanzarlos en el vacío, cuando una voz potente, imperiosa, gritó:

—¡Quieto todo el mundo! ¡El que los toque es hombre muerto!

Un guerrero ricamente vestido descendía de lo alto de la roca con gran rapidez. Una vez en la plataforma, echóse a los pies de Fátima.

—¡Ah, mi pobre amiga! —exclamó besándole las manes.

Fátima y Omar le reconocieron al punto.

—¡Abú-el-Nemur! —gritaron con júbilo.

—Sí, amigos míos —dijo el jeque—. El Abú-el-Nemur que librasteis de la muerte cuando el león le había herido en las selvas del Bahr-el-Abiad y que llega a tiempo de poder pagar tan sagrada deuda. ¡Amigos, estáis a salvo bajo mi poderosa protección!

En el mismo momento en que el generoso jeque pronunciaba tales palabras, el último egipcio del infeliz Hicks Bajá caía muerto bajo las lanzas de los terribles guerreros de Mohamed Ahmed, Profeta del Sudán.

CAPÍTULO IX. LOS PRISIONEROS

En la mañana del 15 de mayo de 1883 observábase gran animación entre las innumerables hordas del Mahdi Mohamed Ahmed, acampadas en una inmensa llanura arenosa a corta distancia de El-Obeid, la capital del Cordofán.

De los *tuguls*, de las tiendas, de las *zeríbaks*, de los cobertizos y de los *hoses* salían vociferando con toda la fuerza de sus pulmones guerreros vestidos con telas de colores varios, medio desnudos o desnudos por completo, corriendo locamente entre los cañones, los haces de fusiles, caballos y camellos que obstruían el campamento.

Pasaban turbas de *bagaras salem*, guerreros de alta estatura, gruesos, con los cabellos trenzados y adornados con pedacitos de ámbar y abalorios; *bagaras hamran*, montados en búfalos, untado el cuerpo con grasa de camello, protegidos por grandes escudos convexos y cubiertos de pieles de antílope; *abú-rofs*, gente de color bronceo, de cara fiera; que llevaban brillantes corazas y la cabeza encerrada en un casco; guerreros del Bení-Gerar, terribles salteadores naturales del Darfur, con sus extremidades cargadas de brazaletes de marfil o de cobre; seguíanles grupos de beduinos *kabadich* con su uniforme blanco, de negros *begianin*, *aulad-et-behr*, y *habábin*; oleadas de sudaneses, nubios, árabes *silucos* y *bachi-bozucs* renegados, armados todos, unos con «remingtons» cogidos en la sangrienta batalla de Kasghill, otros de mosquetes de chispa o de mecha; quién de larga espada de dos filos; cuál de cimitarra de variada longitud y anchura, de lanza, de maza, de segur, de machete o de palos herrados.

Todos aquellos guerreros, que parecían fuera de sí, dirigíanse corriendo hacia las trincheras que defendían el

campamento por el lado meridional, y se agolpaban en medio de la mayor confusión, empujándose, derribándose y luchando por llegar los primeros. Cruzábanse mil preguntas entre unos y otros produciendo un ensordecedor vocerío cuyo ruido se aumentaba con un desmesurado redoble de nogaras y darabukas, y tambores egipcios y con un estrepitoso toqueteo de mil, y a cual más extraño, instrumentos musicales.

—¿Estáis seguros de que van a venir? —preguntaban unos.

—Segurísimos —respondían otros.

—¿Habéis visto al jinete que trajo la noticia?

—Le han visto estos ojos y le han oído estos oídos.

—Entonces, ¿han vencido?

—Sí; somos vencedores.

—¿Hay prisioneros?

—¡Ya lo creo! Y prisioneros egipcios. Lo menos cincuenta.

—Son ciento.

—Son lo menos mil.

—¡Vaya una pepitoria que vamos a hacer! Hemos de desmenuzarlos a todos.

—Y plantaremos sus cabezas ante las puertas de El-Obeid, para que hagan compañía a la de Hicks Bajá.

—¡Magnífico! ¡Bravo! ¡Mueran los infieles! ¡Guerra hasta exterminarlos!

—¡Mueran los infieles!

—¡Ya están ahí! —gritó una potente voz.

—¡Ya están ahí! —repitieron otras cincuenta mil.

—¡Viva el jeque Tell-Afab! —aullaron todos.

Estalló en lontananza una descarga de fusiles y se oyó el estrépito de los *nogaras* y *darabuka*. El más profundo silencio reinó como por encanto entre aquella multitud de guerreros encaramados sobre las trincheras; todos los ojos se volvieron hacia el Sur.

Por aquella parte levantábase una nube de polvo, y en medio de ella, heridas por los rayos solares, brillaban lanzas, cimitarras y bayonetas. Un gran tropel de guerreros avanzaba a paso ligero en dirección al campamento.

A su cabeza cabalgaba un negro cubierto de una coraza de acero, con gran turbante verde en la cabeza y una magnífica farda de igual color colgada de los hombros. En su mano derecha empuñaba una larga cimitarra, una *seguin*, y en la izquierda tremolaba la bandera del *Mahdi*, haciéndola ondear por encima de la cabeza.

Detrás de él arrastrábanse con gran trabajo veintiséis prisioneros egipcios, descalzos, lacerados, ensangrentados, llagados y atados sólidamente.

Veinticinco de ellos eran infelices infantes sobre cuyas espaldas llovían a cada instante golpes de *corbach*, que les arrancaban gritos de dolor. El vigesimosexto era, por el contrario, un teniente árabe de alta estatura, de formas delicadas y, al mismo tiempo, fuerte.

Venía más triste y en más deplorable estado que los otros; caminaba haciendo esfuerzos sobrehumanos, inclinada la cabeza sobre el pecho. Alguna que otra vez la levantaba con violencia mostrando entonces un rostro moreno, varonil, atrevido, pero en el que un observador hubiera descubierto trazas de crueles dolores, de sufrimientos indecibles. En sus párpados veíanse aún señales de recientes lágrimas.

Alrededor de los prisioneros estrujábanse en confusión guerreros bagaras, denkas y bongos, que agitaban frenéticamente sus armas, descargando los fusiles al aire y aclamando a pleno pulmón al jeque Tell-Afab y al profeta Ahmed.

Cuando llegaron al campamento, una violenta oscilación se dejó sentir de un extremo al otro de las hordas, que se prensaban sobre las trincheras. Un inmenso y terrible grito hendió el aire subiendo hasta las nubes:

—¡Mueran los prisioneros! ¡Mueran los infieles! ¡Viva Tell-Afab!

Los guerreros del Mahdi lanzáronse, como un torrente, trincheras abajo yendo a chocar furiosamente contra los guerreros del jeque Tell-Afab y dividiéndoles en multitud de grupos. Todas las armas se dirigían amenazadoras hacia los egipcios, que temblando de espanto, habíanse detenido.

—¡Mueran los infieles! —gritaban los unos.

—¡Al fuego con los egipcios! —aullaban los otros.

—¡Cortadles la cabeza!

—¡Matad a esos perros con el corbach!

—¡Mueran!... ¡Mueran!...

El jeque Tell-Afab, dándose cuenta del peligro que corrían aquellos pobres diablos, volvió apresuradamente su caballo, y echándolo sobre los que se agolpaban en derredor de ellos, atropellando a los que se le ponían delante, corrió en su auxilio.

—¡Fuera, fuera de aquí! —rugió el jeque.

—¡Mueran los egipcios! —vociferaron los guerreros del Mahdi, agitando frenéticamente sus armas.

—¡Fuera de aquí! —repitió Tell-Afab—. ¡Largo!

Sus guerreros, dando golpes a diestra y siniestra con las empuñaduras de las cimitarras, con las culatas de los arcabuces y con las astas de las lanzas, consiguieron rechazar aquella ola de fanáticos, y avanzaron llevando consigo a los egipcios, que se habían ya quedado sin sangre en las venas.

Otras veinte veces intentaron los guerreros de Ahmed traspasar el cerco que habían formado los bagaras, los denkas y los bongos, y otras tantas fueron rechazados, quedando más de uno sobre el suelo malparado. Esto no impidió, sin embargo, que uno de los prisioneros, al que hirieron en la cabeza con una lanza, cayese a tierra y fuese abandonado moribundo, después de haber sido despiadadamente pisoteado por los bongos, los bagaras y los denkas, y al cabo, yendo a parar a manos de los guerreros de Ahmed.

El desgraciado, aunque respiraba aún, fue levantado sobre las puntas de las lanzas y destrozada su cabeza clavada en un chuzo sirvió para adornar la cabaña de un poderoso jeque.

Este incidente dio a los guerreros de Tell-Afab tiempo para llegar al centro del campamento donde se levantaba una magnífica zeribak con sólida empalizada. Metieron apresuradamente en ella a los prisioneros, apostándose alrededor quinientos hombres con las armas en la mano, ya fuese para impedirles la huida, ya para contener a los guerreros de Ahmed, que volvían a la carga vociferando de un modo espantoso.

Los egipcios, pálidos, agotados, temblando de miedo, dejáronse caer en tierra, mirando en derredor con estupidez. No quedaron en pie más que un teniente árabe y un viejo soldado, en cuya desgarrada y descolorida guerrera veíanse insignias de sargento que, en parte, habían sido arrancadas.

—Teniente —dijo éste.

El árabe, absorto en tristes pensamientos, no respondió.

—Teniente —repitió, tocándole en un hombro.

—¿Qué quieres? —preguntó el teniente, volviéndose hacia él.

—¿Qué harán de nosotros?

—Dentro de poco nuestras cabezas adorarán las cabañas de los jeques.

—¡Por Alá!

—¿Temes tú la muerte? —preguntó el árabe casi con ironía—. La muerte para mí sería un descanso. Bendeciré la cimitarra que separe mi cabeza del tronco.

El soldado le miró asustado.

—¡Oh! ¡No digáis eso! —exclamó.

—¿Por qué? ¿Qué esperanza me queda ya? ¿Para qué vivir cuando la vida es un continuo tormento, un padecimiento sin fin? ¡Sufro demasiado... Tengo destrozado el corazón... Debo morir!

—Es posible que no haya muerto... ¡Quién sabe!...

A los labios del árabe asomó una sonrisa llena de amargura.

—¿Para qué hacerse ilusiones?... Hace tres meses que pregunto a cuantos pasan junto a mí y nadie ha vuelto a oír nada de ella. ¡Ha muerto!... ¡Ha muerto!... ¡Oh! ¡Me lo dice el corazón! —exclamó.

—¿Y quién tiene la seguridad de ello?

—¡Mi corazón... su silencio, todo!... ¡Pobre Fátima!

Agarróse la cabeza con las manos, con aire de desesperación

y exhaló un sollozo.

—No hablemos más de ello —murmuró con voz cavernosa—. El dolor es mucho. ¡Quizá en la tumba encontraré la felicidad que aquí arriba me fue negada!

Fue ahogada su voz por un espantoso griterío, indescriptible rugido, un fragoroso entrechocar de armas y un furioso tocar de *nogaras* y *darabukas*. Levantó el árabe la cabeza que tenía inclinada sobre el pecho, retrocedió ante el espectáculo que se presentaba ante sus ojos y tropezó con el sargento.

—Estamos perdidos —dijo—. Ha llegado la hora de morir.

Los guerreros del *Mahdi* que poco a poco habían ido aumentando en tomo de la *zeribak*, dirigiendo feroces miradas a los prisioneros, habíanse echado de improviso sobre los quinientos *denkas* de Tell-Afab, empeñando con ellos una sangrienta batalla.

Los egipcios, que habían comprendido al momento el motivo del ataque, pusieron en pie dando gritos de desesperación, apretándose los unos contra los otros, haciendo esfuerzos sobrehumanos para romper las ligaduras y vender, al menor, caras sus vidas.

—¡Animo! —gritó el teniente árabe—. ¡Todos a mi lado!

Siete u ocho lanzas de las que saltaban de manos de los insurrectos habían ido a caer dentro de la *zeribak*. Algunos egipcios que habían logrado romper las ligaduras cogieron las y fueron a colocarse en círculo alrededor de sus compañeros inermes.

Hicieronlo a tiempo. Los guerreros de Tell-Afab, tras débil resistencia, dominados por el desproporcionado número de asaltantes, habían arrojado las armas, dándose precipitadamente a la fuga. Los guerreros del *Mahdi* escalaron la empalizada y se echaron dentro, aullando ferozmente.

El choque entre los prisioneros y ellos fue tremendo. Más de veinte hombres cayeron al suelo, unos con la cabeza partida hasta la barba, otros atravesados por una lanza de parte a parte, horriblemente mutilados varios, sin piernas o sin brazos. El suelo se empapó de sangre en treinta pasos alrededor.

Asaltantes y asaltados, espumajeados de ira, rugiendo como fieras, mezcláronse y revolvieron las armas a todos lados, sirviéndose de los puños, de las uñas, de los dientes, estrangulándose, desgarrándose las carnes, tirándose al suelo y pisoteándose con rabia. Al poco tiempo no se veía más que un amontonamiento de personas que ondulaban de acá para allá, que avanzaban o retrocedían, que caían o se levantaban, llenando el aire de espantoso clamoreo, de aullidos, de lamentos, de gemidos.

A veces salía de aquel grupo de combatientes algún guerrero cubierto de sangre y que, después de dar algunos pasos tambaleándose, caía rodando al suelo para no levantarse más. Otras era un egipcio, lívido, exangüe, con los vestidos hechos jirones, alcanzado y destrozado a golpes de cimitarra o clavado a lanzadas contra la empalizada.

Hacía cinco minutos que se empeñara tan sangrienta batalla, reanimada de vez en cuando con la llegada de nuevos guerreros que querían «beber sangre egipcia», cuando, de pronto, se oyó en lontananza una voz metálica, imperiosa, que gritaba:

—¡Quieto todo el mundo! Ahmed, nuestro profeta, lo ordena.

Al oír tal orden del enviado de Dios cesó el combate por completo en un momento. Detuviéronse las armas en el aire o cayeron a tierra desapareciendo los guerreros con la rapidez del rayo. Huyeron todos sin volver el rostro atrás, saltando la empalizada y confundiéndose entre las hordas que se estrujaban en torno a la zeribak.

Sobre el campo no quedaron en pie más que cuatro personas con los vestidos desgarrados y empapados de sangre: el teniente árabe, que empuñaba nerviosamente una cimitarra, y tres egipcios que apenas se podían tener sobre las piernas.

Alrededor de ellos había cuarenta o cincuenta moribundos que se retorcían quejándose, y otros tantos cadáveres, entre los cuales se veía el de un jeque de colosal estatura, con la cabeza casi separada del tronco.

—¡Quieto todo el mundo!... Ahmed, nuestro profeta, lo ordena —repitió la voz metálica e imperiosa.

A la entrada de la zeribak apareció el jeque Tell-Afab, seguido de una docena de abú-rofs de la guardia del Mahdi, montados sobre blancos caballos.

Dirigióse a los prisioneros, que le esperaban a pie firme, resueltos aún a vender cara su vida. Al ver al jeque tendido a los pies del teniente árabe un relámpago de cólera atravesó por sus ojos y sus labios se contrajeron, dejando ver el blanco marfil de su dentadura.

—¿Quién ha matado a este jeque? —preguntó.

—¡Yo! —respondió el teniente árabe sin inmutarse.

—Eres hombre muerto.

—Poco me importa.

—Entrega las armas.

El teniente, en lugar de obedecer, empuñó con fuerza la cimitarra, dirigiendo hacia Tell-Afab su ensangrentada punta.

Quedó el jeque más sorprendido que asustado de aquella amenaza.

—Entrega las armas —repitió con un tono de voz que no

admitía réplica.

—Yo las entregaré cuando tú hayas prometido salvar mi vida y las de mis compañeros —respondió el teniente.

—Yo no soy el enviado de Dios.

—En ese caso nos defenderemos mientras podamos mover los brazos. Moriremos los cuatro, ya lo sé; pero al mismo tiempo morirá un buen número de los asesinos que acaudillas.

Tell-Afab púsose lívido por la ira, pero se contuvo. Levantó la mano derecha y señalando la inmensa llanura en que se agolpaban, amenazadoras, las terribles hordas del Mahdi, dijo con voz grave:

—¡Mira! Me basta una señal, una sola, fíjate, para que todos esos hombres se arrojen sobre ti y sobre los tuyos. Si te rindes, quizá el profeta te salve; si te resistes, morirás; escoge.

El árabe dudaba. Era evidente que si no deponía las armas los guerreros del Mahdi tardarían muy poco en aniquilarlos, por mucha resistencia que opusieran. No era muy probable que saliesen libres de manos del Mahdi; pero siempre quedaba alguna esperanza.

—Me rindo —dijo, arrojando lejos de sí la cimitarra—. Compañeros, entregad las armas.

Aún no había terminado la última palabra cuando diez abú-rofs se echaron sobre él y sus compañeros, agarrándolos fuertemente por las muñecas y llevándoselos.

Los tres egipcios fueron conducidos a una cabaña próxima, ante la cual se agolparon aullando varios centenares de guerreros; el teniente, en cambio, fue llevado hasta un gran tugid, sobre el cual ondeaba la bandera del Mahdi.

De un puñetazo hízole Tell-Afab volar de la cabeza el

desgarrado y descolorido fez; le introdujo luego en la cabaña y le dejó solo.

—¿Dónde estoy? —preguntó el árabe, sintiéndose agitado por siniestros temores.

Miró en derredor con mezcla de curiosidad y desconfianza, y vio que la cabaña estaba dividida por un tabique de pieles y míseramente amueblada.

Iba a buscar la salida cuando se abrió un trozo de tabique y apareció un hombre, que clavó en él sus ojos vivos, brillantes, con reflejos de dos colores.

Era un hombre alto, delgado, con la piel de color café con leche, cabello castaño claro y barba muy negra. Veíanse en sus mejillas tres cicatrices paralelas y una verruga. Cosa extraña: tenía un brazo más largo que el otro.

Su vestido era de una sencillez extrema. Componíase de una camisa y unos calzones a la turca de *damur* (tela gruesa de algodón); calzaba sandalias y cubría su cabeza con un pequeño turbante verde.

El teniente árabe se estremeció al ver aquel hombre y, sin quererlo, cayó de rodillas.

—¡El Mahdi! —exclamó con voz ahogada.

Efectivamente: aquel hombre era Mohamed Ahmed, el profeta del Sudán.

CAPÍTULO X. EL MAHDI

Mohamed Ahmed nació en 1843 en Dóngola Nubia; su madre se llamaba Amina, y Adulá, su padre, que ejercía la profesión de carpintero.

Este extraño personaje, llamado a ser tan grande, tan poderoso, frecuentó la escuela musulmana desde la edad de siete años con tanto aprovechamiento, que a los doce había terminado los estudios del Corán.

Gracias a la ayuda de sus dos hermanos, establecidos como calafates en Shindi, y de su tío, constructor de barcas en el Nilo Blanco, pudo proseguir sus estudios en Jartum, con los dos célebres maestros El-Guradji y Abd-el-Ayim, hijos del jeque El-Tayeb.

No tardó en convertirse en un fanático misionero del islamismo, creyéndose llamado a paralizar y destruir la influencia europea (que imponía el comercio de esclavos y exigía al virrey de Egipto la reconstrucción del antiguo Imperio árabe), y a reunir en torno suyo a todos los que creían en el profeta, fundando una religión universal con comunidad de bienes.

Salió de Jartum en 1868 y se afilió a la hermandad de los Sid-Abd-el-Kader-el-Gilaní, perteneciente a la famosa secta de los senusies. Marchó más tarde a Tormamat, cincuenta millas al norte de Jartum, donde fundó una escuela con el fin de fomentar su idea; pero habiendo recibido en 1870 el título de faquir, la abandonó para retirarse a la isla de Abat, que divide el curso del Nilo en el grado 13.

Cavóse una choza en un lugar donde se decía que existía un tesoro, y comenzó a practicar extrañas ceremonias,

pasándose horas enteras con los brazos extendidos, los pies en el agua y el rostro vuelto hacia La Meca, y lamentándose continuamente de la corrupción universal.

Por su piedad, por sus penitencias, no tardó Ahmed en tener gran número de prosélitos entre los bagaras que habitaban las márgenes del Nilo.

Así pasaron diez años, cuando un día vio el anacoreta una barca que atravesaba el Nilo y atracaba a su isla. Ocupábanla una diputación de bagaras. Ahmed seguía recitando sus oraciones, fingiendo no ver a nadie. Los bagaras esperaron a que terminase, y luego le ofrecieron sus brazos y sus armas para expulsar del Cordofán y del Dar-Fur a los egipcios, a los cuales consideraban como infieles, pues se habían aliado con los ingleses.

Resistióse el anacoreta en un principio; pero de pronto cogió la cimitarra que los bagaras le presentaban y levantando los ojos al cielo exclamó:

—¡Humdu-Hah! ¡Yo seré el brazo del Omnipotente! ¡Él nos dará su bendición!.

Las profecías antiguas anunciaban la aparición de un *Mahdi* en el nuevo siglo, que comenzaba precisamente en 1881, y el cual tendría como distintivo el brazo derecho más largo que el izquierdo y una verruga en la mejilla derecha. La aparición de este *Mahdi*, añadían las profecías, será anunciada por siete *imanes* llamados Ahmed o Mohamed, los cuales harían propaganda en distintas épocas y diversos lugares para preparar el terreno.

Mohamed Ahmed concibió el atrevido propósito de hacerse pasar por el esperado *Mahdi*, en lugar de uno de los *imanes*. Alargóse, nadie sabe cómo, el brazo derecho, hizose la verruga en el carrillo derecho y poco antes de agosto de 1881 declaró ser el *Mahdi*, es decir, «aquel a quien Dios conduce por el buen camino».

Escribió entonces a los faquires dicéndoles que era el hombre elegido por Dios para reformar el islamismo. Malimed Saleh, un faquir docto e influyente le aconsejó que se pusiese a la cabeza de los bagaras que le habían elegido jefe, e hiciese la guerra a los enemigos de la religión.

Mohamed Ahmed no tardó en ver aumentado de un modo considerable el número de sus prosélitos; la mayoría veían en él al elegido de Alá y creían pecar contra él si no atendían al llamamiento del Mahdi.

Bagaras, denkas, bongos, changüíes, barabraes, abú-rofs, forianos y árabes alistáronse en masa bajo sus banderas, y cuando él les aseguró que los cañones de los enemigos arrojarían agua en vez de fuego y hierro, y que los que cayesen en el campo de batalla irían al Paraíso, comenzó decididamente la rebelión.

El terreno estaba preparado para un movimiento general. Los gobernadores egipcios, con sus injusticias y crueldades, tenían desesperada a la gente; todos esperaban ansiosos una ocasión cualquiera para empuñar las armas y sacudir el odioso yugo; todos deseaban que llegase el día de la venganza, que había de ser terrible.

El Gobierno egipcio, apenas tuvo conocimiento de los primeros movimientos de insurrección, intimó al Mahdi a que se presentase en Jartum. Como Mohamed no respondió, Reuf Bajá, gobernador del Sudán, envió contra él un batallón de chüús.

El profeta estaba preparado y destruyó a éstos. Asustado Reuf, apresuróse a enviar al Sudán una fuerte columna a las órdenes de Rexid-Bey; pero sufrieron la misma suerte: cayeron sobre el campo de batalla desde el primero hasta el último.

Acercábase el peligro... Reuf, en persona, a la cabeza de tres mil hombres, marchó contra el Mahdi, logrando derrotarle.

Pero Mohamed no era hombre que se diese fácilmente por vencido.

Refugióse en el Sur del Sudán, sublevó nuevas tribus, volvió a subir el Bahr-el-Abiad, y en la primavera de 1882 se encontró en Cadir con Reuf Bajá, derrotándole. Apenas si se libraron veintisiete egipcios de la matanza.

Esta victoria tuvo una gran resonancia en los desiertos africanos. Entusiasmados sus pobladores por este hecho que había impresionado profundamente su viva imaginación, acrecentóse el ejército del *Mahdi* rápidamente, así como creció desmesuradamente su prestigio. Todos querían tomar parte en aquella guerra santa; todos querían combatir a las órdenes de un enviado de Dios.

Mohamed Ahmed siguió su victoriosa marcha por el Sudán, precedido de una vanguardia de *derviches* que usaban de todas sus artes para catequizar a las tropas del virrey de Egipto.

En noviembre de 1882 entraban sus hordas en la ciudadela de Bara, después de haber destruido a ochocientos cincuenta *bachi-bozucs* que se dirigían a El-Obeid y mil egipcios que iban a la ciudad que ellos habían tomado.

El 15 de enero, tras un asedio de varios meses, entraron en El-Obeid, la capital del Cortofán; pasaron por las armas a 3500 egipcios y los restantes se alistaron bajo sus banderas.

Egipto, preocupado con la guerra contra Arabi Bajá, no pensaba ya en el Sudán y la revolución crecía, dando al traste con todas las guarniciones egipcias que se hallaban abandonadas en las ciudades. Pero la suerte del *Mahdi* se eclipsó, su poder vaciló durante algún tiempo, estando a pique de terminar.

El Gobierno egipcio, habiendo salido victorioso de la revolución je Arabi Bajá, y echándose en brazos de

Inglaterra, no tardó en enviar nuevos ejércitos al país sublevado. En 23 de febrero de 1883 quedaba derrotado el Mahdi por Abd-el-Kerim en Mikrai-el-Datkel; el 12 de marzo sufría la segunda derrota de manos de Solimán Bajá, y el 29 de abril la tercera por los bajaes Hicks y Aladino, junto a la fortaleza de Gaya, sobre el Nilo.

El Mahdi viose obligado a retirarse al Cordofán; pero su estrella, por un momento eclipsada, volvió a brillar más esplendorosamente que nunca. Envío a Osman Digma y Mohamed Taher al Sudán oriental, uno como emir y el otro como ulema principal para sublevar a los beduinos, y reanudó su marcha interrumpida por las precedentes derrotas. Supo que los bajaes Aladino e Hicks, con once mil egipcios avanzaban hacia su capital, y el 22 de noviembre, a la cabeza de más de doscientos mil guerreros, les salía al encuentro, destrozándolos por completo en Kagshell.

Libre ya el país de los dominadores, que en 1876 le habían invadido y arruinado, el pobre faquir, convertido en terrible guerrero, retirábase a El-Obeid, donde actualmente le encontramos en su humilde cabaña.

* * *

Mohamed Ahmed, al ver ante sí al teniente, habíase detenido con la frente arrugada, acariciándose nerviosamente la negra y espesa barba. Fijáronse sus ojos en los del árabe, que se sintió fascinado del mismo modo que los pájaros por los de las serpientes.

—¿Quién eres? —preguntó Ahmed al cabo de algunos instantes de muda contemplación.

El árabe se estremeció al oír aquella pregunta, profirió un leve rugido y se puso lívido.

—Abd-el-Kerim —articuló.

—Eres árabe si no me engaño.

—Sí; soy árabe nacido en Berber.

—¿Sabes quién soy yo?

—Mohamed Ahmed.

—No —dijo el profeta—; soy el Mahdi.

—Como quieras.

—¿No lo crees?

Abd-el-Kerim no respondió; pero sostuvo impávido la mirada de fuego que le lanzó Ahmed.

—¿A qué ejército pertenecías? —preguntó el profeta cambiando de tono.

—Al de Jafar Bajá.

—¿De modo que tú venías de Jartum?

—No lo niego.

—¿Dónde caíste prisionero?

—En El-Duhem.

—¿Sabes lo que ha sido del ejército de Hicks Bajá?

—Lo ignoro.

Dio el Mahdi tres palmadas y al punto entró un imán llevando un saco atado.

—¿Sabes lo que contiene este saco? —preguntó Ahmed al árabe.

—No.

Ahmed lo abrió, sacó una cabeza humana cubierta de sangre,

ala ojos y seca por el ardiente sol ecuatorial, y se la enseñó a Abd-el-Kerim, que retrocedió horrorizado.

—¿Conoces esta cabeza?

—No —balbuceó el árabe.

—Es la de Hicks Bajá. En la selva de Kasghill he destruido todo el ejército egipcio, ¿me entiendes, árabe renegado? Muy pocos escaparon de la catástrofe y ninguno llevó la terrible noticia a Jartum. Yo, el enviado de Alá, Mohamed Ahmed, he destruido a todos los enemigos que, con increíble audacia, marchaban sobre la ciudad santa. Todos irán al Infierno; es el castigo de los que no escuchan la voz del Señor.

—¡Ah! ¡Qué terrible eres! —exclamó Abd-el-Kerim, temblando aún por la emoción.

—Es justicia —respondió Ahmed, metiendo nuevamente la cabeza de Hicks en el saco.

Luego, volviéndose al *Imán*, que estaba de rodillas, le dijo:

—Abú-Mogara: haz colocar todas las cabezas de rostro blanco a las puertas de El-Obeid, a fin de que toda la población las vea.

Salió el *imán* con su horrible carga. En la cabaña reinó durante varios minutos un lúgubre silencio, tras del cual el *Mahdi*, señalando al árabe un *angareb*, le dijo:

—Siéntate y refiéreme lo que se dice de mí en Jartum. ¿Creen que yo sea el enviado de Dios, cuya santa misión consiste en reconstruir el antiguo Imperio árabe, en reunir a mi alrededor a todos los creyentes en el Profeta, en poner un dique a la invasión de los infieles, en fundar una religión universal con comunidad de bienes?

—No; nadie lo cree.

—Ya sé que el virrey Tewfik me acusa de ser un falso profeta, con la esperanza de alejar de mí a los árabes, a quienes yo quisiera salvar del poder de los ingleses; pero no creía que la población participase de la opinión de ese miserable, de ese cobarde que vendió su reino para permanecer sobre el trono. Está bien: no tendré piedad de nadie. Los impíos caerán bajo mi cimitarra, del mismo modo que Hicks Bajá y sus soldados en Kasghill.

—Pero ¿qué es lo que pretendes hacer con tus hordas?

—Ya lo verás cuando la recolección esté terminada y organizadas mis tropas. Dispongo de dieciocho tribus que forman un ejército de doscientos mil hombres que no temen ni al hierro ni al fuego. Bajaré a Egipto, y, una vez que haya entrado en El Cairo y derribado a Tewfik, pasaré a La Meca y derrotaré al sultán de los turcos.

—¿Ya sabes, Ahmed, que tenemos a los ingleses en Egipto?

—¿Y tú crees que temo al Egipto?

—Enviaré contra ti a ingleses y abisinios.

Ahmed se encogió de hombros.

—No les temo —dijo—. Pasaré a filo de espada a los unos y a los otros.

—Son muchos, Ahmed.

—También son muchos los míos.

—¿Y si logran vencerte?

—No me cogerían vivo. Cuando viera que la lucha era inútil, me dejaría matar al frente de mis tribus.

Permaneció unos instantes silencioso, fruncido el ceño, la mirada sombría, cruzados los brazos sobre el pecho; luego, levantando de pronto la cabeza, preguntó a Abd-el-Kerim:

—¿Sabes qué muerte te aguarda?

El árabe, aun cuando esperaba tal pregunta, se estremeció y miró al *Mahdi* con ojos de terror.

—No —dijo luego—. Además, no la temo.

—Eres joven, apuesto, y me han dicho que valiente.

—Con todo, deseo la muerte —dijo el árabe con profunda tristeza.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa para que así desees la muerte?
—preguntó sorprendido Ahmed.

Abd-el-Kerim exhaló un suspiro y se llevó ambas manos al corazón.

—Ahmed —dijo con tono sombrío—: Si tú hubieres poseído y amado a una mujer, bella, divina, que te idolatraba, y luego te la hubiesen arrebatado y matado quizá, ¿te importaría morir? Ahmed. yo he perdido una mujer a quien adoraba una mujer por quien hubiera cometido los mayores delitos y hubiera hecho milagros. ¿Qué me importa que me maten si para mí el vivir es un continuo tormento, un continuo martirio, un delirio sin fin?

Ahmed dio un paso atrás, exhalando un suspiro que más parecía un rugido. Hincháronsele extraordinariamente las venas del cuello, tanto que parecía que iban a estallar, y su rostro, poco antes tranquilo, demudósele. Gruesas gotas de sudor caíanle de la frente humedeciendo sus mejillas llenas de cicatrices.

—¡Ah! ¡Tú amabas a una mujer que luego desapareció!
—exclamó con voz ahogada—. Eres un desdichado. ¡Te compadezco! También yo lloré largo tiempo por una mujer a quien amaba con todas las fuerzas de mi alma y a quien no he vuelto a ver más.

Detúvose anhelante, conmovido y, al mismo tiempo, irritado, comenzando a pasear por la cabaña con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¿Cómo se llamaba esa mujer? —preguntó el árabe por cuya mente cruzó una terrible sospecha.

Ahmed se puso aún más sombrío.

—¿Se llamaba quizá...?

—¿Cómo? —preguntó Ahmed deteniéndose de repente.

Iba Abd-el-Kerim a pronunciar el nombre de Fátima, pero le asaltó tal inquietud, sintió tal opresión en el corazón que no llegó a pronunciarlo.

Tuvo miedo de que aquella mujer a quien tanto amaba, y que en otro tiempo había sido la favorita del hombre que tenía delante, fuese la misma por quien el Mahdi se lamentaba. Vio de pronto el abismo en que iba a caer y se detuvo.

—A ver, ¿cómo se llamaba? —preguntó Ahmed.

—No doy ahora con el nombre —balbuceó confuso el árabe.

—Yo te lo diré entonces. Era una mujer hermosa, bella como una hurí del Paraíso de Mahoma, de negros ojos, fúlgidos como diamantes y cabellos más finos que la seda. Su nombre era... ¡Fátima!

Mordióse con furia Abd-el-Kerim los labios para contener el grito que se le iba a escapar y traicionarle.

Púsose densamente pálido, vaciló como si una maza le hubiese herido en la cabeza y dejó caer sus brazos sin fuerza, a lo largo del cuerpo.

¡El Mahdi amaba a Fátima! ¡Lamentábase el Mahdi por la mujer a quien Abd-el-Kerim había amado tanto! El Árabe,

petrificado, creíase juguete de un sueño.

—¡Se llamaba Fátima! —exclamó con voz ahogada.

—Sí —respondió el *Mahdi* que, absorto en su desesperación, no se había dado cuenta de la conmoción del árabe—. ¿Has oído hablar en Jartum de aquella mujer que me destrozó el alma? Decían que se había refugiado en aquella ciudad.

—¡No!... ¡No! —murmuró Abd-el-Kerim, temblando como un azogado.

—Decían que era la amante de un oficial árabe. Si yo pudiese tener en mi poder a ese hombre... ¡Ay, ay de él el día que su mala estrella le conduzca a mi campamento!...

Abd-el-Kerim tenía erizados los cabellos, la mirada extraviada y no respiraba. Preguntábase qué sucedería si aquel terrible rival supiese que el amante de Fátima era el prisionero que tenía delante.

—¡Maldita mujer! —prosiguió Ahmed—. Yo la amaba; poseía cuanto quería, tenía a su disposición doscientos mil guerreros prontos a dejarse matar por ella, era más que una sultana, y me abandonó. Pero día vendrá en que volverá a mis manos y le haré pagar cara su traición. ¡Oh! ¡Aquel día se arrepentirá de haber burlado al enviado de Alá!

—¿Vive, entonces? —preguntó con ansiedad Abd-el-Kerim.

—Dicen que vive, pero nadie lo asegura.

—¡Ah!

—¿Qué te pasa?

—Nada —apresuróse a responder el árabe—. Tengo una punta de flecha clavada en un brazo y me hace daño.

—Poco tendrás que sufrir —dijo Ahmed con una sonrisa cruel.

—¿Por qué?

—Porque mañana morirás, a no ser que Alá te proteja.

—¡Yo no quiero morir! —exclamó el árabe.

—¡Cómo! Hace poco no te importaba, ¿y ahora dices que no quieres morir? ¿Qué cambio es el que se ha operado en tu ánimo?

—Ha nacido en él una esperanza.

—¿Cuál?

—Que la mujer a quien amaba y creo perdida viva aún como la tuya.

La encendida mirada del Mahdi se nubló, haciéndose melancólica, casi tierna.

—¿Sabes que me eres simpático? —díjole, poniéndole una mano sobre el hombro.

—¡Yo!

—Sí; me gustan y quisiera verte convertido en oficial de mi ejército. Por desgracia, me has matado a un poderoso jeque, y es preciso que yo le vengue.

—¿De modo que he de morir?

—No; yo te proporcionaré el medio de salvarte.

Abd-el-Kerim se arrojó a los pies de Ahmed dando un grito de alegría.

—Escúchame —dijo Ahmed, haciéndole levantar—. Mis guerreros tienen la bárbara costumbre de echar a los prisioneros de guerra a los búfalos o a los leones para que los destrocen; bien es verdad que arman al condenado de una cimitarra; pero como puedes suponer, raro es el que

escapa a la muerte. Si por ventura matan al animal, son, en cambio, proclamados guerreros y puestos inmediatamente en libertad.

—¿De modo que tendré que luchar con los búfalos?

—No; te echaré un león al cual daré antes una poción que le prive de las fuerzas, que le emborrachará. De ese modo te será fácil matarle con la cimitarra.

—¡Ah, gracias, Ahmed!

—Como ves, yo te libero de la muerte; pero es preciso que te hagas mi secuaz, que me adores y respetes como adoras y respetas a Mahoma, el primer Profeta.

—Haré lo que tú quieras. Y mis compañeros, ¿se salvarán?

—Es imposible. No me atrevo a intentarlo. Ahora, vuelve al lado de los demás prisioneros y hasta mañana que nos veamos en la zeribak.

Dio unas palmadas y entraron dos guerreros que se arrodillaron ante él.

—Conducid este hombre a la cabaña de los prisioneros —díjoles el Mahdi—, Mucho cuidado, porque si alguno le toca o le insulta es hombre muerto.

Un instante después salían del tugul de Mohamed Abd-el-Kerim y los guerreros, y entraban en el de los prisioneros, en el cual, tendidos en el suelo, fuertemente ligados, temblando de espanto y de angustia, hallábanse los tres egipcios.

Al ver a Abd-el-Kerim, uno de ellos, el menos maltratado, levantóse penosamente sobre las rodillas interrogándole con una lacrimosa mirada.

—Estamos perdidos —díjole el árabe.

—¿No queda ya ninguna esperanza? —balbuceó el egipcio.

—Ninguna.

—Ese *Mahdi* debe de ser una hiena.

—Cállate si quieres vivir hasta mañana.

El egipcio profirió un sordo gemido y volvió a caer con el rostro escondido entre las manos.

CAPÍTULO XI. EL SUPLICIO DE LOS PRISIONEROS

A la mañana siguiente, los alrededores de la gran zeribak hormigueaban de guerreros que acudían de todas partes del campamento.

Algunos se encaramaban sobre sus compañeros más altos, otros sobre las gibas de los camellos o sobre el lomo de los caballos, de los asnos, de los bueyes, que desaparecían por completo bajo la turba, y otros aun en los árboles que daban sombra al recinto, acomodándose lo mejor posible en sus ramas.

Al ensordecedor griterío mezclábase el estrepitoso sonido de los tambores, los toques de cometa y el continuo salmodiar de los versículos del Corán, ruido que a veces era dominado por desesperados aullidos. Entre la turba surgían en diferentes lugares riñas sangrientas que terminaban con una cuchillada o un sablazo, y de las ramas de los árboles caían volteando por el aire individuos a quienes otros más fuertes arrojaban al suelo, sin preocuparse de si se rompían la cabeza o se desnucaban.

Todos querían colocarse en primera fila, todos querían llegar hasta la empalizada de la zeribak en cuyo interior habían de ser ajusticiados los prisioneros egipcios.

Únicamente dos hombres no participaban de aquella gran curiosidad y se mantenían apartados, sentados tranquilamente sobre la cima de una pequeña colina de arena, charlando con la mayor calma del mundo, sin dignarse apenas echar tina ojeada al recinto.

Uno de ellos era de alta estatura e iba vestido de beduino, con el caftán echado sobre los ojos, de modo tal que sólo

dejaba ver de su rostro una barba negra e hirsuta. El otro era un jeque negro, rechoncho, fuerte, de rostro feroz, sin barba, ojos grandes y brillantes, nariz muy chata y labios abultados. Llevaba un gran turbante sobre la cabeza, una *rahad* (cinturón) rebosante de armas y adornada con muchos cordoncillos, un par de largos calzones a la turca y numerosos brazaletes de marfil en los brazos, y collares de charas (cuentas de vidrio).

—¿De modo que me decías?... —preguntaba el jeque.

—Que está aquí —respondió el beduino con acento extranjero.

—¿Estás bien seguro?

—Segurísimo, El-Mactud.

—¿Cuándo lo has visto?

—Anoche, al pasar ante un *tugul* guardado por veinticinco guerreros. A la claridad de la lumbre le vi tendido en tierra con el rostro entre las manos.

—Puedes haberte engañado —dijo el jeque.

—No, no me he engañado; te lo aseguro. Le conozco demasiado bien.

—¿No militaba bajo las órdenes de Hicks Bajá?

—Cuando yo le dejé estaba con Jafar Bajá. No sé si habría llegado a reunirse con el general inglés.

—De todos modos, no acierto a explicarme cómo ha podido abandonar su bandera para pasar a la de Ahmed.

—Tú dices que amaba a una mujer, la cual le arrebataron.

—¿Y qué?

—Quizá espera encontrarla aquí.

—¿Qué grado tiene? —preguntó el jeque.

—Lo ignoro. A la puerta de su cabaña he visto veinticinco guerreros, y sé que ayer tarde tuvo una entrevista con Mohamed Ahmed, pues le vieron salir del tugul.

—Es necesario saber el grado que le ha sido conferido y si es amigo de Ahmed.

—Lo sabremos, y por muy poderoso que sea le anonadaré, le haré morder el polvo. Basta con que pronuncie el nombre de la mujer a quien amaba para que Ahmed le condene a muerte.

—¿Qué es lo que ha hecho para que le tengas tanto odio?

—Deshonró a mi hermana y la mató después —dijo el beduino, procurando dar a su voz un tono sombrío.

—Entonces es preciso vengarse.

—Me vengaré.

—Haz lo que nuestros bagaras salem, que se atienen a la ley del Talión aprendida en la Biblia, en el Manú y en el Corán: aen be aen (ojo por ojo); ueden be ueden (oreja por oreja); ed-dan b'ed-dan (sangre por sangre).

—Déjate que yo le tenga en mi mano, y luego verás lo que es bueno.

—Muy bien; yo estoy dispuesto a ayudarte.

—Silencio; ahí llega Mohamed Ahmed —dijo el beduino levantándose.

A lo lejos aparecía Ahmed, con el verde turbante de los descendientes del Profeta y en completo atavío de guerra. Montaba un soberbio caballo blanco que dos derviches llevaban de la brida, y tras él caracoleaban los jeques de

todas las tribus y una escolta de abú-rofs con la cimitarra desenvainada y el estandarte desplegado.

Al llegar cerca de la zeribak vibró en el aíro, un grito emitido por doscientas mil gargantas.

—¡Viva Mohamed Ahmed! ¡Salud al enviado de Dios!

Ahmed impuso silencio con una señal hecha con la mano. Echó pie a tierra, arrodillóse, masculló algunas oraciones y luego fue a sentarse en una tribuna, desde la cual dominaba la zeribak. Los jeques y derviches más renombrados se colocaron detrás de él.

—Allí están, rodeados por una compañía de bagaras.

—No son muchos los que han de morir. No veo más que cuatro.

—Pero en medio de ellos veo un oficial.

—¡Un oficial!... ¡Rayos y truenos! ¿Quién será?

—Alguno de los que cogieron en Kasghill.

—¡Ah! —exclamó de pronto el beduino—. ¡No es posible! ¡Me engaño!

—Aquel oficial que está entre los prisioneros... ¡Es él!

—¿Quién?

—Abd-el-Kerim.

—Es imposible.

—Te lo digo yo; él es, efectivamente.

—Pero si has visto anoche una guardia de honor ante su tugul.

—Me he equivocado. Eran guerreros que vigilaban para que no se escapase. Ven, El-Mactud, la venganza de Mohamed

Ahmed ha tomado a la mía la delantera.

Beduino y jeque descendieron apresuradamente de la colina, uniéronse a la turba, que se estrujaba alrededor de la zeribak , y abriéndose paso a fuerza de codazos, confundiéronse en medio de ella.

En aquel mismo momento conducían a Abd-el-Kerim y a los tres egipcios a un cobertizo rodeado de guerreros armados hasta los dientes. El primero estaba tranquilo, sonriente, despreocupado; a los otros en cambio, les cóstaba trabajo mantenerse en pie, pálidos, desencajados, presos de un terror indescriptible.

Su aparición fue acogida por las dieciocho tribus con aullidos salvajes, maldiciones, insultos, con amenazador movimiento de brazos; más de un arma fue dirigida hacia ellos y los apuntó más de un fusil. Pero Mohamed Ahmed pronunció una sola palabra y todos bajaron las armas.

Oyóse un fragoroso sonido de *nogaras* y *darabukas*, y en la zeribak entró un búfalo, entre frenéticos aplausos.

Era un hermoso animal, de alta talla, atigrada piel, con largos y agudos cuernos. Apenas libre de las ligaduras comenzó a dar saltos, mugiendo furiosamente y embistiendo a la empalizada. Daba miedo verle con la boca llena de baba y los ojos grandes, encendidos, moviéndose en un círculo sanguinolento; comprendíase que antes de meterlo, los bogara le habían irritado, lo habían puesto furioso.

Uno de los egipcios fue invitado a salir a la arena después de haberle armado de una cimitarra; pero el desgraciado, muerto de miedo, no se movió siquiera, y comenzó a gritar como si le mataran. Cuatro guerreros le agarraron, le cogieron en vilo y le arrojaron al recinto.

—Kuaies! Kuaies-Ktir! (¡Hermoso, magnífico!) —aullaron los espectadores.

El poblé hombre, aunque aturdido por el batacazo, levantóse mirando en torno suyo con ojos extraviados y suplicando con las manos juntas que los circunstantes le salvaran la vida. Los negros riéronsele en su cara, escupieronle y excitaron al búfalo con voces y con piedras.

—¡Muera, muera el infiel!... —aullaban unos.

—¡Coge la cimitarra, cobarde! —gritaban otros.

El búfalo vio inmediatamente a su víctima. Dio un mugido capaz de helar la sangre, sacudióse los ijares con la cola, bajó la cabeza y se precipitó hacia delante con la rapidez del rayo.

Todos pensaron ver ya al egipcio destrozado; pero no fue así. El desgraciado prisionero, al ver que la fiera le embestía, echó a correr desesperadamente alrededor del recinto, intentando, en vano, por supuesto, encaramarse sobre la empalizada. Durante diez minutos consiguió mantenerse a distancia del terrible animal, que levantaba nubes de polvo galopando furiosamente en todas direcciones; luego se detuvo para hacerle frente.

Hombre y animal se encontraron en medio de la arena. El egipcio, que había cogido la cimitarra, tiró un golpe que resultó vano. No tuvo tiempo de volver a levantar el arma; el animal, furioso, hundió los afilados cuernos en su pecho y después, levantándole a pesar de sus contorsiones, lo lanzó fuertemente contra la empalizada. La víctima, horriblemente destrozada, cayó inerte al suelo, ensangrentando la arena.

—Kuaies, Kuaies-Ktir —vociferaban los guerreros bagaras que se hallaban a caballo sobre la empalizada.

El cadáver del egipcio, deformado, deshecho, fue arrastrado fuera para servir de pasto a las fieras de la selva; en seguida fueron arrojados a la arena los otros dos egipcios, uno de los cuales, habiéndose roto una pierna, quedó tendido en la tierra gritando e invocando a Alá y a su Profeta.

Soltaron otros dos búfalos, volviéndose a repetir el sangriento espectáculo. Fue breve; el primer egipcio murió en seguida, y el segundo, habiendo logrado encaramarse en la empalizada, fue muerto de una lanzada que le dio un abú-rof.

No quedaba más que Abd-el-Kerim. el cual había asistido impasible al desventurado fin de sus compañeros de armas. Salió a la arena con la cimitarra en la mano, la mirada centelleante de audacia, esperando con calma extraordinaria la aparición del león que había de atacarle.

Un derviche, por orden de Ahmed, impuso silencio a la tumultuosa turba desde el momento en que apareció el rey de las selvas africanas. Era un magnífico león, de dos metros de largo y más de uno de alto, majestuoso, de fiera apariencia, que rugía de un modo atronador, sacudiendo la espesa melena.

Un temblor de espanto recorrió los miembros de los guerreros del Mahdi, al ver aquel animal de terrible fama entre los africanos. Enmudecieron todos, mirando casi con terror al árabe, que ni se había movido al aparecer el formidable campeón.

Durante algunos instantes se contentó el león con hacer oír su voz, sacudiéndose los ijares con la cola, un golpe de la cual basta para romper las piernas a un hombre; luego comenzó a dar vueltas alrededor del árabe, que le daba siempre la cara resguardándose detrás de la cimitarra como si fuese un escudo.

De pronto se detuvo, encogiéndose, y miró al árabe con ojos de fuego. Dio un salto hacia delante; pero las fuerzas, por una causa desconocida, le faltaron, y volvió a caer a tres pasos de distancia.

De todas las bocas se escapó un grito de sorpresa. La cosa era tan extraña que todos creyeron que tan improvisada falta de fuerzas debía atribuirse a un milagro de Alá.

—¡Milagro, milagro! —exclamaron algunos derviches alzando los brazos hacia el cielo.

—¡Aguijonéese al león! —tronó una voz.

—¡Silencio! —gritó Mohamed Ahmed.

Por segunda vez se encogió el león rugiendo, lanzóse hacia delante y por segunda vez volvió a caer sin fuerzas. Una sonrisa asomó a los labios de Ahmed, que miraba fijamente a Abd-el-Kerim, siempre impasible.

—¡Milagro, milagro! —repetieron los derviches.

—¡Qué le echen otro león! —tronó la misma voz que había pedido que agujonearan a aquél.

En el mismo momento, lanzábase Abd-el-Kerim contra el león, que era incapaz de moverse y mugía espantosamente, y de un golpe de cimitarra le abría la cabeza, derribándole al suelo agonizante.

De un extremo al otro de la llanura resonó un solo grito:

—¡Está salvado! ¡Viva el árabe!

—¡Muera el árabe! —gritó por tercera vez la voz desconocida.

—¡Bravo, bravo!

—¡Qué le echen otro león!

Mohamed Ahmed se puso en pie con los dos brazos en alto, fija la vista en el cielo, y con voz de inspirado exclamó:

—¡Pueblo del Cordofán! Ese hombre ha sido tocado de la gracia de Alá y yo le nombro mi guerrero. ¡Rodilla en tierra!

Los guerreros cayeron de hinojos tocando el suelo con el rostro. Tan sólo un hombre permaneció en pie con los puños

tendidos hacia Abd-el-Kerim. Aquel hombre era el beduino.

—¡Muera el infiel! —gritó con voz furiosa.

—¡Rodilla en tierra! —repitió el *Mahdi*—. ¡Rodilla en tierra!

El beduino cayó al suelo obligado por la mano nerviosa de El-Mactud.

—Calla, si no quieres perderte —le susurró al oído.

—Pueblos del Cordofán, fieles secuaces de la religión verdadera —prosiguió Mohamed Ahmed—. No sólo declaro a ese hombre libre, sino que le confiero además el grado de jeque. Alá me lo manda. Hágase la voluntad de Alá.

CAPÍTULO XII. EL DELATOR

Eran las diez de la noche.

Las innumerables hordas del Mahdi habíanse retirado al campamento y dormían profundamente, unos tendidos bajo el tugul de hojas, otros en las tiendas tomadas a los egipcios en las últimas batallas y muchos a campo raso; pero todos con las armas al lado, siempre dispuestos a ponerse en marcha al primer sonido de los nogaras.

Acá y allá ardían hogueras, junto a las cuales velaban los centinelas apoyados en sus lanzas o fusiles y mascullando plegarias.

Por todas partes reinaba el más profundo silencio, roto de vez en cuando por el lastimero ulular de los chacales o las risotadas de las hienas, que, envalentonadas por la oscuridad, se atrevían a llegar hasta el mismo campamento buscando los restos de la cena. A la misma hora dos hombres cuidadosamente envueltos en sus capas deslizábanse como sombras entre las tiendas, los tuguls, los pabellones de fusiles y los cañones, deteniéndose de vez en cuando para echar en derredor una investigadora mirada.

—¿Hemos llegado? —preguntó el más alto de los dos, en cuyo acento podía reconocerse al beduino que tan sañudo se había mostrado con Abd-el-Kerim.

—Aún no —respondió el otro que era el jeque, El-Mactud—; pero llegaremos en seguida.

—¿A qué hora te citó?

—A medianoche.

—Creía que Ahmed dormiría por la noche.

—He picado su curiosidad.

—¿Crees que me recibirá bien?

—Te recibirá del modo que debe recibirse a quien ha luchado como un león por la santa causa —respondió el jeque.

—¿Y la revelación?

—Le convertirá en una fiera. Conozco bien a ese hombre y sé que ama aún a aquella mujer.

—¿Qué hará de Abd-el-Kerim?

—Le hará destrozar por los leones.

—Yo quiero salvarle a cualquier precio.

En el rostro del jeque dibujóse una vivísima sorpresa.

—¡Cómo! —exclamó—. Esta mañana queríais que muriera y ahora deseáis salvarle.

—He cambiado de parecer. A propósito, ¿sabes algo de la mujer a quien busco?

—Nada absolutamente. He hablado con todos los guerreros que lucharon en Kasghill y a orillas del Bahr-el-Abiad; pero no he podido tener noticias. Por la descripción que les hice supusieron algunos que la mujer que buscabas es la favorita del Mahdi. La misma sospecha he tenido yo.

—Os engañáis —apresuróse a decir él beduino palideciendo—. Se parece mucho, pero no es la misma. ¿De modo que no se sabe nada?

—Nada. Moriría en Kasghill.

—No, no murió en Kasghill, porque examiné uno a uno todos

los cadáveres.

—Puede ser que haya muerto a manos de los que combaten los bagaras del lago Cherquela.

—Puede ser.

—Pero ¿qué es lo que quieres hacer con esa mujer?

—Te lo diré en el momento oportuno.

—¡Alto! —exclamó el jeque—. Hemos llegado.

Ante ellos hallábase el tugul de Mohamed Ahmed, y sobre él ondeaba majestuosa la bandera verde de la insurrección.

A la entrada ardía una gran hoguera, que difundía siniestros fulgores por las agrietadas paredes, así como sobre los cañones y las ametralladoras que se hallaban desparramados en derredor.

Veinticinco guerreros de probado valor vigilaban, inmóviles como estatuas, y destacándose sobre la llama.

El-Mactud se acercó al jefe de aquellos hombres, que ya le había apuntado con su «remington», y le dijo:

—Di al enviado de Alá que han llegado las personas que espera.

—¿Quién? —preguntó el guerrero.

—El jeque El-Mactud.

—¿Y tu acompañante?

—Un fiel secuaz de Ahmed.

Entró el guerrero en el tugul, y poco después volvió a salir y anunció a los visitantes que el enviado del Señor los esperaba.

—¡Valor! —dijo el jeque al oído del beduino.

Entraron en aquel mísero tugurio.

Sentado en un angareb hallábase el Mahdi con una diadema de vidrio amarillo en la mano y los pies, desnudos, junto a una hoguera formada por dos tablas y una braza de leña.

Al ver al beduino y al jeque, púsose lentamente en pie.

—¡Ah! —respondió—. ¿Estáis ya aquí, El-Mactud?

—Sí, Ahmed —respondió el jeque, besándole la mano con respeto.

—¿Y ése que te acompaña?

—El hombre de quien te hablé.

Ahmed examinó de pies a cabeza al beduino, que resistió el examen con la cabeza alta y los brazos cruzados sobre el blanco taub.

—Déjanos solos, El-Mactud —dijo luego.

El jeque se apresuró a obedecer, después de haber cambiado con el beduino una rápida mirada.

Ahmed dio dos o tres vueltas por la estancia, y luego, deteniéndose ante el beduino, que permanecía impassible, le preguntó:

—¿Quién eres?

—¿Estamos solos? —inquirió a su vez el interpelado.

—¿Por qué? —replicó Ahmed sorprendido.

—Porque lo que voy a decirte no debe oírlo nadie.

—Puedes hablar. Nadie oirá lo que digas.

—Ya sabes que no soy beduino.

—El-Mactud me dijo que eras blanco.

—¿Sabes que he renegado de mi religión para seguir la tuya?

—Lo sé y doy gracias a Alá por haberte abierto los ojos.

—Estaba con los egipcios, pero deserté; junto al Bahr-el-Abiad caí prisionero de El-Mactud y volví mis armas contra mis antiguos compañeros, contra los mismos soldados a quienes guiaba.

—Me han dicho que eres valiente como un león, y que en Kasghill fuiste el primero en entrar en el cuadro de Hicks Bajá. Al asunto: ¿qué tienes que decirme?

—Despacio, Ahmed. Antes de hablar debo proponerte un pacto.

—¡Un pacto!

—Sí.

—¿Cuál?

—Sabes que vengo a denunciar a un hombre a quien tú odias, un hombre a quien mandarás matar en cuanto sepas quién es y lo que ha hecho.

—Adelante.

—Es necesario que jures que me entregarás a tal hombre para que yo le mate como mejor me plazca.

—¿Y si yo no consiento en ello?

—No te diré nada.

Ahmed le miró con la mayor sorpresa. Brilló en sus ojos un relámpago de cólera y contrajo los labios hasta enseñar los

dientes.

—¿Sabes que necesitas ser audaz para hablarme así? —dijo esforzándose en aparecer tranquilo.

—No digo que no.

—¿Y si yo te obligase a hablar?

—Me arrancaría la lengua para no decir palabra.

—¿Y si te amenazase de muerte?

—Moriría —dijo con firmeza el beduino.

Ahmed se llevó la mano a la cintura y sacó el yatagán, pero lo volvió a su lugar y dio luego tres palmadas.

Levantóse la cortina de pieles que dividía en dos la estancia, y apareció un negro de gigantesca estatura, con una horrible y enorme cabeza sostenida por un cuello tan grueso como el de un toro. Llevaba sobre un hombro una piel de león y empuñaba una cimitarra de ancha cuchilla.

—¿Ves a ese hombre? —dijo Ahmed al beduino.

—Le veo.

—Es un verdugo. Me basta una señal para que te corte la cabeza; me basta un gesto para que te haga mil pedazos; para que te arranque a tiras la piel, para que te abraze las carnes con hierros candentes. ¿Hablarás?

—No, Ahmed; no.

—Yokara, apodérate de ese hombre. Si se obstina en permanecer mudo, córtale la cabeza.

Retrocedió el beduino algunos pasos, con los miembros agitados por leve temblor; pero inmediatamente recuperó su impassibilidad y hasta una sonrisa de desdén, casi de desafío,

asomó a sus labios.

Acercósele el verdugo y le hizo caer de rodillas. Probó el corte de su cimitarra y esperó.

—¿Persiste en callar? —preguntó Ahmed profundamente admirado de aquel hombre que tan impertérrito desafiaba a la muerte.

—Persisto —respondió el beduino.

Dio Ahmed una palmada. El verdugo levantó la cimitarra, que brilló a la luz del fuego.

—La muerte te amenaza —dijo Ahmed.

—La desafío.

Descendió de pronto la cimitarra; pero no sobre el cuello del beduino, sino a tierra.

—¡Eres más firme que una roca y te admiro! —exclamó el Mahdi—. Levántate, habla, y te juro que te entregaré vivo al hombre que me pides.

—Gracias, Ahmed.

Desapareció el verdugo tras la cortina. Sentóse Ahmed sobre un angareb e invitó al beduino a hacer otro tanto.

—Habla, que te escucho —dijo.

—Mohamed Ahmed —dijo el beduino, después de meditar irnos momento—: ¿Te acuerdas de tu favorita Fátima?

Dio un salto el Mahdi sobre el angareb y arrugó el entrecejo.

—¿Por qué me traes a la memoria tal mujer? —preguntó con ira.

—Luego lo sabrás. ¿Sabes con quién huyó?

—Si lo hubiese sabido, no existiría ya tal hombre.

—Yo te lo diré. Huyó con un *jeque* que estaba a tu servicio.

—¡Cómo!... ¿Dónde está ese *jeque*?

—Murió en la batalla de Cadir.

—¡Maldición!

—Fátima, una vez sola, marchó al Sur y llegó a Hossanieh, donde acampaba el ejército de Jafar Bajá, y allí se enamoró de otro hombre que no temió amar a la ex favorita del enviado de Alá.

Ahmed ahogó un grito; saltáronle los ojos de las órbitas y se llevó ambas manos al pecho, clavándose las uñas en la carne.

—¿Dónde está ese segundo amante, para matarle? —rugió.

—¡En este campamento!

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí, Ahmed, y tú le has salvado, ¿entiendes? Tú le has librado de la muerte.

—¡Yo!...

—Sí; le has salvado esta mañana haciéndole luchar con un león al cual habías dado a beber un filtro.

—¡Dios mío! —exclamó Ahmed, poniéndose en pie de un salto—. ¿Es ese hombre? ¿Es ése el amante de mi favorita?

—Sí; el mismo: el árabe Abd-el-Kerim.

Ahmed se mordió rabiosamente los dedos.

Acercóse luego al beduino que sonreía maliciosamente y le sacudió con furia.

—¡No me engañes!

—¿Por qué he de engañarte?

—No te creo. Tú odias a ese hombre y quieres perderle.

—Ya lo creo que le odio; pero digo la verdad.

—¿Lo jurarías sobre el Corán?

—Lo juraría.

El Corán, más comúnmente llamado Alcorán y también *Al Torkan*, *Al Dhikr*, y aun *Al Kitab*, es el código fundamental de las leyes tanto civiles como criminales de los mahometanos. Es una colección de todos los fragmentos que Mahoma, durante su supuesta misión, promulgó como otras tantas reverencias del cielo, y cada una de cuyas partes, según los musulmanes, fue escrita ante el trono de Dios con una pluma de luz sobre la mesa de sus eternos decretos, y una copia del cual fue enviada a la tierra y revelada a Mahoma por el ángel Gabriel.

Está dividido en 114 capítulos escritos en La Meca o en Medina, y que reciben el nombre de *suras*. Fueren coleccionados por Said-ben-Tabet, esclavo de Mahoma, y reunidos en forma de libro por Abú-Bekr, dos años después de la muerte del Profeta, acaecida el 652 después de Jesucristo.

Siete son los principales textos del Corán: dos de Medina, uno de La Meca, otro de Cufá, otro de Basora, otro de Sirdia y el Alcorán vulgar.

Uno contiene 6000 versículos; los otros, 6200; pero todos cuentan 77.639 palabras y 323.015 letras.

Abriólo Ahmed delante del beduino y le dijo:

—¿Juras sobre el Alcorán que has dicho la verdad?

—¡Lo juro! —exclamó el beduino sin titubear.

—Está bien; ahora sé lo que debo hacer con quien ha osado amar a la favorita del enviado de Dios.

—Ahmed: ese hombre me pertenece; me lo has prometido.

—No temas que falte a mi palabra. Te lo entregaré vivo; pero antes le desgarraré las carnes y haré correr a sus pies ríos de sangre. ¡Anda, que Alá te guarde!...

CAPÍTULO XIII. LA TORTURA

Tocaban diana los *nogaras* cuando veinticinco guerreros de la guardia de Mohamed Ahmed armados hasta los dientes, rodeaban el *tugul* ocupado por Abd-el-Kerim. Una considerable turba de *abú-rofs*, *bagaras*, beduinos y forianos habíase reunido alrededor, preguntándose qué querían hacer aquellos veinticinco guerreros con el nuevo *jeque*, salvado el día anterior por el enviado del Señor.

El jefe de los guerreros, después de apostar a sus hombres alrededor para evitar que pudiera escapar, entró en el *tugul* con la cimitarra en la mano y un aire que no tenía nada de respetuoso ni de pacífico.

Abd-el-Kerim levantábase en aquel momento del *angareb* en que había dormido. Viendo aquel hombre que se le plantaba delante en actitud amenazadora y le dirigía una torva mirada, no pudo disimular un gesto de sorpresa.

—¿Qué quieres? —le pregunto, esforzándose por aparecer tranquilo.

—Sígueme —respondió bruscamente el jefe.

—¿Quién me llama?

—El enviado del Señor.

Abd-el-Kerim se sobresaltó. Cruzó su cerebro una terrible sospecha, la sospecha de que alguien le hubiese hecho traición, de que le hubiesen denunciado como amante de Fátima. Sintió helársele la sangre en las venas y faltarle las fuerzas.

—¿Qué quiere Ahmed de mí? —preguntó asustado.

—Lo ignoro. Me dijo que, vivo o muerto, te condujese a su presencia, y lo haré.

—Pero ¿qué ha sucedido para que me trate peor que a un enemigo?

—No sé nada. Ahmed tendrá sus motivos, para hacerlo.

—Se ha equivocado.

—¡Imposible! —exclamó el guerrero, convencido—. Ahmed es infalible.

—Una palabra solamente. ¿Has visto entrar en el tugul del profeta a algún extranjero?

—Sí; esta noche han entrado dos hombres y a uno de ellos nunca le he visto en el campamento.

—¡Ah!

—Sígueme. Ahmed no es hombre que espere mucho.

Abd-el-Kerim, palidísimo, iba a ceñirse la cimitarra que el día anterior le regalara el Mahdi; pero el guerrero se la arrebató de la mano.

—Eres prisionero, y los prisioneros no deben llevar armas —le dijo.

Agarróle bruscamente por un brazo y le sacó a la fuerza del tugul. Rodeáronlo sus hombres, empuñando las pistolas y yataganes, como dándole a entender que a la primera tentativa de fuga le saltarían la tapa de los sesos.

«¡Estoy perdido! —pensó el desventurado árabe—. Alguien me ha hecho traición. ¿Quién? ¿Qué haré yo si se me acusa de haber sido el amante de Fátima? ¿Qué hará de mí Ahmed, que se mostró tan feroz tan implacable, hablando de aquella mujer? ¡Alá, Alá! ¿Cuándo dejarás de perseguirme? ¿No te

basta con haberme privado de la que tanto amo, con haberme destrozado el corazón?... ¿Aún quieres mi muerte?»

Un sordo gemido salió de sus labios; echó una desesperada ojeada en derredor, pensando, quizá en una fuga que era completamente imposible. No vio más que una turba de guerreros que le rodeaban amenazadores, mirándole con torva faz. Erraba en los labios de algunos una sonrisa irónica, y, al mismo tiempo, de satisfacción. Veíase que todos comprendían que el nuevo jeque había caído en desgracia y se complacían en ello.

—¡Malditos! —murmuró el árabe.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, encerrándose en sombríos pensamientos. No la levantó hasta que llegaron al tugul de Ahmed, junto al cual habíase reunido una tribu de bagaras. En medio de ellos vio a un beduino que se cubrió el rostro con un extremo del taub. Abd-el-Kerim, sin saber verdaderamente por qué, fijó temblando los ojos en aquel hombre, que se apresuró a confundirse entre los negros.

Hiciéronle entrar en el tugul y le dejaron solo. Lo primero que se presentó ante sus ojos fue un palo clavado en medio de la estancia, un rollo de correas y un brasero en que se calentaban unos yataganes de forma especial.

—¡Oh! —exclamó el infeliz, sintiendo que recorría sus miembros un escalofrío.

Quiso retroceder y huir; pero no tuvo tiempo. Entró Ahmed con el ceño fruncido, en los ojos una siniestra llama, y con los brazos nerviosamente cruzados sobre el pecho.

Abd-el-Kerim, involuntariamente, dio un paso atrás. Era valiente, pero al hallarse ante aquel hombre tan poderoso que con un simple gesto podía hacer rodar a sus pies mil cabezas, al verle tan irritado y tan amenazador, tuvo miedo.

Durante algunos instantes reinó en la cabaña el más profundo

silencio, roto tan sólo por las crepitaciones del brasero en que se enrojecían los instrumentos de tortura.

Dijérase que Ahmed se complacía en el sufrimiento de la víctima.

—Siéntate —dijo luego, señalándole el *angareb*.

Él obedeció maquinalmente, sin despegar los labios.

—Abd-el-Kerim —continuó Ahmed en un tono que denotaba la cólera que le rugía en el pecho, tan sólo refrenada por un esfuerzo extraordinario—. ¿Sabes por qué te he hecho detener y conducir aquí como prisionero?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo el árabe, comprendiendo el peligro que corría y que su vida estaba pendiente de un hilo.

Una burlona sonrisa semejante a la de la hiena que se dispone a devorar la presa, contrajo los dientes del terrible profeta.

—¿Es verdad que no lo sabes? —preguntó.

—¿Por qué me haces tal pregunta? Explícate, Ahmed.

—¿Por qué estás nervioso? Tu conciencia no está tranquila, Abd-el-Kerim.

—¡No es verdad! ¡Te engañas!

Ahmed se puso en pie de un salto, con la agilidad de un tigre. Acercóse al árabe, le puso una mano en el hombro y le dijo con aire amenazador:

—¡Tiemblas!... ¿Por qué tiembles? ¿Por qué no está tranquila tu conciencia? ¿Por qué tu corazón no late apenas?... ¿Por qué miras con ojos extraviados?... No me lo niegues a mi que leo en lo más profundo de los corazones; no me lo niegues, a mi, que leo tus pensamientos. Sabes la terrible acusación que

gravita sobre tu cabeza y tiembles.

Abd-el-Kerim, lívido, tembloroso, alterado, empavorecido, no respondió. No se sentía capaz de alejar la terrible acusación que había de perderle. Preguntábase solamente quién sería el miserable que le había traicionado.

—¡Vamos, di! —exigió implacable Ahmed, sacudiendo al desventurado.

—¿Qué quieres que te diga? —balbució Abd-el-Kerim, anonadado—, no sé..., no comprendo..., ignoro lo que quieres decir.

—¡Ah! —exclamó Ahmed con sutil ironía—. ¿Aún no comprendes lo que quiero decir?

—No...

—Te lo explicaré, entonces.

Volvió a sentarse, aún más tétrico y amenazador que al principio, asaeteando con su terrible mirada al infeliz árabe, que estaba aterrorizado. Permaneció algunos instantes abstraído, como si meditase; luego, con voz tranquila, marcando las palabras, dijo:

—¿Te acuerdas de Jafar Bajá?

—¿A qué viene tal pregunta?

—¿Te acuerdas de Hossanieh?

—¡Hossanieh! —exclamó el árabe, poniéndose como un cadáver.

—Me han dicho que cierto día llegó al campamento...

—¿Quién?

—¡Una mujer!

—¡No es verdad! —exclamó Abd-el-Kerim.

Ahmed le miró de un modo extraño.

—¿Sabes tú a qué mujer me refiero? —preguntó devorando al árabe con los ojos.

—¡Yo! ¡No!...

—¿Por qué entonces te apresuras a negar que una mujer haya llegado a Hossanieh?

Abd-el-Kerim no respondió; comprendió que estaba perdido.

—Yo te lo diré. Lo hiciste para alejar de ti la acusación que gravita sobre tu cabeza.

—Pero ¿cuál, qué acusación? —exclamó el prisionero.

—¡De haber amado a una mujer que se llamaba Fátima!

Dio un grito Abd-el-Kerim y retrocedió hasta la pared de la cabaña, con los cabellos erizados y los ojos extraviados.

—¿Por qué gritas así? —preguntó Ahmed, cuyo rostro adquirió una terrible expresión de ferocidad y odio.

—¡Perdón, Ahmed! —balbuceó el desventurado.

—¡Ah! ¿Me pides perdón? ¿Luego eres culpable? ¿Luego has amado a aquella mujer? ¡Responde, desdichado, responde!

—Pues bien...: sí; ¡la he amado!

—¿Y no tiembles al decirlo?

—¡Perdón!... ¡Ahmed, perdón!...

—¿No sabías que aquella mujer había sido mía?...

—Sí; pero lo supe cuando el amor había crecido tanto que no

era ya capaz de ahogarlo, de destruirlo. ¿Qué culpa tengo yo de haberla amado y de que ella me correspondiese? Además, aquella mujer no era ya tuya.

—¿Y no sabes, miserable, que aún la amo?

—¡Tú la amas!... ¡La amas aún!...

—Sí, la amo; amo a esa mujer bella y fatal, y la amo hasta el punto de que por ella marcharé sobre Egipto; hasta el punto que por ella renegaría de mi religión. ¿Comprendes ahora de qué modo ama Mohamed a Fátima? ¿Lo comprendes ahora? Vamos; contesta.

—Sí, lo comprendo —exclamó el árabe con ira.

—Abd-el-Kerim —dijo furibundamente—: Si tú fueras Mohamed Ahmed y yo Abd-el-Kerim, ¿qué harías?

—¿Por qué me lo preguntas?

—No tardarás en saberlo. Di, ¿qué harías?

—Me mostraría generoso.

—Pues yo me mostraré implacable. Prepárate a sufrir los más atroces tormentos.

—¡Perdón, Ahmed! —suplicó el desventurado, cayendo de rodillas ante él.

—Ahmed no perdona.

—¡Miserable! —rugió el árabe poniéndose en pie de un salto, fuera de sí.

El Mahdi, viendo que el prisionero iba a abalanzarse sobre él retrocedió, desenvainando la cimitarra y dando un agudo silbido.

Yokara, el gigantesco verdugo, lanzóse a la estancia y cogió

al árabe por mitad del cuerpo. Bastóle una mano para arrojarle al suelo y reducirle a la impotencia.

—Ata a ese hombre al palo —dijo Ahmed tendiéndose con indolencia sobre el *angareb*.

Llevantó el verdugo al árabe, que casi no daba señales de vida, y le ató fuertemente al palo con las correas.

—Hazle volver en sí y luego le desgarrarás las carnes con el *corbach*.

—¡Está bien!

El miserable se acercó al brasero, tomó un yatagán incandescente y lo aplicó a los pulgares del árabe.

A su contacto crepitó la carne y se esparció por la habitación un olor nauseabundo.

Abd-el-Kerim dio una sacudida como si hubiese pasado por su cuerpo una corriente eléctrica; un estertor ahogado salió del fondo de su garganta y abrió los ojos, mirando en torno suyo.

—Ya está despierto —prosiguió el verdugo, dejando el hierro—. ¿Hago funcionar el *corbach*?

—Aún no —dijo Ahmed—. Déjale volver en sí por completo.

En efecto: Abd-el-Kerim volvía en sí. Su primer movimiento fue para retorcerse entre las ligaduras; luego se abandonó gimiendo lúgubrementemente. Los dedos abrasados por el hierro candente debieron hacerle sufrir de un modo atroz.

—¡Fátima!... —murmuró el desventurado con voz apenas perceptible—. ¡Fátima!...

Ahmed rechinó los dientes y su ira creció sin límites al oír aquella invocación desesperada.

—¡Ah, maldito! —refunfuñó—. ¿Aún la llamas? No la volverás

a ver, te lo aseguro. Cuando salgas de mis manos para pasar a las de tu enemigo serás un hombre echado a perder irremisiblemente para toda tu vida.

Acercóse a su víctima y tocándole en medio del pecho, le preguntó:

—¿Me reconoces?

—¿Qué me has hecho? —estertoró Abd-el-Kerim—. Sufro..., sufro de un modo atroz... Me han quemado las manos...

—¿Me reconoces? —repitió Ahmed, acercándose más.

—Sí, te reconozco... hombre vengativo.

—Responde a lo que te pregunto si quieres salvar tu vida. ¿Qué has hecho de Fátima? ¿Dónde está?

—Déjame en paz...

—Abd-el-Kerim —dijo con gravedad Ahmed—: La muerte cierne sobre ti sus negras alas. Responde: ¿dónde está Fátima?

—¿No comprendes que la he perdido, que me separaron de ella, que me la robaron?

—¿Quién?

—Un soldado, un condenado, un...

Detúvose moviendo los dedos quemados y gimiendo aún más lúgubrementemente. Un copioso sudor inundaba su rostro y respiraba fatigosamente.

—Dime: ¿dónde está ese hombre? —preguntóle Ahmed, presa de indecible exaltación.

—No lo sé... Debe de haber muerto...

—Quieres engañarme. Ea, verdugo, cumple tu deber.

Yokara, al oír tal orden, empuñó un grueso látigo, un corbach de piel de hipopótamo, flexible y ensangrentado. Hízole girar silbando, por encima de su cabeza, y descargó en seguida un terrible golpe sobre el pecho de Abd-el-Kerim, en el que se dibujó una línea violácea.

El infeliz dio un grito, un rugido de dolor y se tendió contra el palo.

—Uno —contó Ahmed—. Dale, dale duro hasta lacerar la carne. Después le inyectarás la muerte.

El verdugo, instrumento ciego del terrible profeta, púsose a azotar rabiosamente al árabe, que había perdido el sentido. Cubriósele la piel de surcos azulados, violáceos, rojos, y después de desgarraduras.

La sangre comenzó a correr en abundancia por aquel inanimado cuerpo, formando en el suelo un charco.

—¡Dale, dale! —repetía furiosamente Ahmed.

Y el verdugo seguía descargando latigazos sin descanso y sin piedad, haciendo volar por el aire gotas de sangre que manchaban las paredes y el techo del tugul.

De pronto se detuvo.

—Amo —dijo dudando—, si sigo así le mato.

—¿Tú crees? —preguntó Ahmed con ironía.

—Te lo aseguro. Ya está medio muerto.

—Estos árabes son de hierro; sin embargo, bastará. Ahora introduce la muerte en las heridas.

Yokara desató a Abd-el-Kerim, que casi no respiraba, con la piel completamente levantada, cubierta de sangre,

espantosamente alterado el semblante, vueltos los ojos que casi se salían de las órbitas. Púsole en tierra, eohóle encima un cubo de agua y dio un silbido.

Alzóse la cortina y apareció un espantoso negro, un ser repugnante, de horrible aspecto.

Era alto, flaco, extenuado, con los ojos hundidos y brillantes, huesudo, y sobre su cuerpo, tanto por detrás como por delante, veíanse tumores más o menos abultados como un puño por término medio, de forma muy rara. La piel del vientre y del pecho la tenía agrietada, dejando ver en algunos lugares la carne viva.

Ahmed hizo un gesto de repulsión.

—¿Estás dispuesto a sufrir la operación? —preguntó tranquilamente el verdugo.

—Si el enviado de Dios lo ordena me dejaré cortar en mil pedazos —respondió el monstruo.

—Tiéndete en tierra. Me contentaré con un gusano.

El otro obedeció. Empuñó el verdugo el cuchillo de hoja delgada y afilada, palpó un tumor de los más grandes y comenzó a cortarlo con lentitud, tejido por tejido, sin que el paciente diese señales de sufrir el menor dolor.

Corría la sangre, pero el operador seguía cortando imperturbable.

Al cabo de dos minutos se detuvo. Dejó el cuchillo, abrió con los dedos el tumor y sacó, con gran precaución, un gusano blanco, grueso, de unos sesenta centímetros de largo.

—¿Qué es eso? —preguntó Ahmed, que seguía atentamente con los ojos tan extraña operación.

—Una *filaría* de Medina —respondió el verdugo.

Partió en dos el asqueroso animalito, que se retorció desesperadamente, e hizo salir de él un líquido blanquecino, espeso, granuloso, pegajoso, que recogió en un cascarón de huevo de avestruz.

—Mira —dijo volviéndose hacia Ahmed—: Este líquido está formado por pequeñísimos gusanitos que no esperan más que ser introducidos en el cuerno de un hombre para crecer.

—¿Y qué?

—Si echo este líquido en las heridas del prisionero se alimentarán de su sangre, crecerán y se construirán una especie de nicho entre la piel y la carne. Dentro de algunos meses este pobre diablo presentará un aspecto tan horrible como el negro que tienes delante.

—¿Y curará?

—No; morirá lentamente, muy lentamente, a no ser que encuentre un hombre tan hábil que le extraiga estos parásitos, lo que no es probable. Quedarás vengado con creces.

—Eso es horrible.

—Di mejor espantoso.

—No importa; termina.

Acercóse el gigante a Abd-el-Kerim, levantóle la desgarrada piel y dejó caer gota a gota el líquido fatal que había de matarle lentamente.

—Ahora —dijo— puedes entregarlo al hombre que lo espera.

Ahmed le ordenó con un gesto que se retirase con el negro, luego volvió a dar unas palmadas. Abrióse la puerta de entrada y apareció el beduino cubierto hasta los ojos.

Al ver en tierra a Abd-el-Kerim en aquel estado iluminóse su rostro, y una diabólica sonrisa de feroz alegría apareció en sus labios.

—Ya me he vengado —dijóle Ahmed con voz ronca—. Te entrego el prisionero, y ten presente que si le matas te lo agradeceré.

—Gracias, Ahmed —respondió el beduino—. Ya sé lo que debo hacer con este hombre a quien odio con toda mi alma.

Entraron cuatro guerreros en el tugul, echaron sobre una tabla el cuerpo del infeliz árabe y se lo llevaron.

CAPÍTULO XIV. LLEGADA DE ABÚ-EL-NEMUR

Era la tarde del último día de julio. Densos nubarrones corrían desordenadamente por el espacio celeste, impulsados por impetuoso y calidísimo viento. Gruesas y tibias gotas de lluvia caían pesadamente sobre tiendas y túgales del campamento sudanés, mientras en lontananza relampagueaba y rugía de vez en cuando el trueno.

Las innumerables hordas del Mahdi, según costumbre, hallábanse en movimiento, ejercitándose bajo la dirección de sus jeques, en el manejo del cañón, de las ametralladoras y del «remington», armas cogidas a los egipcios en Kasghill, o en adiestrarse en fingidas escaramuzas, marchando en columna o en cuadro, efectuando retiradas e intentando asaltos o construyendo fortines, trincheras, terraplenes y bastiones.

En medio del campamento, en la cima de una pequeña colina, hallábase solo un individuo que parecía no ocuparse en absoluto de cuanto pasaba a su alrededor. Aquel individuo era un beduino, el mismo que había delatado a Abd-el-Kerim.

Cuidadosamente embozado, iba y venía paseándose, con la cabeza inclinada sobre el pecho, arrugada la frente y encendidos los ojos por siniestras llamas.

De vez en cuando se detenía, dirigía su mirada de fuego hacia las tempestuosas nubes y con el rostro alterado preguntábase:

«¿Vendrá...?»

Había dado ya más de cien vueltas yendo y viniendo por la colina, repitiéndose otras tantas veces la misma

interrogación y poniéndose a cada momento más enojado, cuando llegó hasta su oído un estridente silbido. Levantó los brazos y miró prestamente en derredor. Desaparecieron de su frente las arrugas, y en sus labios se dibujó una sonrisa.

Un negro, el jeque El-Mactud, acababa de salir por entre un grupo de arbustos y subía presuroso la colina. El beduino corrió a su encuentro.

—¿Qué hay? —preguntó con ansiedad que en vano trataba de ocultar.

—Va mal —respondió con sequedad el jeque.

—¡Voto a sanes!... ¿Ha muerto?

—Todo lo contrario: vive. Se le han cerrado las heridas.

—¿Entonces?

—Siéntate y escúchame con atención.

Beduino y jeque sentáronse en tierra.

—Acabo de visitarle con un amigo mío que entiende de medicina —prosiguió El-Mactud—, y el pobre diablo está fuera de peligro; pero hemos descubierto en su cuerpo señales de un terrible mal que le llevará al sepulcro.

Un nervioso sobresalto descompuso el semblante del beduino.

—¿Qué mal? —preguntó con la mayor ansiedad.

—El cuerpo del árabe está lleno de tumores tan grandes como puños, y que parecen querer estallar. Me temo que dentro de tales tumores haya gusanos, *filarías de Medina*.

—¿Gusanos?

—Sí; gusanos que, poco a poco, dejarán a Abd-el-Kerim en un estado que dará compasión. Le dejarán hecho un esqueleto.

—¿Y quién ha introducido esas terribles *filarías* en su cuerpo?

—Probablemente un hombre.

—¿Quién?

—El vengativo Ahmed.

Del pecho del beduino se escapó un rugido.

—¡Ah, perro! —exclamó furioso.

—No ofendas al enviado de Dios —dijo El-Mactud con gravedad.

—Pero ese enviado de Dios ha faltado a su palabra, ¿entiendes, El-Mactud? Me había jurado entregármelo vivo.

—¿Y no te lo ha entregado vivo?

—Pero con la muerte en la sangre.

—Ahmed es más astuto que nosotros; eso es todo.

—Y más bribón.

—Calla, no le ofendas.

—Sea como quieras. Dime: ¿no hay alguna medicina con la que pueda curar el árabe? Me han dicho que otros que padecían ese mal se han curado.

—También a mí me lo han dicho; pero si quieres un médico experto que extraiga las *filarías*, te advierto que en el campamento no hay más que uno.

—¿Quién es?

—Ahmed, según creo.

—Se negará a hacer tal operación.

—De seguro, ya que fue él quien introdujo las *filarías* en el cuerpo del árabe.

—¿Qué haré entonces?

—Puedes hablarle. Nada pierdes con intentarlo.

—¿Cuánto podrá vivir Abd-el-Kerim?

—No puedo decírtelo, pero probablemente será algunos meses, y acaso un año.

—Voy en seguida a hablar con Ahmed. Hay que salvarle.

El jeque le miró estupefacto.

—No te entiendo. Le atormentas y quieres curarle.

—Tengo mis razones para obrar así —respondió el beduino.

—Así tiene que ser.

—¿Dónde está Ahmed?

—Le he visto hace poco entrar en la cabaña donde viven los misioneros.

—Si va en busca de los misioneros debe de estar de buen humor. Voy a la cabaña.

—Y yo, ¿qué hago?

—Vuelve al baobab. Esta noche iré a verte y probablemente hablaré con el prisionero.

—¿Te reconocerá?

—No hay que dudarlo.

Volvió a embozarse el beduino y descendió la colina, internándose entre las tiendas.

Cinco minutos más tarde llegaba al centro del campamento y precisamente ante una cabaña medio derribada, construida con ramas y cubierta con hojas. Alrededor de ella había numerosos guerreros y varios derviches.

—¿Dónde está Mohamed Ahmed? —preguntó el beduino abriéndose paso.

—En la cabaña —respondió un guerrero de atléticas formas—. Hay un moribundo.

—¿Quién está moribundo?

—Una de las prisioneras.

—¡Ah, bandido! —murmuró entre dientes el beduino.

Acercóse a la puerta y miró al interior con curiosidad.

Allí en medio, sobre el triste suelo, yacía una mujer mortalmente pálida, flaca, esquelética, agonizante. Alrededor de ella había once personas de color blanco, consumidas por el hambre, los sufrimientos, las calamidades, los terribles calores del sol ecuatorial; tenían los cabellos en desorden y los enjutos miembros cubiertos apenas por sucias túnicas, llenas de repugnantes insectos.

Aquellos infelices, condenados a ahogarse allí dentro, con la cimitarra siempre suspendida sobre sus cabezas, eran los misioneros veroneses don Luis Bonomi, el laico Regnotto, sor Gregolini, sor Caprimi, sor Chincarini y sor Venturini, la negra Coassé, educada en el instituto de Verona; Mazza; el clérigo Locatelli, de Bérgamo; Rossignoli, de Frascati; Ohrwalder, de Trento, y sor Corsi, de Barletta.

La desdichada moribunda, enferma de fiebre y de los sustos recibidos, era sor Pesavento, de Montorio.

El beduino, al ver al Mahdi de pie en medio de la cabaña, con

los ojos fijos en la que iba a expirar, fue a entrar, pero le rechazó la guardia bagara.

—Le esperaré —dijo sentándose a poca distancia de la cabaña.

Transcurrió media hora antes de que Ahmed saliese. Estaba preocupado, pero no parecía de mal humor.

Siguió el beduino hasta la cima de la colina que dominaba el campamento, y allí se le presentó atrevidamente.

El ilustre misionero don Luis Bonomi me contó que, en cierta ocasión, exasperado porque los prisioneros no abrazaban la religión del Profeta, les hizo bajar al campamento, en pleno mediodía, y en presencia de todo el ejército los amenazó con la muerte. En vista de que el terror no hacía en ellos efecto alguno, les dejó languidecer en su cabaña, casi desnudos y sin medios de subsistencia durante cuatro largos meses.

Desde aquel día se dejó a los guerreros en completa libertad para maltratar a los infelices misioneros, y fácil es comprender hasta qué punto abusarían de semejante prerrogativa.

—¡Ah, eres tú, amigo! —exclamó Ahmed con irónica sonrisa—. ¿Cómo está el hombre que te entregué?

—Muy mal, Ahmed —respondió el beduino—. ¡Tiene la muerte encima!

A los labios del profeta asomó por segunda vez la sonrisa irónica, no menos burlona que al principio.

—¿Se ha envenenado quizá? —preguntó con sutil ironía.

—Peor que si se hubiera envenenado. Tiene el cuerpo plagado de *filarías de Medina*.

—Lo siento por ti, pero ya lo sabía.

—Entonces, debes saber también quién le puso de tal modo
—dijo acremente el beduino.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ahmed frunciendo el ceño.

—Quiero decir que tú conoces la mano culpable que ha robado la salud a ese hombre.

—Estás loco. ¿Quién quieres que haya sido?

—Alguien que tuviese interés en que el árabe reventase.

—¿Y ese hombre se llama...?

—Mohamed Ahmed —dijo con audacia el beduino.

—¿Y te atreves a decírmelo en mi cara?

—¿Por qué había de callármelo?

—¿Sabes que eres atrevido?

—A un beduino le está permitido ser atrevido.

—Si otro cualquiera hubiese dicho lo mismo no tendría la cabeza sobre los hombros. ¡Vete!

—¿Y mi hombre?

—Que se muera.

—Faltas a tu juramento, Ahmed —exclamó furibundo el beduino.

—Márchate, insensato.

—¡Nunca! Quiero que se libre a Abd-el-Kerim de las *filarías* que le roen y que...

—¡Hola! —gritó Ahmed—. Apoderaos de este hombre y entregadle al verdugo.

Ya avanzaban los *derviches* con las cimitarras en la mano y había el beduino empuñado sus pistolas, cuando en lontananza estallaron formidables detonaciones y agudísimos gritos.

Ahmed y los *derviches*, al oír aquel vocerío, bajaron a escape la colina. El profeta había empujado la cimitarra, manejándola como un verdadero guerrero que se prepara a meterse en zambra.

—¡El enemigo! —oíase gritar por todas partes.

El beduino, que había quedado solo, se aprovechó de aquel incidente, ocurrido tan a punto, para ponerse a salvo. Encomendóse a sus piernas y corrió a toda prisa a ocultarse en un espeso matorral.

—¡Rayos y truenos! —murmuró—. ¿Qué pasa?

Miró en derredor: todo el campo se hallaba en movimiento. Reuníanse apresuradamente los guerreros, colocándose en líneas de batalla, embrazados los escudos y las lanzas en ristre. La caballería se ordenaba lo mejor que podía, atronando el espacio con sus voces. Los soldados arrastraban los cañones y las ametralladoras, cargaban los mosquetes y los «remington», plegaban las tiendas y ocupaban las cabañas, las trincheras, los terraplenes y los reductos de tierra. Los *jeques* galopaban de acá para allá formando sus batallones, dando órdenes, haciendo ruido.

—¡El enemigo, el enemigo! —voceaban por todas partes.

—¡Rayos y truenos! —repitió el beduino—. ¿Qué pasa? ¿Será el coronel Coetlegan que ataca a esta canalla? No nos faltaría más que esto. ¡Oh!...

Pronunció tal exclamación al oír un formidable redoble de *nogaras* y de *barabukas* y una inmensa gritería que estalló a lo lejos.

—¡Viva el jeque Abú-el-Nemur!

Las filas de los insurrectos rompiéronse como por encanto. Abandonaron las armas y corrieron hacia el Sur repitiendo el grito:

—¡Viva el jeque Abú-el-Nemur!

El beduino distinguió en medio de una gran nube de polvo una gran tribu de guerreros que se dirigía a paso ligero hacia el campamento, con las banderas del Mahdi desplegadas. Respiró con fuerza, como si le hubiesen quitado un peso de encima.

Los supuestos enemigos eran los guerreros del jeque Abú-el-Nemur, que volvían de la guerra. A su frente marchaba un negro de noble porte, con los brazos y las piernas cargados de anillos de cobre, un turbante verde recamado de plata sobre la cabeza y alrededor de su cuerpo una gran farda azulada con hilos de oro.

Las gentes del Mahdi agrupábanse en torno suyo, gritando cada vez más fuerte:

—¡Viva Abú-el-Nemur!

El jinete dirigió su blanco corcel hacia Ahmed, que se había detenido al pie de la colina rodeado de los derviches y su escolta de bagaras, y echando pie a tierra, le besó la mano.

El jeque y el Mahdi cambiaron algunas palabras, tras lo cual, el último tomó de la mano al primero y le condujo sobre la colina, haciendo señal a los otros de que no les siguiesen.

Detuviéronse a pocos pasos del matorral en que se hallaba oculto el beduino.

—Dime, Abú-el-Nemur —dijo Ahmed después de echar una ojeada en derredor, como para asegurarse de que nadie le

podía oír—. ¿Qué tal fue la expedición?

—Los chicuelos que se habían rebelado han quedado por completo destruidos —respondió el jeque—. Hemos triunfado en toda la línea.

—¿De modo que ya no nos quedan enemigos?

—Ninguno. La batalla de Kasghill nos ha abierto el camino que conduce a Jartum.

—¿Dónde se halla el coronel Coetlegan? Me dijeron que acampaba a orillas del Bahr-el-Abiad.

—Apenas tuvo noticia de la derrota de Kasghill apresuróse a volver a Jartum, y ahora está organizando la defensa de esa ciudad.

—¿Crees que los habitantes de Jartum opondrán resistencia?

—No; antes nos ayudarán a destruir las tropas egipcias. He mandado algunos derviches a aquella ciudad y hacen una activa propaganda. Casi todos los árabes y sudaneses abrazan con entusiasmo la nueva religión.

—¿Así es que dentro de un mes podremos ponernos en marcha?

—Mañana mismo, si quieres; el camino está expedito.

—Y de Osman Digma, ¿no sabes nada?

—Hállase a orillas del mar Rojo —respondió el jeque— y arrastra consigo todas las tribus de beduinos que encuentra en su camino. No tardará en iniciar un ataque contra Suaquim.

—En esa ciudad pienso sobre todo.

—¿Por qué?

—Para pasar el mar y desembarcar en La Meca.

—¡Ah! ¿Es eso lo que te propones?

—Sí, y te juro por Alá, Abú-el-Nemur, que lo llevaré a cabo. Es la misión que Dios me ha dado. Allí derribaré al sultán de los turcos; allí lanzaremos la chispa destinada a prender la rebelión en todos los cuerpos mahometanos; allí desafiaremos a la potente Europa que se burla, que persigue, que intenta aniquilarnos a nosotros los árabes. Con la ayuda de Alá y nuestro valor dominaremos Europa, África y Asia.

—El proyecto es magnífico, soberbio. Pero ¿lo conseguiremos?

—Se conseguirá... Lo presiento.

De pronto oscurecióse la frente de Ahmed y de sus labios se escapó un profundo suspiro. El jeque le miró sorprendido.

—¿Qué tienes, Ahmed? —preguntóle—. ¿Te ha asaltado algún mal presentimiento?

—No —murmuró el Mahdi.

—¿Entonces?...

Ahmed le miró en silencio durante algunos momentos, y luego se le acercó y, oprimiéndole con fuerza las manos, le dijo con vehemencia:

—¿No has oído tú hablar...?

—¿De quito?

—De la mujer a quien tanto he buscado, de Fátima.

El jeque se sobresaltó. No supo qué responder a tan brusca pregunta, que tan lejos estaba de esperar.

—¿Me has entendido? —preguntó Ahmed.

—Sí; te he comprendido —balbuceó el jeque.

—Pues bien. ¿Has sabido algo de ella?

—No, no; nada... absolutamente nada.

—¡Maldición!

—¿Acaso has sabido... dónde se halla?

—Si lo hubiese sabido, a estas horas estaría en mis manos. La he buscado por todas partes, he preguntado a mil personas y nadie me supo dar la menor noticia. Esperaba que tú me hubieses podido dar alguna.

—¿Qué quieres hacer de Fátima? ¿Aún no la has olvidado?

—¡Aún no! ¡Oh, si pudiese encontrarla!

—¿Qué?

—¿Aún no sabes lo ocurrido en el campamento?

—No —respondió el jeque sobresaltándose de nuevo.

—He dado con el que fue amante de Fátima.

—¡Oh!...

Abú-el-Nemur había retrocedido dos pasos y miraba a Ahmed con espanto. Habíase puesto lívido y temblaba como si fuese víctima de la fiebre. Estaba como atontado, petrificado.

—¡Ha caído en tus manos! —balbuceó al fin—. ¡El prisionero!... ¡Oh!...

—¿Qué te pasa? —preguntóle Ahmed, extrañado—. Hace diez minutos que estoy observando cómo se descompone tu semblante.

—Vamos a ver —díjole Abú-el-Nemur con voz sorda—. ¿A qué raza pertenece ese hombre?

—Es árabe.

—¡Árabe!... ¿Y se llama?

—Abd-el-Kerim.

De los labios del jeque salió un impropio.

—¡El mismo!... —exclamó.

—¡El mismo! ¿Le conoces acaso? Explícate, Abú, pues no entiendo absolutamente nada.

—Escúchame, Ahmed. Hallábame un día en las selvas del Nilo Blanco cuando me encontré con un oficial egipcio herido. Me compadecí de él, le tomé en mis brazos, le llevé a mi campamento y le curé con el amor de un hermano... Curó, me juró abrazar nuestra religión y yo le creí.

—¡Ah! —exclamó Ahmed con irónica sonrisa.

—Habían pasado dos meses cuando un día tuve la mala idea de invitarle a una cacería de leones. Yo marchaba delante y él detrás. Habíamos ya recorrido varias millas cuando el miserable, echándose a traición sobre mí, me hirió con la cimitarra en una pierna. Caí al suelo. Me pisoteó, me cruzó el rostro con su corbach y luego, no satisfecho aún, me escupió en la frente, Ahmed, escupió en la frente a un jeque del Cordofán, a un jeque que le había salvado la vida en vez de cortarle el pescuezo.

—¡Ah, eso hizo! —exclamó Ahmed.

—Eso, sí. Y yo he buscado a ese miserable y no he sido capaz de encontrarle en sitio alguno. Ahora que sé que está en tu poder le haré pagar caro aquel insulto y su traición.

—Temo que sea ya demasiado tarde, Abú.

—¿Por qué?

—Abd-el-Kerim está en manos de un beduino y creo que ya habrá muerto.

—¿De un beduino?... ¿Y quién es?

—Un hombre que en la batalla de Kasghill se distinguió mucho. Me dijeron que se había batido como un león, haciendo un gran destrozo en los egipcios, y aún que fue el que traspasó de un balazo el pecho de Hicks Bajá.

—¿Dónde está ese beduino?

—Lo ignoro. Hace pocos minutos estaba aquí; ahora no sé dónde se habrá metido.

—¿De modo que no podré apoderarme de Abd-el-Kerim? Daría la mitad de mi sangre por tenerle en mi mano.

—Si el árabe vive aún, te prometo que le tendrás. Mañana temprano enviaré gente a buscar al beduino.

—¿Y si no quiere cedértelo?

—Es el enviado de Dios quien lo quiere, y nadie se atreverá a contravenir mis órdenes. Vamos, ya anochece. Ven a mi cabaña, pues tenemos más que hablar. Cenaremos Juntos.

—Estoy a tu disposición hasta medianoche.

Pocos momentos después descendían Ahmed y el jeque la colina, dirigiéndose a paso lento hacia el tugul.

CAPÍTULO XV. UN MUERTO QUE RESUCITA

Aún no habían entrado en la cabaña cuando el beduino, que todo lo oyera, salía del matorral.

Estaba pálido, lívido, tenía fruncido el ceño, los ojos centelleantes, contraídos los labios, y sus dientes, blancos y agudos como los de un chacal, coléricamente apretados. Leíase en su rostro una ira desenfrenada.

Miró varias veces con precaución en derredor, nerviosamente, puestas las manos sobre las culatas de las pistolas, que asomaban por entre la ancha faja roja, y luego acercóse a la pendiente y dirigió su mirada hacia el tugul de Ahmed.

—¡Voto a sanes! —exclamó con rabia—. ¿Quién será ese perro que se mezcla en mis asuntos? ¿Quién es ese Abú-el-Nemur que pretende apoderarse de Abd-el-Kerim? Apostaría que lo que ha referido es un cuento de su invención. Ese imbécil de Ahmed, aunque se las da de profeta, se lo ha tragado; pero yo no, ¡por Mahoma! ¡Ah! ¿Quieren arrebatarme a Abd-el-Kerim? Lo veremos, señores míos; veremos si sois capaces de jugar con un hombre como yo. Ea, hay que tomar una decisión antes de que se desate el huracán. Aquí no sólo estoy en peligro de perder al árabe, sino también de caer en las garras de Ahmed que, a lo que parece, no me estima mucho. Vamos al baobab, primeramente, y luego, a escape, a El-Obeid.

Echó una ojeada al encapotado cielo, otra al campamento que comenzaba a quedar sumido en el silencio, cambió la carga de sus pistolas a fin de que, en el momento oportuno, no fallase el tiro, y descendió con precaución la colina. Detúvose a su pie varios minutos, miró a diestra y siniestra, hacia delante y

hacia atrás para asegurarse de que nadie le espiaba o le seguía y luego se introdujo entre las tiendas y los tugids, marchando rápida y silenciosamente.

Veinte veces se detuvo, creyendo siempre que alguien le seguía y otras tantas volvió sobre sus pasos para asegurarse de que se había engañado. A las once de la noche atravesaba las trincheras y avanzaba por la arenosa llanura del Sur.

Soplaba un viento impetuoso que levantaba nubes de impalpable arena y comenzaban a caer gruesas gotas de lluvia. Tronaba fragorosamente y deslumbradores relámpagos rompían de vez en cuando las densas tinieblas.

—Todo marcha viento en popa —dijo el beduino, sonriendo diabólicamente—. Con semejante noche no se le ocurrirá a nadie salir del campamento para venir en busca mía, ni siquiera a ese animal de Abú-el-Nemur. ¡Mil rayos! ¿Quién será ese jeque que tanta influencia tiene con Ahmed? ¡Hum! No sé, pero me parece que hay gato encerrado. ¡Por Mahoma! Abd-el-Kerim me lo dirá, y si no quiere... inos veremos!

Echóse el taub sobre los ojos y continuó su camino, subiendo y bajando colinas de arena, inclinándose de vez en cuando hacia delante para resistir el ímpetu del viento, que era tan fuerte que, a veces, amenazaba derribarle. Avanzó durante media hora, cegado por los relámpagos, empapado por el agua, que caía a torrentes, sordo por los chasquidos de las chispas eléctricas, que a veces estallaban tres y cuatro al mismo tiempo; luego se detuvo.

Ante él, a unos doscientos pasos, había un árbol gigantesco, que formaba por sí solo un bosque. Su tronco tenía más de treinta metros de circunferencia y a tres o cuatro metros del suelo, dividíase en multitud de ramas, algunas de las cuales más gruesas que los árboles más grandes de nuestras arboledas, volvían a descender hacia el suelo, después de haber alcanzado una altura de diez o doce metros.

Debajo de aquel inmenso amontonamiento de ramas y follaje, que sacudía furiosamente el viento, arrancándole mil gemidos, vio el beduino a tres hombres tendidos en el suelo; uno de ellos se levantó gritando:

—¿Quién vive?

—Quieto, El-Mactud —respondió el beduino—. Soy yo.

Acercóse al jeque, que ya había montado su mosquete, y, con un gesto, le invitó a deponer el arma.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntóle.

—Nada —respondió el jeque—. Abd-el-Kerim duerme tranquilamente.

—Le despertaré.

—¡Cómo! —exclamó.

—Necesito hablarle.

—¿Ocurre algo?

—¡Ya lo creo! Quieren arrebatarme el árabe.

—¿Quién?... ¿Ahmed, quizá?

—No —apresuróse a decir el beduino que no se fiaba de aquel guerrero, devoto del profeta—. Es un jeque a quien tú debes conocer.

—¿Cómo se llama?

—Abú-el-Nemur.

El jeque rechinó los dientes como una hiena.

—¡Ah, maldito nubio! —exclamó con rabia—. ¿Quiere inmiscuirse en nuestros asuntos? Que no lo intente siquiera. Tengo cuentas que ajustar con él y podríamos saldarlas con

la cimitarra.

Por los labios del beduino viose vagar una diabólica sonrisa; no pudo refrenar un movimiento de satisfacción. Miró con atención al jeque, y en sus ojos leyó la expresión de un terrible odio.

—¿Qué te ha hecho ese hombre? —preguntóle.

—En otra ocasión te lo diré. Basta con que sepas que le detesto.

—¿Es poderoso Abú-el-Nemur?

—Mucho, amigo mío. Si nos descubre, Abd-el-Kerim está perdido.

—Haremos lo posible por que no nos descubra.

—Pero ¿qué es lo que quiere hacer de Abd-el-Kerim ese perro de Abú?

—No sé; pero me temo que en sus proyectos se encierre un misterio.

—¿Qué piensas hacer?

—Irme a El-Obeid.

—¿Y llevar con nosotros al árabe?

—Naturalmente.

—¿Cuándo partiremos?

—En cuanto vea al árabe y hable con él nos pondremos en camino.

—Démonos prisa. Por la mañana nos buscará Abú-el-Nemur; es preciso hallarse en seguro antes de que amanezca.

—Voy corriendo. Entretanto, prepara unas angarillas y llama

a cualquiera para que nos ayude a transportar al árabe.

—De acuerdo —terminó El-Mactud.

Acercóse el beduino al colosal tronco del baobab, al pie del cual, sobre la corteza, distinguíanse cuatro profundas incisiones que formaban un cuadrado. Hundió aquel trozo de corteza de un puñetazo y ante él apareció una abertura que franqueaba el paso a un antro excavado en el interior del árbol.

Escuchó durante algunos instantes y avanzó luego de puntillas, deteniéndose en medio de aquella original cueva. La oscuridad era perfecta y hacía un frío que atería. Un silencio lúgubre, misterioso, reinaba allí dentro, roto a veces por una fatigosa respiración, y un zumbido que indudablemente provenía de millares de insectos que se movían en aquellas heladas tinieblas.

—Duerme —murmuró el beduino—. Le despertaré.

Golpeó el pedernal con el eslabón, encendió la yesca y prendió fuego a una antorcha que estaba clavada en el suelo y que iluminó con una luz azulada aquella inmunda caverna, poco alta y muy reducida.

En medio de ella, tendido en tierra, dormitaba Abd-el-Kerim.

El infeliz estaba desconocido; infundía miedo verle.

Desaparecían sus facciones, confundidas en una lívida hinchazón. Tenía los ojos cerrados, y alrededor de ellos dibujábanse dos amplios cercos rojizos, que parecían dos señales de otros tantos golpes. En los extremos de la boca deteníase una baba sanguinolenta, y un abundante sudor viscoso le inundaba el contraído semblante.

Tenía su cuerpo envuelto en pedazos de tela húmeda, sostenidos con tiras de cuero, y entre los cuales se deslizaban multitud de gusanillos, hormigas y toda clase de

insectos que se introducían debajo de las vendas, produciendo mi ruido que infundía miedo. En varias partes del pecho veíanse tumores como un puño de gruesos, algunos de los cuales estaban agrietados dejando ver la carne viva. El beduino, al ver el lastimoso estado en que se hallaba su víctima, se detuvo. Una gran emoción se dibujó en su semblante; pero no duró más de un segundo.

Reapareció la sarcástica sonrisa que jamás abandonaba sus labios y su mirada hízose más siniestra. Hasta tuvo el valor de dejar oír allí dentro, en aquella tumba, tina carcajada que el eco repitió de un modo lúgubre.

—¡No olvidemos que este hombre es mi rival! —murmuró en un tono que revelaba un odio implacable—. Además, no morirá. Si vuelvo a encontrar a mi hermana le haré quitar todos los insectos, aunque tenga que medirme con el enviado de Dios.

Pasóse la mano tres o cuatro veces por la frente, como para ahuyentar un doloroso pensamiento, y suspiró. Algo líquido, que se apresuró a enjugar, brilló en sus ojos.

—¡Pobre hermana! —susurró.

Acercóse a Abd-el-Kerim, que dormía profundamente, contemplóle con mucha atención durante algún tiempo, y luego le pinchó ligeramente en la frente con un yatagán.

A tan dolorosa sensación estremeciése Abd-el-Kerim y se despertó. De pronto, con nervioso impulso, que le arrancó un triste gemido, incorporóse hasta sentarse mirando, pero con mirada de imbécil, al beduino que se hallaba junto a él.

—¿Quién eres? —preguntóle con voz apenas perceptible.

El beduino, en lugar de responder, dejó caer hacia atrás la capucha, dejando al descubierto su blanco rostro, cubierto por una hirsuta barba negra.

Abd-el-Kerim no hizo movimiento alguno que denotase sorpresa o terror a la vista de aquel semblante; sin duda no veía bien aún.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar, con voz aún más débil.

—¿Aún no me conoces? —dijo con lentitud el beduino, acercándose más—. ¡Mírame bien a la cara, Abd-el-Kerim!

Aquella voz hizo su efecto en el prisionero. Dio un salto como si le hubiese herido una bala y clavó las uñas en tierra.

—¡Qué voz! —exclamó con profundo terror—. ¡Qué voz!...

—¿La reconoces?

Abd-el-Kerim no respondió. Con desesperado impulso púsose de rodillas y acercó su rostro al del beduino.

—¡Notis! —exclamó.

Una terrible conmoción sacudióle de pies a cabeza. Anhelante, convulso, ciego de coraje, alargó las manos hacia él griego; pero le faltaron las fuerzas y cayó pesadamente al suelo, repitiendo con voz ahogada, ininteligible:

—¡Notis!... ¡Notis!...

El griego (pues él era el convertido en beduino, que habiendo caído en poder del jeque El-Mactud había pasado a la bandera del Mahdi) miróle durante un minuto casi con compasión.

—¿Te sorprende verme de nuevo, Abd-el-Kerim? —preguntó después con ironía—. Efectivamente, es extraña que aún viva después de haber sido por segunda vez herido de muerte. Se ve que algún genio, sea Dios o el diablo, vela sobre mí. Es un pecado, ¿no es verdad, Abd-el-Kerim?

El árabe le miraba fijamente, sin saber si era víctima de una pesadilla o si realmente tenía ante sí al hermano de la

terrible Elenka.

De pronto, agitáronse sus labios como si quisiese articular una palabra. El griego, que le observaba atentamente, notó aquel movimiento y hasta adivinó lo que quería preguntar el infeliz prisionero, pues su rostro adquirió una expresión de diabólica alegría.

—Te comprendo —dijo—. Quieres preguntarme cómo es que yo me hallo aquí y lo que ha sido de la mujer causante de tu desgracia. Tranquilízate, que yo te lo diré.

Miró en derredor, y viendo en un rincón un *garah*, cacharro de barro cocido que fabrican las mujeres de Cordofán, púsole boca abajo y sentóse encima, cruzando las piernas a la usanza turca.

—Abd-el-Kerim —dijo, esforzándose por aparecer tranquilo—: Es la segunda vez que nos encontramos el uno frente al otro, yo libre y tú prisionero; es la segunda vez que yo tengo en mi mano tu vida y la segunda que te la perdono. ¿Sabes por qué?

—No me importa saberlo —balbuceó el árabe aún preso de la emoción—. Hombre o fantasma, márchate de aquí, que me infundes miedo. ¿No estás aún contento con haberme robado la felicidad que yo había encontrado? ¿No te basta con haberme destrozado el alma, con haber hecho de mí el hombre más desventurado de la tierra, con haberme hecho desgarrar las carnes, con haber inyectado la muerte en mi sangre?... ¡Mira, monstruo, mira estos tumores bajo los cuales se ocultan horribles gusanos que chupan mi sangre, que roen lentamente mis carnes, que me aniquilan, que me convierten en un esqueleto!... ¡Ah, Notis, Notis! ¡Bien vengado estás!

Un sollozo dilató el llagado pecho del infeliz. Tambaleóse a derecha e izquierda, oprimiéndose fuertemente la cabeza con las manos; luego, falto de fuerzas, volvió a caer al suelo.

Notis se levantó y se puso a pasear por el húmedo antro con

la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados. Su frente estaba contraída, y la irónica sonrisa que poco antes erraba por sus labios había desaparecido. Quizá aquel hombre de hierro habíase conmovido.

—Notis —prosiguió Abd-el-Kerim—: Ten piedad de mí, ten compasión de un infeliz que se halla en los últimos momentos, que ha de morir, pues que la muerte está en sus venas. Dime qué ha sido de aquélla a quien tanto hemos amado, de la infeliz Fátima.

Notis frunció la frente más aún. Detúvose, movió los labios como si fuese a hablar, mas no dijo palabra.

—¡Notis! ¡Notis! —exclamó Abd-el-Kerim con desgarrador acento.

—¡Calla! —rugió el griego—. ¡Calla, Abd-el-Kerim!

De los labios del árabe salió un segundo sollozo. Una gruesa lágrima, una de esas lágrimas amargas que irrumpen del corazón del mismo modo que la sangre mana de una profunda herida, quedó suspendida de una de sus pestañas y rodó después silenciosamente por sus hundidas mejillas.

Notis se le acercó con ojos encendidos, pero húmedos; ya no era aquel hombre en cuya fisonomía no se leía más que odio y rabia. Estaba conmovido, muy conmovido; veíase que su alma inaccesible sufría en aquel momento atrocemente.

—¡Lloras! —exclamó con voz que no tenía nada de humana—. ¿Y creerás que yo no sufro, que mi corazón no sangra, que no lloro yo también?

Detúvose de repente. Pareció sorprendido, asustado de aquella confesión que le había salido, quizá sin quererlo, de la boca. La fuerte emoción que alteraba sus rasgos fisonómicos desapareció como por encanto. Su rostro quedó otra vez duro, frío, y la sarcástica sonrisa volvió a aparecer en sus labios.

—Estoy loco —murmuró.

Sentóse de nuevo sobre el *garah* y exhaló, a su pesar, un profundo suspiro.

—Abd-el-Kerim —dijo con voz grave—: En otro tiempo fuimos amigos, fuimos como hermanos; luego surgió entre nosotros una mujer fatal para entrambos, que abrió un insondable abismo. No te pido que cierres ese abismo, pues ya sé que es imposible; pero te ruego que lo salves sólo por espacio de diez minutos..., y te juro que no te arrepentirás de haberlo hecho. ¿Quieres? Te lo pido en nombre de nuestra antigua amistad.

Movió el árabe la cabeza y no respondió.

—¡Te hablaré de Fátima..., de la mujer fatal!

—¡Ah! ¡Fátima, Fátima! ¿Qué sabes de ella? ¿Vive? ¿Ha muerto?... Habla, Notis, y te entregaré mi vida.

—Hablaré citando tú me hayas respondido.

—Pregúntame, pues he salvado el abismo.

—Abd-el-Kerim, conjúrate a que me digas qué ha sido de mi pobre hermana; dímelo.

—¡Elenka! —balbuceó enojado—. ¡Quieres que yo te hable de Elenka! ¡No, nunca!

—Te lo suplica su hermano.

—No hablaré.

—¡Abd-el-Kerim!

—Me vengo, Notis.

El griego se puso en pie de un salto, con las mejillas

encendidas, los ojos inflamados, temblorosos los labios. Sus manos se abrieron y cerraron como si quisieran triturar algo.

—Está bien —dijo con tono amenazador—. ¡Te arrepentirás!

Dio dos o tres vueltas sin moverse del sitio, dirigióse luego hacia la salida del antro y retrocedió de repente llevando en la mano una pequeña ampolla de vidrio.

—Abd-el-Kerim —dijo con voz alterada—: Podría hacerte morir lentamente en medio de las más atroces torturas, podría extraer la sangre de tus venas gota a gota y no lo hago porque aún tengo la esperanza de que volveremos a ser amigos, mas...

—¡Calla! —exclamó el árabe, adivinando su pensamiento—. Eso no será nunca, jamás.

—¿La odias todavía?

—Sí; y hoy más que hace dos meses.

—¿No sientes, por tanto, compasión por la pobre Elenka?

—No me la recuerdes; ese nombre me causa mal.

—¡Ah, maldito!

El griego se había puesto violáceo. Lanzóse como una pantera sobre el árabe, le agarró por la garganta e introduciéndole entre los labios la redomita, vertióle en la boca su contenido. El efecto fue instantáneo. Cayó Abd-el-Kerim como si la sangre hubiese cesado repentinamente de circular por sus venas. Desplomósele la cabeza hacia atrás, y produjo, al chocar contra el suelo, un ruido sordo. De sus labios salió un suspiro que más parecía el estertor del que se halla agonizante, y quedó inmóvil, rígido, como un muerto.

Notis le contempló durante algunos momentos con una mirada en la que se leía un terrible odio; luego se inclinó

sobre él, cogiéndole y echándoselo al hombro, salió del antro.

El-Mactud le esperaba con cuatro bagaras y unas parihuelas improvisadas con ramas de cualquiera manera y, sobre ellas, una blanda capa de hojas.

—¿Qué hay? —preguntó el jeque tomando en sus brazos al árabe y colocándole con precaución en las parihuelas—. ¿Ha tomado el narcótico?

—Se lo hice beber todo —respondió Notis.

—¿Has sabido algo?

—Nada absolutamente; pero le haré hablar. Ahora vamos a El-Obeid, que ya es más de medianoche.

Hizo una señal al jeque; dos bagaras alzaron las parihuelas y la comitiva se puso en marcha, dirigiéndose hacia la ciudad, que se dibujaba confusamente en el oscuro horizonte.

Habían ya recorrido más de la mitad del camino cuando oyó el jeque el precipitado galope de un camello.

—¡Oh! —exclamó, sacando por precaución la cimitarra.

Miró hacia atrás, y, a la claridad que produjo un relámpago, vio un jinete envuelto en una gran capa blanca, inclinado sobre el cuello de su corcel y que se les acercaba rápidamente.

—¡Notis! —murmuró apretando los dientes—. ¡Mira!

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el griego, frunciendo el ceño.

—¿No lo conoces? Es el jeque Abú-el-Nemur.

—¡Voto a sanes!... ¿Adónde irá?

—A El-Obeid. ¿No lo ves?

Notis dio un salto hacia delante y apuntó con su mosquete al jinete, que pasaba por delante de él a doscientos pasos de distancia.

—No —dijo—; ese hombre puede sernos útil. El-Mactud, llévate a Abd-el-Kerim a la cabaña que ya conoces; yo seguiré al jeque con Medinek.

—Está bien; quizá tengas razón en seguirle. Marcha si no quieres perderle de vista.

El griego no se lo hizo decir dos veces y se lanzó tras él seguido por el negro Medinek. Al cabo de diez minutos de carrera, Abú-el-Nemur y sus perseguidores llegaban a El-Obeid, sobre cuya puerta hallábase expuesta la cabeza, ya seca, del barón de Cettendorfs.

CAPÍTULO XVI. NOTIS EN EL GARLITO

El-Obeid, cuartel general del *Mahdi*, es la ciudad más hermosa, más populosa y mejor fortificada del Cordofán, del cual es, además, la capital.

Se eleva en medio de una inmensa llanura ondulada y está defendida por baluartes de tierra y adobes en gran parte derruidos, a causa de los repetidos asaltos que sufrieron en el último asedio.

Está dividida en cinco barrios habitados por una población que pasa de 35.000 almas; uno lo ocupan los dongoleses, otro los mercaderes extranjeros, otro colonos del bamú, otro los naturales del Darfur, etc.

En el barrio principal, llamado El-Orfa, hállanse los edificios públicos, pequeñas mezquitas, una casa de un piso, habitada por el gobernador egipcio, un cuartel, un almacén de pólvora y una sucursal de la misión católica de Jartum, destruida por los guerreros del *Mahdi*, que la saquearon cuando tomaron la ciudad.

Todas las restantes casas son míseras cabañas circulares de veinte pies de diámetro, con muros de arcilla de cuatro o cinco pies de altos, cubiertos por un techo cónico de paja dispuesta en capas regulares e impenetrables por la lluvia. De estas cabañas llamadas *tokles*, cada familia posee las precisas para sus necesidades, formando un grupo que, de ordinario, rodean de un seto espinoso y sombreado por palmeras que dan a la ciudad un pintoresco aspecto.

Apoderóse de ella el *Mahdi* el 15 de enero de 1883, estableciendo allí su cuartel general, fortificándola lo mejor que le fue posible y haciéndola ocupar por parte de sus

hordas, que acampaban en medio de las calles y de las plazas, en tuguls improvisados y en tiendas de campaña.

Aún estaba dormida la ciudad cuando Abú-el-Nemur y los que le seguían cambiaban algunas palabras con los que guardaban la puerta y entraban por ella.

Ni en calles ni en plazas veíase alma viviente, ni de ninguna cabaña salía rayo de luz que indicase que alguien velaba.

Hasta los guerreros del Mahdi que habían acampado al raso rondaban bajo los tuguls de paja y bajo las tiendas que la lluvia inclinaba cayendo a torrentes e inundando las polvorientas calles.

El fúnebre silencio que reinaba en la ciudad era roto de vez en cuando por el seco chasquido de algún trueno que hacía temblar los tuguls, o por el lúgubre gemido de las palmeras violentamente sacudidas por el sudeste.

Abú-el-Nemur, después de dudar un momento, tomó el camino que conducía al barrio de El-Obeid, poniendo al trote corto su caballo. Notis y su compañero, después de tomar aliento, siguiéronle, determinados a saber adonde iba, seguros de descubrir algo que les había de interesar.

Veinte minutos más tarde, deteníase el jeque ante una cabaña bastante malparada, situada al extremo del barrio y rodeada de un huertecito en que crecían soberbios tamarindos. Rayos de luz se escapaban por las rendijas de las paredes.

—¡Oh! —exclamó Notis deteniéndose y abriendo de par en par los ojos—. Alguien esperaba a este tunante. ¡Rayos y truenos! Aquí hay gato encerrado.

Abú-el-Nemur apartó un trozo de espino que cerraba el paso al huertecito; dejó el caballo bajo un pequeño cobertizo y dio tres palmadas.

Abrióse la puerta de la cabaña, dejando pasar una gran ráfaga de luz, y luego volvió a cerrarse tras el jeque.

—Medinek —dijo Notis, volviéndose a su compañero—. ¿Quién hay en ese tugurio?

—No lo sé —respondió el guerrero—. Esa cabaña estaba antes deshabitada.

—Es preciso saber, cueste lo que cueste, quién vive en ella.

—¡Hum! No es cosa tan fácil. No se me ocurre otro medio que el de subir sobre el techo y mirar por un agujero.

—Vamos allá, Medinek.

—Corremos el riesgo de ser descubiertos.

—¿Tienes el yatagán?

—Sí.

—¿Tienes miedo?

—Creo que no.

—Pues entonces, manos a la obra.

Dirigiéronse al huerto y entraron en él. Medinek acercó el oído a la pared para ver si podía oír algo; pero hasta él no llegó más que un murmullo del que nada podía entenderse.

—Tenemos que subir —dijo en voz baja.

—Tente firme —respondió el griego.

Encaramóse en las espaldas del guerrero, agarróse a las viguetas que formaban la armazón del techo, y de un salto se puso encima.

Dar la mano al compañero y subirle fue cosa de un instante.

—Perfectamente —dijo el griego satisfecho—. Ahora abriremos un agujero que nos permita ver sin ser vistos. Nos calaremos hasta los huesos, pero lo que oigamos compensará largamente el baño.

Sacó el yatagán, introdújole sin hacer ruido entre la paja que estaba empapada por el agua y, lentamente, con infinitas precauciones, practicó un orificio apenas capaz de dejar pasar dos dedos. Una vez hecho esto, tendióse boca abajo y miró atentamente al interior de la cabaña sin preocuparse de la lluvia torrencial que le inundaba.

Dos hombres hallábanse sentados a la lumbre, la cual difundía en derredor una vivísima luz. En uno de ellos, Notis reconoció al jeque Abú-el-Nemur; pero al otro no pudo verle el rostro, porque le daba la espalda; pero sí vio que era un negro.

—No importa —susurró el bribón—. Ya sabré más tarde quién es. Ahora silencio y no perdamos una sola palabra.

Ya había comenzado la conversación entre el jeque y el dueño de la choza.

—Como te digo —afirmaba Abú-el-Nemur—, esta misma noche me he presentado a Mohamed Ahmed. Me ha recibido con gran alegría y me ha hablado del hombre a quien buscamos.

—¡Oh! —exclamó su compañero dando un salto sobre el angareb—. ¿Es verdad lo que me dices?

—Te lo juro. Me habló de Abd-el-Kerim.

—¿Y qué?

—Me dijo que le había puesto en manos de un hombre que había insistido mucho en que se lo entregara.

—¿Un hombre?

—Sí.

—Ese hombre, ¿era un blanco? —preguntó el negro, vivamente emocionado.

—No; un beduino.

—Respiro, Abú-el-Nemur. Temía que fuese...

—¿Quién? ¿Acaso el rival de Abd-el-Kerim?

—En efecto; suponía que fuese el griego Notis. Pero ¿qué interés podrá tener ese beduino en guardar en su poder a Abd-el-Kerim? Aquí hay algo, algún misterio que es preciso aclarar.

—Eso creo yo también, y tanto más cuanto que el beduino ha desaparecido del campamento y no ha sido posible encontrarle.

—¿Será el griego disfrazado? No sé; pero el corazón me late con fuerza y me siento asaltado por fuertes sospechas.

Notis, que no había perdido palabra de aquel coloquio, sintió un escalofrío.

—¡Voto a sanes! —refunfuñó—. ¿Me han descubierto? ¿Quién será ese negro del infierno que tan bien adivina las cosas? Hijito mío, como llegue a echarle el guante, mal lo vas a pasar. Sigamos escuchando.

—De todos modos —prosiguió el negro—, estemos sobre aviso. No creo que aquel bergante viva ni que haya tenido el valor de llegar hasta El-Obeid. ¿Qué te dijo Ahmed?

—Me prometió buscar activamente al beduino.

—Por precaución, bueno será avisar a Fátima, para que esté en guardia.

—No dejaré de avisarla.

—¿La has llevado donde te dije?

—Sí —respondió el negro—. Le he construido una buena cabaña en un extremo de la zeribak de los prisioneros.

Notis se alzó sobre las rodillas tan sin precaución que el techo gimió. Con gran trabajo reprimió un grito de sorpresa y de alegría que iba a salirle de los labios.

—¡En la zeribak de los prisioneros! —exclamó, temblando por la emoción—. ¡Fátima entre los prisioneros!... ¡Dios mío!...

—¿Qué te pasa? —preguntó Medinek.

—¡Huyamos!

—¿Hemos sido descubiertos?

—No; he sabido dónde se halla la mujer que busco.

—¡Ah!... ¿dónde?

—En la zeribak de los prisioneros.

—¡Qué bandidos!

—Vamos allá, Medinek. No hay tiempo que perder.

El guerrero se levantó apresuradamente, Aquel brusco movimiento hizo gemir de nuevo el techo.

—¡Voto a sanes! —gruñó el griego—. Ten cuidado, animal.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó en aquel momento Abú-el-Nemur.

Notis, aunque era valiente, sintió un escalofrío y permaneció inmóvil. Medinek, en cambio, se arrojó al suelo, cayendo sobre una tabla que se rompió con estrépito.

Abrióse la puerta de la cabaña y aparecieron el jeque y su compañero con tizones encendidos en la mano.

—¡Alto ahí! —gritó el jeque, viendo al guerrero que escalaba rápidamente la valla del huerto.

Medinek, en lugar de detenerse, lanzóse a la calle, huyendo con toda la velocidad que le permitían sus piernas.

—¡Ah, perro! —exclamó el jeque, disparándole un tiro de pistola.

—¿Habrá oído nuestra conversación? —preguntó su acompañante—. ¿Y si le persiguiésemos?

—Debe de estar ya muy lejos, pues corre como un ciervo. ¿Quién podrá ser y qué fin le habrá guiado para subir al techo de la cabaña? Amigo mío, no veo claro en este asunto.

—Ni yo, si he de hablarte con franqueza. ¿Estaría solo, al menos?

—No he visto más que a uno; pero haremos bien en dar una ojeada al techo. ¿Quién sabe?... Allá arriba podría estar oculto algún otro curioso. Sírveme de escalera, que voy a subir.

—Monta la otra pistola. Quién sabe lo que puede suceder.

—Tienes razón, amigo mío. Ea, tente firme, que voy a subir sobre tus hombros.

Entonces oyeron sobre la techumbre una voz que denostaba. El jefe y su compañero miráronse a la cara, sacando al mismo tiempo sus cimitarras.

—¡Oh, oh! —exclamó Abú-el-Nemur—. Allá arriba hay alguien. Espera un poco, canalla, que yo te arreglaré.

—Agárrale por los pies y échale abajo. Debe caer en nuestras manos, para que sepamos con quién nos las

habernos —dijo su compañero, apoyándose en la pared de la cabaña—. ¡Por Alá! ¡Esto tiene gracia! Uno, dos...

Abú-el-Nemur saltó sobre los hombros del negro y se agarró a los salientes del techo, a pesar del torrente de agua que le caía encima. Lo primero que vio fue una pistola que le apuntaba, a un paso de distancia. Agarró inmediatamente la mano que la empuñaba y tiró de ella con fuerza hacia sí. Un cuerpo humano cayó del techo dando vueltas, y quedó inmóvil en el suelo.

El negro se precipitó sobre el griego y le arrastró apresuradamente a la cabaña, dejándole caer junto al fuego.

—¿Le habremos matado? —preguntó el jeque—. Lo sentiría.

—¡Demonio! —exclamó el negro, que se había inclinado sobre aquel inanimado cuerpo—. ¿Qué veo? ¿Sueño? ¡Es imposible!

—¿Qué te pasa? —dijo Abú-el-Nemur—. ¿Acaso conoces a este bribón?

El negro no respondió. Inclinado hacia delante, apretando los puños, extraviada la mirada, contemplaba al griego. Parecía sorprendido y asustado.

—¡Vamos, di! ¿Le conoces? —repitió el jeque.

—¡Ya lo creo! —balbuceó el negro—. No me engaño, no; es él, el mismo, el bribón, el ladrón, el asesino... ¡Ay, amigo mío, ya no te escaparás, te lo aseguro! ¡Dios mío, qué hallazgo! ¡No lo esperaba tan pronto!

—¡Él! Pero ¿quién?

—Nuestro mortal enemigo, el rival de Abd-el-Kerim, el griego Notis en persona.

—¡Eh! ¿Estás seguro de no equivocarte? Mírale bieir, amigo mío; fíjate.

—Le miro, me fijo, y cuanto más le miro, más seguro estoy de que es él. Abú, hay que volverle en sí y hacerle hablar. Abd-el-Kerim no puede estar más que en sus manos.

—Pero... ¿hablará?

—Ya verás si canta, y qué alto.

Abú-el-Nemur sacó de su turbante una pluma de airón, quemóla en el fuego y luego la puso bajo la nariz del desvanecido. Una sacudida nerviosa agitó el cuerpo del griego; tendió los brazos, abrió las manos, dio un gran suspiro y miró a su alrededor, deteniendo la mirada en el rostro del negro. Un «¡Oh!» de sorpresa y de terror escapósele de los labios.

Restregóse varias veces los ojos y volvió a abrirlos, mirando nuevamente al negro, que seguía inclinado sobre él. Púsose pálido como un espectro y se echó mano a la cintura, como buscando un arma.

—¡Omar! ¡Omar! —exclamó.

El esclavo de Abd-el-Kerim, pues él era en persona, prorrumpió en una ruidosa carcajada.

—Ya veo, señor Notis, que tenéis buena vista —dijóle—. ¿Os sorprende encontrarme aún vivo? También yo estoy sorprendido de hallaros aquí. Y eso que, allá en el Bahr-el-Abiad, Fátima os alojó una bala en el pecho... ¡Dios mío! ¡Ya veo que tenéis bien amarrada el alma, señor mío!

El griego se mordió los labios e intentó, mediante un repentino movimiento, ponerse en pie, quizá para arrojarse sobre aquellos dos hombres; pero el frío cañón de una pistola que el jeque le apoyó sobre la frente le obligó a caer de nuevo.

«Estoy perdido», pensó el griego.

—Señor mío —prosiguió Omar con el mismo tono burlón—. No os resistáis, si no queréis que mi amigo Abú-el-Nemur os dispare su pistola en la fronte. Estaos quieto y responded a nuestras preguntas.

—Si esperas que yo hable te engañas de medio a medio, Omar —respondió Notis con la calma de un hombre que nada teme.

—En eso caso, recurriremos a los medios más extremados. ¿Qué os parecería si mi buen amigo Abú os cogiese los pies y os los asase en la lumbre?

—¡Miserable!

—Podéis ahorraros la molestia de llamarme con títulos que ni me dan frío ni calor. Ea, señor Notis, las cartas sobre la mesa: ¿qué habéis hecho de Abd-el-Kerim?

—¡Ah! ¿Quieres saber lo que he hecho de tu amo? Pues bien: te diré que ha muerto. Sus huesos, roídos por los dientes de hienas y chacales, yacen sobre las ardientes arenas del Kassegh.

—¡Mientes! —aulló Omar.

—Si no me crees, haz lo que gustes.

—Notis —dijo Abú-el-Nemur—, la partida que juegas es peligrosísima. Ayer noche hablé con Ahmed y me dijo que Abd-el-Kerim estaba vivo en tu poder. Como ves, estamos bien enterados.

El griego apretó los dientes.

—¡Maldito Ahmed! —exclamó.

—No insultes al enviado de Dios, si estimas en algo tu vida. Habla: ¿dónde has escondido a Abd-el-Kerim?

—¡No lo sabréis ni hoy, ni mañana, ni nunca!

—Está bien —dijo el jeque.

Agarró al prisionero por los brazos y le arrastró hasta el lado del fuego a pesar de su desesperada resistencia. Omar le cogió los pies arrimándoselos a la llama.

Notis dio un grito de dolor. Al contacto del fuego ennegrecióse y agrietóse la piel de las plantas, dejando ver la carne viva.

—¡Basta! ¡Basta! —rugió el griego loco de dolor.

—¿Hablarás? —preguntó el jeque.

—Sí... ¡Basta! ¡Mil truenos! ¿Queréis quemarme vivo?

—Os quemaremos si no soltáis la lengua —dijo Omar, retirándole.

El griego revolcóse en el suelo con el rostro contraído por el espasmo, jurando, gimiendo, retorciéndose como una serpiente.

—Hablad, señor Notis —dijo el esclavo.

—No, perro maldito, reptil asqueroso. No, y mil veces no.

—Como os plazca. Abú, volvámosle al fuego. Le quemaremos hasta el hueso.

El griego sintió que le faltaban las fuerzas al oír tan terrible amenaza. Mediante una señal hecha con la mano detuvo a aquellos hombres que ya se disponían a acercarle otra vez a la lumbre.

—Hablaré, hablaré —balbuceó—. Pero... con una condición... ¡Me habéis estropeado los pies! Escuchad: yo tengo una hermana..., mi pobre Elenka... Vosotros sabéis lo que ha sido de ella. No podéis negarlo... ¡Ah, perro negro!

—Adelante —dijo Omar.

—Si me decís dónde se halla Elenka os juro que hablaré... que os entregaré al maldito Abd-el-Kerim.

—Os lo diré.

—Júralo.

—Lo juro por la barba de mi padre, lo juro por Alá, lo juro sobre el Corán. Hablad, pero no intentéis engañarnos. Quedaréis aquí prisionero, y si nos engañáis, os arrepentiréis.

Permaneció el griego callado y pensativo durante algunos instantes. Perder a Abd-el-Kerim, que tanto trabajo le había costado, por quien tantos peligros había arrojado, y perderle precisamente en el momento en que creía tener también en su poder a Fátima, era para él un terrible golpe. Veíase por completo sometido, veía evaporarse el proyecto que con tanta audacia y con tanta paciencia había llevado casi hasta su término. No obstante, en vista de que no había otro remedio, de que no era posible usar de astucia, y, además, deseoso de saber algo acerca de la suerte corrida por su hermana Elenka, a quien tanto amaba, tomó la heroica resolución, si así puede llamarse, de confesarlo todo, reservándose el reparar aquel mal y vengarse para tiempo más propicio.

—Oídmeme —dijo haciendo un supremo esfuerzo—: Abd-el-Kerim hace algunos días que se encuentra en mi poder. Le delaté y Ahmed me pagó la delación concediéndomelo. Ayer noche, sospechando de algo insólito, dejé el campamento y le hice transportar a una cabaña que se halla en la parte meridional del mercado. Guárdanle cuatro hombres y no os le cederán más que después de muertos...

Y ahora, habladme de Elenka, que nada más tengo que deciros sobre Abd-el-Kerim.

—¿Puedo prestar fe a vuestras palabras? —dijo Omar temblando de alegría y de impaciencia.

—¿Por qué os había de engañar? ¿No estoy en vuestras manos?

—Tenéis razón. ¿De modo que queréis saber lo que ha sido de Elenka? Lo siento de veras, pero tengo que daros una mala noticia.

El griego se levantó poniéndose de rodillas; en su rostro veíase retratada una gran ansiedad. Miró a Omar con mirada suplicante y se llevó las manos al corazón, que le latía con violencia. Por su mente pasó una terrible duda.

—¡Oh, Dios mío! —balbuceó.

—¿Queréis que hable?

—Sí, lo quiero.

Omar dudó. Parecía conmovido, y hasta es posible que lo estuviese de veras.

—Habla, habla —repitió Notis con impulso casi feroz.

—Pues bien: Elenka ha muerto. ¡La mataron los rebeldes en Kassegh!

Púsose el griego mortalmente pálido y un grito desgarró su pecho.

—¡Muerta! ¡Muerta! —repitió con voz ahogada, y aquel hombre de ánimo tan fiero, tan fuerte, escondió el rostro entre las manos y lloró como un niño.

CAPÍTULO XVII. LA ZERIBAK DE LOS PRISIONEROS

Mientras el griego era torturado y confesaba todo lo que sus enemigos deseaban saber, Medinek, que había escapado milagrosamente al pistoletazo del jeque Abú-el-Nemur, trotaba como un caballo por las oscuras y enlodadas calles de la ciudad, buscando la cabaña del jeque El-Mactud.

El temor de que le persiguieran y de que le prendieran y fusilaran, así como el de llegar tarde al lado de su jefe, daba alas a sus pies. Deteníase a veces, sin embargo, con la diestra sobre la empuñadura del yatagán y, reteniendo la respiración, aguzaba con ansiedad el oído, pareciéndole oír siempre entre el fragor de la borrasca que se desencadenaba cada vez con más violencia, la voz del jeque Abú-el-Nemur y sus pasos; continuaba luego su desenfrenada carrera hundiéndose hasta las rodillas en los baches y salpicado de fango por todas partes.

Por su desdicha, la oscuridad era tan grande que el fugitivo no conseguía mantenerse en el camino recto. Unas veces metíase por callejuelas sin salida, otras se daba de narices contra un zeribak o contra la tapia de un jardín, otras seguía calles que no tenía por qué seguir.

Al cabo de una hora larga de continua carrera, fue cuando llegó a la gran plaza del mercado, por completo rodeada de cabañas, cabañuelas y pequeños recintos destinados a los camellos de las caravanas.

A la pálida luz de un relámpago vio el tugul que buscaba, y por cuyas rendijas escapábanse algunos rayos luminosos. En cuatro saltos se acercó a él y descargó un formidable puñetazo sobre la medio desquiciada puerta.

—¿Quién va? —preguntó una voz apenas perceptible entre los rugidos de la tempestad.

—¡Abrid! —gritó—. Soy Medinek.

Abrióse la puerta y apareció en el umbral el *jeque* El-Mactud, con una cimitarra en la mano. Al ver a Medinek, retrocedió dando un grito de sorpresa y de terror. Inmediatamente adivinó que algo grave había sucedido.

—¿Qué hay? ¿Cómo vienes solo? ¿Qué ha pasado? —preguntó sin respirar y arrastrándole hasta el fuego que ardía en un ángulo del *tugul*.

—Una desgracia, El-Mactud. ¡Notis ha caído en poder de Abú-el-Nemur!

El *jeque* descargó un tremendo puñetazo sobre la pared de la cabaña.

—¿Quieres burlarte de mí? —exclamó con cólera—. Es imposible; no lo puedo creer. ¿Cómo él, un hombre como él, fuerte y valiente como un león, astuto como una serpiente, pudo caer prisionero? ¡Estás loco! Quieres asustarme.

—Te juro por el Corán, *jeque*, que he dicho verdad.

La cólera de El-Mactud cambióse en profunda consternación; púsose lívido y se contrajo su frente.

—Lo juras —murmuró con voz trémula—. Pero ¿cómo se dejó prender? Vamos, di, que estoy sobre ascuas.

Medinek no se hizo rogar. Refirió lo sucedido con toda clase de detalles; la conversación sostenida entre Abú-el-Nemur y su acompañante, el lugar donde habían escondido a la mujer tan buscada por Notis y, por fin, cómo cogieron a este último.

—¡Entonces, está perdido! —exclamó el *jeque* cuando Medinek hubo terminado.

—También yo lo creo así.

—¿Qué han hecho de mi pobre amigo?

—Lo ignoro. Tuve miedo y huí.

—La cosa es seria, es grave.

—Bien lo sé. ¿Qué haremos? Dentro de unos minutos, el *jeque* estará aquí, estoy seguro de ello, pues habrá sometido a tormento al griego para hacerle confesar dónde tiene escondido a Abd-el-Kerim.

—Claro es.

—¿Y si nos resistiésemos con las armas?

—Sería una locura. Basta con que Abú diga una palabra para que la guarnición de El-Obeid corra a prestarle ayuda. Basta con que él lo quiera para que yo deje la cabeza en manos del verdugo.

—Entonces, ¿qué haremos? Urge tomar una decisión.

El-Mactud no respondió. Inmóvil, cabizbajo, estrujándose la frente con las manos, parecía como si el excesivo esfuerzo hecho para pensar le hubiera agotado. De pronto se enderezó. En aquel momento resplandecía en sus ojos la imperturbable audacia de un general que se determina a cambiar de frente bajo la lluvia de fuego del enemigo.

—Vamos —dijo con resolución.

—¿Adónde?

—En primer lugar, al baobab a esconder en él a Abd-el-Kerim, luego a la zeribak a apoderarnos de la mujer; más tarde nos cuidaremos del griego, pues ahora es completamente imposible salvarle. ¡Vamos!

Pasaron ambos a la habitación contigua. Allí, tendido sobre un angareb, estaba Abd-el-Kerim, aún bajo los efectos del potente narcótico que Notis le había hecho beber. Junto a él vigilaban cuatro guerreros armados hasta los dientes. A una señal de El-Mactud levantaron el angareb con el árabe encima y salieron silenciosamente de la cabaña. Medinek echó delante con la cimitarra desenvainada y el jeque detrás con el «remington» bajo el brazo.

En Oriente advertíase, entre las tempestuosas nubes, alguna claridad.

La lluvia decrecía paulatinamente; pero el viento seguía soplando con extrema violencia, silbando al introducirse por las rendijas de los tuguls y doblgando las ramas de los árboles y las hojas de las palmeras y de los bananos. Las calles estaban aún desiertas, pero no habían de tardar en animarse. A las estrechas ventanas de las cabañas comenzaban ya a asomarse algunos rostros de ébano, consultando, con ojos aún somnolientos, el estado del cielo.

La comitiva había ya atravesado la plaza e iba a internarse por una oscura y maloliente callejuela, cuando llegó hasta los oídos del jeque un ruido lejano que le hizo estremecer.

Era un rumor de voces y pasos precipitados, al cual se unía a veces el de cimitarras que chocaban contra el suelo.

—¡Alto! —ordenó, empuñando el «remington».

—¿Qué sucede? —preguntó ansiosamente Medinek.

—Nos persiguen.

Un instante después desembocaba en la plaza un pelotón de guerreros armados de lanzas y mosquetes. A su cabeza trotaba el jeque Abú-el-Nemur, con la cimitarra en la diestra y una pistola en la otra mano.

Oyéronse tres disparos, y un guerrero de El-Mactud dio un

agudísimo grito y cayó a tierra con la cabeza atravesada por una bala.

Soltaron el angareb y Abd-el-Kerim rodó por el suelo, cayendo en el fango de la callejuela.

—¡Huid, huid! —vociferó El-Mactud, dando el ejemplo.

Sonaron otras tres detonaciones, seguidas de un nuevo grito de dolor: otro guerrero había caído muerto. Los restantes, en vista del mal cariz que había tomado el asunto, lanzáronse tras El-Mactud, que corría como el viento.

Abú-el-Nemur y sus guerreros no se cuidaron de seguirlos, sino que se detuvieron junto a Abd-el-Kerim; los fugitivos, en cambio, prosiguieron su vertiginosa carrera, recorriendo, una tras otra, seis o siete calles, y no pararon hasta que llegaron a los muros de la ciudad.

El-Mactud, fuera de sí, tenía la boca llena de espuma, desahógaba su ira con torrentes de injurias para Abú-el-Nemur e innumerables improperios, sin pensar en que si el *Mahdi* le hubiese oído no hubiese dudado un solo momento en partirle la cabeza con la cimitarra.

Un tanto calmado, comenzó a pensar seriamente en lo que había de hacer. Hallábase en gran apuro: perdido Abd-el-Kerim, preso Notis, no podía hacer otra cosa que irse al campamento y dejar que las aguas siguiesen su curso. Sin embargo, el afán de vengarse de los que tan mala jugada le habían hecho, le sugirió una excelente idea.

«Queda la mujer» —pensó—. Esa mujer debe interesar vivamente a Abú-el-Nemur y a Abd-el-Kerim; hiramos a ambos en el corazón haciéndola desaparecer. Yo encontraré después el medio de salvar a Notis y apoderarme de nuevo del árabe.

Tan atrevido plan calmó su ira. Tendióse bajo un tamarindo, cubrióse la cara con la capa y esperó con paciencia a que

llegase la hora de poner manos a la obra. Sus compañeros juzgaron conveniente acurrucarse a su lado.

Brillaba el sol en el horizonte, iluminando con su luz los minaretes, en lo alto de los cuales gritaban los muecines o *medin*, invitando a los fieles al *es'sobh* o plegaria matutina.

Las plazas, calles y callejuelas animábanse con rapidez. Por uno y otro lado desfilaban grupos de negros pertenecientes a todas las tribus del África central, desnudos los unos, otros vestidos con flotantes mantos, de colores chillones; turbas de guerreros tocaban los *darabukas*; delante de ellos, multitud de camelleros seguían lentamente a sus animales, recogiendo la baba que caía de la boca de éstos y frotándose con ella la barba al tiempo que exclamaban: «*Hadgi baba! Hadgi baba!*»; oleadas de alegres muchachas cargadas con jarras llenas de *merissak* o canastas apiladas sobre sus cabezas y mantenidas en equilibrio con la rara aptitud para guardarlo que caracteriza a la mujer africana; tropeles de beduinos, de mercaderes, de ricos campesinos, caballeros sobre asnos o bueyes, acompañados por negritos completamente desnudos que les sirven de pajes y les abrían paso entre la multitud a fuerza de palos que repartían sin ninguna consideración.

Por las puertas de la ciudad entraban caravanas de camellos cargados de *durah*, de goma, de dátiles, de marfil, y se dirigían a la plaza del mercado, donde los vendedores habían armado ya sus barracas, las *almeas* daban sus espectáculos, los encantadores y adivinos llamaban la atención de los curiosos tocando cierta clase de pífanos de sonido agudo y de una forma especial. Había también cazadores de elefantes, gente feroz puesta al servicio de tal o cual mercader que se aprovechaba de sus correrías para robar mujeres y niños, para saquear y quemar, asesinando a quien se les resistía; también se veían *guialabas* que conducían recuas de asnos cargados de víveres y, en fin, bandadas de esclavos famélicos, ensangrentados, atados fuertemente y empujados por sus guardianes a latigazos, puñetazos y

patadas, amontonados luego en horribles tugurios, verdaderamente inmundos focos de infección.

Esperó El-Mactud a que el sol estuviese bastante alto y las calles colmadas de gente, y después se puso en camino con sus tres compañeros. Recorrió cuatro o cinco callejuelas llenas de camellos, asnos y mercaderes, y desembocó en la plaza del mercado, en un ángulo de la cual se levantaba una gran barraca cubierta de esteras y guardada por una docena de bagaras armados de lanzas y defendidos por escudos de piel de rinoceronte.

Junto a ella agolpábase multitud de gente que presenciaba cómo azotaban a un griego por haber sido sorprendido fumando un cigarrillo. A un lado había un grupo de peregrinos venidos quién sabe de qué país del África central; oraban algunos con tal recogimiento que nada conseguía distraerlos, vuelto su rostro hacia La Meca, sin hacer el menor gesto, a fin de que en su cuerpo no entrase el diablo; otros, en cambio, purificábanse en una fuente, lavándose las manos, los brazos hasta el codo, la cara, las orejas, los pies, enjugándose la boca y aspirando de continuo el agua por la nariz.

El-Mactud dio algunas vueltas alrededor de la zeribak, echando ojeadas a las esteras que formaban el recinto, y después de dar algunas instrucciones a Medinek, presentóse al jefe de la guare la bagara.

Bastóle pronunciar su nombre para que le dejaran paso franco. Calóse el taub de modo que le ocultase gran parte del rostro y, después de estar indeciso un momento, entró.

Esparcidos por el suelo bajo un sol tórrido que los abrasaba, hallábanse cuarenta o cincuenta egipcios semidesnudos, extenuados, cubiertos de heridas sin cicatrizar y de grandes manchas de sangre. Aquellos desgraciados eran los prisioneros de Kasghill, pertenecientes al ejército de Hicks.

El-Mactud, después de echar una ojeada en derredor, dirigióse a un grupo formado por varios sargentos veteranos que parecían hallarse en las últimas.

—¿Quién de vosotros sabrá indicarme dónde se oculta una mujer? —preguntó, dándoles con la punta del pie.

—Déjanos dormir —dijo uno de ellos.

—¡Perro egipcio! —exclamó el jeque, asestándole un tremendo puntapié—. Si no te das prisa a contestar, te corto las orejas.

—Déjanos en paz, bárbaro negro —gritó el egipcio.

El jeque, furibundo, había sacado el yatagán e iba a descargarlo sobre aquellos hombres inermes cuando, de pronto, se detuvo con los ojos desmesuradamente abiertos, los brazos hacia atrás, estupefacto.

De una pequeña cabaña había salido una mujer de extraordinaria belleza, morena, pero de un moreno subido, alta, robusta, de redondeadas formas y estupendamente desarrolladas. Cubría su cabeza un pequeño tarbush que dejaba escapar por debajo de él una negrísima cabellera sembrada de moneditas de oro, un juboncillo de seda azul ocultaba su turgente seno, y descendíale hasta las rodillas una faldita a franjas de oro, llena de pequeños aretes del mismo metal, que producían un agradable tintineo.

El-Mactud dio seis o siete pasos hacia atrás sin dejar de mirar fijamente a tan admirable criatura. Palideció su rostro, y sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Fátima!...

CAPÍTULO XVIII. EL MAHDI Y SU FAVORITA

El-Mactud quedó petrificado, tanta fue la sorpresa que recibió al ver allí a Fátima, la ex favorita, aquella soberbia mujer a quien Ahmed había tenido la debilidad de llorar durante tanto tiempo.

Restregóse los ojos repetidas veces para asegurarse de que estaba despierto, y otras tantas se convenció de que la mujer que tenía delante era la almea Fátima en persona. Sus ojos negros y fúlgidos como el diamante, el color de su piel, su flotante cabellera, que descendía sobre sus hombros, semejante a un manto de terciopelo, sus admirables brazos, su talle, su porte noble y altivo, todo, en fin, indicaba que aquella mujer era realmente la favorita del enviado de Dios.

—No me engaño —balbuceó el jeque—. Ninguna otra mujer puede ser tan bella y tampoco es posible que haya otra tan semejante a Fátima. Pero ¿quién la ha traído aquí? ¿Con qué fin? ¿Para qué? ¿Saben acaso los guerreros de la zeribak que custodian a la ex favorita de su señor? ¡Mil rayos! Hemos seguido las huellas de Fátima creyendo seguir las de la prometida de Abd-el-Kerim. Es curioso y extraño. No es posible suponer que el griego se haya enamorado de Fátima. Sería un delito. ¿Y sabrá Ahmed que se oculta aquí su favorita? Hace diez días la lloraba como muerta; la buscaba, preguntaba por ella a los guerreros que volvían del Bahr-el-Abiad, juraba vengarse terriblemente de esta mujer que de un modo tan indigno le había hecho traición y ahora la tiene aquí y viva. No lo comprendo. Dejemos que otro se las entienda con ellos y procuremos salvar a Notis; quizá él pueda explicar este misterio. ¿Y si Notis...? Pero no; es imposible. Notis no puede haber amado a Fátima; sería un delito.

El-Mactud siguió aún fijando sus ojos en Fátima durante algunos minutos, luego volvió bruscamente la espalda y se dirigió a la salida, e iba ya a atravesar el umbral de la zeribak cuando una idea repentina le detuvo.

—¿Y si Ahmed no lo supiese? —murmuró—. Con esa mujer podría salvar a Notis.

Llamó al jefe de los guerreros, el cual acudió al momento.

—¿Quién ha traído aquí esa mujer? —preguntó, señalando a Fátima.

—Un negro.

—¿Le conoces?

—De vista solamente.

—¿Qué te dijo al entregártela?

—Que velase bien por ella y que tuviese mucho cuidado. Me aseguró que tal era la orden del Mahdi.

—¿Ha venido Ahmed alguna vez a verla?

—Nunca; el negro, en cambio, ha venido muchas veces.

—¿Sabes quién es esa mujer?

—Lo ignoro.

—Tienes que cedérmela. Voy a llevarla ante la presencia de Ahmed.

—Si tal es la orden del enviado de Dios, llévatela.

El-Mactud le despidió con un gesto y se presentó con resolución ante la almea.

—Fátima —le dijo—, tengo que hablarte. Ven conmigo.

La almea se sobresaltó al oírse llamar por su nombre por aquel desconocido, y fijó en él sus grandes ojos negros, con sorpresa y desconfianza. Parecía que le hubiese asaltado una sospecha; sin embargo, le siguió con paso firme.

Condújola El-Mactud al lugar más retirado de la zeribak, pero permaneció algunos minutos indeciso y no sabía de qué modo empezar. Comprendía que una palabra desacertada, quizá un simple gesto, podía traicionarle y alarmar a la almea.

—Fátima —dijo al fin, decidido—, ¿no eres tú la favorita del Mahdi?

Tembló la almea de pies a cabeza y miró en derredor con viva ansiedad.

—Imprudente —dijo con voz apenas perceptible.

—Perdón; me olvidaba de que...

—Silencio, no me vuelvas a nombrar. Dime cómo lo sabes, quién eres y quién te ha enviado.

—Me llamo Dulá, soy amigo de un hombre que se llama...

—¿Cómo?... ¿Cómo?...

—Abd-el-Kerim —susurróle el jeque al oído.

Fátima se llevó una mano a la boca para retener un grito que se le iba a escapar. Retrocedió, llegóse luego de nuevo al jeque y apretándole los brazos con tal fuerza que parecía como si le quisiese triturar los huesos, díjole con voz ahogada:

—¡Repítame ese nombre, repítemelo!... Temo no haber oído bien.

—Soy amigo de Abd-el-Kerim —repitió el jeque sin titubear.

—¡Es imposible, yo sueño!

—No; estás despierta, Fátima.

—¿No me engañas?

—No; te digo la verdad. No tengas temor ninguno, pobre infeliz.

Un profundo suspiro salió de labios de la almea, luí suspiro que parecía un refrenado grito de alegría.

—¿Dónde está, dónde está Abd-el-Kerim? —preguntó—. Quiero verle, necesito verle, cueste lo que cueste. Te ruego, te suplico, mi buen amigo, que me lleves adonde él esté.

—Cálmate; en seguida iremos allá.

—Dime: ¿dónde está? ¿Cómo está? ¿Vive? ¿Está enfermo? ¿Es libre? ¿Prisionero?

—Encuétrase en una cabaña a dos millas de aquí, vivo y libre.

—¿Qué puedo hacer en tu favor? —preguntó ella, conmovida.

—Nada —respondió el jeque.

—¿Cómo te has arriesgado a venir por mí? Corres un gran peligro.

—Las desdichas de Abd-el-Kerim me han llegado al corazón y he prometido ayudarle a recobrar la felicidad perdida. He aquí porque he desafiado el peligro sin temor ni duda.

—¡Ah, cuán bueno eres, noble amigo mío! —exclamó Fátima, poniendo sus manos entre las del traidor—. Si algún día necesitas ayuda, cuenta con Abd-el-Kerim y conmigo. Haremos por ti lo que tú haces por nosotros.

—Lo tendré en cuenta —dijo el jeque con ironía—. Vamos, Fátima.

Atravesaron la zeribak y salieron. Esperábalos Medinek con un fuerte camello que tenía sobre las gibas una especie de dosel circular cerrado por cortinas blancas.

El-Mactud ayudó a subir a Fátima, volvióse luego a Medinek y le dijo rápidamente:

—Corre a ver al Mahdi y dile que le llevo a su favorita; pero que, en cambio, me tiene que conceder una gracia.

Rogó a un guerrero que guiase al animal a la cabaña del profeta, y se acomodó en el dosel, dando la señal de partida.

El inteligente animal se puso en marcha y, una vez fuera de El-Cbeid, tomó el camino que conducía al campamento de Mohamed Ahmed.

—Fátima —dijo de pronto El-Mactud sacando un pañuelo del bolsillo—, déjate vendar los ojos.

La almea no pudo evitar un gesto de sorpresa al oír semejante orden.

—¿Para qué? —preguntó.

—Dispénsame de responder a tu pregunta.

—¿Y si me niego a obedecer?

—En tal caso, te volveré a la zeribak. Estoy expuesto a grandes peligros y es natural que tome mis precauciones.

Fátima dudaba. Aquella orden le parecía tan rara que no acababa de decidirse.

Sin embargo, el temor de tener que volver sin haber visto al que tanto amaba la hizo ceder.

Presentó la cabeza a El-Mactud, que le vendó perfectamente los ojos. Muy pronto oyeron a lo lejos sonidos de darabukas

y toque de trompetas.

—¿Adónde vamos? —preguntó la almea asustada—. Temo que me vayas a perder.

—No temas, Fátima —respondió el jeque tratando de suavizar el áspero tono de su voz—. Vamos a atravesar el campamento para abreviar camino.

Fátima se llevó las manos a la venda. Sentía cierta inquietud y quería ver lo que sucedía a su alrededor. El jeque, que no apartaba de ella los ojos, la agarró de pronto por las muñecas.

—No te muevas —díjole en tono amenazador—. Si me pierdes, te entrego en manos de Ahmed.

Aquella terrible amenaza paralizó a Fátima, que no osó volver a moverse, tanto era el miedo que tenía de caer en las garras de su antiguo señor.

Siguió el camello caminando por espacio de otros quince minutos, abriéndose paso con dificultad por entre los guerreros del Mahdi que obstruían el campamento; luego se detuvo. El-Mactud abrió las cortinas y saltó ligeramente a tierra.

A pocos pasos de él hallábase la cabaña del Mahdi, y a su puerta charlaban los tres visires del ejército: Ibrahim, Juban y Ahmed, el primero de los cuales mandaba las tropas regulares, el segundo las irregulares y el tercero la artillería. Junto a ellos estaba sentado Medinek, el cual, apenas vio al jeque, corrió a su encuentro diciéndole:

—Ahmed espera a Fátima. Te concede la gracia que le pidas. No tienes más que abrir la boca para salvar al griego.

El-Mactud no pudo refrenar un movimiento de júbilo. Alargó los brazos a Fátima, levantóla en el aire, y antes de que ella pudiese hacer la menor resistencia la introdujo en la cabaña

de Ahmed, dejándola sola en el suelo. Fátima, aterrorizada, presa de la mayor inquietud, púsose en pie, arrancándose la venda. Un terrible grito le salió de los labios.

Se tambaleó, le faltaron las fuerzas y cayó de rodillas escondiendo el rostro entre las manos.

—¡Perdón, perdón! —balbuceó con voz ahogada.

Ante ella, pálido, tembloroso, estaba Mohamed Ahmed, su antiguo señor.

Durante algún tiempo reinó en la cabaña un tétrico y angustioso silencio.

Ahmed, clavado en el suelo, no era capaz de moverse. Su rostro hallábase espantosamente contraído, bermejo, casi negro, cubierto de gruesas gotas de sudor, y su pecho hinchado de un modo extraordinario. De sus crispados labios salía un ronco rugido que producía espanto.

Una terrible tempestad habíase desatado en su corazón y se reflejaba en su semblante. Leíase en sus ojos un feroz deseo de venganza, templado, casi ahogado por la pasión que aún sentía por aquella mujer, y que en aquel momento se desbordaba más ardiente que nunca.

Durante dos, tres minutos, permaneció inmóvil, petrificado, estupefacto. De repente se arrojó sobre Fátima, postrada a sus pies; la levantó y la estrechó fuertemente contra su pecho.

—¡Te amo y te odio! —rugióle al oído.

Echóle hacia atrás la cabeza, apoyó los labios sobre su frente y estampó en ella un ardiente beso, repitiendo con voz ahogada por los sollozos:

—¡Te amo y te odio!... Fátima, ¿qué te hice yo para que me abandonases, para que tú me hicieses desgraciado, para que

me hundieses en la desesperación? ¿Te di yo motivo de queja mientras fuiste mi favorita? Yo te saqué del fango en que te revolcabas, de los brazos de soldados, esclavos y demás canalla, para elevarte hasta mí, hasta el enviado de Dios, y tú, como pago de los favores y honores de que te había colmado, me engañaste, me desgarraste el corazón para seguir a un vil soldado, a un traidor, a un maldito de Dios. Y tú, despreciable mujer, invocas aún perdón... ¡No, Fátima; no hay perdón para ti!

Un sollozo desgarró el pecho de Ahmed. Llevóse las manos a los ojos y lloró.

En la cabaña volvió a reinar por algunos minutos un penoso silencio, roto tan sólo por los sollozos que aliviaban el pecho del Mahdi, y la afanosa respiración de Fátima.

Ahmed, atraído por una fuerza irresistible, dominado por la inmensa pasión que, aun odiándola, sentía por aquella mujer, acercóse a ella por tres o cuatro veces y otras tantas volvió a retroceder: a la quinta no pudo contenerse. Como un demente, delirante, precipitóse sobre Fátima y la estrechó fuertemente contra su pecho, hasta quitarle la respiración, cubriendo su rostro de ardientes besos.

—¡Hermosa!... ¡Hermosa!... —decíale en un tono que nada tenía de humano—. Te odio, ¿entiendes, Fátima? Siento un terrible deseo de vengarme de todas las torturas que me has hecho sufrir, un terrible deseo de desgarrar a latigazos esas carnes que me habían causado tal voluptuosidad, un terrible deseo de verte muerta a mis pies; pero no soy capaz de hacerlo. ¡Al estrecharte entre mis brazos, al besarte, comprendo cuánto te amo aún, mujer infiel; siento aún arder la sangre en mis venas, palpar de amor mi corazón; me siento arrastrado, a mi pesar, a cometer locuras!...

¡Fátima, Fátima!... Dime que no me odias, dime que huiste en un momento de ofuscación, que detestas a los que fueron tus amantes; dime, en fin, que me amas, que quieres volver

a ser la favorita del profeta del Sudán. Te enalteceré aún más; no sólo te haré feliz, sino más grande, tan grande que todas las mujeres de la tierra te tengan envidia. Hoy soy poderoso, soy invencible, no hay enemigo capaz de contender conmigo, no existe quien pueda afrontar mi poderío. Doscientos mil guerreros, doscientos mil fanáticos, o mejor, doscientos mil leones me obedecen y te obedecerán también a ti. Los llevaré a la Ciudad Santa, a La Meca, y desde allí los lanzaré contra las naciones de ambos mundos, que habrán de caer una a una ante el fanatismo de los árabes. Seré el dueño de la tierra, y tú, Fátima, serás la gran sultana.

Volvió a detenerse, completamente fuera de sí, estrechando a Fátima aún con más fuerza, cubriéndola de besos.

De pronto se apartó de ella, mirándola fijamente; tembló todo su cuerpo, y un rugido irrumpió de su tembloroso pecho.

Fátima había cambiado por completo. El terror, la angustia que poco antes hallábanse impresos en su semblante, habían desaparecido. Habíase puesto sombría y en sus ojos brillaba una siniestra llama. Era otra vez la árabe fiera, salvaje, indómita.

—¡Fátima! —dijo él—. ¡Responde, en el nombre de Dios! ¿Volverás a ser mi favorita? ¿Volverás a hacer mi felicidad? ¡Te haré grande, te haré poderosa!

—¡No! —dijo ella con resolución, soltándose de sus brazos.

Ahmed retrocedió tambaleándose. Creyó no haber comprendido.

—¡Repítelo, repítelo! —dijo.

—¡Escúchame, Ahmed! —exclamó Fátima con voz sorda—. Tú eres poderoso, todos los pueblos del Cordofán inclinan ante ti la frente, te pertenecen todas las mujeres de las tribus que están bajo tus órdenes. Entre ellas hay millares y

millares más bellas, más nobles, más fuertes que yo; muchos miles de ellas se enorgullecerían con tus besos y tus abrazos. Toma una de ellas y déjame que siga el destino que me separó de ti. Abre entre los dos un abismo, impón silencio a tu amor: olvídame.

—¿Olvidarte? ¿Amar a otra? ¿Perderte? —balbuceó Ahmed—. ¿Por qué? ¿Es que ya no me amas?... ¡Fátima!

La almea se oprimió la cabeza entre las manos, desesperada. Cerró los ojos y los volvió a abrir llenos de lágrimas.

—Ahmed —dijo con voz más alterada, casi conmovida—. No me tientes, pues entre nosotros todo ha concluido. En otro tiempo te amé, hubiera dado por ti mi sangre, habría cometido hasta delitos. Pero luego se operó en mí un cambio: sentí que mi amor se esfumaba, comprendí que ya no te amaba. Luché, te lo aseguro; luché contra la nueva pasión que se había desencadenado en mi pecho, y antes que contaminar tu cabaña, preferí huir.

—¿Por qué? ¿Con quién?

—Con uno de tus soldados que, a pesar mío, me había seducido. Mi amante murió seis meses después en la batalla de Cadir. Me faltó valor para volver a echarme a tus pies y tomé a mi vida errante, de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, alejándome de ti cada vez más. Temía tu venganza.

—Continúa, desgraciada.

—Una noche, un valiente árabe...

—¡No; un valiente, no; di un cobarde! —interrumpió Ahmed, furibundo.

Fátima se irguió todo lo alta que era, pálida, temblorosa, lanzándole una mirada feroz.

—¡Calla, Ahmed, calla! —dijo con voz ahogada—. ¡No insultes

a los héroes!...

—Continúa.

—Decía que una noche un valiente árabe me salvó la vida. Aquel árabe era guapo, fuerte, y me impresionó. Nos encontramos en Hossanieh, y él me amó. Estaba sola, sin defensa, en un país sublevado; como entre tú y yo había abierto un abismo, le amé. ¿Acaso cometí un delito amando al que me salvó la vida con exposición de la suya? ¿He cometido un delito confiándome en sus manos? Habla, Ahmed. Si tú te hubieses hallado en mi lugar, ¿no hubieras hecho lo mismo?

—¡No, no, Fátima! Tu deber era abrir un abismo entre aquel miserable y tú; salvar el que habías abierto entre nosotros, volver a mis brazos. ¿Quién sabe?... Quizá te hubiera perdonado.

—No tuve valor. Me dabas miedo.

—¿Y hoy?

—Hoy...

—¿Qué?

—¡Me causas pavor!

Ahmed dio un rugido, un rugido semejante al de un león herido de muerte. Lanzóse sobre Fátima, estrechóla contra su pecho, haciéndole crujir los huesos; la besó, mordió furiosamente sus cabellos, repitiendo:

—¡Te odio y te amo inmensamente!

Fátima, asustada, intentó soltarse, sustraerse a aquellos besos que le hacían el efecto de otras tantas puñaladas.

—¡No, no! —gritó Ahmed delirante—. ¡No volverás a huir; te amaré aunque tú no quieras, te haré mía aunque sea a la

fuerza!

Habíala apretado más entre sus brazos y la arrastraba hacia el *angareb*. Fátima dio un grito.

—¡Déjame, Ahmed, déjame! —exclamó revolviéndose con desesperación.

Miróla el *Mahdi* con ojos de fuego.

—¡Eres mía, eres mía! —le dijo al oído, con voz silbante.

—¡Déjame! —respondió Fátima mordiéndole en un brazo—. Ya no te pertenezco. Soy de Abd-el-Kerim.

—¡Te amo, Fátima, te amo!

—¡Te odio, te maldigo, te desprecio!

Intentó Ahmed echarla, sobre el *angareb*; pero Fátima púsose en pie, saltando como una leona y levantando el puño lo dejó caer sobre el rostro del *Mahdi*, que se cubrió de sangre.

Ahmed rechinó los dientes. Levantóla en el aire, la sacudió como a una pluma y la arrojó contra la pared.

—¡Fátima! —dijo entonces con terrible calma—. ¡Estás perdida!

CAPÍTULO XIX. EL PERDÓN

El-Mactud estaba verde por la ira y se reía de impaciencia. Habían transcurrido cinco interminables días desde que entregara a Fátima en manos de Ahmed y aún no le había sido concedido el tan deseado perdón de Notis.

Temiéndose el jeque que Ahmed se hubiese burlado de él, había rogado veinte veces que le permitiesen entrar en el tugul, y otras tantas le habían contestado que Ahmed no recibía a nadie. Fuera ya de quicio, iba a recurrir a cualquier medio extremo, aun a riesgo de perder su cabeza, cuando en la mañana del sexto día vio a los tres visires del campamento, Ibrahim, Juban y Ahmed juntamente con Gustavo Klootz, entrar apresuradamente en el tugul del Mahdi.

En cuatro saltos púsose el jeque a la puerta de la cabaña, comprendiendo que algo grave sucedía y que acaso se relacionaba con él. Después de haber insistido en vano para que le dejasen entrar, resignóse a esperar a que saliesen los visires para interrogarles.

No tardó mucho en aparecer uno de ellos, Juban, el jefe de las fuerzas irregulares, que se dirigió al jeque, que estaba refunfuñando a pocos pasos de la cabaña.

—Vengo en busca tuya —dijo el visir.

—Ya era hora —respondió El-Mactud.

Juban sacó de la cintura un pergamino y se lo alargó al jeque, el cual lo cogió con avidez.

—Esa es la gracia que has pedido. Vete y no te olvides de que la has obtenido condenando a muerte a la mujer más

bella del Cordofán.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el jeque, temblando—. Explícate, visir.

—La pobre Fátima ha sido condenada a muerte...

—¡Justo, Alá!

—Dentro de una hora, Yokara la ahogará en el lago Cherquela. Vete, traidor; no vuelvas a aparecer delante de mí. Te desprecio.

El visir volvió desdeñosamente la espalda y entró de nuevo en el tugul. El jefe, confundido, quedó allí con la cabeza inclinada sobre el pecho y apretados los labios.

—¡Han condenado a muerte a la almea! —murmuró, asustado—. ¡Y he sido yo quien la entregó en sus manos! ¡Pobre mujer!... Ea, ocultemos la emoción en el fondo del corazón y sigamos adelante. Ha sido el enviado de Dios quien la ha condenado. Por otra parte, no había otro medio para salvar al griego.

Pasóse repetidas veces la mano por la frente y terminó por encogerse de hombros. Acercóse a Medinek, que tenía de la brida a un magnífico caballo negro, de raza abú-rof, el cual piafaba de impaciencia y tascaba el freno, manchándose el reluciente pecho de blanca espuma.

—Quédate aquí —dijóle el jeque—, y no te alejes del tugul de Ahmed, suceda lo que suceda.

Saltó con agilidad sobre la silla, puso un par de pistolas en el lugar correspondiente, recogió las bridas y lanzó al fogoso corcel por el camino de El-Obeid.

Los muecines, desde lo alto de los minaretes, invitaban a los creyentes al ed-dofcr (oración del mediodía) cuando llegaba el jeque a la cabaña en que custodiaban al prisionero.

Vatios guerreros hallábanse sentados ante la puerta, comiendo hígado de camello con pimienta, hiel y orines de vaca. Al ver al jeque detenerse y echar pie a tierra levantáronse como un solo hombre, empuñando con fuerza las lanzas, los yataganes y los mosquetes.

—Llamad a vuestro jefe —dijo El-Mactud—. Traigo una orden del enviado de Dios.

Un instante después aparecía en el umbral de la cabaña un negro ricamente vestido y armado hasta los dientes. Aquel hombre era Omar.

—¿Eres tú el jefe de esta gente? —preguntóle El-Mactud.

—Si.

—Lee —díjole entonces el jeque, entregándole el pergamino del Mahdi.

Desenrollólo Omar, echando sobre él una ojeada. Pronto se estremeció como un condenado que ve la cuchilla del verdugo levantarse sobre su cabeza, e hizo un gesto de desesperación.

—¡Perdonado!... ¡Notis perdonado! —balbuceó—. ¡Este pergamino es falso! ¡No puede ser..., no puede ser!

—¡Mucho ojo! —dijo amenazador El-Mactud—, poner en duda un documento del enviado de Dios es peligroso para la cabeza de un hombre.

Comprendió Omar y no prosiguió. Sin embargo, no quería ceder el griego, a quien tanto odiaba, sin hablar antes con Abú-el-Nemur.

—Oye —dijo al jeque—, creo auténtico el pergamino, pero concédeme dos horas para hablar con el jeque Abú-el-Nemur, después de lo cual te entregaré el prisionero.

—No te concedo ni cinco minutos. Ahmed necesita al griego ahora mismo.

—¿Y si me opusiese por la fuerza?

—En ese caso iré al *mudir* (gobernador) y mandará asaltar tu *tugul* y matar a todos tus guerreros.

Ante tal amenaza sintió Omar que le faltaban fuerzas para resistir y se apartó a un lado, apoyándose en la pared para no caer. Exhaló un sordo gemido.

El-Mactud traspuso el umbral de un salto y se lanzó como una bomba en el interior de la cabaña. Allí, tendido boca arriba sobre un *angareb*, oculto el rostro entre las manos, hallábase el griego Notis. Al ruido que hizo el jeque al entrar se puso en pie. Oyéronse dos gritos al mismo tiempo.

—¡Tú aquí! —exclamó el griego, que se resistía a creer que el que tenía delante fuese el jeque—. ¿Cómo es eso? ¿Quién te ha traído? ¿Eres acaso, prisionero?

El-Mactud, en lugar de responder, cogió su yatagán y lo puso en la cintura de su amigo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Notis, que no comprendía lo que quería decir.

—Esto significa, amigo mío, que estás libre.

—¡Libre! ¡Yo libre! Pero ¿cómo?... ¿Has matado a los guerreros que me custodiaban?

—Nada de eso; es que Ahmed te ha perdonado.

—¡Ah! ¡Qué excelente persona!

—No digas eso, Notis —replicó gravemente el jeque.

—¿Por qué?

—Tu perdón ha costado la vida a una soberbia mujer; Ahmed la ha condenado a ser ahogada en el lago Cherquela.

—¡Una mujer! ¡Una soberbia mujer condenada a ser ahogada!... Explícate, El-Mactud. ¿Qué mujer es ésa?

—Adivina.

—No puedo.

—Es una mujer que yo encontré en el zeribak de los prisioneros, y la cual entregué en manos de Ahmed para obtener tu perdón.

Notis palideció horriblemente. Una sospecha, pero una sospecha terrible, cruzó por su mente.

—¿Quién es?... ¿Quién es? —balbuceó—. El nombre, quiero saber su nombre.

—La mujer a quien he delatado para salvarte se llama Fátima.

La última palabra quedó ahogada por un grito salvaje. El griego, fuera de sí, lívido por la ira, por el dolor y la desesperación, con la boca llena de espuma, fuera los ojos de las órbitas, había caído contra la pared como herido por un rayo.

—¡Perdida!... ¡Perdida! —rugió.

El-Mactud, asustado, corrió a sostenerle; pero no tuvo tiempo: Notis se había enderezado.

Arrojóse como una fiera sobre el jeque, echándole contra la pared opuesta con tal fuerza, que le hizo crujir endiabladamente los huesos.

—¡Auxilio!... ¡Auxilio! —aulló el pobre diablo.

—¡Miserable! —bramó el griego.

Volvió a arrojarse sobre él, hiriéndole en el pecho con una embestida de cabeza; ambos rodaron por el suelo, aullando como fieras, dándose puñetazos y desgarrándose las carnes con los dientes.

El asesino miró con ojos extraviados a la víctima que se retorció desesperadamente con la cabeza hendida hasta la barba, y luego huyó como un loco.

Fuera de la cabaña piafaba el caballo del jeque. Notis subió de un salto sobre la silla y emprendió una desenfrenada carrera por las calles de El-Obeid, sin percatarse de que un grupo de jinetes guiados por Omar se lanzaba detrás de él.

Atravesó la ciudad, siempre al galope, derribando y pisoteando a más de diez personas; pasó como un huracán por la puerta que daba al campo, sin hacer caso del centinela que había intentado detenerle y, en quince minutos, llegó ante la cabaña de Ahmed. Detuvo de repente el jadeante caballo que iba a pasar sobre el cuerpo de Medinek.

—¿Dónde está Fátima? —preguntó rabiosamente al guerrero.

—Se la ha llevado el verdugo —respondió el interpelado.

—¡Maldición! ¿Adónde?

—Al lago.

—¿Cuándo?

—Hace veinte minutos.

Notis se alejó, lanzando el caballo al galope, casi con el vientre en tierra.

—¡Señor! —gritóle Medinek—. Tened cuidado, que va delante Abú-el-Nemur.

—¡Rayos y centellas! —rugió el griego—. ¡Es hombre muerto!

El animal, cubierto de espuma, ensangrentado el vientre por las heridas que le producía con el yatagán el enfurecido jinete, corría como una flecha, con la crin ondeando al viento, la nariz humeante, dilatados los ojos, lanzando de vez en cuando un sordo relincho. Era de temer que reventase.

Atravesó en veinte minutos el inmenso campamento del Mahdi, lanzándose luego a través de la llanura del Sureste, levantando nubes de impalpable arena.

—¡Vuela, vuela! —gritábale incesantemente el griego, aporreándole con los puños—. ¡Hay que llegar a tiempo para salvarla!

Eran aproximadamente las siete cuando llegó hasta sus oídos el ruido del galopar de varios caballos.

—¡Ahí están! —murmuró con indefinible acento.

El corcel, excitado con la rienda y la punta del yatagán, duplicó la velocidad, jadeante ya, y llegó a una cadena de colinas que torcía hacia el Sureste, dividiendo en dos la desierta y arenosa llanura.

Profirió el griego una horrible imprecación y detuvo de repente al animal.

—¡Voto a sanes! ¡Ellos son!

Delante de él, a unos seiscientos metros de distancia, galopaban varios guerreros, capitaneados por un jeque, en el cual Notis reconoció inmediatamente a Abú-el-Nemur.

—¡Ah, perro! —exclamó echando mano a las pistolas.

Por un momento tuvo la loca idea de ir tras ellos y empeñar una desesperada lucha, pero el temor de escapar mal de ella le detuvo. Echó una mirada en derredor y fijó su vista en un negro que aparecía tras una colina de arena.

—¿Adónde conduce este camino? —preguntóle.

—Al lago Cherquela.

—¿Y aquel otro que va junto a las colinas?

—Al mismo sitio.

—¿Cuál es el más corto?

—El segundo.

—¡Fátima se ha salvado!

Volvió atrás con rapidez y se introdujo por un estrecho desfiladero abierto entre dos colinas cortadas a pico. El caballo lo recorrió sin tomar aliento, llegando luego a un valle cubierto de plantas gomíferas y de colosales tamarindos. Sentíase la proximidad del lago, el aire era más húmedo y por él volaban bandadas de pelícanos y flamencos, aves que jamás se alejan del agua.

De repente detúvose el caballo. Temblaba, respiraba fatigosamente y tenía la cabeza inclinada sobre el pecho. Notis comprendió que estaba agotado.

Golpeóle con la empuñadura del yatagán, pero el animal no se movió.

—¡Voto a sanes! —dijo furibundo—. ¡Has de caminar!

Encendió un poco de yesca y dejó caer una chispa en una oreja de la pobre bestia, que, al sentir la quemadura, emprendió una desenfrenada carrera, sacudiendo desesperadamente la cabeza.

Había ya casi salido del valle cuando volvió a detenerse. Dio un relincho y cayó rodando al suelo; un hilo de sangre le salió por la nariz y quedó en seguida inmóvil, helado por la muerte.

No por eso se detuvo el griego. Tomó de la silla las pistolas y echó a correr como un loco.

Apenas hubo salido del valle apareció ante sus ojos, entre Tientes orillas, el lago Charquela. Al tronco de una palmera vio atado un *maharí* y sobre una roca de corte perpendicular por el lado del agua, estaba un negro de colosal estatura sosteniendo sobre su cabeza una piel en la que parecía encerrado un cuerpo humano.

—¡Detente! ¡Detente! —gritó con desesperación.

El rumor de las aguas, agitadas por una fresca brisa, al romperse contra las rocas, impidió que el verdugo le oyese. El momento era terrible; Fátima iba a ser arrojada al lago; un momento más y todo habría concluido.

Una idea repentina asaltó la mente del griego. Apuntó con una de sus pistolas, oyóse una detonación y en seguida, un grito de dolor y el ruido que produce un cuerpo al caer en el agua. Yokara y su víctima habían caído en el lago.

El griego, fuera de sí, precipitóse hacia la costa, y arrojando lejos las pistolas, lanzóse entre las ondas. Pasó un minuto, largo como un siglo, al cabo del cual volvió a aparecer, nadando con una mano y sosteniendo con la otra el saco en que se hallaba encerrada la pobre Fátima.

Nadó vigorosamente hacia la orilla, trepó después con agilidad por las rocas, depositó a la *almea* sobre la arena y rasgó rápidamente con el yatagán la piel que la envolvía.

Inclinóse con ansiedad sobre aquel hermoso cuerpo que no daba señales de vida y apoyó una mano sobre el corazón, sintiendo que aún le latía ligeramente.

—¡Viva, viva! —exclamó—. ¡Ah! ¡Al fin eres mía!

Y sus labios se posaron repetidas veces sobre los descoloridos labios de la *almea*. Reía y lloraba de alegría.

El galope de varios caballos que se acercaban rápidamente hízole recordar a Abú-el-Nemur. Miró al lago en el cual luchaba aún con la muerte el verdugo Yokara, estrechó en sus brazos a Fátima y emprendió una precipitada fuga sin saber adónde ni para qué.

Habría recorrido unos doscientos pasos cuando oyó una voz que le decía:

—¡Alto ahí! ¡Si no te detienes te mato!

El griego, al oír aquella intimación, volvióse rechinando los dientes y vio a cincuenta pasos de él al jeque Abú-el-Nemur con el fusil a la cara y rodeado de sus guerreros.

—¡Maldición! —rugió el griego comprendiendo que estaba irremisiblemente perdido.

Desenvainó con rapidez el yatagán y apoyándolo sobre el seno de la almea gritó a Abú-el-Nemur:

—¡Si no te detienes, la mato!

En el mismo instante desembocaba Omar por entre unos matorrales muy espesos, acompañado de cinco negros armados hasta los dientes.

—¡Ah, perro! —bramó el esclavo tendiendo la diestra armada de revólver.

Oyéronse cuatro detonaciones, y el griego cayó al suelo arrojando sangre por la boca y profiriendo imprecaciones.

—¡Le hemos matado! —exclamaron los guerreros corriendo hacia él.

En cuatro saltos hallóse Omar a su lado; agitábase aún el moribundo oprimiendo fuertemente a Fátima contra su pecho y manchándola de sangre.

—¿Me reconoces? —preguntó el negro.

—¡Sí, maldi...to! —murmuró Notis.

Apoyó Omar el revólver sobre la frente, y con otro disparo le hizo saltar los sesos.

—¡Ya estoy vengado! —exclamó.

Arrancó de sus brazos a Fátima, tendiéndola sobre la fina arena, arrodillóse a su lado y la examinó detenidamente.

—¿Vive? —preguntó Abú-el-Nemur profundamente emocionado.

—Vive —respondió Omar—. Volverá en sí dentro de pocos minutos.

Respiró Abú-el-Nemur, enjugándose el sudor frío que bañaba su frente.

—¡Pobre mujer! —dijo—. ¡Ojalá puedas ser feliz al fin!

Una nube empañó su frente y se enternecieron sus ojos. Aquel rostro de bronce, de ordinario tan franco y tan fiero, púsose triste, sombrío.

—¿Qué te pasa? —preguntó Omar, dándose cuenta de tan repentino cambio.

—Nada, Omar, nada —balbuceó con voz ahogada el jeque—. ¿Dónde está Abd-el-Kerim?

—Ahí está —dijo un guerrero.

Aún estaba descolorido y flaco; pero en aquellos días había recobrado la salud y las fuerzas. Abú-el-Nemur había tomado a su cargo, había sacado uno a uno los tumores y extirpado los asquerosos gusanos que le consumían chupándole la sangre.

Llegó como una exhalación al lugar en que se hallaban sus amigos y mientras dos guerreros arrojaban al lago el cuerpo de Notis con una piedra atada al cuello estrechó la mano al jeque y a Omar, precipitándose después sobre el cuerpo de la almea.

—¡Fátima, mi adorada Fátima!

Entretanto Abú-el-Nemur habíase escondido el rostro entre las manos; en el interior de su pecho se ahogó un ronco sollozo. Una tremenda desesperación había descompuesto su semblante.

Exhaló Fátima un profundo suspiro y Abd-el-Kerim la oprimió contra su pecho.

La almea abrió los ojos, los cerró y volvió después a abrirlos. Un indefinible grito se le escapó de los labios:

—¡Abd-el-Kerim!

Enderezóse, echó los brazos alrededor del cuello del árabe y rompió en sollozos.

—¡Dios mió, Dios mío! —balbucía—. ¡Haz que no sea un sueño!

—No, no sueñas; soy yo, yo en carne y hueso, tu amado Abd-el-Kerim, que no volverá a separarse de ti jamás.

—¿Y Ahmed? —exclamó ella con profundo terror—. Tengo miedo, Abd-el-Kerim, tengo miedo.

Abú-el-Nemur se adelantó.

—Ahmed os ha perdonado —dijo con voz apenas perceptible—. Sois libres, completamente libres. ¡Qué Alá os haga felices!

Retrocedió algunos pasos, alteradas sus facciones, inclinada la cabeza sobre el pecho.

Los últimos rayos del sol, que aún doraban las ondas del lago, reflejaronse en dos gruesas lágrimas que descendían silenciosamente por las tostadas mejillas del guerrero que permanecía con los brazos cruzados, víctima de una terrible desesperación.

CAPÍTULO XX. CONCLUSIÓN

Han transcurrido dos meses. Una noche, mientras la luna surgía en el horizonte, iluminando vagamente los esbeltos minaretes de El-Obeid y comenzaban a salir las brillantes estrellas, dos hombres envueltos en blanquísimos taubs marchaban a paso lento por el camino que conduce al lago Cherquela.

Uno de ellos era Mohamed Ahmed, el otro el jeque Abú-el-Nemur. El primero seguía siendo el mismo hombre de dos meses atrás, pero el segundo hallábase completamente cambiado.

Habíanse alejado aproximadamente una milla del campamento cuando Ahmed se detuvo de repente.

—Mira, Abú —dijo.

Levantó el guerrero la cabeza, hasta entonces inclinada sobre el pecho, y miró. Sobre la oscura línea del horizonte había aparecido un jinete que se acercaba a la carrera.

—¿Quién será? —preguntó Ahmed poco después.

—Algún mensajero quizá —respondió Abú-el-Nemur con voz cavernosa.

—Traerá noticias de...

—¡Calla, Ahmed, calla! —exclamó el jeque.

Ahmed movió la cabeza y le miró compadecido.

El jinete se hallaba ya a cien metros de distancia. Detuvo el caballo, como indeciso, sobre el camino que había de seguir,

y luego prosiguió su carrera dirigiéndose al Mahdi.

—Para el enviado de Dios —dijo, echando pie a tierra y entregándole un pergamino enrollado.

Apresuróse Ahmed a tomar aquella carta y recorrerla con la vista. Nublóse su rostro y un profundo suspiro le salió de los labios.

—¿Qué te pasa? —preguntó Abú-el-Nemur, mirándole con centelleantes ojos.

—Noticias de ellos —respondió Ahmed.

—¿De quién?

—De Fátima y Abd-el-Kerim.

—¡Lee... lee, Ahmed! —balbuceó el jeque con voz apenas perceptible.

Pasóse el Mahdi varias veces la mano por los ojos, que se le habían humedecido, y después leyó esta lacónica misiva:

Shendy.

A Mohamed Ahmed, Mahdi.

A ti, al amigo Abú-el-Nemur y a tu ejército, salud.

Tus guías nos han conducido con toda felicidad a Shendy, donde hemos sido bien recibidos por tus enemigos los egipcios. Hoy hemos celebrado nuestra unión. Dios te proteja.

ABD-EL-KERIM Y FÁTIMA.

Apenas había terminado de leer la carta cuando a su lado estallaba una fuerte detonación. Volvióse inmediatamente y profirió un agudísimo grito: Abú-el-Nemur yacía en tierra con la cabeza destrozada, oprimiendo aún en su derecha la humeante pistola con que se había suicidado.

—¡Abú-el-Nemur! —exclamó sollozando y arrodillándose a su lado.

El guerrero abrió los ojos y una amarga sonrisa crispó sus ensangrentados labios. Intentó enderezarse, pero no lo consiguió; alargó entonces el brazo y estrechó la mano de su amigo.

—¡Muero... feliz! —dijo estertorando—. Perdóname... He amado... a Fátima... Todo... todo ha... concluido... ¡Adiós..., amigo!

Una bocanada de sangre ahogó su última palabra. Agitó su cuerpo un ligero temblor y quedó después rígido. Abú-el-Nemur había muerto.

Emilio Salgari



Emilio Carlo Giuseppe Maria Salgarin 1 (Verona, 21 de agosto de 1862-Turín, 25 de abril de 1911) fue un escritor, marino y periodista italiano. Escribió principalmente novelas de aventuras ambientadas en los más variados lugares —como Malasia, el Océano Pacífico, el mar de las Antillas, la selva india, el desierto y la selva de África, el oeste de Estados Unidos, las selvas de Australia e incluso los mares árticos—.

Creó personajes, tal vez el más conocido de ellos sea el pirata Sandokán, que alimentaron la imaginación de millones de lectores. En los países de habla hispana su obra fue particularmente popular, por lo menos hasta las décadas de 1970 y 1980.

Emilio Salgari nació en el seno de una familia de pequeños comerciantes, hijo de Luigia Gradara y Luigi Salgari. En 1878 comenzó sus estudios en el Real Instituto Técnico Naval «Paolo Sarpi», en Venecia, pero no llegó a obtener el título de capitán de gran cabotaje. Su experiencia como marino parece haberse limitado a unos pocos viajes de aprendizaje en un navío escuela y un viaje posterior, probablemente como pasajero, en el barco mercante Italia Una, que navegó durante tres meses por el Mar Adriático, hasta atracar en el puerto de Brindisi. No hay evidencia alguna de que realizase más viajes, aunque el propio autor así lo afirma en su autobiografía, declarando que muchos de sus personajes están basados en personas reales que conoció en su vida como marino. Salgari se daba a sí mismo el título de «capitán» e incluso firmó con él algunas de sus obras.